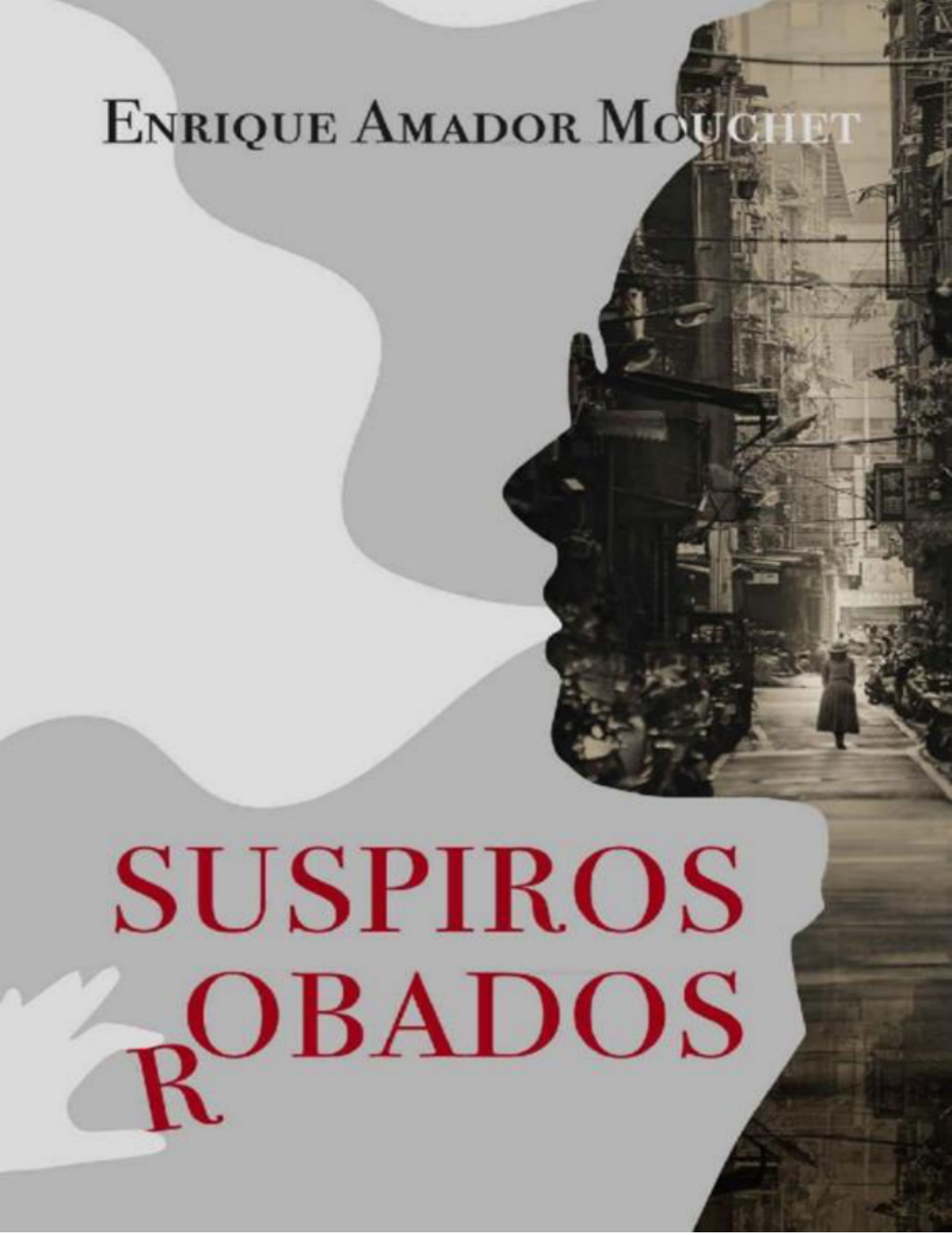
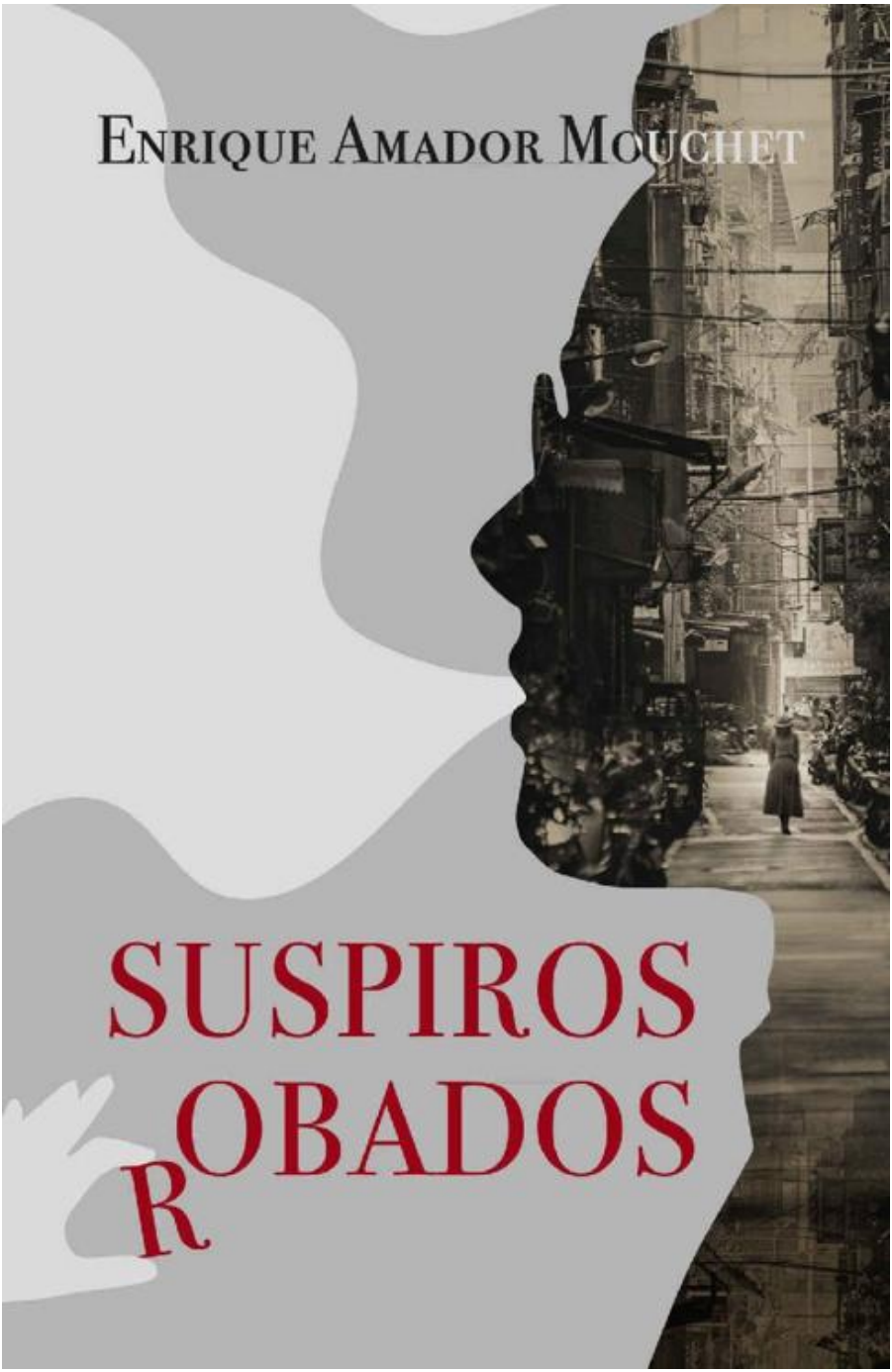

Enrique Amador Mouchet
SUSPIROS
ROBADOS



Annotation

Un caso del inspector Liu. Una joven que trabaja en un club de chicas de compañía aparece asesinada en su apartamento de Taipéi y

encargan la investigación al inspector Liu. Todo está bien: su madre agoniza en un hospital, un amigo suyo es el dueño del bar, acaban de ser las elecciones presidenciales y el Año Nuevo chino está a la vuelta de la esquina. A los pocos días aparece otro cadáver en un río. Liu comienza a investigar en paralelo el segundo asesinato, pero cuando el periódico de más tirada de Taiwán publica un artículo sobre corrupción con una foto suya ilustrando su amistad con un jefe mafioso ya no tiene casos; tan solo una montaña de papeleo. Al poco, otro cadáver. Cuatro moscas en la sopa, dos rayos en un árbol, tres asesinatos en una semana, ¡en Taipéi! Liu está convencido de que están relacionados.

Dedico este libro a mis padres, Carmen y Antonio, mi compañera de la vida, Trista y a mi hermano del alma, Pedro Gaviria, que fue testigo partícipe de la gestación de este libro durante muchas sobremesas en mi apartamento de la calle Fuxing en Taipéi.

AGRADECIMIENTOS

Agradezco la ayuda de Carmen Mouchet por sus numerosas lecturas, sugerencias y correcciones y la de Antonio Amador, editor supremo y casualmente padre del autor.

A McQueena, del Departamento Forense de la Policía de Taipéi por aclarar todas mis dudas y darme información precisa sobre todos los procedimientos relativos a su trabajo.

Al director Wu, policía retirado del departamento de Taipéi por explicarme la estructura, organización, competencias del departamento y cuestiones generales de las comisarías.

A Irene Chang y Simon Wu por su amistad, pero, sobre todo, por

haberme presentado a su padre, el director Wu.

A Pedro Gaviria por haberme animado durante la escritura del libro y haberse leído cada uno de los manuscritos.

A Beatriz Pagés y Antonio Cárdenes por haber disfrutado tanto con el libro y haberme presentado a gente del mundo editorial, por esto último también le doy las gracias a Carlos Valero.

A Darío Manrique y Álvaro Rodríguez por su lectura y comentarios.

A Sherry Chang por su visión creativa y paciente diseño de la portada.

A Trista, mi mujer, por la tarea que todos aquellos que me conocen bien saben que es la más ardua de todas: aguantarme.

Por último, a todos mis amigos y aquellas personas que en mayor o menor medida hicieron esto posible. Os quiero.

Espero no haberme olvidado de nadie, pero si así ha sido, no te lo tomes a pecho, hay una leve posibilidad de que no fuera a

propósito, sino un despiste inocente.

PRIMERO

Sábado, 14 de enero de 2012, Taipéi

(9 días para el Año Nuevo, Año del Dragón 4710)

Sorpresa, angustia, incertidumbre, enfado, súbita comprensión.

Pero, sobre todo, miedo.

Nunca pensó que fuera posible experimentar tantas emociones diferentes en un momento concreto. A lo largo de su vida sus sentimientos solían surgir pausados y duraderos; a veces caprichosos y fugaces. Pero siempre solitarios, uno a uno; como en parejas enfrentadas: alegría y tristeza, pasión y desgana, amor y odio.

No sintió que se cerniera sobre ella la oscuridad. No desfiló por su mente la sucesión de imágenes de lo que había sido su vida. No tuvo tiempo de pensar a dónde iba a ir, si es que algún destino era posible. Tampoco tuvo tiempo para dedicar un pensamiento a sus seres queridos; solo un breve destello de remordimiento acumulado.

Miedo.

Hay muchos tipos de miedo; el que la aprisionó fue el más aterrador y primario, el miedo a la pérdida. La pérdida de todo lo que tenía, la pérdida de todo lo que conocía; pero, más horrible aún, la pérdida de todo lo que fue, era y podría llegar a ser.

Las manos enguantadas apretaron con un poco más de fuerza su cuello.

Desesperanza.

Intentó golpear, arañar, patalear, aferrarse con sus raíces a la tierra como fuese; todo en vano.

Con los ojos muy abiertos, puestos en la figura dueña de las manos que la retenían, expiró. Su organismo tardó un poco en registrarlo, varias convulsiones violentas replicaron como pertenecientes a un eco, hasta que finalmente su cuerpo quedó inmóvil.

Con una calma que contrastaba con la violencia de la escena precedente, las manos la liberaron y se separaron lentamente de su cuello, como si cualquier brusquedad mayor de la necesaria pudiera hacerla regresar de la muerte.

La figura se levantó y se separó de su cuerpo.

En las calles de Taipéi empezaron a oírse el estruendo de los petardos y los pitidos de los coches. Había terminado el recuento de votos y los resultados de las elecciones eran oficiales: el presidente Ma Ying-jeou había sido reelegido para otro mandato de cuatro años.

La figura se deslizó fuera del apartamento. En ningún momento volvió la cabeza para mirar el cuerpo. Su trabajo estaba terminado.

---1---

Día 1. Lunes, 16 de enero de 2012, Taipéi

(7 días para el Año Nuevo, Año del Dragón 4710)

Simón estaba a punto de terminar su turno cuando recibió la llamada. Seguro que no era nada, la gente podía llamar a la policía por tonterías, pero iba a suponerle media hora como poco. Acababa sus ocho horas de servicio reglamentarias, que habían transcurrido bajo una lluvia incansable, persistente y tenaz. En el sur, de donde era su familia, la lluvia era distinta. Aquí, a pesar del impermeable y de las botas resistentes al agua, sentía los pies calados y todo el cuerpo entumecido; el agua era un elemento implacable, y siempre que terminaba su turno en un día lluvioso le parecía salir de una sauna, pero de una sauna helada.

No es que alguien le esperase en casa; iba a comprar pollo frito en el puesto de la esquina y tomárselo con una cerveza mientras jugaba en su recién comprada X-Box. Abundaban los puestos de pollo frito en la ciudad, pero le encantaba el sabor del pollo de su barrio, bien cargado de pimienta y con una generosa porción de ajo para acompañarlo. Al día siguiente de una cena así, notaba el olor que impregnaba su

apartamento, despertando su apetito para el desayuno.

En el tercer piso del número 16 de Bao Ping en el barrio Yonghe, vio que no había hecho el viaje del todo en vano; tenía que hablar con el vecino de arriba, la cantidad de agua que caía desde su apartamento era escandalosa, no habían exagerado. Deberían haber llamado a los bomberos.

Abrió su puerta una anciana en bata, que tenía en una mano un perro enano y con la otra gesticulaba exageradamente.

—Llamo y llamo, pero no hace caso. Las jóvenes de hoy en día no tienen modales. —Un ladrido del minúsculo perro hizo coro a su comentario.

—Voy a hablar con su vecina —le respondió Simón con su acento de campesino—, por favor, espere aquí, señora.

—Señorita —replicó ella.

Simón la ignoró y subió por las escaleras con seguridad, pensando en lo que su hermana decía de él, que era muy trabajador, que era un encanto, pero crédulo hasta la médula por herencia materna y un tanto simplón por la paterna. Él no estaba de acuerdo.

Después de llamar varias veces al timbre sin resultado, golpeó con fuerza la puerta.

—¡Policía! ¡Abra la puerta, por favor!

Nada. Lo más probable es que la inquilina no se encontrase en el apartamento. Simón acercó la oreja a la puerta. Si esto fuese una película de Hollywood, el sospechoso le dispararía a través de la puerta y saldría huyendo; por suerte, estaba en Taipéi y en el mundo real. Tras unos momentos pudo percibir lo que era, casi seguro, el ruido de agua cayendo al suelo.

Aporreó la puerta varias veces más.

—¡Policía!

Tras un rato, que le pareció una eternidad, ya que no podía dejar de pensar en el pollo que le esperaba, se decidió a abrir la puerta. Sacó dos tiras de hierro de uno de los bolsillos del cinturón reglamentario del uniforme y, tras un poco de lucha con la cerradura, consiguió abrir.

Entró identificándose en voz alta. Supo enseguida que no le iban a responder.

En el suelo, al lado de la cama, se encontraba una mujer joven.

Yacía en una postura antinatural, muy pálida y con los ojos abiertos.

No había rastro de vida en su cuerpo.

Al fondo pudo ver el lavabo del baño con el grifo abierto y cómo el agua culpable de la llamada lo desbordaba aumentando el charco del suelo.

No tocó nada. ¿Muerte natural? ¿Accidente quizás? ¿Crimen?

Anduvo cuidadosamente hasta el baño y cerró el grifo con una de las tiras de hierro para evitar tocarlo con las manos. Volvió sobre sus pasos y se agachó al lado de la joven. Solo en otra ocasión había visto una persona muerta y esperaba que esta fuese la última. La mirada sin vida de aquel otro cadáver le persiguió durante semanas.

Era horrible esa expresión vacía, esa mirada a la nada.

Esta chica no podía tener más de veinticinco años, qué lástima, tan joven y tan guapa… ¿Qué había pasado? ¿Se había suicidado?

¿Pero quién se iba a suicidar dejando el grifo abierto? Con mucho cuidado puso sus dedos en el cuello de la muchacha para tratar de encontrarle el pulso, aunque sabía que era inútil. Tenía que llamar a la comisaría y asegurar la escena. Sin saber bien el porqué, se encontró hablándole al cadáver.

—¿Qué te ha pasado? —le dijo mirándola a los ojos mientras retiraba los dedos de su cuello.

En ese momento la chica levantó el torso en un espasmo y su cabeza rozó la suya, casi dándole un beso, con la misma expresión vacía en sus ojos negros.

Simón soltó una exclamación al tiempo que caía hacia atrás.

Faltaban solo siete días para la llegada del Año Nuevo chino y las calles de la ciudad estaban llenas de gente quemando dinero para honrar antepasados y dioses, y del sonido de los tambores de sus numerosos templos. El corazón de Simón latía rápidamente, pero el tiempo se había detenido; solo el olor a dinero quemado, el sonido de

tambores y los ojos de la víctima le envolvían ahora.

---2---

La orquesta estaba preparada en la sala del Auditorio Nacional y el público esperaba la entrada del director y de él, el solista. Iban a interpretar los Conciertos para piano en la mayor de Bach y el número 1 en re menor de Brahms.

La gran ovación que recibieron mitigó el frío que sintió al entrar en el enorme salón, pero le hizo sentirse un poco nervioso. Hasta que se sentó al piano. Una vez en el taburete y con las manos sobre el teclado, el mundo tridimensional alrededor de él desapareció, y se vio inmerso en un mar de sensaciones y música. Su respiración se ajustaba al martilleo de las cuerdas del piano y los procesos químicos de su cuerpo tenían su reflejo en los sonidos resultantes.

Tras el vigoroso primer movimiento del concierto de Bach notaba su cuerpo caliente y repleto de adrenalina. Los violines realizaron la introducción del segundo movimiento, *larghetto*, y él ejecutaba la melodía en el piano. Hermosa pero melancólica. Los asistentes tenían los ojos fijos en él y estaban conectados por las ondas musicales, como un solo ente, existiendo en ellas… hasta que un sonido extraño empezó a retumbar al fondo con una precisa repetición. Era un acorde fuera de lugar que destruía toda la magia del momento.

El mar de música en el que flotaba la orquesta y el público empezó a desaparecer. Tras cinco retumbes de ese estrambótico acorde la sección entera de cuerda lo hizo también. Él seguía tocando el piano mientras que el director se convertía en algo borroso; la tarima ya no se encontraba allí, y dirigía flotando en el aire. Asimismo, el techo y las paredes del auditorio desaparecieron, no estaban tocando en un sitio concreto, sino en un espacio indeterminado, no se apreciaba el fondo por ningún lado, ni tampoco el cielo, todo era un blanco que se iba acercando hacia ellos. Bajó la vista por un momento para asegurar un pasaje complejo en el teclado y, cuando la levantó de nuevo, el director y lo poco que quedaba de la orquesta habían desaparecido también. Solo persistía ese blanco, ahora cada vez más cercano y amenazante. Y

ese sonido, retumbante a cada momento, un sonido que se hacía más fuerte y vivo, un sonido aterrador. Pero no podía dejar de tocar; si dejaba de hacerlo, él mismo iba a extinguirse también. Tenía que seguir, aunque ya casi no podía percibir el sonido que salía del piano; el sonido disonante era cada vez más fuerte y desagradable.

De pronto no podía ver dónde estaba sentado y poco después sus manos se esfumaron. Quería seguir tocando, pero no tenía manos,

¡qué sensación más espantosa!; a la vez ese sonido no dejaba de perseguirle, era cada vez más fuerte, quería taparse los oídos para no escucharlo, pero no tenía manos. Sí, no tenía manos y el sonido seguía creciendo, quería gritar, tratar de cubrirlo. Sí, iba a gritar con todas sus fuerzas, primero llenó sus pulmones de aire y… cuando abrió la boca para gritar toda la imagen desapareció. Era de noche.

Estaba en una cama, pero el sonido seguía retumbando allí.

Le llevó un par de segundos comprender lo que sucedía. Miró a su izquierda y comprobó que el sonido venía de su teléfono. El despertador de la mesilla señalaba las tres y doce de la madrugada.

Otra noche sin dormir. Lo que más rabia le daba era haber sido arrancado de un sueño tan extraordinario. No soñaba muy a menudo, pero cuando lo hacía no eran cosas muy agradables, casi siempre relacionadas con los casos en los que trabajaba. Por fin tenía un sueño placentero, ¿solista en el Auditorio Nacional? Y le habían despertado. ¿No sería que cuando tenía sueños que le gustaría que se materializaran los olvidaba y solo recordaba los que, por el contrario, le perturbaban? ¿No era irónico? Iba a empezar a apuntar sus sueños. Con esos pensamientos levantó el auricular terminando con el sonido disonante, consciente de que una llamada a esas horas no podía significar nada bueno. Por mucho que le pesase, alguien había muerto.

Entró en su viejo Mitsubishi negro y encendió el limpiaparabrisas y el CD; la Sonata para piano en mi mayor número 30 de Beethoven empezó a sonar por donde paró la última vez. La puso desde el principio, podría oírla entera antes de llegar.

No era raro que le hubiesen llamado, era el principal especialista en homicidios de la ciudad, si es que se le podía llamar así. Él no lo creía.

No se consideraba un experto. Al morir su padre cuando era un niño, se vio obligado a trabajar muy pronto y nunca recibió una educación

formal. La intentó suplir leyendo todo lo que podía; en este punto de su vida se consideraba ignorante de demasiadas cosas y experto en ninguna, pero ser consciente de todo lo que desconocía era el primer paso. O, en palabras de Sócrates, «solo sé que no sé nada».

Le gustaba conducir de noche, escuchando música con las calles casi vacías. La ciudad le gustaba especialmente a la luz de la noche. Era una ciudad cortada por montañas y rodeada por ríos, de contrastes, ecléctica y en cierto sentido caótica; pero era suya.

Había crecido en ella. Vivía en la calle Mucha cerca de la montaña.

Giró a la derecha por Xing Long en vez de seguir recto y coger el puente que le habría llevado directo a Yonghe, uno de los barrios periféricos. Habría sido un poco más rápido, pero era un camino desprovisto de toda vida. No pretendía ser poseedor del secreto de la misma, pero para él estaba en los pequeños detalles, en los pequeños placeres. Una sonata de Beethoven, un paseo en coche por la noche, un edificio interesante, un buen libro, el aire húmedo y cargado de vida al pasar cerca de la montaña… Giró a la derecha por Roosevelt. Taipéi era un poco desordenada; en la zona por la que pasaba, edificios anteriores a la ocupación japonesa compartían espacio con otros de construcción reciente. Siguió recto cruzando varias calles y dejó a la derecha la Universidad Nacional de Taiwán, la más prestigiosa del país. Continuó un tramo más y justo cuando Roosevelt se convertía en Zhongshan dio con el Salón Nacional de la Democracia, antiguamente llamado Salón Conmemorativo de Chiang Kai-shek, un enorme monumento de estilo chino tradicional que, sin previo aviso, aparecía en medio de la ciudad. A los visitantes extranjeros les desconcertaba encontrarse con un edificio de ese estilo en el centro de una ciudad que, hasta entonces, les parecía moderna. Enfrente de él, se levantaban otras dos enormes construcciones del mismo estilo; el Teatro Nacional y el Auditorio Nacional.

La visión del auditorio le hizo reflexionar sobre sus sueños y por qué los tenía. De joven leyó libros sobre su interpretación. ¿Estaban conectados con los miles de años acumulados en el subconsciente colectivo como decía Jung? Las teorías de Jung siempre le parecieron un poco extravagantes, si bien interesantes. ¿Eran acaso deseos reprimidos lo que se expresaba en ellos como decía Freud?

Para él la vida era un mapa lleno de líneas que trazaban las causas y consecuencias de nuestras acciones, los motivos y los resultados.

¿Debía mirar hacia delante o hacia atrás? ¿Tenía que seguir la línea

que le llevara al para qué o retroceder y tratar de llegar al porqué?

Sabía que el último sueño era una fantasía, un deseo irrealizable. Le encantaría ser concertista de piano, pero era imposible. Al igual que otras muchas cosas, aprendió a tocar el piano por su cuenta y de oído. Era incapaz de leer música. Tenía las tonalidades inscritas en su ser, pero sin que nadie le hubiese enseñado nunca sus nombres. Había conseguido tocar las piezas que más le gustaban, pero su pobre técnica de autodidacta no le dotaba del virtuosismo necesario para los pasajes más veloces; se conformaba con interpretar piezas más lentas.

En cierto sentido era bueno que le hubiesen despertado a medio sueño, si no probablemente nunca habría recordado que se había cumplido su fantasía de ser músico. Los pedazos deshilachados que podía recordar de sus sueños estaban llenos de cuerpos de personas destrozadas o de sus asesinos; escenas macabras, desagradables. Otras veces eran rostros de gente que no conocía, o al menos no recordaba. ¿Estaban en su subconsciente relegadas a un olvido temporal o serían acaso parte del subconsciente colectivo que mencionaba Jung?

La sonata terminaba y él llegaba a su destino.

---3---

Al llegar al edificio saludó a los policías que estaban en la entrada.

—Yo he encontrado el cuerpo —dijo un joven policía uniformado y le explicó lo que había pasado—. No he tocado nada.

Liu le miró sin pronunciar palabra, sabiendo que era cuestión de tiempo que prosiguiera.

—Cuando estaba buscándole el pulso, de repente… Eh…

Revivió antes de morir de nuevo.

El inspector, que seguía mirándole a los ojos, levantó las cejas medio milímetro. Era la máxima expresión que se permitían sus

facciones cuando no estaba entre amigos, su antigesto característico.

—Los muertos no reviven —le dijo.

—Por mi madre que no son imaginaciones mías. Se lo prometo, señor.

—Te creo, pero nadie puede volver a la vida. ¿Crees en fantasmas?

El joven policía le miró un momento antes de bajar la vista y responder:

—Sí —le dijo.

La respuesta no le sorprendió, puesto que más de la mitad de la población taiwanesa reconocía abiertamente su creencia en ellos; y otra buena parte no lo decía, pero lo demostraba practicando todo tipo de ceremonias destinadas a apaciguarlos. Liu veía en ello lo que el filósofo esloveno Žižek afirmaba del funcionamiento de la ideología: cómo a veces las personas mostraban sus creencias y su participación en ellas no con sus palabras, sino con sus actos; ponía como ejemplo al reconocido científico que tenía colgada una herradura en su casa porque supuestamente alejaba a los malos espíritus. «No, por supuesto que no creo en eso. Pero me han dicho que la herradura funciona incluso si no crees en ella». Liu pensaba que lo mismo sucedía en Taiwán con los fantasmas: la gente se protegía, aunque no creyera en ellos.

—Tiene que haber sido una corriente eléctrica que por un momento ha puesto en marcha el corazón. Es la única explicación que hay. No es común, pero posible.

Simón, que le escuchaba con atención, se removió en su sitio sin decir nada.

—¿Te dijo algo?

—No, tan solo se acercó a mí.

El inspector se aproximó medio paso y le susurró al oído con voz grave:

—Eso es porque los fantasmas no hablan.

Ya en el portal del edificio, inquieto por haber dejado al policía así, se volvió para añadir:

—¡Vete a casa y descansa! ¡Los peores fantasmas son los que habitan en las mentes de las personas!

El joven policía le contempló hasta que desapareció en el edificio. El

inspector Liu aparentaba cuarenta años que cargaba sobre unos hombros anchos y rectos. Su pelo negro era lo bastante corto como para no tener que dedicarle mucho tiempo; sus ojos, negros y ágiles, parecían registrar todo sin esfuerzo. Si el joven policía tuviera que describirle con una palabra, usaría «atención».

Liu parecía escuchar no solo con los oídos, sino con todo el cuerpo.

Simón se puso el casco de la moto y el impermeable; a pesar de que la lluvia parecía haberse tomado un momentáneo descanso, no se fiaba. En menos de un abrir y cerrar de ojos podía empezar a llover torrencialmente dejándote sin tiempo para ponerte el impermeable. Ya sobre la moto y solo después de ponerla en marcha se dio cuenta de que sus ganas de comer pollo habían desaparecido junto con la lluvia.

Liu sabía que la primera impresión era muy importante como base de futuras actuaciones. Hizo varias respiraciones profundas y lentas para ralentizar el ritmo de sus latidos, y solo cuando estuvo satisfecho de su nivel de relajación levantó la cinta policial para entrar en el apartamento. Lo hizo con la cabeza un poco inclinada y los ojos bien abiertos. Había entrenado la vista y la memoria para observar y recordar la mayor cantidad posible de datos. Se movió por la casa lentamente, sin movimientos innecesarios; algo en él recordaba la postura y relajación de los felinos.

Después de registrar todo mentalmente sacó un libro del bolsillo, *El pintor de batallas*, de un escritor español, Arturo Pérez Reverte. Lo abrió e hizo anotaciones en el margen de la página.

(16 de enero 2012)

VÍCTIMA:

/ Conocía al asesino.

/ Ordenada pocas posesiones sin aficiones aparentes.

/ Soltera — ¿sin pareja?

/¿¿Mascota??

ASESINO:

/ Estrangulada.

● *Sin indicios de crimen pasional.*

● *Sin señales de lucha.*

● *Ausencia de remordimientos por parte del asesino.*

En esa página Faulques dice que de joven dejó de pintar porque comprendió que cada cuadro que empezaba ya lo habían hecho otros. Se dedicó a la fotografía porque le permitía ver, en segundos, cosas que la gente normal no era capaz de advertir por más que mirase.

Tras leer eso, dio otro vistazo a la habitación y a la víctima desde diferentes rincones de la sala, como si sus ojos fuesen un disparador fotográfico.

Hacía años abandonó el uso de las libretas y adoptó la costumbre de tomar las notas de los casos en los libros. Era más práctico. Siempre llevaba un libro consigo, mientras que nunca se acordaba de coger la libreta. Poseía bastantes libros, tenía unos dos mil ejemplares en casa y varias decenas más en su despacho; algunos los leía más de una vez, y los que no pensaba releer los donaba a la biblioteca de la universidad. Sus sobrinos le insistían en que leyera libros electrónicos. Su negativa, más que responder a un prejuicio obstinado contra el progreso, era de razón práctica.

¿Dónde iba a tomar nota de los casos si empezaba a leer libros electrónicos?

Hacía las anotaciones abriendo los libros al azar. Siempre apuntaba la fecha y el lugar y tan solo cuando las anotaciones no le cabían continuaba en la página siguiente. Le gustaba un cierto caos, un cierto azar. De esa manera al revisar las notas podía hacerlo tanto desde el principio del libro como en el orden en que las tomó.

En cierta forma, utilizaba el libro como un oráculo, un *I Ching*. Leía las notas y lo que decía el autor en esa página para ver si el texto le sugería algo.

—¿Inspector Liu? —dijo una agradable voz a su espalda.

Se dio la vuelta cerrando el libro.

—Señor, soy la detective Wang —prosiguió la voz.

Tuvo que elevar un poco la mirada porque la mujer era más alta que él, rondaría el metro ochenta. Tenía el pelo corto moreno con la

raya del flequillo a un lado, una franja teñida de rubio y le miraba con unos ojos grandes y de un marrón que era el más claro que había visto nunca en una taiwanesa; casi se diría que eran verdes.

Parecía no tener frío, vestía solo un traje con una camiseta negra debajo de la chaqueta. Su aspecto y postura indicaban que se mantenía en forma. No llevaba maquillaje ni pendientes y pensó que lo haría bien en la lucha cuerpo a cuerpo. Una mujer joven y, por lo que parecía, capaz.

—¿No te incorporabas mañana? —preguntó.

—Oficialmente sí, pero estaba en la central cuando le llamaron y me ofrecí a venir.

—¿Estabas en la central a estas horas?

—Preparando mi incorporación.

No podía imaginarse qué hacía allí tan tarde, pero era otra cosa lo que le picaba la curiosidad.

—¿Por qué te han trasladado de Tainan?

—Motivos personales.

Se miraron por un momento. Ella le sostuvo la mirada, pero no dijo nada más.

No era insolencia, decidió, tan solo el deseo de intimidad.

Quizás era de esas personas que separan el trabajo de la vida privada. Una sabia receta.

—¿Qué fue del policía al que sustituyo? —preguntó ella.

—Se casó y se fue a vivir al sur de Taiwán. Su mujer no soportaba el clima de Taipéi.

Así es la vida, pensó, unos suben y otros bajan. Luego movió la mano

señalando el apartamento.

—Es tu primer caso con nosotros, echa un vistazo y dime lo que piensas.

Permaneció donde se encontraba mientras ella examinaba el apartamento. Se movía tranquila y con cuidado. Tras estudiar el salón-dormitorio y el cadáver, que para alivio de todos permaneció quieto esta vez, pasó a examinar el baño.

—¿Y bien? —preguntó él al concluir el examen.

—No lleva maquillaje, no está peinada y viste ropa de estar por casa. En el lavabo están el sujetador y las bragas con detergente y el grifo estaba abierto. Diría que acababa de llegar a casa; iba a ducharse. La puerta no ha sido forzada, lo que indica que posiblemente conocía al asesino y ella misma le abrió sin cerrar el grifo, lo que sugiere que acababa de empezar a llenar el lavabo y que la asaltaron al poco de entrar. Descartaría también un posible motivo sexual, puesto que está vestida y no parece tener marcas en los brazos ni en las piernas, solo en el cuello. Parece que la asfixiaron o estrangularon. No puedo apreciarlo sin el equipo necesario, pero me imagino que sufrió algún derrame como consecuencia de la obstrucción de los conductos respiratorios.

Él asintió de forma leve con la cabeza y se dio la vuelta para salir del apartamento.

—Además… —prosiguió ella—, hay polvo como de unos tres días y bastantes pelos. No hemos visto ni oído nada, así que diría que tenía un gato; lo más probable es que se haya escapado o esté escondido en alguna parte.

El inspector se paró, giró la cabeza y la miró sin volverse.

Interesante, pensó. La detective era interesante, ¿cuál sería la historia de esta chica? La conocía hacía menos de media hora y ya le había causado una buena impresión; era meticulosa y segura de sí misma. Las marcas en la parte de abajo del sofá habían llamado también su atención sobre la existencia del felino, escondido seguramente debajo de la cama. Problema para el equipo forense, la patata caliente estaba en sus manos. O por lo menos lo iba a estar muy pronto. Él no se iba a arriesgar a que un tigre en miniatura le sacase un ojo. Desconfiaba de los gatos, le parecían animales un poco escalofriantes.

—Bienvenida a Taipéi —le dijo saliendo del apartamento.

Ella le siguió con una sonrisa, había pasado la prueba.

Habló con los dos técnicos del equipo forense. Uno con un maletín y el otro con una Canon 5D Mark II al cuello.

—¿Xiu Cheng ya se ha jubilado o es que está de baja? —les preguntó el inspector en tono sarcástico.

—No, señor, viene de camino.

Xiu Cheng era el médico forense, con el que mantenía una peculiar relación. Nadie en la comisaría sabía si la disputa permanente que mantenían era real o una forma de pasar el rato.

—¿Algo especial que debamos saber? —preguntó el técnico que llevaba la cámara de fotos.

—No, todo vuestro.

Mientras entraban en el apartamento se acordó del gato.

—¡Cuidado con el tigre! —dijo.

Le miraron con extrañeza intentando adivinar qué era eso del tigre.

A la salida del edificio una jauría de periodistas asaltó a los detectives, aún no había cámaras de televisión. Rara vez los homicidios se salían del típico ajuste de cuentas de la mafia, mujeres asesinadas por sus novios o maridos, peleas entre borrachos…; las cadenas de televisión preferían informar de los cotilleos del mundo del espectáculo, aparentemente más jugosos para el público. Él mismo solo apareció una vez en televisión y de eso hacía ya años; fue un caso que causó mucho revuelo, un estudiante de Química que mató a su novia y después intentó deshacerse del cadáver descomponiéndolo en el laboratorio de la universidad. En la prensa sensacionalista quedó bautizado como «el asesino del laboratorio».

Le sorprendió la rapidez de los periodistas. Después de la resaca del maratón electoral que acababan de cubrir y con el chaparrón que estaba cayendo, pensó que se tomarían un respiro, pero al parecer ellos tampoco tenían derecho a dormir.

Intentó evitarlos con un gesto de la mano, pero fue inútil; la jauría le

cortó el paso. En la cola de la misma, los ojos de una chica bajita y vivaracha se cruzaron brevemente con los suyos. Era Tori Tsai, una periodista con la que había trabajado antes: tenían una buena relación. Le devolvió la sonrisa, pero la suya fue contenida en los labios y tan solo visible en sus ojos; imperceptible para el resto de personas no familiarizadas con sus expresiones.

—¿Cómo ha sido asesinada? —preguntó uno de los periodistas.

Buen intento. Tres preguntas en una: si alguien ha sido asesinado, si es mujer y cómo la han matado. «¿Pensará que nací ayer?».

—Lo único que puedo decir ahora mismo es que alguien ha muerto.

—¿Se trata de un accidente? ¿Suicidio? ¿Asesinato?

—Todavía se desconocen las causas de la muerte.

—¿Tiene relación con las elecciones?

—A estas alturas de la investigación no puedo decir nada más.

—¿Está relacionado con la mafia?

—No voy a decir nada más —dijo en tono grave y haciendo un gesto para que les dejasen paso, al parecer con la suficiente autoridad porque les abrieron un pasillo. Los siguieron intentando sonsacarles algo más. Tori se quedó atrás sabiendo que no iban a conseguir nada con ello. Cuando Liu decía se acabó, se había acabado.

Para ella, era importante retirarse con elegancia.

---4---

Día 2. Martes, 17 de enero de 2012, Taipéi

(6 días para el Año Nuevo, Año del Dragón 4710)

A las ocho de la mañana el inspector llegó a la comisaría, cerró el

paraguas, se limpió los zapatos con el felpudo rojo de la puerta en la que unos grandes caracteres chinos decían que se hallaba en la Central de Policía de Qingmei y saludó al oficial de la recepción. En Taipéi existían doce comisarías centrales, una por cada distrito, en las que trabajaban los detectives. Asimismo, cada distrito tenía comisarías más pequeñas, cuyo número variaba en función del tamaño del distrito. En ellas trabajaban los policías uniformados que respondían a las llamadas ciudadanas y los de tráfico. Dentro de cada central, el trabajo se dividía en dos secciones: la de Homicidios-hurto (encargada de este tipo de delitos, así como de chantajes, desfalcos, secuestros, desapariciones, etc.), donde trabajaba Liu; y la sección de Antivicio (prostitución, tráfico de drogas, apuestas ilegales, etc.). Cada sección estaba supervisada por un comisario principal o jefe de sección. Y, a su vez, las doce centrales dependían del director del departamento.

La comisaría central era un edificio de ocho pisos relativamente moderno. A diferencia de las pequeñas comisarías de barrio, la central tenía los techos altos y gran número de fluorescentes iluminaban cada rincón. Dejó de lado el ascensor y subió por las escaleras. Nadie en su sección cogía el ascensor, trabajaban en los pisos uno, dos y tres, y el ascensor se guiaba por dirección en vez de por proximidad; no importaba en qué piso lo llamases, solo acudía el que iba en el sentido de la flecha que habías pulsado y no el que se encontraba más cerca de ti. Todo eso añadía tiempo al empleado por el ya de por sí lento aparato.

En los pisos cuatro, cinco y seis trabajaban los de Antivicio, en el siete estaba el Cuerpo Especial de Operaciones (CEO) y en el último se encontraban la Administración y el comisario principal.

Ellos sí cogían el ascensor.

Llegó al piso tres, y tras dejar su paraguas en el despacho y servirse un café de la máquina se encaminó a la sala de reuniones.

—Beatriz Lin, veinticuatro años —dijo Josh Chang pasando una carpetilla a cada uno después de que el inspector les presentara formalmente a su nueva compañera—. Trabajaba en el banco Chinafund de la calle Zhongzheng en Yonghe. Vivía sola. Sus padres son de Tainan y no tiene familia en Taipéi.

El inspector estaba sentado con una taza de café humeante en las manos en un lado de la mesa de la sala de reuniones. A su izquierda

estaba sentada la detective Wang y enfrente los detectives Josh Chang y Hong; el total del pequeño grupo a su cargo.

—El forense ha confirmado que murió estrangulada —prosiguió Josh —, hora probable de la muerte entre las nueve y las once de la noche del sábado 14.

—¿Y del laboratorio? —preguntó Liu.

—Están con las huellas que tomaron del apartamento y las fibras de las uñas. Si hubo forcejeo no dejó ni piel ni sangre en ellas, solo consiguió arañar la ropa del asaltante.

Liu pensaba que esos análisis no los iban a llevar a ninguna parte; dudaba que el asesino hubiese dejado huellas, y hasta que no

tuviesen algún sospechoso para comparar su ropa con esas fibras sería más fácil encontrar un taiwanés que no abriese su comercio los días de fiesta que ganar algo con dicho análisis.

—Veinticuatro años —repitió para sí el detective Hong dando un sorbo de té verde, su bebida favorita. Hong era dos años más joven que el inspector, pero las pronunciadas arrugas de su cara en las que lucía unas gastadas gafas de metal parecían indicar lo contrario. Él siempre culpaba de ello a su alianza en el dedo anular y a dos adolescentes en casa, pero lo cierto es que daba la impresión de no haber sido nunca joven. Tenía cinco o seis kilos de más y siempre llevaba corbata; nadie en la comisaría sabía muy bien por qué. En voz alta dijo—: Cincuenta y nueve años.

—¿Qué has dicho?

—La esperanza de vida de una mujer es de ochenta y tres años, le han robado cincuenta y nueve años.

Sin saber qué decir a eso, permanecieron un rato en silencio.

Lo rompió el inspector.

—Coge el tren de alta velocidad a Tainan y encárgate de hablar con los familiares a ver si descubres algo de interés —le dijo, devolviéndoles a la realidad de la sala de reuniones—. Josh, tú ve a su trabajo para hablar con los compañeros. Detective Wang, solicita una orden judicial para acceder a sus cuentas bancarias y llamadas telefónicas, e intenta averiguar todo lo que puedas desde aquí.

Dicho eso salió de la sala con la carpetilla en una mano y el café en la otra, vertió el contenido de la taza en la pila del cuarto del café y tras enjuagarla se dirigió al aparcamiento. Estaba absorto en sus pensamientos y no respondió al saludo de los policías con los que se cruzó hasta llegar al coche. La gente de la comisaría estaba acostumbrada a esos momentos de abstracción y no le dieron importancia.

Los casos se resolvían por lo general en menos de cuarenta y ocho horas y no eran difíciles de desentrañar, pero algo le decía a Liu que este iba a ser diferente. Tenían que resolverlo cuanto antes; después de las elecciones y con el Año Nuevo tan próximo se olía que pronto recibirían una llamada del director del departamento.

Wang estaba sola en la sala de reuniones. No le entusiasmaba la perspectiva de horas y horas ante el ordenador y el teléfono, pero

era solo su primer día. ¿Y a dónde iba el inspector? No se molestó en decirlo. ¿Siempre era así?

Josh estaba en el banco Chinafund sentado en una silla al lado de la puerta. El banco estaba lleno y cada vez que se abría la puerta una bocanada de aire frío y húmedo le hacía estremecer. Tenía un número de espera en las manos. No se identificó como policía y observaba la dinámica del lugar y a los empleados antes de decir nada. La gente se ponía tensa en cuanto olía a un policía cerca y quería verlos al natural. En la planta baja estaban las ventanillas de atención al cliente donde se efectuaban los ingresos y salidas de dinero; seis chicas trabajaban en ellas. Al lado de la puerta un empleado de seguridad vigilaba. Llevaba la porra y pistola reglamentarias, pero como bien sabía él, dada su poca preparación no eran muy útiles en caso de suceder algo. En la planta de arriba estaban los cubículos; algunos de gestión interna del banco y otros para atender a los clientes en la realización de cambios de moneda y otro tipo de operaciones y contratos.

Josh era un detective de solo veintiséis años, pero con experiencia. Siempre quiso ser policía y estaba viviendo el sueño de su infancia. Le gustaban las artes marciales, las armas y el sentimiento que le inundaba siempre que ayudaba a alguien o resolvían un caso. Se puede decir que era un adicto a la adrenalina.

Josh medía un metro ochenta y ocho, iba al gimnasio seis días por

semana y estaba orgulloso de su físico; siempre llevaba vaqueros con polos oscuros un número más pequeño que el suyo para que se marcasen bien bíceps y trapecios. Cuidaba su cuerpo y rara vez bebía algo más que agua. Se recostó en la silla y dio un sorbo de la botella que siempre llevaba consigo mientras por megafonía se anunciaba el siguiente número: treinta y siete. Faltaban siete más.

El detective Hong estudiaba las fotos del caso. Era casi Año Nuevo y el tren estaba lleno de estudiantes que, ya libres de las clases, volvían al sur para pasar las vacaciones. Los trabajadores todavía iban a tener que esperar cinco días más. Faltaban tres paradas hasta Tainan, tenía setenta y dos minutos antes de llegar.

Podría haber llegado a tiempo de coger el tren anterior, pero

inconscientemente compró un billete para el siguiente y así posponer todo lo posible la reunión con los padres de la víctima. No le gustaba nada tener que hablar con los familiares, pese a que era algo que el inspector casi siempre delegaba en él y todos pensaban que lo hacía muy bien.

Desde que el tren bala empezó a funcionar en el año 2007 lo usaba cuando tenía que ir a Tainan: más cómodo y barato que el avión. Eran solo seis paradas y se dirigía a la penúltima. Tainan, la antigua capital de la última dinastía Ching, era invadida varias veces al día a trescientos kilómetros por hora.

—¿Qué quieres? —dijo contestando al móvil—. Claro que tienes que venir a la cena de Año Nuevo con tu madre y conmigo.

Va a estar toda la familia. No, no puedes irte al sur con tus amigos.

¿De dónde sacas esas ideas? —prosiguió incorporándose en el asiento —. ¿Acaso no quieres cenar con tu familia?

Su hijo colgó sin responder.

Hacía dos años que la comunicación con su hijo cayó en un agujero negro. Sus trece años fueron un punto de inflexión repentino. Dejó de hablar con sus padres y no quería pasar ningún tiempo con ellos. Hong no sabía qué hacer; intentó ser estricto, paciente, amigo, pero todo sin resultado. No sacaba malas notas y en el instituto no tenía ningún problema. Simplemente no quería hablar con él, ya no hacían nada juntos, ni siquiera ver la televisión.

Cuando se sentaba a su lado, su hijo se marchaba del sofá.

¿Cuánto iba a durar esto? ¿Sería una fase pasajera?

Presionó varias teclas en el móvil que le había comprado su mujer y, contemplando las fotos de sus hijos, pensó en lo que sería perder a los seres más queridos; no sabía si iba a ser capaz de sostener la mirada de la madre cuando le dijese que su hija estaba muerta.

Sesenta y nueve minutos hasta Tainan.

En la habitación 903 del KTV Liu se desembarazaba de las gotas de lluvia. Frente a él se sentaba Cuchillo Huang, un taiwanés de su misma edad, vestido con traje azul y una camisa rojo cereza.

No era un hombre demasiado robusto, pero tenía huesos anchos y músculos poderosos. Ocupaba el mejor sitio por derecho propio.

Una chica joven y atractiva le rodeaba con su brazo mientras que otra le añadía *whisky* en el vaso que tenía en la mano. Sentados más allá estaban varios guardaespaldas y lugartenientes, todos con joyas de más y trajes y camisas que pedían una incineradora a gritos. Con un gesto de cabeza, Cuchillo Huang despidió a las chicas de la habitación. Cuando salieron un soplo de aire un poco más limpio atenuó el humo que llenaba la sala. No se podía fumar en los KTV desde hacía unos años, pero eso no se aplicaba a la habitación de Cuchillo Huang.

—Hace falta un cadáver para que vengas a verme. ¿De quién se trata? —dijo a la vez que levantó el vaso en un brindis y le dio un buen trago. El reloj de oro repicó en la mesa al posarlo.

Alguien había puesto un vaso de *whisky* delante del inspector y este se lo acercó a los labios. Hacía mucho tiempo desde el último trago. El olor le trajo a la memoria pasadas batallas.

Se llevó la mano al bolsillo interior de la chaqueta y uno de los matones, el más joven, dio un paso adelante sacando una navaja de la nada. Cuchillo le frenó con un ligero movimiento del dedo índice.

Liu continuaba con la mano en el bolsillo y no se giró para mirar al matón; le seguía por el rabillo del ojo. El matón titubeó por un momento tras la mirada que le había echado Cuchillo y acabó retrocediendo un par de pasos. La navaja desapareció tan rápido como había aparecido. Liu, sacando la mano tranquilamente y sin prestar

atención al otro, le tendió la foto de la víctima a Cuchillo.

—¿La conoces?

Cuchillo miró la foto por unos momentos.

—Trabajaba en uno de mis locales.

—¿Trabajaba?

—Si la memoria no me falla, lo dejó hace bastantes meses. Si quieres la fecha exacta, te lo digo más tarde.

—¿Por qué lo dejó?

Cuchillo se encogió de hombros y dio una calada al cigarrillo.

—¿Quién la trajo aquí? —preguntó, sabiendo que las chicas o eran reclutadas por la calle o las presentaba alguien que ya trabajaba para ellos.

—Suspiro —dijo Cuchillo haciendo memoria.

Liu elevó las cejas; eso no le servía. Era obvio que ninguna de las chicas utilizaba su verdadero nombre.

Cuchillo lo entendió.

—Más tarde —dijo haciendo un gesto con la mano.

Liu asintió.

—¿Tenía un cliente habitual o alguien con un interés especial?

—Tendría que preguntarlo, pero no era de las chicas que se iban con los clientes, ya me entiendes.

Sí le entendía. Cuchillo era dueño de varios bar-KTV en los que las chicas de compañía cantaban, bebían con los clientes y les ofrecían bailes de *striptease*. Algunas podían acompañarte al salir del local para pasar la noche o parte de ella. Evidentemente había un precio añadido. Hizo un pequeño gesto con la cabeza en dirección al matón de la navaja.

—¿Ha podido ser alguien a tu cargo?

—Lo dudo, pero deja que indague —respondió Cuchillo tras pensarlo

por un momento.

A alguien le iban a apretar las tuercas más tarde, pensó Liu.

Se estudiaron un momento en silencio. No tenía nada más que preguntarle delante de los lugartenientes.

— *Gan bei* —dijo Cuchillo vaciando de un trago el contenido del vaso antes de que el inspector pudiera pararle con el gesto de su mano.

—Ya no bebo —dijo.

El matón de la navaja se echó para adelante con el dedo apuntando a Liu. La ira inundaba su cara.

—¡Cuando el jefe bebe, se bebe con él! —gritó, con gotas de saliva saliendo disparadas—. ¿Acaso no sabes…?

—¡Suficiente! —le calló Cuchillo Huang.

La exclamación sobresaltó al lugarteniente, que bajó la mano en un acto reflejo y se echó para atrás mirando al jefe con una mezcla de sorpresa y temor. Cuchillo seguía reclinado en el sofá, la expresión de sus ojos ya la conocía el lugarteniente. Su miedo era justificado. ¿A qué se debía ese repentino estallido? ¿Quién era este viejo policía para merecer semejante respuesta? Nunca había visto al jefe tratar con tanto respeto a nadie.

El silencio en la sala era ahora total, solo manchado por alguien cantando una canción de A-mei en la habitación contigua.

—¿Qué tal, Xiao Ming? —preguntó el inspector cambiando de tema, y todavía sin dignarse a mirar al joven mafioso. No le conocía y estaba claro que era nuevo.

—Como siempre —respondió Cuchillo—. ¿Tu madre?

—Sigue luchando.

El inspector se levantó, cogió el vaso de *whisky* para beberlo de un trago y lo dejó luego en la mesa con una señal de respeto. No tenía ningún problema con la bebida, simplemente un día dejó de beber, y hasta ahora. Por eso no le importó salvar con un trago la cara de Cuchillo Huang, aunque no parecía ser algo que necesitase.

Medio milímetro de curvatura en la comisura de sus labios delató a los que le conocían la sonrisa interna, que no se llegó a materializar para

el mundo, pensando en la expresión del joven mafioso. Era bueno saber que Cuchillo Huang seguía conservando su toque.

Ya en el coche sonó el móvil.

—¿Ya hay algo que declarar? —le dijo una voz conocida y una octava más alta que la suya.

Siempre le sorprendía Tori Tsai, a veces se preguntaba si no tenía cámaras ocultas por toda la ciudad. Si no fuera imposible de realizar desde el punto de vista logístico y financiero, lo habría investigado.

—¿Cómo lo haces?

—Tengo ojos y oídos en todas partes —dijo soltando una risita.

—Estamos empezando a investigar, no puedo decirte más.

—¿Entonces es un asesinato?

—La chica murió estrangulada, pero no quiero que esto se salga de madre.

—Vamos, inspector, ya me conoces.

Hubo un pequeño silencio.

—¿Algo más que puedas decirme?

—No, todavía es pronto. Pero escucha lo que te digo, Victoria, no le des bombo a la cosa.

Tori sabía que cuando usaba su nombre completo la cosa iba en serio.

—¿Y me avisarás cuando sepas algo más?

—Sí —dijo omitiendo mencionar el trabajo en el bar-KTV y una posible implicación con la mafia.

—¿La exclusiva?

—Te avisaré —repitió.

—Vale, eres un cielo.

El inspector colgó sin decir nada. Hacía años, cuando investigaba el

caso del estudiante de Química, Tori intentó sonsacarle información como uno más de los periodistas y reporteros, pero solo ella lo hizo enviándole a su apartamento dos discos de Sviatoslav Richter. Al principio le enojó su atrevimiento y la intrusión en su vida privada, pero tras pensarlo por un tiempo (durante el que escuchó los discos varias veces) decidió que había tenido gracia el descaro. Ella sabía que no iba a sacar nada con ello, pero aun así se tomó la molestia de averiguar sus gustos (él no se explicaba cómo, puesto que ningún periodista se acercaba a Cuchillo y solo este sabía cuál era su pianista preferido). Esa era otra de las cosas que le sorprendían, la increíble abundancia de recursos de la joven periodista. Los discos de vinilo de Richter eran difíciles de encontrar.

Después de aquel caso establecieron una buena amistad. Era el único periodista que tenía su número de móvil. Aun así, le ocultaba cosas o le daba la información con tardanza cuando lo creía necesario. Este era uno de esos momentos.

La detective Wang había ido al baño cinco veces y ahora se estiraba de pie delante de su escritorio. Flexionó el cuerpo por la cintura sin doblar las rodillas, con los antebrazos por detrás de las piernas, y mantuvo la cabeza casi a la altura de los pies mientras ejecutaba una respiración muy larga. Tras casi un minuto en esa postura se sentó de nuevo frente al ordenador soltando un lamento.

Odiaba estarse quieta. Después de varias horas escarbando en la vida de Beatriz Lin, no sabía si su trabajo se podía calificar de productivo. Beatriz se trasladó desde Tainan a Taipéi para estudiar inglés en la universidad. Se sacó el carnet de conducir y solo había trabajado en el banco. Ni detenciones ni multas de tráfico, nada.

Solo esperar que el juez le concediese la autorización para ver las

cuentas bancarias, algo no tan fácil. Con suerte la tendría antes de veinticuatro horas.

Josh estaba en el despacho del director de la sucursal del banco. Un tipo gordito de cara agraciada que parecía tranquilo. Le habían ofrecido té y café tres veces. Tenía don de gentes; algo hacía que confiaran en él inmediatamente. Su atractivo físico definitivamente no le perjudicaba y, aunque no era de un guapo desbordante, cuando sonreía mostrando sus hoyuelos las chicas tendían a enamorarse.

Llevaba esa losa con gracia y cuando no estaba en el gimnasio era normal verle en compañía de alguna mujer.

—Era una empleada buena, pero nada destacable —dijo respondiendo a su pregunta—. Hacía su trabajo correctamente. Eso es todo.

—¿Alguna disputa en el trabajo? ¿Algún enemigo o alguien con motivos para hacerle daño?

—No, nada por el estilo.

—¿Y qué hay de sus amigos, novios, alguien que viniese a recogerla?

—No, nunca vino nadie a buscarla. Ahora que lo pienso, creo que nunca la vi con nadie.

—Y dice que estuvo trabajando aquí cerca de dos años.

—Sí, correcto.

—¿Y en ese tiempo no pidió días libres?

—No.

—¿Ausencias no justificadas?

—No, como le he dicho, era una buena empleada en todos los sentidos.

—Gracias por su tiempo, por favor, llámeme si recuerda algo más —dijo tendiéndole una tarjeta—. Si no le importa, me gustaría hablar con sus empleados uno a uno y echar un vistazo a la mesa en la que trabajaba.

—Sí, no hay problema —dijo el director, aliviado de que hubiese terminado de hablar con él—. Si quiere, puede usar la habitación de personal que está enfrente.

—Muy agradecido.

He An, la madre de Beatriz, era una mujer afable, un tanto oronda, con el pelo corto y unas facciones suaves en las que se marcaba el cansancio del paso de los años.

Desde que Hong le dijo que venía de Taipéi, se temía lo peor;

palideció notablemente y empezó a temblar.

—¿Quiere que llamemos a su marido? —preguntó tras comunicarle las noticias.

Ella asintió, pero sin pronunciar palabra; no podía.

Hong sacó su móvil y la miró por un momento en espera del número que no sabía. Ella lo entendió y cogió el inalámbrico pulsando el primero de la marcación rápida. Su marido contestó al tercer pitido.

—Tienes que venir a casa.

—¿Qué pasa?

—Beatriz…

—¿Qué pasa?… ¡¿Qué sucede?!

—… Nuestra pequeña… ella… —No pudo terminar la frase y se echó a llorar tendiéndole el teléfono a Hong. Este lo cogió y le explicó al marido la situación; cuando hubo acabado estaba sudando y tuvo que aflojarse el nudo de la corbata.

—¿Por qué no preparamos un té mientras esperamos a su marido?

La mujer asintió y se movió por la casa como un muerto viviente: automáticamente, con los ojos rojos y sin pronunciar palabra.

Hong la siguió de un lado a otro también sin decir nada; lo estaba pasando casi tan mal como la pobre mujer. Al lado de una embarazada con contracciones, las de Hong eran tanto o más dolorosas.

Al poco de sentarse en el salón con el té llegó el padre.

Zhao Qun, el padre, también era una persona afable y desprovista de toda rudeza. Rechonchete como su mujer y un poco más alto.

Hong les mostró una foto de Beatriz en primer plano, la menos escalofriante de las tomadas por el equipo forense. Ellos confirmaron que era su hija. Un trámite oficial.

Al día siguiente irían para reclamar el cuerpo y llevar a cabo los arreglos necesarios.

Abrazados uno a otro, con las manos cogidas y atrapados por una

creciente pena, trataban de sobrevivir al impacto.

Hong no sabía si lo conseguirían y de ser así cuánto tiempo les llevaría.

Beatriz era la única hija que tenían. Que habían tenido.

En la hora que llevaban hablando un intercambio de preguntas se había producido entre el veterano detective y ellos, todos tras las mismas respuestas. ¿Cómo? ¿Quién? ¿Por qué?

—Últimamente estaba un poco más distante que de costumbre

—dijo el padre.

—¿En qué sentido?

—Nos llamaba con menos frecuencia.

—¿No saben a qué se debía? —dijo Hong con la libreta en una mano y aflojándose aún más la corbata con la mano que sujetaba el bolígrafo.

Ellos se miraron viendo en el otro el propio desconocimiento.

—Pensamos que estaba más ocupada trabajando en el banco; con la crisis y todo, ya sabe.

—¿Puede ser que se hubiese echado un novio?

Ambos se miraron.

—No… No sé —dijo ella—. Podría ser, pero no nos dijo nada.

¿Cree que… podría haber sido por un novio?

Hong hizo un gesto de que todo era posible.

—Pero siempre que hablábamos se la notaba muy contenta —

dijo ella mirando a su marido. Este asintió y le cogió la mano con fuerza.

—¿Se les ocurre alguna persona que hubiese querido hacerle daño?

Los dos negaron con la cabeza.

—¿Qué me pueden decir de sus amigos?

—Estudió en una universidad de Taipéi —dijo el padre sin ocultar que estaba orgulloso de ello— y no conocimos a ninguno de sus compañeros.

—¿Qué hay de sus amigos aquí en Tainan?

—Creemos que no mantuvo el contacto con nadie del instituto

—explicó su mujer tras reflexionar acerca de ello.

—¿Puedo ver la habitación donde vivió de pequeña?

—Sí, por supuesto. Sigue estando igual que estaba.

Hong bebió un poco del té verde que le habían servido antes de acompañarlos por el pasillo.

—¿Tiene hijos? —preguntó la madre.

—Dos —dijo asintiendo. Al momento un inevitable y conocido sentimiento de malestar le invadió.

El inspector Liu había aparcado a unas manzanas de la casa de Beatriz. Quería echar un vistazo al barrio y hablar con algunos de los vecinos, a pesar de que los policías uniformados se encargaban de hablar con dueños de bares, comercios, vecinos de las casas colindantes… El *whisky* le había calentado y sentía ganas de pasear pese al frío, la lluvia y que su paraguas descansaba olvidado en el despacho.

Solo sacó en claro que Beatriz solía desayunar en el mismo sitio y que en el 7-Eleven de la esquina la recordaban como una persona introvertida, nadie parecía haber intercambiado más de dos palabras con ella.

Dentro del edificio, habló con los vecinos que encontró en casa.

Ahora lo hacía con el del quinto.

—Cualquier cosa que pueda recordar puede ser útil.

—Esa es la cuestión, no hay nada que recordar. Nunca he tenido un vecino menos notable, casi como un fantasma.

«Otra vez con los fantasmas —pensó—. Qué manía la de la gente con los fantasmas, los zombis, los vampiros, las momias…».

—Me crucé con ella pocas veces en la escalera y nunca la oí en su casa armando jaleo o con la música alta, amigos ni nada parecido.

—¿Algún novio?

—No, que yo sepa.

—¿Amigas?

—No, nunca la vi con nadie. Solo con las otras dos chicas que antes vivían con ella.

—¿Alguien que viniera a trabajar en la casa o a arreglar algo?

—No.

—¿Estuvo usted en casa la noche del sábado?

—Sí, pero volví tarde.

—¿No notó nada fuera de lugar?

—No, nada.

—¿Sabe cómo localizar a las jóvenes que vivían con ella?

—No, pero su casera debe saberlo.

«Un hombre tan inteligente debería ser policía», pensó.

—Gracias por su tiempo.

Antes de irse sacó el libro de Reverte, desde la noche anterior irremediablemente ligado al caso de Beatriz Lin. Revisó sus notas, apuntó un par de cosas más y lo volvió a guardar.

Sofía Pereda le había regalado *El pintor de batallas* el día que se despidieron en el aeropuerto de Tokio. Hacía tres años de eso.

Sofía era una policía española especializada en prostitución, trata de blancas, maltrato a las mujeres, es decir, el contenido de las jornadas internacionales de cinco días en Tokio. Liu asistió a las mismas en sustitución de un compañero enfermo a última hora. Lo hizo a regañadientes. Pensaba que esas reuniones no servían para nada, eran aburridas y, además, no creía que su compañero estuviera realmente

enfermo. Sin embargo, conoció a Sofía; ella no hablaba chino ni él español, pero se las apañaron para comunicarse con el mal japonés y mejor inglés de uno y el buen inglés y escaso japonés de la otra. Simpatizaron primero, intimaron después y las jornadas no tuvieron nada de aburridas. Cuando ya en su avión abrió el libro, dio con una dedicatoria en tres idiomas: inglés, español y chino. La escrita en chino estaba hecha con cariño. La dedicatoria decía así: «Para Liu, esperando que volvamos a encontrarnos, en Madrid, en Taipéi o a mitad del camino. Con amor, Sofía». Un día comprobó la distancia. Madrid-Taipéi, 10 805

kilómetros en línea recta. También en línea recta el punto medio estaba en Irán. Un pueblo de menos de tres mil habitantes llamado Deyhuk. Un punto en la nada. Luego compró el libro traducido. Lo había leído tres veces.

De camino al coche recordó el repentino deseo de aprender español que se apoderó de él cuando iba por la mitad del libro para

poder leerlo en su idioma original. Controló el deseo sabiendo que no podría emplear el tiempo y esfuerzo necesarios para aprender una nueva lengua. Ahora ya era más maduro que cuando se compró un violín para tocar sus melodías favoritas. El violín acumulaba polvo en un armario.

De vuelta a Taipéi, Hong repasaba su conversación con los padres de Beatriz y miraba las fotos que le había dado la madre.

Beatriz era guapa, ni gorda ni delgada, cara redonda, pelo teñido de rojo, unos grandes ojos negros constituían su rasgo notable.

Aparecía más joven, sonriente, llena de alegría y vida. A Hong le seguía pareciendo solo una niña.

Pensaba que ya había pasado lo peor cuando su móvil sonó de nuevo.

—¿Pero qué le has dicho? —preguntó Ching Ying, su mujer.

—Pero si yo no le he dicho nada.

—Pues está que trina, no ha querido ni cenar y se ha encerrado en su habitación.

«Qué diablos, si yo no he hecho nada», pensó él. Después de cuatro

horas de empatía y conversación entre sollozos con los familiares de la víctima, ahora esto. No estaba muy seguro de que pudiera volver a entender las cosas nunca más, cada vez era todo más difícil.

—¿Llegarás muy tarde? —inquirió su mujer.

—Un poco, tengo un día largo hoy.

—No comas *xiaoye[1]* por ahí, aquí tienes las sobras de la cena.

—Vale.

Como no iba a poder concentrarse en el caso, decidió descansar el resto del trayecto. Se recostó en el asiento del tren bala y cerró los ojos con la mente puesta en su hijo. Le esperaban unas agrias vacaciones.

Josh se guardó la libreta en el bolsillo, dio un buen trago de agua y se puso el abrigo de marca. A la salida del banco abrió el paraguas y pensó que había sido un día productivo. Aunque no sabía mucho más acerca de la víctima, tenía el número de teléfono de varias de las chicas. Era muy enamoradizo y pensaba que encontraría a su futura mujer entre ellas. Después de cinco o seis citas esa certeza desaparecería y estaría seguro de localizar a su futura mujer en alguna otra parte, pero hasta ese momento disfrutaría al máximo. Se sentía preso de una felicidad eternamente renovable.

Le quedaba más de una hora hasta la reunión y decidió pasar por el gimnasio de la policía. Algo de ejercicio y una ducha para quitarse el frío y la incomodidad de la lluvia se le antojaban el mejor remedio. Un repentino pensamiento le asaltó: ¿con cuál de las chicas conseguiría ducharse primero?

De vuelta al despacho, una jaula y una lata de atún encima de su escritorio sorprendieron al inspector Liu. Dentro de la jaula había un enorme gato negro. «Lo hemos bautizado Pequeño Liu, no olvide darle de comer», decía la nota que colgaba fuera.

¿Qué significaba esto? ¿Estaban locos los del equipo forense?

¿Qué pretendían dejando esa abominación en su mesa?

Descolgó el teléfono y marcó el número del médico forense.

Nadie contestó.

El gato permanecía tumbado en la jaula y con ojos amarillo-anaranjados seguía el quehacer del inspector.

Tras unos momentos de deliberación, Liu trajo un tazón en el que echó el atún y puso la jaula en el suelo antes de abrirla; pesaba una barbaridad. ¿Una latita tan pequeña de atún saciaría el hambre de un animal tan voluminoso?

El gato salió con lentitud y con el cuerpo a ras de suelo empezó a inspeccionar su nuevo entorno. Tenía un pelaje corto y totalmente negro, excepto por la parte de las patas cercana a las pezuñas, que eran de color blanco. Daba la impresión de llevar guantes puestos; un gato con esmoquin.

El inspector sacó la pistola de la cartuchera y antes de meterla en el cajón se la enseñó al gato acompañándose de un movimiento de cabeza.

—Si te cagas en el despacho, te pego un tiro —le dijo. Luego se levantó, abrió la puerta y, sin cerrarla, se dirigió a la sala de

reuniones, con la esperanza de que el gato hubiese desaparecido a su vuelta.

Wang fue la última en entrar en la sala, lo que la incomodó un poco. No llegaba tarde, pero no le gustaba ser la última. Tomó nota mentalmente de llegar siempre antes de tiempo en el futuro y se sentó en el mismo sitio de la mañana, intentando crear así una rutina.

—¿Qué habéis averiguado? —preguntó Liu, que tenía otra taza de café humeante delante de él.

—Según sus padres, Beatriz era agradable, cariñosa, se llevaba bien con todo el mundo, era algo tímida, dejó de relacionarse con los amigos de Tainan y sospechaban que tenía un novio —dijo Hong—, pero ni ellos le preguntaron, ni ella dijo nada.

Ya sabéis cómo es la cosa, ojos que no ven, corazón que no siente.

Desde hace cinco o seis meses estaba un poco más distante y menos

comunicativa con su familia.

—Pediré a la policía de Tainan que nos eche una mano con los que conocía allí. En su casa no hay indicios de que tuviese pareja —

dijo el inspector—. Si tenía un novio, ha de haber dejado algún rastro. Wang, ¿encontraste algo?

—No, nada. Ni en sus registros telefónicos ni en sus páginas de Internet. Y es casi imposible que alguien con pareja no se comunique así.

—No necesariamente —dijo Josh, a quien más de una vez le había tocado cambiar de número de móvil para evadirse de algún antiguo ligue.

Wang le echó una mirada desdeñosa, llena de inteligencia.

—En el trabajo no tenía problemas ni enemigos —continuó Josh, quien todavía tenía el pelo húmedo y una toallita alrededor del cuello después del gimnasio—. Lo único destacable es que desde hacía varios meses era normal verla llevando una bolsa más.

—¿Una bolsa?

—Sí.

—Hm.

—La fecha da que pensar, el día de las elecciones —dijo Josh

—. ¿Será algo político?

Liu y Hong cruzaron una mirada fugaz. Mejor que no se tratase de eso. Un antiguo compañero de academia fue asignado a la investigación del presunto intento de asesinato al anterior presidente en el año 2002. Significó el final de su carrera profesional. Ahora trabajaba en una pequeña comisaría en la isla de Kinmen, la más alejada del país y más cercana a China (en algunos puntos a tan solo dos kilómetros); solía investigar allí crímenes cometidos contra la flora y la fauna.

—Es muy poco probable —dijo Wang, contestando a la pregunta—. Seguía estando empadronada en Tainan y no votó.

Josh abrió la boca como para decir algo, pero se lo pensó mejor.

—Sabemos casi a ciencia cierta que la mató alguien a quien conocía lo

bastante como para dejarle entrar en su casa de noche

—dijo el inspector—, ¿hablaste con todo el personal del banco? ¿Y

no hubo nada que te llamase la atención?

—El jefe estaba un poco nervioso, pero era por tratar con la policía. Nadie levantó mis sospechas.

—En su casa no hay ni rastro de otra persona, ¿llevaría ropa y cosas de aseo en la bolsa para quedarse en casa del novio? —dijo Hong retomando el tema anterior.

—¿Todos los días? —dijo Wang—. ¿Y por qué no dejarlos allí?

—Quizás no quería ese compromiso —dijo Josh.

—O quizás no tenía siquiera novio —replicó ella extendiendo los brazos.

¿Cuál era el problema de esta chica con él?, pensó Josh.

Directa era directa, pero sentía contra él un tono de sequedad que rozaba lo hostil. Hong le sacó de esta reflexión antes de poder decir nada.

—Lo que está claro es que en estos últimos meses hubo un cambio en su vida —dijo—. Coinciden en eso los compañeros y su familia.

—Solo tenemos que averiguar la causa —dijo Liu en el momento en que sonaba su móvil, era Cuchillo.

—Apunta la dirección de Suspiro.

—Tenemos que hablar con sus excompañeras —le dijo mientras lo anotaba.

—Ya sabes cómo es la cosa; no importa lo que yo les diga, no van a hablar contigo abiertamente.

Cuchillo tenía razón. No le entusiasmaba la idea de mandar policías como clientes a un bar-KTV, pero de esa manera quizás pudiesen averiguar algo de interés. Por la vía directa no iban a conseguir nada.

—¿Dónde? —preguntó.

—Apunta otro nombre y teléfono.

Lo hizo y colgó.

—La chica —no le gustaba usar el nombre de las víctimas si podía evitarlo— estuvo trabajando en un bar-KTV de Cuchillo durante casi toda la universidad. Lo dejó hace seis meses.

—¿Cuchillo? —preguntó la detective Wang sorprendida—.

¿Ese Cuchillo?

—Sí, Cuchillo Huang.

Hong y Josh estaban al corriente de la relación entre los dos hombres y no se sorprendieron al oírle.

—Si lo dejó hace seis meses, eso confirma el cambio que hubo en su vida —dijo Hong.

—Sí —respondió Liu—. Josh, quiero que vayas mañana al bar-KTV donde trabajaba y hables con la gente, pero intenta pasar desapercibido. Vete con Hong, un grupo de amigos, y que lo pasen bien, ya me entiendes. No seáis muy evidentes. No desentonéis.

—¿Le puedo pasar la factura al cuerpo?

El inspector se rascó la cabeza por un buen rato.

—Ya buscaré la manera de declararlo como gastos. Llama a esta mujer y concreta la cita para mañana —le dijo tendiéndole una hoja con el número escrito—. Y llama desde una cabina telefónica o desde el teléfono de algún amigo, no uses el tuyo.

—Entendido.

—¿Quién fue su «patrocinador»? —preguntó Hong, que conocía el funcionamiento interno de esos locales.

—Una compañera de la universidad. Mañana iré a hablar con ella.

—Volviendo al tema de la bolsa —dijo Wang—, quizás la usaba para ir al gimnasio.

—Poco probable —dijo Josh sin poder contener una sonrisa un tanto desdeñosa pensando en el porcentaje tan bajo de chicas taiwanesas que iban al gimnasio.

Ella le fulminó con la mirada.

—¿Algo ilegal quizás? —dijo Hong.

—Todo es posible —dijo el inspector dando por concluida la reunión —. Dadle vueltas a la cosa y consultadlo con la almohada.

Por lo menos tenemos nuevas vías de investigación abiertas.

Josh y la detective Wang fueron los primeros en abandonar la sala, cada uno en una dirección.

—¿Qué piensas? —dijo Hong señalándolos con la cabeza.

—Justo lo que venía necesitando Josh, alguien que le baje los humos machistas —contestó el inspector con más de medio centímetro de sonrisa en los labios. Llevaban casi veinte años trabajando juntos y en presencia de su amigo se lo permitía.

Hong soltó una risa cómplice que rápidamente se tornó en mirada grave.

—Inspector, pregunté en el departamento de Tainan como me dijo, pero nadie quiso hablarme del traslado de la detective Wang.

En cuanto mencioné su nombre se cerraron en banda, como si fuese un tema tabú.

—Hm. ¿Y qué opinas?

—No sé, difícil de saber. Diría que cabreó a algún pez gordo.

—La veo perfectamente capaz de eso. Gracias de todas formas.

—No hay problema.

—¿Quieres ir a tomar un té?

—No, tengo que ir a casa. Mi hijo está otra vez esparciendo cizaña.

—Suerte.

Hong se levantó, pero ya en la puerta volvió sobre sus pasos.

—¿Su madre sigue…?

—Sí —respondió Liu, sorprendido por el tratamiento formal de su amigo.

—¿Dónde pasarás las fiestas?

—Probablemente en el hospital.

—Sabes que puedes venir a casa.

El inspector volcó el café frío en la pila, no sin antes olerlo por última vez. Luego pasó por su despacho para recoger el paraguas.

No había rastro del gato y eso le hizo dudar de sus sentimientos. La marcha del gato no le alegraba tanto como esperaba. Se descubrió temiendo que le pasara algo, pero ¿qué demonios le iba a pasar a un gato? ¿Acaso los gatos no eran animales callejeros por definición? ¿Y qué o quién iba a meterse con semejante monstruo?

Pobre del perro o vehículo que se le aproximase.

Después de dejar su pistola en la comisaría y registrarla (ningún policía se la llevaba a menos que estuviera de servicio), le tocó abrir el paraguas porque estaba diluviando. Una vez dentro del coche respiró hondo por unos momentos, se sopló las manos y se las frotó varias veces antes de ponerlo en marcha. Esta vez fue la radio la que se encendió automáticamente y una voz comenzó a hablar sobre las recientes elecciones. Cambió la radio a modo CD y Sviatoslav Richter comenzó a tocar la Sonata de Schubert en sol mayor. Era un concierto del año 1977. El primer movimiento lo interpretaba en veintiséis minutos, más o menos el tiempo que tardaba de la comisaría a su casa sin atascos. Le gustaba esta sonata particularmente los días de lluvia y por la noche, le creaba una nostalgia que le hacía sentirse vivo.

Un suave ruido de protesta de su estómago le recordó que se había saltado la cena. Puso el intermitente y emprendió el camino a casa. Cruzando el túnel de Xin Hai, situado al lado de la funeraria del sur de la ciudad y del que abundaban historias de fantasmas, le asomó una pequeña sonrisa a los ojos al recordar la expresión del policía de la noche anterior al decir que la muerta había revivido.

Entonces unos ojos amarillos en el asiento de atrás le hicieron dar un brusco frenazo. Hablando de fantasmas. Una forma negra estaba clavada en el asiento de atrás. Así que el gato no había desaparecido después de todo. ¿Cómo diablos había entrado en el coche?

---5---

Estaba sobre la colchoneta con las piernas cruzadas y el olor a incienso inundaba la habitación. Ya casi podía respirar tranquilamente y relajarse. Nadie preguntaba nada. Después de tres días nadie llamaba a su puerta. Tan solo unas líneas en el periódico acerca de esa alma indeseable, pero nada en televisión. Su muerte pasaba desapercibida. Un alma en el olvido. Nadie establecía ninguna conexión. Estaban a salvo. Su familia estaba a salvo. Era su deber protegerlos como fuese. Nadie más veía a esas zorras como lo que eran, la destrucción que habían estado a punto de causar. Por suerte lo notó y pudo evitarlo.

Sí, ya podía respirar tranquilo. Ya notaba que su sangre y energía fluían de nuevo normalmente. Y la policía ni siquiera había encontrado a la otra muerta. Aquella vez lo resolvió mucho mejor, tuvo tiempo para planificar. Con esta todo fue mucho más desordenado. Hasta le había tocado mirar su cara mientras la estrangulaba y ver la expresión de sus ojos. Esa expresión de pánico y súbita comprensión. Casi había palpado su energía cuando se extinguía, su alma abandonando su cuerpo al morir.

No le proporcionó ningún placer verlas morir como les pasa a los psicópatas o criminales. Tan solo el placer de saber que había hecho lo correcto. Creía en el karma y era seguro que en su próxima vida iba a ocupar un lugar destacado. Había hecho lo que tenía que hacer. Había que proteger a la familia. Sí, ahora todo había vuelto a la normalidad y podían seguir con su vida. No iba a perder a su familia otra vez. No podía dejar que eso sucediese.

---6---

Día 3. Miércoles, 18 de enero de 2012, Taipéi

(5 días para el Año Nuevo, Año del Dragón 4710)

Les había costado, pero dieron con las antiguas compañeras de Beatriz Lin gracias a la información dada por la dueña del piso.

Josh iba a hablar con una y Hong con la otra. Wang se encontraba en los juzgados para recoger la orden judicial necesaria para investigar las cuentas bancarias de la víctima.

El inspector estaba en el último piso de la comisaría, en el despacho de Chen Guo-Qiang, el comisario principal (jefe de sección). Las facciones de Chen recordaban un tanto a las de Hong, con cara de bonachón y bastantes arrugas, pero era un poco más bajo y nada obeso, a pesar de haber ganado quince kilos desde que dejó de fumar. Antes parecía un fideo. En la investigación de un homicidio había que exponerle la táctica que había que seguir.

El comisario cogió un caramelo para la garganta de un tarro que tenía sobre su mesa y empezó a chuparlo. Era una buena mesa de madera de roble, que contrastaba con las bandejas de plástico amarillas con papeles apilados. Al lado, unas lámparas aromáticas daban un extraño pero no desagradable olor al despacho. Al inspector le resultaba familiar, aunque no conseguía recordar qué era.

—¿Dónde estamos? —le preguntó. El comisario solía usar frases de significado poco claro y su interlocutor tenía que interpretarlas por el contexto o bien proporcionarles un contexto para que adquiriesen significado. Ahora, claro, preguntaba por dónde iba la investigación, no en dónde estaban ellos.

—Hemos hablado con la familia, compañeros de trabajo y vecinos. De momento no hay nada destacable.

—¿Y estamos próximos a hacer algún arresto?

El comisario siempre con prisas. La paciencia no era una de sus mayores virtudes.

—No.

Chen hizo un sonido con la garganta que quedó cubierto por una fuerte tos, duró un buen rato.

Esperó. Chen no le llegaba a caer mal, pero tenían una relación fría. Era un buen policía que había llegado a su puesto gracias a su esfuerzo y dedicación, pero a ojos de Liu llevaba demasiado tiempo entre burócratas y empezaba a pensar y actuar como uno de ellos.

Dudaba que le quedara algo de su espíritu de investigador.

—¿Algún sospechoso? —dijo tras reponerse y dar un sorbo al té medicinal que tenía encima del escritorio.

—No.

—Entonces, ¿no tenemos nada?

«Otra vez —pensó—. Yo tengo un coche viejo y una colección de discos y libros».

—Mi equipo está hablando con sus antiguas compañeras de piso y a lo largo del día podremos ver sus cuentas bancarias.

Además, la chica —seguía sin usar su nombre— estuvo trabajando en un bar-KTV durante años; vamos a ver a dónde llegamos por esa vía.

—Hm —dijo Chen. Era un buen trabajo para un solo día y lo sabía—. He visto un par de líneas en el periódico…

—Sí. Parece que está todo controlado.

—Me ha llamado el director y me ha dicho y repetido que arriba quieren mantener la cosa tranquila. No es momento de que haya la más mínima publicidad negativa. Que siga la cosa así.

Chen solo hablaba claramente cuando ponía las órdenes en boca de otra persona. Liu no dijo nada.

El comisario guardó las fotos y papeles del caso en la carpetilla correspondiente y los puso de vuelta dentro de la bandeja portapapeles. Después desvió inconscientemente la mirada a la foto de su hijo que tenía sobre el escritorio. Su hijo estaba preparándose para ingresar en el cuerpo de bomberos, algo que le dolía un poco a Chen. Siempre existió cierta rivalidad entre los dos cuerpos.

—¿A qué te huele todo? —Era su mejor detective y respetaba su opinión.

De nuevo, el comisario se refería al caso, no al olor de las cosas del despacho. El inspector pensó por unos momentos.

—No sé qué decirle, no me parece algo sencillo.

Chen asintió con la cabeza dando la reunión por terminada y Liu se levantó, entonces el otro empezó a toser de nuevo. Liu estaba

convencido de que tenía bronquitis crónica, aunque nunca se lo había preguntado. Chen había sido un fumador empedernido hasta que años atrás su mujer contrajo cáncer. Ella murió y él dejó de fumar. Desde entonces arrastraba una continua tos que intentaba aplacar con caramelos medicinales. Se metió otro en la boca.

—Inspector, el director quiere tener todo esto resuelto antes del Año Nuevo chino: el culpable en la cárcel, la víctima bajo tierra y los

padres con las respuestas necesarias.

Liu no dijo nada, pero pensó que varios de los otros posibles órdenes serían nefastos: el culpable con respuestas, la víctima en la cárcel y los padres bajo tierra o el culpable con respuestas, los padres en la cárcel y la víctima bajo tierra.

Quedaban cinco días para el Año Nuevo, no era gran cosa.

—Comisario, ¿por qué ha sido trasladada la detective Wang?

Chen se encogió de hombros.

—No lo sé; me vino de arriba.

Liu se despidió con la cabeza y salió del despacho quedándose sin saber si arriba era el director, el ministro o el cielo.

La tarde del día anterior recibió la llamada de la oficina del director del departamento; más pronto de lo que esperaba. No le molestaba demasiado reunirse con el comisario Chen, pero odiaba las reuniones con el director. Por suerte, no eran frecuentes. Sería afortunado si después del almuerzo, como muy pronto, pudiera retomar la investigación. Qué desperdicio de tiempo.

Dejó el paraguas en el coche para no olvidarlo y el coche en el aparcamiento al aire libre que no estaba lejos de la puerta de entrada. El edificio donde trabajaba el director del departamento era un monstruo situado en una de las zonas más prósperas de Taipéi, el barrio Xin Yi. Además de diferentes órganos administrativos del Departamento de Policía, también trabajaban en él los altos cargos de Asuntos Internos.

El inspector mostró su carnet de policía, dejó la pistola en recepción y pasó por el detector de metales.

Ya en el piso dieciocho saludó a la secretaria del director, que le dijo que este le recibiría en un momento ofreciéndole un sillón; se sentó sabiendo que el director nunca recibía inmediatamente.

Comenzó a tararear mentalmente la *Quinta sinfonía* de Beethoven.

Esta vez la espera duró cinco minutos.

Cuando entró, el director James Chian estaba todavía al teléfono. Liu se sentó en una silla delante del escritorio mientras el director terminaba la conversación dando vueltas por el despacho y mirando por la ventana. La lluvia empezó a caer a raudales, pero no se oía sonido alguno. Los cristales eran especiales, muy gruesos.

La vista desde allí era magnífica, se veía la ciudad entera; muchos matarían por ese despacho. Liu no era uno de ellos.

Acabada la conversación el director se sentó en su sillón giratorio y puso su iPhone en el escritorio al lado de otros dos teléfonos, un ordenador portátil finísimo y otro par de aparatos cuya utilidad, si la tenían, desconocía Liu. Estaba casi seguro de que en todo el despacho nada tenía más de cinco años; exceptuando el director, que, aunque aparentaba cuarenta, rondaba los cincuenta y cinco. Igualaba el metro setenta y cinco de Liu, pero era más delgado; nunca había hecho deporte. Usaba trajes caros y hoy llevaba uno gris oscuro acompañado de una pajarita.

—Me ha llamado el comisario y me ha dicho que no tiene pistas. ¿Es eso cierto? —preguntó reclinándose en el sillón y cruzando las manos encima del estómago.

—Tenemos pistas, pero todavía no tenemos ningún sospechoso.

—¿Cómo es eso?

—Todavía es pronto.

—No, todo lo contrario —dijo ajustándose meticulosamente la pajarita —. El comisario está muy nervioso, me ha dicho que necesitamos resolver esto antes del Año Nuevo chino. El tiempo apremia.

Liu se cruzó de piernas; seguía viendo la pajarita exactamente en el mismo sitio.

—¿Necesita más hombres? —insistió el director.

—Necesito más tiempo.

—Según el comisario, todos los crímenes se resuelven en las primeras cuarenta y ocho horas, y si no lo he entendido mal ya han pasado tres días.

—Hoy es el segundo día de la investigación —aclaró Liu, sin ganas de puntualizar mucho más ni de intercambiar estadísticas.

— *Not good* —dijo el director en inglés.

Liu sabía que Chian había estudiado en Harvard y le gustaba mezclar expresiones inglesas en su discurso. ¿O era Princeton?

Hizo también un máster en Administración de Empresas y dirigía el cuerpo de policía como si fuera una empresa. Ahora era algo normal cursar estudios en el extranjero, casi hasta un requisito para optar a un buen trabajo, pero en la época de Chian muy pocos tuvieron la oportunidad de hacerlo y a su vuelta fueron como dioses, pudiendo pedir el cielo y más. Liu, siempre que le veía, se preguntaba qué le atrajo al cuerpo de policía.

—En cuanto a la prensa… —dijo Chian pasándose la mano por el flequillo—, es mejor no decir más de lo necesario, resolverlo rápido y que den la noticia después—. Chian tenía un flequillo largo y negro. En toda su cabellera no se veía ni una sola cana y Liu dudaba de si se las teñía o arrancaba—. Pero hay que resolverlo antes del Año Nuevo chino. El comisario ha sido tajante al respecto.

Como le decía, *time is money* —remató, nuevamente en inglés.

Sentía deseos de decirle que él y el comisario dejasen de pasarse la pelota el uno al otro y que si era tan importante el tiempo dejasen de malgastar el suyo, pero se contuvo. Odiaba que le enviaran de un lado a otro para decirle las mismas cosas.

—Tan solo quiero que aprecie la gravedad de la situación —dijo Chian levantándose del sillón para terminar la reunión.

—Estoy seguro de que Beatriz Lin la aprecia.

—¿Quién?

—Beatriz Lin, la muerta —repitió en tono suave, pero lo bastante irritado por dentro como para dejar a un lado su pequeña manía de no usar el nombre de la víctima y hacerlo no una, sino dos veces

seguidas.

El director se dio la vuelta y cruzó las manos detrás de la espalda mirando a la pared; en ella estaban colgados sus títulos y las fotos tomadas junto a los últimos presidentes del Gobierno.

—Eso es todo —dijo.

Salió sin decir palabra. Seguía pensando que Chian era un perfecto ejemplo de cómo un hombre inteligente puede ser un completo imbécil.

Ya en el ascensor, pensó: «¿O era Cambridge?». Todos los nombres le sonaban iguales.

Al llegar al coche la *Quinta sinfonía* de Beethoven seguía sonando en su mente. Solía reproducir piezas en su cabeza, ponerse a hacer otra cosa y, al terminar, la pieza seguía transcurriendo sin que se hubiese interrumpido. Había leído en alguna parte que esta era una de las cualidades que poseía Arthur Rubinstein; a quien a menudo sus amigos le hacían pruebas a modo de juego para comprobar si era verdad. Nadie sabía que él también tenía esta cualidad, aunque le hacía ilusión saber que compartía algo con el gran pianista.

Puestos a elegir, hubiese preferido que fuese su manera de tocar.

Wang ya estaba de vuelta en la comisaría, contenta por tener la orden judicial pero desganada por tener otra vez trabajo de oficina.

Estaba sola en la sala; se quitó las botas y los calcetines, se sentó cruzando las piernas encima de la silla con la espalda bien recta y encendió la lámpara. Tras cinco horas de deporte o entrenamiento casi no pestañeaba, pero unas pocas sentada sin moverse la dejaban molida. Soltó un suspiro y presionó varias teclas devolviendo la vida al ordenador.

—Vivíamos juntas, pero Beatriz y yo no éramos íntimas —le dijo a Josh Xiao An, la joven que estaba sentada en el sofá frente a él.

—¿Nunca hablaban de cosas personales?

—Casi nunca.

—¿No tenían amigos comunes?

—No.

—¿Cómo terminaron compartiendo piso?

—De lo más sencillo; vi un anuncio en Internet y lo contesté.

Nadie nos presentó ni nada por el estilo. ¿Está seguro de que no quiere un café o un té?

—No, gracias. Pero un vaso de agua estaría bien.

La chica se levantó y fue hacia la cocina. Llevaba pantalones cortos y Josh no pudo evitar deleitarse con sus piernas. Era muy atractiva.

—Haga memoria —le dijo cuando hubo vuelto—. Cualquier cosa que le llamase la atención, por pequeña que fuera, podría ser importante.

La chica se puso el pelo detrás de las orejas mientras pensaba y apoyó los codos en las rodillas.

—Casi siempre llegaba tarde a casa por las noches.

Él asintió, sin mayor interés.

—No, no me entiende —dijo excitada—. Siempre volvía a las tres o cuatro de la madrugada. Y no era de las chicas que están por ahí de juerga todos los días.

Josh ya sabía de su trabajo en el bar-KTV y esos eran los horarios de trabajo, por tanto, no era nada extraño. Aun así, puso cara de circunstancias y lo apuntó en su libreta; era bueno hacer sentir a la gente que lo que decían era de utilidad. Lo más importante era conseguir que siguiesen hablando.

—¿Y qué hay de sus amigos?

—Nada especial; a veces venía con su novio.

—¿Eran compañeros de la universidad?

—Creo que sí, estudiaron juntos.

—¿Alguna vez discutieron o algo así?

—No, que yo recuerde.

—¿Cómo era?

—¿El novio?

—Sí.

—Nada memorable.

—¿Hm?

—Nada especial, quiero decir. Bastante soso, un buen chico.

Tímido y sumiso. La ayudaba a cargar con su bolso y cosas de esas.

—No recordará su nombre.

—Liwen, creo que se llamaba.

Josh lo apuntó en la libreta.

—¿Y ella? ¿Cómo era?

—Era simpática, pero no hablábamos mucho. Y solo compartimos piso durante un año.

—¿Por qué?

—Después de eso me eché novio y me fui a vivir con él.

Josh asintió.

—Ahora vivo sola.

Josh no se dio por enterado del comentario.

—¿Y qué me puede decir de sus costumbres? ¿Alguna que la extrañase?

—Siempre se secaba el pelo en el salón.

Al oír el comentario no pudo por menos que sonreír; no era eso a lo que se refería.

—¿Alguna vez tuvo problemas de dinero para pagar las facturas? ¿O estuvo muy preocupada o algo así?

—No, nunca.

—Vale, gracias. Llámeme si recuerda algo más —dijo levantándose y dándole su tarjeta.

—¿Solo si recuerdo algo más?

Josh sonrió mostrando sus hoyuelos.

Hong hablaba con Yu An, la otra excompañera de piso de Beatriz, que ahora compartía con otras dos chicas un apartamento de las afueras.

La chica le intentó devolver el pañuelo, lleno de lágrimas y mocos.

—Quédeselo. Estas cosas pasan —dijo él tratando de consolarla.

—Perdone —dijo ella terminando de limpiarse los mocos.

Hong se aflojó el nudo de la corbata, tenía calor y varias gotas de sudor en la frente; aun así, no se quitó la chaqueta.

—¿Podría explicarme cómo era el día a día cuando vivían juntas?

—No sé muy bien qué es lo que quiere escuchar —dijo todavía con la respiración entrecortada y poniéndose las gafas de vuelta.

—Todo lo que se le ocurra. Necesitamos hacernos una idea de cómo era, sus costumbres…

—Hm… —dijo ella pensando—. Nunca tuve ningún problema con ella. Era dulce y fácil de tratar. —Hong dejó que prosiguiese—.

Tenía un novio, muy buen chico. Fueron compañeros de universidad, aunque no de clase.

Él asintió con la cabeza para hacerle entender que lo estaba haciendo bien.

—Creo que nunca tuvieron problemas, al menos que yo sepa.

Yo siempre le contaba mis problemas y ella me escuchaba y daba consejos, pero ella nunca me contaba los suyos.

—¿No tenía problemas?

—Es imposible, ¿no?

Hong asintió de nuevo.

—Ahora que lo pienso, creo que no sabía nada de su vida privada. Es irónico, ¿no? Cómo puedes conocer a alguien, pero al mismo tiempo saber tan poco.

Eso le hizo pensar en su hijo. No veía la ironía.

—¿Nunca habló con usted de su familia o sus compañeros?

—Sabía que su familia vivía en Tainan, pero no mucho más.

Nunca los vi. De sus amigos, la verdad es que exceptuando a su novio solo vi a una chica una vez. Eran compañeras de la universidad.

—¿Recuerda su nombre?

—No. Pero recuerdo que tenía un tatuaje en el cuello bastante grande que le bajaba hacia el pecho. Era muy evidente.

—¿Sabe de qué hablaron?

—No lo recuerdo, pero no fue nada especial. Estuvieron aquí un rato y luego se fueron.

Hong apuntó varias cosas en su libreta.

—¿Atrapará al asesino?

Asintió con la cabeza.

—¿Podría avisarme cuando lo hagan?

—Sí, cómo no.

La chica asintió satisfecha.

—¿Alguna cosa más?

—Sí, algunas noches volvía borracha. No sabría decirle a qué hora porque yo me acostaba pronto, pero al día siguiente se podía oler el alcohol en su respiración. Una vez le pregunté por ello y me dijo que salía de copas con su novio. A mí me extrañó, porque, como le he dicho, el novio no parecía del tipo juerguista ni que saliese a diario, pero ella no me dijo nada más. Yo no insistí.

—¿Qué hay de sus planes? ¿Comentaron algo?

—Me dijo que le gustaría ir a estudiar al extranjero después de terminar la carrera.

—¿Y además de eso?

—Nada.

—¿Cuándo fue la última vez que la vio?

—Cuando me mudé de casa —dijo ella casi echándose a llorar de nuevo—. Estaba ocupada con mi nuevo trabajo y perdí el

contacto; tuve que ir a trabajar a Hsinchu y la compañía tenía dormitorios allí… Era imposible ir y venir todos los días, casi tres horas —dijo más para sí misma en voz alta que dirigido a Hong—.

Pero hablé varias veces por teléfono con ella.

—¿Dijo algo especial?

—Que había roto con su novio, pero parecía contenta.

—¿Y eso?

—No sé, es la impresión que me dio.

¿Tiene algo de ella?

—Tengo fotos en el ordenador.

Hong temía que empezase a llorar de nuevo.

—Sería de una gran ayuda si pudiese enviarlas a esta dirección de correo electrónico —dijo tendiéndole una tarjeta.

—¿Tiene Facebook?

—¿Cómo?

—Facebook. Si tiene, puede ver ahí las fotos.

—Ah, no, lo siento —dijo él recordando haber oído a su hijo algo al respecto de dicha cosa.

—Vale, se las envío entonces.

—Gracias.

Hong se levantó guardando la libreta en el bolsillo derecho de la chaqueta, se apretó la corbata, le dio a la chica un afectuoso y paternal estrujón en el brazo a la altura del hombro y salió del apartamento.

Wang se levantó de la silla satisfecha. Apoyó las manos en la mesa y miró la pantalla del ordenador una vez más. Alquiler, Internet, compras, nada raro… hasta hacía cinco meses. Hacía cinco meses comenzó el cambio en sus costumbres. Comenzó a retirar treinta mil dólares taiwaneses la primera semana de cada mes. Interesante. Los cambios en los hábitos siempre lo eran.

¿En qué se gastaba el dinero? Era una cantidad bastante elevada. ¿Qué necesitaba pagar sin dejar huella? ¿Algo turbio?

¿Era objeto de un chantaje? Pero ¿con qué podrían chantajear a una chica de universidad? ¿Serían drogas?

Deseando dejar el despacho, llamó al inspector para comunicarle los avances. Como esperaba, Liu la felicitó citándola en

la casa de la amiga a la que iba a interrogar.

Wang miró su reloj, todavía tenía veinte minutos libres. Salió disparada al gimnasio; con quince de carrera rápida estiraría los músculos.

---7---

Wang estaba esperando en el portal de Suspiro. Liu observó que, a pesar del frío, solo llevaba puesta una camiseta y el traje; además, tenía el pelo algo húmedo. El olor le recordó al despacho del comisario: frutas silvestres. Llamaron al telefonillo y sacudió bien el paraguas.

La chica que les abrió tenía el pelo largo, ondulado, castaño y una sutil capa de maquillaje en la cara. Tenía la altura de Liu, llevaba vaqueros y una camiseta azul ajustada que resaltaba sus grandes pechos. En dos palabras: era impresionante. Por el lado derecho de su

cuello bajaba un tatuaje que se perdía dentro de la camiseta en dirección al pecho. Liu no podía decidir qué era.

Después de un rato sentados y ofrecerles café, té o alguna otra bebida que rechazaron, comenzaron a preguntarle por la víctima.

—¿Tenía algún cliente habitual?

—Beatriz no era la más popular, ya me entiende. Allí tienes que saber cómo hablar con los clientes, dejarte las inhibiciones en casa y realizar un buen espectáculo; y ella no era así, era más bien tímida. Aun así, estaba bastante buena, por lo que muchos la solicitaban, pero no solían quedársela durante todo un servicio.

Cada media hora cambiábamos de habitación y clientes, y si a alguno le gustabas mucho, podía pasarle dinero extra a la *madame* para que te quedases durante más turnos. Que yo sepa, con ella lo máximo a lo que llegaron fue a dos turnos. Nadie la pidió durante las tres horas que duraba el servicio entero de karaoke.

—¿Recuerdas algún cliente especialmente extraño?

—En ese trabajo más de la mitad de los que venían eran raros.

—¿Alguien que insistiese en saber su nombre o en tener su número de teléfono?

—Todos lo hacían. Allí todos quieren tu teléfono para ver si pueden follar contigo sin pagar, fuera y en circunstancias

«normales».

La crudeza del comentario no pareció desencajar a Liu. Wang tampoco pareció inmutarse.

—¿Pero ella nunca se fue con nadie?

—No, su trabajo era solo en el bar-KTV: acompañarlos a beber, cantar y hacer *striptease*; que yo sepa nunca quedó con ningún cliente.

—¿Es posible que saliese con alguien sin que te enterases?

—No lo creo.

—¿O que hiciese negocio con alguno de los clientes a escondidas?

—No, como le he dicho, no era la más lanzada. No éramos amigas del

alma, pero la conocía de la universidad; y de las chicas que trabajaban allí prácticamente solo hablaba conmigo, si no contamos las conversaciones en grupo durante cada turno. Yo era la única que sabía su verdadero nombre.

No estaban llegando a ninguna parte. Paró unos momentos mientras Wang cogía el relevo.

—¿Sabe qué planes tenía o qué pensaba hacer con el dinero?

—preguntó.

—Me dijo que quería ahorrar para irse a estudiar al extranjero, pero no sé si lo hizo o no.

Suspiro empezó a trabajar allí con una meta clara y llegó a ella.

Después de cuatro años abrió con los ahorros su propia tiendita de ropa. Ahora era propietaria. Pero ella era la cara alegre de la moneda. Muchas no lo conseguían; ganaban mucho dinero, pero también gastaban mucho, atrapadas en un círculo vicioso.

—¿Cuándo dejó usted de trabajar allí?

—Cuando ahorré lo que me proponía, justo al terminar la universidad.

—¿La vio después de eso?

—Sí, al poco de abrir mi tienda vino y compró algunas prendas.

Creo que por educación más que nada. Pero no volví a verla después de aquello.

—¿Fue sola?

—Sí.

—¿Notó algo raro?

—No, la vi como siempre. Y parecía contenta.

—¿Y qué hay de los compañeros de trabajo? ¿Los encargados de la seguridad o los camareros? ¿Alguien con el que se llevase particularmente bien?

—No, pero ahora que lo pienso, sí tenía un cliente con el que se llevaba bien, la pidió bastantes veces, aunque solo durante un turno.

—¿Y?

—No sé, nada. Era un chico más bien callado; del tipo empollón.

—¿Y por qué dices que se llevaban bien?

—Parecía una relación entre hermanitos, ella se sentaba en sus rodillas y hablaban mucho, bebían juntos, pero nunca lo vi meterle mano. En el bar-KTV había un *striptease* cada hora y a ella nunca le tocó con él; puede que fuese coincidencia, pero creo que él no quería.

—¿Y eso es muy raro?

—Allí solo hay dos tipos de clientes: unos van directos a meterte mano y conseguir tanto como les dejes; otros empiezan más tímidos, pero igualmente acaban intentando manosear todo lo que pueden. Es más raro un tipo que no te meta mano que un boxeador con la nariz sin romper.

—¿Y cómo era el hombre? —preguntó Liu.

—Qué quieres que te diga —la chica era la primera persona en mucho tiempo que le tuteaba mientras la interrogaba—, pelo moreno, delgado, con gafas, camisas a rayas… Muy común. Pero lo reconocería si volviera a verlo.

—¿Edad?

—Yo diría que de unos treinta años.

—¿No sabrías su nombre o a qué se dedica?

—¿Crees que allí alguien dice algo verdadero, excepto que le gustaría metértela?

—Eso me imaginaba.

Liu apuntó varias cosas. Wang notó, un tanto perpleja, que lo hacía en los márgenes de un libro.

—¿Era deportista?

—¿Deportista, Beatriz? No, para nada.

—¿Alguna vez la viste llevando alguna bolsa de más?

—No, no lo recuerdo.

—Ya para terminar, ¿se te ocurre algún gasto regular que hubiese podido tener de unos treinta mil dólares taiwaneses mensuales?

Pensó unos momentos, pero no dio con ninguna respuesta.

Le dieron las gracias y los acompañó a la puerta.

Para entonces Liu ya le había puesto forma al afortunado tatuaje.

—¿Por qué una medusa?

La chica se pasó la mano por el tatuaje y sonrió lentamente mostrando todos sus dientes superiores.

—Son bonitas y delicadas, pero venenosas si las tocas sin permiso.

---8---

Una de las «relaciones públicas» o *madame* del bar-KTV recibió a Hong, Josh y dos amigos de este fuera del local. Josh la alejó un poco del grupo y habló con ella por unos momentos en voz baja; le dijo que era la fiesta de despedida para uno de los amigos y dejó claro que no quería chicas nuevas, sino las que tuviesen más experiencia; no quería arriesgarse a que les asignasen chicas recién llegadas y que no hubiesen conocido a la víctima. Luego la siguieron dentro del edificio.

El local era semilegal, sin ningún letrero en la entrada. En el interior había un recibidor que no se veía desde fuera. Un vigilante con traje negro lucía el audífono de su radiocomunicador en el oído izquierdo; la seguridad era fuerte y todos los encargados se comunicaban así. La mujer llamó a la puerta interna con un ritmo peculiar (dos golpecitos largos, tres cortos, dos largos), y la puerta se abrió. Dentro, otros dos encargados de seguridad vestidos igual que el primero los miraron con cara de pocos amigos; no eran de los que aguantaban bromas. Se adentraron por un pasillo; al fondo se oía ruido de voces y música. Llegaron a un espacio más amplio con una barra en la que se preparaban bebidas. Se distinguía a los trabajadores fácilmente por sus ropas: los camareros llevaban camisas blancas con chalecos negros y los encargados de la seguridad trajes negros.

La *madame* habló con uno de los que atendían la barra; por ser la primera vez que iban, les servirían botellas completas de *whisky* o

coñac. Si volvían una segunda vez los tratarían como a clientes habituales y les servirían las copas de botellas ya empezadas, lo que era más barato.

El local era enorme; se adentraron por un pasillo, con nueve habitaciones a cada lado. De una salieron varias chicas. Había pasado la media hora y cambiaban de habitación. Todas llevaban zapatos de tacón y el mismo vestido rojo, muy corto y escotado. Una iba ya un poco borracha y casi se cayó encima de Josh, que la sujetó por la cintura. Al momento uno de los de seguridad se la quitó de encima mientras otro les metía prisa para que siguieran a la *madame* hasta su habitación. Los dos vigilantes pasaban del metro ochenta y ocho de Josh y sus músculos se notaban a pesar de las chaquetas. Josh los midió con los ojos y decidió que si fuera necesario los podría aplastar como a insectos. Siguieron a la *madame*.

Cuando creían que llegaban al final, el pasillo giró a la derecha y aparecieron unas escaleras. Era un negocio que movía un montón de dólares cada día. Esta noche les iba a costar ocho mil por barba, y eso sin contar las bebidas ni pedir ningún servicio extra.

Finalmente entraron en una habitación con una mezcla peculiar de olores: desinfectante, perfume, humo, alcohol. La *madame* ajustó la luz y confirmó una vez más los términos con Josh. Luego salió, las chicas llegarían en un momento.

Se sentaron en los sofás colocados en forma de U, cada uno lo más alejado posible del resto y enfrente de un televisor con equipo de karaoke; en el centro había una mesa con las dos botellas de coñac que habían pedido.

—Los de seguridad están con los nervios a flor de piel —le dijo Josh.

—¿Qué te esperabas? Es casi Año Nuevo.

—¿Y?

—La Operación Limpieza ya ha empezado.

Josh asintió con la cabeza, lo había olvidado.

Todos los años en las semanas previas al Año Nuevo, la sección de Antivicio efectuaba un montón de redadas con el fin de dar una imagen más «saneada» de la ciudad.

Hong se aflojó un poco el nudo de su inseparable corbata, ya estaba

sudando. Solo faltaba una redada con ellos dentro.

Seleccionaron varias canciones en la máquina de karaoke y al momento llegaron las chicas, que con un vistazo rápido y experto valoraron a los cuatro hombres. Cada chica se sentó al lado de uno; la más alta y de mejor figura lo hizo al lado de Josh.

Llenaron los vasos de todos con coñac y hielo y cada una brindó con su acompañante a modo de presentación. A Josh le costó convencer a la suya de que él no iba a beberse su copa; no acostumbraba a tomar alcohol y no quería quedar incapacitado antes de poder empezar a preguntar nada. A la chica no le hizo gracia y como castigo se sentó en sus rodillas; a él no le importó.

La música estaba alta y una de las chicas comenzó a cantar la canción de Karen Mok que sonaba. Todo el barullo hacía que prácticamente tuvieran que hablarse al oído cubriéndose la oreja con la mano.

—Nunca te había visto por aquí —dijo Luna, la chica que estaba sentada encima de Josh—. ¿Es tu primera vez?

—Sí —dijo con una media sonrisa.

—Entonces habrá que tratarte bien —dijo ella mirándole a los ojos y sonriendo—. ¿Quieres jugar? —preguntó señalando el cubilete que estaba encima de la mesa.

—Pero no bebo.

—Entonces no, no quiero beber yo sola.

En la mayoría de los juegos, el que perdía tenía que beber y era normal que los clientes jugasen con las chicas para intentar emborracharlas; un cliente que no lo intentase era inusual.

—¿Acaso no quieres emborracharme? —le preguntó.

—¿Debo? —dijo Josh pasándole la mano por la cintura y sonriendo—. Prefiero que charlemos.

Poco después, consiguió que la conversación caminara por donde quería.

Por su parte, Hong no estaba teniendo tanta suerte. Su chica contestaba con evasivas o monosílabos todas las preguntas mínimamente personales. Además, le obligó a quitarse la chaqueta, la

corbata y le desabrochó media camisa; no por ello Hong sudaba menos.

A la media hora concluyó el primer turno y las chicas tenían que irse. Los dos amigos de Josh estaban disfrutando, habían hecho buenas migas con ellas y les pidieron que se quedasen. La de Josh se fue no muy contenta de que no se la hubiese quedado por más tiempo y Hong también dejó marchar a la suya; tenían que continuar indagando.

En el segundo turno no consiguieron averiguar casi nada y cuando estaba concluyendo llegó la hora del *striptease*. Se apagó la televisión y por el hilo musical empezó a sonar una canción en inglés. Una de las chicas bajó aún más la intensidad de la luz; la oscuridad y el maquillaje las favorecían. Cada chica empezó luego un baile destinado a su acompañante.

Hong cogió el vaso de coñac y lo bebió de un trago; al diablo si luego le iba a costar concentrarse para sacar información, lo necesitaba si iba a continuar.

El baile duró solo cinco minutos, en los que el fluir natural del tiempo pareció estancarse. A través de sus fragmentos todo se les reveló con una nitidez y detalle insólitos; las chicas y sus cuerpos moviéndose como si fuese a cámara lenta. Bailaron de espaldas, doblándose por la cintura y contoneando el cuerpo; bailaron abrazadas a ellos, a veces sujetas a sus cuerpos por sus brazos y otras por sus piernas; bailaron sentadas encima de ellos, acariciándoles el cuerpo con sus manos y piernas. A ratos mirándolos a los ojos y a ratos mirándose el cuerpo mientras se lo acariciaban. Y todo ello al tiempo que iban quitándose prendas al ritmo de la música. La chica que estaba con uno de los amigos le cogió las manos y las usó como si fuesen las suyas propias para recorrerse el cuerpo con ellas en pleno baile; la otra chica tenía las manos dentro de los pantalones del otro. La de Hong estaba sentada encima de él y se movía abrazándole con los pechos a la altura de su cara; le costaba mantenerse separado de ellos. La de Josh le quitó el polo y no se sabía muy bien quién era el que estaba haciendo *striptease*; luego bailó todo el tiempo sin separarse de él y palpando todos sus músculos con las manos, parecía estar disfrutando de verdad. Ninguno se daba cuenta de lo que estaban haciendo los otros; todos tenían los ojos fijos en su pareja.

Cuando la canción y con ella el baile terminaron, terminó también el trance hipnótico. Hubo un momentáneo silencio; las chicas se vistieron rápidamente y, despidiéndose salieron de la habitación.

Las del siguiente turno llegarían rápido.

Hong se secó el sudor de la frente y se sirvió más coñac. ¿Qué le iba a decir a su mujer cuando volviese a casa? No le preocupaba que ella no creyera que había tenido que ir a un bar-KTV para conseguir información, confiaban plenamente el uno en el otro y no iba a dudar de nada de lo que le dijese. ¿Pero y si le preguntaba si le había gustado la experiencia?

—¿Cómo vas? —le preguntó Josh.

—Bastante borracho —le contestó mientras terminaba de abrocharse la camisa.

—¡No! Me refiero a si has averiguado algo.

—¡Ah! Nada de interés, ¿y tú?

—Tampoco, y creo que tenemos este turno como mucho para averiguar algo; en cuanto alguna de las chicas que estuvieron aquí coincidan en alguna habitación y hablen entre ellas estamos listos; nadie va a darnos ni la hora.

Las chicas entraron y esta vez la más voluptuosa se sentó al lado de Hong; luego comenzaron el ya tradicional saludo con el vaso de coñac.

Tras varias copas más, Hong tenía las facciones de un color que recordaba al de una bromelia. Josh, imperturbable, seguía preguntándole cosas a su acompañante; misteriosamente estaba de nuevo desnudo de cintura para arriba.

Entretanto, los dos amigos de Josh parecían estar de nuevo en un trance que terminó de la manera más abrupta. La puerta se abrió y la *madame* entró seguida de dos empleados de seguridad. Tenían que irse; se cumplían los peores temores de Hong. Había una redada en marcha precisamente allí, precisamente ese día y precisamente a esa hora; la suerte no estaba de su parte.

La *madame* les metió prisa; ya habían pagado, pero no les devolvió el dinero, la próxima vez se lo descontaría. Antes de que hubiese acabado de decirles eso las chicas ya habían desaparecido.

Ellos caminaron a buen paso detrás de uno de los empleados de seguridad que los guiaba a otra de las salidas del edificio. El otro vigilante iba detrás de ellos hablando por su radiocomunicador. Los dos amigos andaban rápido, sorprendidos y un poco asustados.

Hong iba el tercero, con la chaqueta ya puesta, pero tambaleándose por el efecto del alcohol; Josh iba el último con el abrigo y el polo en la mano y medio frenó por un momento para ponérselo. Entonces el vigilante que iba detrás le empujó para que continuase andando.

Josh, todavía sin el polo puesto, se volvió, le agarró por el cuello con su mano izquierda y le levantó contra la pared. El hombre se esforzaba para apoyar las puntas de los zapatos en el suelo y respirar, le había levantado literalmente. El otro vigilante, dándose cuenta de lo que había pasado, fue a acercarse, pero le disuadió con un movimiento del brazo que tenía libre y apuntándole con el dedo índice. Allí con los brazos extendidos y sin ropa parecía un gigante loco.

—Ando solo —le dijo al vigilante que tenía sujeto por el cuello.

Este no podía hablar, casi ni respirar, pero hizo un gesto de entendimiento abriendo los brazos, uno de ellos todavía sujetando el pequeño transmisor de radio.

Josh relajó el agarre de la mano y el otro aterrizó con las plantas de los pies en el suelo, intentando recuperar aire. Josh no se molestó en ponerse el polo y siguió a Hong, que había contemplado la escena mientras se arreglaba la ropa meneando la cabeza.

Aceleraron el paso y alcanzaron a los dos amigos. Les abrieron una puerta y salieron. Una fuerte lluvia los golpeó y a Josh le pareció notar la luz de un relámpago al tiempo que la puerta se cerraba tras ellos. No estaban en la calle por la que llegaron y tardaron un momento en orientarse. No muy lejos se oía ruido de voces y sirenas. Doblaron la esquina y en la calle donde estaba la entrada principal vieron un gran barullo de gente. Josh montó a sus dos amigos en un taxi y luego se dirigió a su coche con Hong, que se tambaleaba. Este se agachó en una alcantarilla y vomitó mientras él terminaba de vestirse sujetándole el paraguas.

Luego, Josh percibió el brillo de otro relámpago.

---9---

Después de un largo día, Liu estaba sentado al piano tocando un nocturno de Chopin. Su música le gustaba, pero sin llegar a

apasionarle. La pieza no era muy complicada, no le gustaba tocar cosas que no dominaba cuando había clientes.

Estaba en el bar-restaurante de Abraham Song.

Hacía años Liu le ayudó con ciertos problemas graves que casi le obligaron a cerrar su negocio; desde entonces Abraham sentía que tenía con él una deuda impagable y nunca aceptaba el dinero de Liu. A este le daba apuro y evitaba comer allí, pero seguía yendo a tocar el piano. Elegía horas en las que no había nadie o casi nadie. Ahora había pocos clientes, pero los suficientes como para no tocar el preludio de Rachmaninoff que pensaba cuando decidió ir.

No quería dejar sin negocio a su amigo.

Absorto en la música, no vio a un hombre trajeado que entraba seguido de otros dos. Se sentaron en la mesa de la esquina, la única que no daba a una ventana. El restaurante era todo un ventanal gigante, le daba un aspecto elegante pero un tanto religioso; exactamente la intención de Abraham, un fuerte devoto cristiano.

Al nocturno le siguió otra pieza, también lenta. Cuando terminó, se bajó las mangas de la camisa y se puso la chaqueta del traje.

Entonces se percató de que le hacían señas con la mano. Era Cuchillo. Liu se sentó a su mesa.

—¿Qué era eso último?

—Una fantasía de Mozart. —Y al echarse un poco hacia delante su cabeza casi chocó con la lámpara, un tiesto con una bombilla dentro. Sobre cada mesa una lámpara similar bajaba del techo; la luz cálida y cenital que salía de esta iluminaba las facciones del inspector. Si no te fijabas con detalle no se advertía que eran tiestos; le daban al local un aspecto peculiar pero acogedor.

—Hm… —dijo Cuchillo dando un trago al *whisky* que le sirvió Abraham; pasada la hora de cerrar, los camareros se habían ido.

—¿Has averiguado algo?

—Sí, que no tiene ninguna relación con nosotros.

—¿Estás seguro? —dijo consciente de que el matón de la navaja no se encontraba allí.

Cuchillo sonrió ampliamente a modo de respuesta.

Entendió; era poco probable que hubiese sido alguien a cargo de Cuchillo y él no lo supiera. Estaban en un callejón sin salida por ese lado.

—¿Las chicas del bar-KTV se llevan el uniforme a casa? —le preguntó a continuación.

Cuchillo le miró con cara incrédula mientras exhalaba el humo del cigarrillo.

—Quiero decir, cuando tienen que limpiarlo.

—No, nosotros nos encargamos de eso. Los uniformes siempre están en el local; vienen con su ropa y se cambian allí.

Liu se quedó pensativo por unos momentos.

—¿Por qué? —le preguntó Cuchillo.

—Nada, no tiene importancia. Una cosa más, privada —dijo haciendo un gesto con la cabeza hacia los otros dos hombres.

Cuchillo les dijo que se sentasen en otra mesa. Cuando se quedaron solos, sacó un paquete y se lo tendió. Liu se lo guardó en el bolsillo de la chaqueta sin abrirlo, entraba justo.

—¿Alguien te ha hecho pagos de treinta mil dólares en estos últimos meses?

—Mucha gente me ha hecho pagos —respondió sonriendo.

—¿Exactamente de treinta mil dólares?

—No. No exactamente. ¿Por qué?

—Es la cantidad que la chica estuvo sacando durante los últimos cinco meses.

Cuchillo se rascó la cabeza unos segundos.

—No, no eran pagos para mí.

—¿Se te ocurre qué podría haber estado haciendo con ese dinero?

Encendió otro cigarrillo aspirando el humo mientras pensaba.

—Se me ocurren muchas cosas, pero no sabría decirte nada en concreto.

—Ya.

Liu se levantó, cogió el paraguas y se despidió.

Cuchillo se quedó sentado y le hizo una seña a Abraham para que rellenase el vaso. Este lo hizo y luego, tras dudar por un momento, puso música; no había más clientes, pero no cerraría hasta que Cuchillo se fuera.

---10---

Día 4. Jueves, 19 de enero de 2012, Taipéi

(4 días para el Año Nuevo, Año del Dragón 4710)

La chica no andaba muy rápido, pero no conseguía alcanzarla.

Aceleró y la llamó, pero su voz se perdió llevada por el viento de la montaña; ella no disminuía su paso. Se adentró aún más por el camino de piedras rodeado de árboles, estaban llegando a una parte donde cada vez había más tumbas descubiertas. A lo lejos se empezaban a oír los cantos sánscritos de uno de los pequeños templos situados en medio de la montaña donde trabajaban los encargados del mantenimiento de las tumbas. La chica llegó a una parte donde el camino se hacía más amplio; volvió a llamarla y la chica frenó el paso, ladeando la cabeza, pero sin volverse para mirarle. De forma instintiva, él frenó también. No llovía, pero el viento golpeaba fuerte. Su traje se movía azotándole y el vestido que ella llevaba ondeaba libremente, pero su pelo permanecía quieto. Avanzó, y ella reemprendió su camino, sin volver la cabeza en ningún momento. Ya casi no se veía nada; la noche estaba llegando más rápida de lo debido. Él miró al cielo; se había puesto el sol y la luna no había salido todavía. Una noche prematura y sin luz.

Tras varios centenares de pasos, el camino giró hacia a la derecha, bordeando el pequeño templo del que venían los cánticos. La chica

pasó de largo, sin dedicarle ninguna mirada y con la vista siempre puesta en el camino. Él pasó poco después y sí miró. El lugar estaba desierto, pero los cantos proseguían. Se preguntó cuánto tiempo duraría la grabación, parecía como si nadie hubiese puesto un pie en el templo desde hacía meses.

El viento sopló de nuevo y la luz proveniente de las velas cambió de morada; fue entonces cuando los vio tumbados en el suelo: tres perros negros. Uno de los perros levantó la cabeza y le miró, tenía los ojos inyectados en sangre. Acto seguido, los otros dos hicieron lo mismo. Un escalofrío le recorrió la espalda. Volvió la cabeza para irse y detrás de él oyó el despertar de unos graves gruñidos al mismo tiempo que la chica comenzaba a descender por la colina. Echó a correr, no quería perderla, necesitaba saber quién era, necesitaba hablar con ella. A su espalda oyó las pisadas y gruñidos de los perros, acercándose, pero no podía mirar hacia atrás. La chica no cambió su ritmo, y consiguió alcanzarla a la altura de una gran tumba de piedra; los rugidos se acercaban. La agarró por los brazos deteniéndola y ella comenzó a volverse hacia él, lentamente. Poco a poco pudo ver las facciones de su cara, una cara conocida, pero que nunca vio con vida; era el rostro de la víctima, Beatriz Lin. Justo en ese momento el primer perro le mordió una pierna. Un dolor intenso le atravesó, pero no soltó a la chica.

Los otros dos perros se acercaban. Se sacudió al que tenía encima de una patada y levantó la vista hacia ella, quería respuestas. La miró a los ojos y al segundo una sensación de malestar y náusea le invadió; la chica no tenía ojos. En su lugar solo una gran oscuridad, un vacío negro. El perro empezó a morderle de nuevo, los otros dos llegaron, todos mordiendo sus piernas, el dolor era insufrible. Intentó hablar, pero no pudo, tan solo un leve gemido escapó de su garganta; seguía mirándola a los ojos y la oscuridad que emanaba de ellos le iba rodeando, engullendo, arrastrándole a un vacío inmenso.

En ese momento se despertó de golpe.

Abrió los ojos y vio al gato tumbado encima de él, con la cola erizada y los ojos amarillos bien abiertos mirándole fijamente. La visión le sobresaltó y se incorporó en la cama; el teléfono estaba sonando. Tardó un momento en normalizar su respiración. Luego contestó.

Era el comisario. Miró el reloj, no eran ni siquiera las ocho de la mañana y tan pronto no podía ser nada bueno.

El gato le dedicó un maullido gutural y se fue al salón con una carrera

repentina. Decidió que esa noche cerraría la puerta del

dormitorio; no le hacía gracia que el gato le rondara mientras dormía.

Fue a la cocina y le puso más agua en el tazón, aunque parecía no haber bebido nada. Luego abrió una de las latas de atún compradas el día anterior, vertió el contenido en el otro tazón y descubrió que no tenía idea de cuántas veces al día debía comer el animal. Con ese pensamiento fue al baño para prepararse.

Ya duchado, vestido con su traje azul oscuro y paraguas en ristre, el inspector entró en la comisaría. Saludó al oficial de recepción y le sorprendió cuando, tras dudar un momento, llamó al ascensor.

No tenía prisa; no solía evitar los desafíos ni malos tragos de la vida, pero tampoco era necesario correr para saltar al precipicio.

Minutos después la puerta del ascensor se abrió en el piso ocho y caminó hasta el despacho del comisario Chen. Dejó el paraguas fuera y respiró un par de veces larga y lentamente para relajarse.

Abrió la puerta y nada más hacerlo se dio cuenta de que algo andaba muy mal; el despacho de Chen estaba más concurrido que un supermercado el día previo a un tifón. Lo ocupaban el director, el comisario, el inspector de Antivicio Michael Yang y Vincent Hsieh, el principal detective a sus órdenes.

El jefe le indicó que se sentase. Liu tomó asiento en la única silla libre, enfrente del director, sentado en el sillón de Chen, y del propio Chen a la derecha del director. A izquierda y derecha de la mesa estaban los de Antivicio.

Parecía un colegial delante de un tribunal, en el punto de mira de todos. Un pensamiento sobre el siglo xv y la Inquisición española cruzó por su mente. Por lo menos el director también estaba, hoy no iba a perder el tiempo haciendo de pelota de *ping-pong* por toda la ciudad.

—¿Cómo va la investigación? —preguntó el comisario.

—Lenta.

—¿Querría explicarse mejor? —dijo el director en tono irritado.

—Ayer hablamos con sus antiguas compañeras de piso y de trabajo. Sabemos que hace cinco meses se produjo un cambió en la

vida de la víctima y empezó a retirar treinta mil dólares cada mes, pero todavía estamos intentando averiguar para qué.

—Por todos los cielos, ¡tendrá que haber algún registro o recibo! —dijo el director.

Liu le miró un momento arqueando su ceja medio milímetro y pensando cómo mandarle al carajo de forma educada.

—No si eran pagos en dinero negro —dijo Chen, contestando de forma implícita al director y evitando así que el inspector dijese nada—. ¿Os han dado alguna idea sus compañeras del bar?

—Creo que no, pero no lo sé con certeza todavía.

—¿Qué demonios quiere decir eso? —profirió el director subiendo el tono de voz.

—Mis detectives trabajaron ayer hasta la madrugada —dijo Liu de forma pausada.

Los de Antivicio se removieron en el sitio.

Algo estaba pasando aquí, pensó.

—Tengo una idea general de lo que averiguaron —prosiguió—, pero no todos los detalles. Iba a reunirme con ellos esta mañana antes de que me hicieran venir aquí. ¿Les importaría decirme qué es lo que está pasando?

—Es innegable que ayer tuvieron una noche ocupada —dijo Michael Yang en un tono burlón y recostándose en su asiento.

El jefe le dirigió una mirada que le dejó bien claro que había hablado a destiempo. Luego cogió unos papeles de la mesa que tiró a Liu en el regazo; este los sujetó con la palma de la mano para que no cayesen al suelo. Le contemplaron mientras los estudiaba. Había varias fotos, en una de ellas se le veía aceptando un paquete de Cuchillo; en otra se veía a Josh medio desnudo y a Hong vomitando en la alcantarilla de un callejón. A pesar de la gravedad de la situación, no pudo por menos que sonreír para sí pensando en el mal rato que debía haber pasado su amigo Hong anoche.

Ahora por lo menos ya sabía lo que estaba pasando.

—¿Tiene algo que decir? —preguntó el director.

Tiró las fotos sobre el escritorio después de dirigir una mirada al inspector de Antivicio.

—Sí, que alguien tiene futuro como *paparazzi*.

Michael explotó.

—¡Estás sucio, eso es lo que está pasando! ¡Te están untando!

Vincent, el otro detective, tuvo que pararle para que no se levantase de la silla. Michael tenía tan solo treinta años y ya estaba en un puesto equivalente al de Liu, prueba de su valía. El problema es que veía el mundo en blanco y negro, para él era todo muy sencillo, legal o ilegal, correcto o incorrecto, moral o inmoral; quizás era falta de madurez. El inspector no podía identificarse con ese mundo bicolor. Le miró sin decir nada; no le caía mal, pero pensaba que estaba equivocado, el mundo era más complicado. Había grises.

—¿Acaso lo encuentra gracioso? —rugió el director.

—No, en absoluto —dijo—. Mis detectives estaban allí trabajando.

—¿Trabajando?

—Estaban allí disfrutando de favores —gritó Michael—, emborrachándose. ¡Y todo sin pagar por ser policías!

—¿Es eso cierto? —preguntó el director.

Liu levantó las manos como en señal de rendición.

—No, eso no es cierto. Siempre pagamos.

Le pareció haber visto una ligera sonrisa asomar en la cara del comisario, pero Michael se levantó de la silla y Vincent tuvo que pararle para que no se abalanzase sobre Liu. Este pareció no inmutarse, seguía sin cambiar de posición y con su corazón latiendo en torno a las sesenta pulsaciones por minuto que tenía antes de entrar.

—Lo contrario sería inmoral —dijo.

—¡Solo nos faltaba un escándalo de estos ahora en la prensa!

—gritó el director.

El comisario Chen, que milagrosamente llevaba casi diez minutos sin toser, dijo a los dos detectives de Antivicio que saliesen.

De los cuatro, era el único del que Liu podía esperar un mínimo de entendimiento, el único con posibilidad de saber por dónde iban los tiros; quizás, apurándolo mucho, hasta podía esperar su apoyo.

—Es una desafortunada coincidencia —dijo Chen al director al quedarse solos—. Por suerte abandonaron el local a tiempo y nadie excepto gente de nuestra sección de Antivicio los ha situado dentro.

El daño está controlado.

Al oír esto, el director pareció tranquilizarse, aunque seguía rojo. Acto seguido el comisario empezó a toser fuertemente. El director aprovechó para retocarse el flequillo y la corbata (hoy no tocaba pajarita); Liu no hizo nada.

—¿Qué estaban investigando allí? —preguntó Chen ya con un caramelo en la boca.

—La víctima estuvo trabajando en ese local durante casi cuatro años. Necesitábamos hablar con sus compañeras.

— *Oh, my God* —soltó el director—. ¿Y por qué no dijo eso ayer?

—Dije que íbamos a hablar con sus compañeras de trabajo y eso es lo que hicimos.

—¿Por qué omitió que la víctima trabajó en un local regentado por la mafia? —preguntó Chen, sabiendo que Liu no podía escudarse detrás de esos tecnicismos. No había mentido directamente, pero sí por omisión.

—Todavía no estamos seguros, pero no creemos que tenga relevancia.

—Tonterías —dijo el director—. ¿Cómo no puede tener importancia? Nadie consigue escapar de ese mundo.

«¿Ese mundo?», pensó el inspector. Sí, no era un mundo de coches alemanes con chófer, restaurantes de lujo y casas climatizadas con piscina como los del director. Sí, era un mundo diferente. Este era un mundo sucio, oscuro, donde la gente no siempre podía hacer lo que quería y tenía que sufrir; un mundo que muchas veces te quitaba tus

deseos y te robaba tus suspiros; un mundo en el que a veces tocaba morir solo y en un rincón oscuro.

—La chica dejó de trabajar allí cinco meses antes de ser asesinada —dijo Liu sin ninguna inflexión en el tono, pero cambiando de posición en la silla.

—¿Y qué hay de los pagos? Era dinero negro tenían que ser pagos hechos a la mafia. Es probable que no la dejaran salir de esa vida tan fácilmente.

—No lo creo.

—¿Cómo lo sabe?

—Le pregunté a su jefe.

— *Unbelievable* —dijo el director recostándose en el sillón y cruzando los brazos—. Su jefe. Un conocido jefe mafioso, del que además recibe ¿qué? ¿Qué es lo que le está dando?

Liu los miró, pero no dijo nada.

El comisario llevaba un buen rato callado.

—¿Inspector Liu? —dijo.

Este pensó por unos momentos y se inclinó en la silla.

—Me conocen mejor que eso —fue lo único que dijo.

—Esto es totalmente inaceptable —dijo el director—, y más en la época del año en que nos encontramos.

Le enervó el comentario; al director ni le preocupaba el que hubiese hecho algo ilegal, sino la imagen que eso daba.

—¿Qué va a hacer a continuación? —preguntó Chen.

—Intentar averiguar el paradero del dinero; es lo más importante.

—Tiene que tenerlo la mafia —repitió el director.

Liu le miró a los ojos.

—Tenga por seguro que voy a remover cielo y tierra si hace falta. Caiga quien caiga.

—Mejor que se dé prisa —dijo el director recostándose en el sillón.

Se quedó mirándolos unos segundos más.

—¿Algo más?

Nadie dijo nada.

Se levantó y puso la silla en su sitio cerca de la puerta.

—¿Liu? —dijo Chen antes de que saliese. Liu se volvió para mirarle y Chen señaló las fotos sobre la mesa—. Sea discreto.

Una cosa estaba clara: Michael era bueno. ¿Cómo consiguió sacar las fotos sin que ni él ni Cuchillo se diesen cuenta?

Cerró la puerta tras de sí y salió al pasillo cuando Chen empezaba a toser de nuevo. Al final del pasillo estaba Michael hablando con Vincent, cada uno sentado en un banco. Cuando vieron que se acercaba se levantaron y anduvieron hacia él. El sonido de los tacones de las botas de Michael retumbaba a cada paso que daba; debía ser la única persona en Taipéi que llevaba botas de cowboy. Hacían una extraña pareja. Los dos eran altos, pero bien diferentes. Lo único en común era la perilla. Michael era ancho y fuerte, el otro delgado. Michael llevaba el pelo corto y Vincent largo y recogido en una coleta. Michael era impulsivo; Vincent, reflexivo. Michael hablaba con una voz fuerte y grave que parecía amenazadora y el otro hombre hablaba con una voz suave y sedosa. Se podía decir que eran la parte yang y la parte ying; juntos formaban una perfecta unidad.

A pesar de la reciente paternidad de Michael, muchos en el cuerpo bromeaban, a sus espaldas, claro, sobre que eran pareja.

Al llegar a su altura Michael le espetó en tono indignado:

—Eres una vergüenza para el cuerpo.

El pasillo no era lo bastante ancho como para pasar de largo, alguien tenía que moverse. Liu los miró, pero no dijo nada; no tenía ganas de explicarse y sabía que sería inútil. El otro hombre había visto lo que había visto.

—Los policías como tú sois peores que los criminales —añadió Michael dando un paso hacia adelante, ya estaba muy cerca de él, no llegaba a amenazarle con las manos, pero casi tenía la cabeza encima de la suya, con los ojos clavados en él. De lejos, daba la impresión de

que dos armarios le cerraban el paso; cada hombre le sacaba diez centímetros.

—Las cosas no son siempre lo que parecen —dijo Liu.

—¿Y qué son? —dijo Vincent hablando por primera vez, con su voz suave; casi como un susurro. Tenía su mano izquierda sutilmente situada delante del cuerpo de Michael para evitar que se acercase más al inspector. Si lo hacía, la cosa iba a acabar mal. La otra mano la conservaba dentro del bolsillo del pantalón; los dos hombres llevaban vaqueros, pero los de Vincent terminaban encima de unas deportivas en lugar de botas.

Sabía que a Vincent le gustaba sopesar todo sin precipitarse en las conclusiones.

—Las cosas son más complicadas —le dijo mirándole a los ojos.

—Eres un corrupto y te hundiremos —replicó Michael con voz ronca.

Volvió a mirarle sin decir nada. El móvil de Michael empezó a sonar, pero no le hizo caso, todavía con la vista fija en Liu.

Finalmente se alejó por el pasillo contestando al teléfono; Liu cruzó

una mirada con Vincent y siguió su camino bajando por las escaleras.

---11---

El inspector entró el último en la sala de reuniones con una taza de café en las manos; llevaban un rato esperándole.

—¿Qué era eso tan urgente? —preguntó Hong, con los ojos rojos y la cara pálida de la resaca.

—Tenemos que resolver esto pronto, arriba están muy impacientes. Y la cosa se complica; los de Antivicio van a por nosotros, ayer sacaron varias fotos. Piensan que estamos en la nómina de Cuchillo.

Nadie dijo nada.

Miró a Hong.

—¿Qué buscabas ayer en la alcantarilla?

Hong se sonrojó.

—Ya sabes que no me gusta…

Levantó las manos para dar a entender que era una broma.

Todos sonrieron, menos tensos.

—¿Qué averiguasteis?

—Ninguna de las chicas la vio después de dejar el bar —dijo Josh—. No parecían ser muy amigas.

—Dicen que quería ahorrar dinero para ir a estudiar al extranjero —dijo Hong.

—Eso es lo que también nos dijo su compañera de universidad, Suspiro —dijo Liu—. ¿Y qué hay de sus clientes o compañeros allí?

¿Alguien especial?

—Nada destacable. No saben de ninguna relación ni dentro ni fuera de allí; al menos no nos dijeron nada. Fue difícil sacarles información.

—¿Alguien dijo por qué dejó de trabajar allí?

—No exactamente —dijo Josh—. Pensaron que había ahorrado lo que necesitaba.

—A mí me dijeron que se cansó de esa vida —dijo Hong.

—Resumiendo —dijo Liu—, fue allí para pagarse estudios fuera, no hizo migas con nadie, no saben por qué lo dejó y nadie volvió a verla.

Los dos detectives asintieron.

—¿Y qué os dijeron las antiguas compañeras de piso?

—La que habló conmigo —dijo Josh— no sabía nada de su vida privada; solo que a menudo volvía tarde y borracha. Después de mudarse nadie volvió a verla ni a hablar con ella. También me dijo que su novio era un soso.

—Más o menos la misma historia —dijo Hong—. Lo único que sabía de su vida privada es que quería ir a estudiar al extranjero.

También habló de sus horarios y su novio, aunque lo describió como

un buen chico. Supongo que concuerda con la definición de soso que le dieron a Josh. Luego la chica se fue a vivir a Hsinchu y no volvió a verla; aunque dice que habló con ella por teléfono y que había roto con su novio, pero parecía estar contenta.

—¿Por qué rompieron?

—No lo sabía.

—Es más o menos lo que nos dijo Suspiro: empezó a trabajar en el bar-KTV para hacer dinero e irse al extranjero. No sabía nada de otros planes, ni enemigos, amantes, posibles gastos, dificultades, nada. Suspiro dejó el trabajo al terminar la universidad y abrió una tienda de ropa; después de eso solo la vio una vez. La misma historia al romper con el novio.

—Y el cliente habitual que tenía —completó Wang; Liu le hizo un gesto con la cabeza para que continuase—. Tenía un cliente que la trataba como a una hermanita; hablaban mucho y nunca se aprovechaba de ella.

—Irónicamente, suena lo bastante raro como para investigarlo

—dijo Hong.

—Sí, estoy de acuerdo en que merece la pena —dijo Liu—.

Pero no va a ser fácil dar con él. Dejadme que piense algo. —Se recostó un poco en la silla y olió el café.

—¿Y la bolsa? —dijo Wang—. La vida de esta chica es un misterio.

—Como un fantasma —dijo Josh.

—¿Tú también? —dijo Liu.

—¿Qué?

—Nada. Hace casi cinco años entró en la universidad, allí conoció a su novio y luego empezó a trabajar en el bar-KTV para ahorrar dinero y compartió piso con dos chicas; pero ni ellas ni nadie en la universidad ni en el trabajo llegaron a conocerla bien.

—No es posible que fuese totalmente hermética —dijo Wang—, tuvo que abrirse con alguien.

—Necesitamos hablar con el exnovio.

Todos asintieron.

—Luego llevó esa doble vida —continuó Wang— hasta que hace un año empezó a trabajar en el banco.

—Sí, entonces se convirtió en una triple vida, puesto que no dejó el trabajo en el bar-KTV hasta siete meses después. Ya hace cinco meses que dejó el trabajo en el bar-KTV. La causa no parece relacionada con sus trabajos, pero sí con el dinero y la bolsa.

—Y también rompió con su novio por esas fechas —dijo Hong.

—Exacto.

—¿Qué pasó en su vida hace cinco meses? —preguntó Liu.

—Algo que la hizo dejar el trabajo en el bar-KTV, dejar a su novio y empezar a sacar dinero —dijo Hong—. Pero, a su vez, dicen que parecía contenta.

Todos pensaron por unos momentos.

—¿No os suena a otro amante? —dijo Josh.

Se cruzaron varias miradas.

—Pero ¿y los treinta mil dólares? —cuestionó Wang.

—¿Quizás le pagaba?

Wang meneó la cabeza disgustada.

El inspector, por su parte, dio un respingo alarmando a todos; el gato había entrado en la sala sigilosamente y se acababa de restregar contra su pierna. Al salir de casa por la mañana el gato lo hizo con él, entró en el coche y también en la comisaría. A Liu, que atribuía ese comportamiento más a los perros que a los gatos, le tenía desconcertado.

—Josh, vete con Wang y hablad con el exnovio —les dijo sobreponiéndose del sobresalto.

Los dos le miraron fastidiados, pero los había pillado de improviso y, antes de que articulasen una protesta, se giró hacia

Hong.

—¿Por qué no vas a ver qué puedes averiguar de la gente de la universidad? Merece la pena intentarlo a pesar de las vacaciones.

Su amigo asintió con la cabeza y él, dando por terminada la reunión, salió con el café en la mano. El gato los miró de reojo y luego le siguió.

«Ese gato parece su sombra —pensó la detective Wang—. ¿Y

a dónde se dirige el inspector? Otra vez se va sin decir nada».

—Bonito coche —dijo Wang entrando en el Audi A4 de Josh.

—Gracias —respondió este lacónico. No era ni la manera en que lo dijo ni su expresión al hacerlo, pero algo en el comentario de ella le molestaba. ¿Tenía algo contra él? Él era una persona educada y buen policía. Además, solía gustarles a las mujeres en particular y a la gente en general, pero esta chica definitivamente le tenía manía. ¿Por qué? Quizás era lesbiana. Satisfecho con su razonamiento, arrancó. Música *hip hop* empezó a salir de los altavoces.

La detective se abrochó el cinturón con una sonrisa.

Ya en la autopista, reconoció que no era del todo malo tener un compañero vanidoso mientras pudiese viajar con comodidad resguardada de la lluvia y a temperatura agradable. No cruzaron una palabra en la media hora de trayecto y quizás estaba siendo injusta, pero la irritaba profundamente. Había conocido a muchos como él y mantenido relaciones con alguno. Leía en él como en un libro abierto. Alguien que se servía de su aspecto, un mujeriego. Y

su coche era una prueba más de su carácter. Estaba convencida de que lo estaba pasando mal para mantenerlo, tan por encima de sus posibilidades económicas. ¿Por qué demonios se pondría alguien la soga al cuello para aparentar algo con un trasto?

—¿Sabes cuántos clientes tenemos en un día normal? —

preguntó Cuchillo.

Liu no quería saberlo.

—¿Y qué hay de un teléfono?

—Igual de difícil, puede que no fuese él el que contactase con la encargada.

Liu se rascó el pelo con la misma mano que sujetaba el móvil.

—Como mucho, puedo avisarte la próxima vez que venga —

dijo Cuchillo.

Liu sabía que igual podía tratarse de una semana que de medio año.

—No me vale.

Cuchillo no dijo nada, pero pudo imaginárselo aspirando del cigarrillo por el sonido del papel al quemarse. Su mejor baza era que hubiese dejado el número de teléfono a una de las chicas; pero si Cuchillo les preguntaba, ninguna iba a querer reconocer que habían contactado con un cliente fuera del trabajo por miedo a que pensase que hacían negocio a sus espaldas.

Cuchillo no podía ayudarle. Iba a tener que encontrarlo por otros medios.

—Época de redadas —dijo cambiando de tema.

—Sí.

Hubo un silencio.

—Antivicio nos fotografió el otro día.

Más silencio.

Liu colgó.

Hong llegó con su coche familiar a la Universidad Chengchi, enseñó su carnet de policía en la puerta y le dejaron aparcar dentro del recinto. Tras varias preguntas a los vigilantes de la recepción subió por la cuesta que llevaba al Departamento de Lenguas Extranjeras. Chengchi estaba en la montaña y tuvo que recorrer un buen trecho hasta llegar arriba; llovía fuerte y el aire helaba. Ya a medio camino se arrepintió de haber aparcado abajo, presa de un sudor frío que no sabía si era debido a la resaca o al clima de la montaña.

Habló con la administración de la universidad. Beatriz nunca aplazó

los pagos de la matrícula, tampoco participó en ninguno de los grupos extracurriculares de la universidad. No es que no tuviesen ningún recuerdo especial de ella; es que no tenían ningún recuerdo. Una estudiante con ese nombre que pagó, asistió a clase y se licenció. Eso era todo.

Faltaba casi media hora hasta el final de las clases y Hong decidió probar suerte en los restaurantes de la universidad. Quizás tuviesen algo que decirle. Había varios al aire libre y también la planta baja del edificio de lenguas extranjeras estaba repleta de diferentes establecimientos. Fue primero a los del interior; seguía con sudores fríos y el aire del campus no le estaba ayudando.

Enseñó la foto en más de trece restaurantes. En todos ellos le habían mirado como si fuese un marciano; ¿con miles de clientes diarios esperaba que recordasen a una estudiante más? Casi ni conocían a los profesores.

No por ello se había desanimado; tenía que levantar todas las piedras, quizás debajo de alguna encontrase un tesoro. El trabajo policial era así, muchas veces monótono y cansino, invirtiendo tiempo en seguir pistas que no conducían a ningún lado. Miró su reloj, consultó sus notas y se encaminó hacia los despachos de los principales profesores de Beatriz. Hablaría más tarde con los que no tenían despacho fijo.

El exnovio de Beatriz trabajaba en una compañía de información virtual; su jefe le dijo que se tomase el tiempo necesario para bajar a hablar con los policías; no quería que lo hiciesen dentro de su compañía. Ahora se encontraban en la cafetería de la esquina.

Josh pidió un zumo de pomelo y Wang sostenía en sus manos un café con leche. Liwen, el exnovio, estaba demasiado nervioso para beber nada. Tenía sus manos en el regazo y los miraba con ojos de cordero degollado. Los dos detectives conocían ese comportamiento; era la reacción que la policía solía provocar en algunas personas.

—¿Dijeron que querían hablar de Beatriz? ¿Por qué?

—¿No lo sabes? —dijo Josh.

Negó con la cabeza.

—¿No lees los periódicos?

—Hm… No —dijo en tono aprensivo.

—¿Entonces no sabes lo que ha pasado?

Liwen volvió a menear la cabeza, visiblemente más nervioso.

Josh y Wang intercambiaron una mirada.

—Beatriz está muerta —dijo ella.

Se quedó petrificado y su boca se abrió ligeramente. Los dos detectives le miraban fijamente; o era el mejor actor del mundo o su sorpresa era real.

Sacó las manos de debajo de la mesa y las apoyó encima.

—Y… Eh… Cómo… —No podía acabar de decir nada.

Wang le acercó el vaso de agua que tenía delante. Dio un trago lento con el que casi terminó el vaso; las manos le temblaban.

Liwen era delgado y llevaba una camisa blanca con una corbata estrecha. Se quitó las gafas negras de pasta y las limpió con un pañuelito. Llevaban cerca de veinte minutos hablando y seguía nervioso.

—¿Vivían juntos? —le preguntó Josh.

—No, mis padres tienen casa en Taipéi —dijo volviendo a colocarse las gafas.

—¿Y nunca se quedaba en su casa?

—Eh, sí. Pero solo un día o dos por semana.

El detective apuntó algo en su libreta. Ahora el hombre había empezado a sudar.

—¿Por qué me hacen tantas preguntas? —dijo con voz temblorosa.

—Necesitamos hacernos una idea de cómo era la vida de Beatriz. ¿No quiere que atrapemos al asesino?

—Sí, claro —contestó automáticamente—, pero hacía cinco meses que no la veía.

—¿Por qué?

—Hace cinco meses que lo dejamos.

—¿Estuvieron juntos cuánto, tres años?

—Más o menos.

—Hm.

Josh le miró a los ojos por unos momentos sin decir nada. El exnovio se llevó el vaso a la boca para beber, pero estaba vacío.

Intentó servirse de la jarra que estaba en la mesa, pero las manos le temblaban demasiado. Josh le echó el agua.

—¿Está nervioso?

—No… Sí… ¿Cómo no voy a estarlo?

—¿Tiene motivos para estarlo?

—¡Me están haciendo muchas preguntas!

—¿Se alegra de que esté muerta?

Sus facciones se congelaron por un momento mientras intentaba comprender lo que acababa de escuchar.

—¿Está loco? —dijo después elevando un poco la voz, menos temblorosa, ofendida—. ¿Qué clase de pregunta es esa? —Sostuvo la mirada del detective por un momento y luego bajó la cabeza al vaso de agua, su mejor refugio.

Josh hizo un ligero gesto de disculpa con la mano.

—Ha dicho que solo se quedaba en su casa uno o dos días por semana. ¿Por qué? —le preguntó Wang.

El hombre la miró a los ojos por un momento, pero antes de responder desvió la mirada.

—Ella trabajaba por las noches.

—¿Trabajaba por las noches?

—Sí.

—¿Sabe dónde?

Asintió.

—¿Dónde?

—En un bar-KTV —las palabras le salieron lentas y con esfuerzo.

Ella se tomó un momento antes de proseguir.

—¿Y eso no le molestaba?

—No me hacía gracia —dijo mirando a Josh—, pero ya trabajaba allí antes de que empezásemos a salir. ¿Qué derecho tenía a decirle que no fuese?

—Ya.

—¿Nunca discutieron por eso? —preguntó Josh aprovechando que tenía la mirada puesta en él.

—Al principio.

—¿Y nunca le dijo que lo dejase?

—¡Sí, claro! Muchas veces. ¿Cree que me hacía gracia saber que pasaba la noche rodeada de borrachos que querían aprovecharse de ella?

—¿Alguno lo hizo?

—¿Qué?

—Aprovecharse de ella.

—No.

—¿Y no le preocupaba?

—Claro que me preocupaba, siempre le decía que me mandase un mensaje al llegar a casa.

—¿De madrugada?

—Sí.

—¿Y siempre lo hacía?

—Sí.

—¿A qué hora?

—Sobre las tres y media.

Josh apuntó algo más. El hombre bajó la mirada al vaso.

—Ha dicho que lo dejaron hace cinco meses —dijo Wang.

Asintió.

—¿Por qué?

—Ella empezó a trabajar en un banco, y seguía trabajando por las noches. Casi no teníamos tiempo para estar juntos.

—Entonces, ¿fue una decisión mutua?

Los miró por un momento.

—No —dijo en voz baja—. Fue ella la que quiso dejarlo.

—¿Y usted no quería?

Volvió a negar con la cabeza.

—¿Y no luchó por ella?

—Claro que lo hice; hablamos mucho, la llamé muchas veces por teléfono. Pero nada, ella ya había tomado la decisión.

—Entonces intentó retenerla.

—Sí.

—Porque quería tener un futuro con ella.

Asintió.

—Quizás casarse.

—Sí.

—Porque era una mujer con la que valía la pena estar el resto de su vida.

El hombre los miró a los ojos.

—Pero… después de que lo dejase no volvió a verla ni hablar con ella.

¿Es así?

Volvió a asentir.

—¿Y lo ve lógico?

No dijo nada.

—El último año trabajaba también en el banco —afirmó Wang

—. ¿Por qué necesitaba tanto dinero?

—Estaba ahorrando para ir a estudiar al extranjero.

—¿Iba a ir con ella?

—Hm… No.

—Entonces ¿iban a dejar su relación de todas maneras?

—No… ¿Por qué? Si ella solo se iba un par de años podíamos mantener nuestra relación a distancia y a su vuelta… —Parecía estar empezando a ver que su relación con ella estaba condenada al fracaso desde el principio.

Nadie dijo nada durante unos momentos.

—¿Sabe que al final dejó de trabajar en el bar-KTV?

Miró sorprendido a Wang y luego a Josh, como esperando una confirmación de este, quien asintió con la cabeza.

—¿Entonces ya había ahorrado todo lo que necesitaba?

—Podría ser.

—¿Y no fue al extranjero? —Ahora era él quien tenía muchas preguntas.

—No, no lo hizo.

Volvió a mirar a su vaso de agua.

—¿Por qué no lo haría? —preguntó Wang—. Esos eran sus planes, ¿no?

Asintió.

—¿Qué motivo pudo tener para cambiarlos?

—No lo sé…

—¿Por qué rompió con usted?

Se encogió de hombros mientras hablaba.

—Como les he dicho, la cosa se había enfriado, nos veíamos poco, dijo que ya no sentía nada por mí.

—¿Le dijo que tenía otro novio?

—No.

—¿Y usted qué pensaba?

Los miró unos segundos y tardó en contestar. Su mirada tenía un aire de súplica.

—No, no es posible… —El hombre se tapó la cara con las manos sin terminar de hablar, sollozando.

Josh y Wang compartieron una mirada; luego Josh le puso la mano en el hombro y le sirvió un poco más de agua.

Esperaron un rato hasta que se repuso. Después Wang le preguntó:

—¿Se le ocurre alguien que quisiera hacerle daño?

Bajó la cabeza pensativo y entonces la meneó de un lado a otro.

—¿Y qué hay de sus amigas? —dijo Josh—. ¿Alguna que le tuviese envidia? ¿O alguien de su trabajo que le venga a la memoria?

Volvió a indicar que no con la cabeza.

—Entiéndame que tengo que hacerle esta pregunta, es rutina.

Levantó la cabeza para mirarle.

—¿Dónde estuvo el 14 de enero?

Pensó sin encontrar ninguna respuesta.

—Fue sábado, el día de las elecciones, ¿no lo recuerda?

—¡Ah! Por la mañana fui a votar y luego estuve todo el día en casa.

—¿Solo?

—Con mi familia.

—¿Y por la noche no salió?

—Fuimos a cenar.

—¿Y luego?

—Nada, volvimos a casa. Yo estuve viendo unas series por Internet.

—Supongo que su familia podrá corroborar todo eso.

Él asintió.

—Solo una cosa más, ¿sabe de algún pago grande que tuviese que hacer mensualmente?

Frunció el ceño extrañado.

—No.

Los dos detectives se levantaron y Josh le dio su tarjeta.

—Llámeme si recuerda alguna cosa más, por insignificante que sea.

Se fueron, pero él no se movió durante un buen rato, permaneció allí con la mirada perdida en el vaso de agua hasta que la camarera le preguntó si se encontraba bien.

Liu aparcó en un sitio de estacionamiento limitado cerca del mercadillo de Shida. Por el camino sopesó posibles explicaciones para el cambio en la vida de la víctima y paró varias veces para apuntarlas en su libro, por improbables y descabelladas que fuesen; dirigir sus elucubraciones por vías alternativas le había ayudado a resolver más de un caso. Ahora caminaba por el mercadillo protegiéndose de la lluvia con el paraguas; muchos tramos eran estrechos y le tocó cerrarlo en más de una ocasión. La zona estaba repleta de tiendas, unas de ropa y otras de comida, mezcladas sin orden ni concierto, las primeras cerradas todavía, pero las últimas ya abiertas; los olores y el calorcito que salían de ellas atenuaban el frío y la humedad de la mañana. Estaba en ayunas y se moría de hambre.

La tienda todavía no había abierto y aprovechó para pedir una tostada

de atún con cebolla acompañada con un zumo de papaya en un pequeño puesto que había al lado, que se tomó apoyado en la barra ojeando los periódicos. No encontró nada sobre las redadas de la noche anterior, se habían realizado de madrugada y saldrían en la edición del día siguiente; tampoco pudo encontrar nada sobre el asesinato, solo el primer día se había informado de él, pero sin ningún seguimiento posterior.

Entonces la vio llegar. A pesar del frío llevaba una minifalda vaquera con medias, un abrigo negro y un sombrero rojo. Salió a su paso cuando se disponía a abrir el local; ella le miró y le reconoció enseguida.

—Necesito hablar contigo, ¿tienes un momento?

Suspiro sonrió y subió a medias la persiana de aluminio.

—Qué tal si hablamos dentro mientras termino de preparar las cosas. —No era una pregunta, y la siguió dentro.

El local era pequeñito, pero con el espacio muy bien aprovechado. Toda la ropa, el calzado y los accesorios eran para mujer. Al fondo estaba la caja y dos probadores, las paredes eran de ladrillo rojo y en cada una de ellas había un par de espejos.

Hacía calor. Liu se quitó el abrigo y alteró su respiración para acostumbrar el cuerpo rápidamente al cambio de temperatura y no empezar a sudar. Suspiro encendió todas las luces y puso música.

Le gustó que fuera *jazz*; en ese tipo de tiendas abundaba el tecno y la música pop taiwanesa, ambas no muy de su gusto. Suspiro cogió su pequeña aspiradora y le hizo un gesto para que le hablase mientras la pasaba por la sala.

La siguió por la tienda explicando lo que necesitaba de ella: el número de teléfono del cliente de Beatriz.

—No puedo prometer nada; quizás nunca les dejó su teléfono

—dijo Suspiro mientras recogía el cable de la aspiradora y la colgaba de una percha de madera en forma de árbol que tenía en un rincón—. Y tienes que dejar a las chicas al margen de esto.

—No estoy interesado en ellas. Tan solo quiero atrapar al asesino.

El gato entró en la tienda y caminó lentamente hasta quedarse al lado

de las piernas del inspector. Suspiro le miró fijamente.

—¿Es tuyo?

—Yo no diría eso —dijo apretando la mandíbula.

—Acabo de pasar la aspiradora.

Liu ladeó la cabeza sin decir nada. El gato, como si hubiese entendido las palabras de Suspiro, se dio media vuelta y salió de la tienda con caminar lento y orgulloso, la cola bien estirada.

Liu le tendió una tarjeta.

—Llámame en cuanto sepas algo, es urgente.

—Ya tengo tu tarjeta —dijo ella, pero la cogió y la metió dentro de la caja registradora de todas maneras.

La dio las gracias con la cabeza y se puso el abrigo.

—Inspector, ¿y qué saco yo con todo esto?

La miró por un momento a los ojos tratando de averiguar sus intenciones, nada era gratis en el mundo en que vivían.

—La satisfacción de haber hecho un servicio público y de ayudar a poner entre rejas a quien mató a tu amiga —dijo.

La chica sonrió y él se dio media vuelta para salir del local.

—¿Eso incluye una cena?

La pregunta le frenó en seco. ¿Había oído lo que había oído?

¿Había gato encerrado? Una sensación extraña le invadió. Debía de ser casi veinte años mayor que ella; y, aunque nunca le habían tildado de feo, no era tampoco guapo según el estándar taiwanés de belleza. No le llovían las propuestas para una cena. No pudo evitar recordar la doble condición mencionada por Gramsci en sus cuadernos de la cárcel: el pesimismo de la inteligencia y el optimismo del deseo. Acababa de apartar la inteligencia de una patada y se encontraba deseando.

—Será un placer… —respondió sin poder esbozar una sonrisa, imposible si no era en presencia de alguien que conociera bien; llevaba demasiados años tratando de presentarse inescrutable cuando

trabajaba—. Pero cuando cerremos el caso, no antes.

—¿Nunca te saltas las normas? —dijo ella avanzando lentamente hacia él con los brazos cruzados debajo del pecho.

Le recordó el caminar del gato y sonrió (para sí) ante la ironía de lo que acababa de oír; otros policías pensaban que sí se saltaba las normas y hasta le hacían fotos por ello.

—¿O es que acaso soy sospechosa… —ya estaba a un paso de él— y tienes miedo? No le considero alguien que se asuste fácilmente.

Suspiro seguía con el sombrero puesto, pero se había quitado el abrigo. El camino en descenso que la medusa tatuada seguía desde el cuello por dentro de la camiseta le estaba mareando.

Además, al tener los brazos cruzados cada respiración que daba le elevaba el pecho y la medusa parecía estar flotando sobre su piel.

Liu torció medio milímetro la comisura de los labios y caminó hacia la puerta; eran solo tres o cuatro pasos, pero se le hicieron más interminables que el libro de Ende. Antes de que alcanzase la salida Suspiro volvió a hablarle.

—¿Inspector?

Él se volvió para mirarla.

—No traigas el gato a la cena.

Se despidió con un movimiento de mano y salió al refugio de la calle.

Fuera el gato le miró con la cabeza ladeada y a Liu le pareció advertir en él cierto… ¿desdén? Antes de que pudiese pensar nada más la lluvia empezó a hacer música con su cabeza y la inclinó hacia atrás para que el agua le refrescase la cara. ¿Quién dijo que nunca había que retroceder?

---12---

Suspiro había sido rápida. Le llamó al poco rato de dejar Liu la tienda.

—Me dijiste que era urgente. Lo habría conseguido antes, pero varias

de las chicas estaban durmiendo. La rapidez con la que había conseguido el número le dio que pensar a Liu. ¿Lo tenía ya antes?

No, de ser así se lo habría dado cuando hablaron, no había motivo para no hacerlo. ¿O sí?

Liu llamó a la central, donde le proporcionaron el nombre, dirección y lugar de trabajo del cliente de Beatriz.

—¿Has terminado? —le preguntó Liu a Hong.

—No, en absoluto. Como están de vacaciones hay poca gente.

Los profesores con los que he podido hablar se comportan como abogados o médicos con su secreto profesional; hay que arrancarles las palabras con tenazas. Ahora estoy con los administrativos, los asistentes, el equipo de limpieza, los de seguridad… ¿Por qué?

—Nada, no importa.

Luego llamó a Josh; ya habían terminado de interrogar al exnovio y se dirigían a la central, en lugar de eso los reencaminó a hablar con el cliente y él se dirigió a casa de la víctima, quería echar otro vistazo. Era una costumbre que una vez casi le había salido muy cara al encontrarse al asesino que había vuelto al lugar del crimen.

Una vez allí dejó el paraguas abierto en la ducha y colgó el abrigo en la puerta; el gato se quedó en el coche, ¿consciente, quizás, de a dónde iba? Primero, buscó por todos los cajones y armarios comida de gato o algo perteneciente a este; no consiguió encontrar nada. Esto le frustró un poco. ¿Acaso el gato no era de la víctima y vivía allí sin que esta se enterase? ¿Era eso posible?

¿Cómo iba a vivir en tu casa un gato, y más de ese tamaño, sin que te enterases?

Apartó esos pensamientos e hizo varias respiraciones profundas para ralentizar el ritmo del corazón, lo acomodó a las sesenta pulsaciones por minuto y cuando estuvo listo recorrió el apartamento de arriba abajo con detalle.

Nada en especial le llamó la atención.

Abrió el libro y volvió a leer las notas que había tomado esa mañana:

(19 de enero 2012)

Motivos para el cambio de vida — Posibles Pagos: 1. Peligro externo de muerte (amenazas, chantajes) = pago a los criminales

2. Peligro interno (enfermedad terminal) = tratamiento médico (legal / ilegal) ¿trasplante de órganos?

3. Cambio de pareja = ¿mantenerlo? ¿Apartamento secreto o a nombre de este?

4. Cambio de sexo = ¿operación?

5. Conversión espiritual o religiosa = ¿caridad?

6. Lotería = ¿compartir?

7. Maternidad = ¿cuidado del bebé?

En esa parte del libro de Reverte, en la página 208, el pintor de batallas le decía a Markovic que cada uno debía pintar su parte, lo que había visto y lo que veía, antes de morir. Nunca se debía dejar una Troya sin arder.

Tras repasar todas las notas, cerró las cortinas, apagó la luz y se tumbó en la cama de la víctima.

Cruzó las manos debajo de la cabeza y con la vista en el techo procedió a ordenar sus ideas. Empleada en el bar-KTV, en el banco, sin familia en Taipéi, rompió con su novio, aparentemente sin pareja, sin grandes posesiones, ninguna afición visible. ¿Dónde estaba su pintura? ¿La Troya ardiendo?

Extendió los brazos a los lados del cuerpo y con los ojos bien abiertos se sumergió en el espacio vital de la víctima. Se dejó llevar por el ritmo de la lluvia golpeando en la ventana e intentó percibir los deseos y sentimientos de ella, captar sus pensamientos.

¿Qué le pasaba por la cabeza cuando estaba aquí tumbada cada noche? ¿Esperaba la llegada del nuevo día con una sonrisa?

¿O lo aguardaba con desgana por tener que levantarse para trabajar? ¿Dónde pasaba las tardes y noches desde que dejó de ir

al bar-KTV? ¿En qué se ocupaba? ¿Para qué retiraba dinero todos los meses?

La casa era bastante tranquila, tan solo se oía el ruido de alguna moto y el continuo golpeteo de la lluvia contra la ventana.

Por lo demás, el silencio era grande y se mezclaba con un olor a humedad.

Algo no terminaba de encajar. Raro era el caso con tan pocas cosas a las que agarrarse. Cada caso era un puzle en el que tenían que encajar las piezas, pero el problema de este era que le faltaban varias.

Un ruido de pasos en el pasillo le devolvió al aquí y ahora. Los pasos se aproximaban a ritmo uniforme y pausado.

No.

No podía ser el asesino.

El inspector se levantó y se acercó a la puerta. Contuvo la respiración instintivamente, tratando de relajar las manos que se habían convertido en puños. Nadie sabía que estaba allí y tenía las luces apagadas; nada denotaba la presencia de alguien dentro de la casa. Los pasos uniformes seguían acercándose, con lentitud, uno…, dos…, tres… Quien fuera ya estaba delante de la puerta, casi podía oír la respiración al otro lado, y oyó un sonido de llaves cuando algo en su chaqueta brincó y el móvil empezó a sonar.

Sobresaltado, lo sacó lo más rápido que pudo del bolsillo interior y lo abrió contestando.

—Inspector Liu —dijo una voz.

—Un momento —replicó, dejando con la palabra en la boca al médico forense.

Sacó la pistola de la cartuchera y abrió la puerta de golpe; tardó menos de tres segundos en hacerlo todo, pero no había nadie. Salió al pasillo arrancando la cinta policial del marco de la puerta y se sintió estúpido allí solo y con la pistola en la mano. Trató de aguzar el oído, pero no percibió pasos que subiesen ni bajasen de la escalera. El ascensor tampoco se movía; estaba parado un piso más abajo. ¿Lo había imaginado? Tenía la extraña sensación de estar siendo observado. Caminó hasta la escalera y se asomó por ella, pero no vio ni oyó nada. ¿Había alguien en el ascensor? Lo llamó, con la pistola

aún en su mano, y se hizo a un lado. El ascensor paró y las puertas empezaron a abrirse mientras inconscientemente sujetaba la pistola con un poco más de firmeza.

Contuvo la respiración y las puertas terminaron de abrirse.

El ascensor estaba vacío.

Por un momento volvió a ver el cadáver de Beatriz y recordó al policía uniformado asegurando que revivió. No creía en fantasmas, pero no lograba sacudirse la sensación de que alguien le observaba.

Era un edificio de cinco pisos y se encontraba en el cuarto.

Caminó por el pasillo, subió por la escalera y llegó al último piso, sin haber visto nada raro; luego continuó y dio con la puerta que conducía al tejado. Estaba cerrada, pero se abría desde dentro sin llave. Lo hizo y salió al tejado, todavía con la pistola en la mano. El tejado era grande y estaba desierto, chispeaba y el suelo estaba mojado. Miró a su alrededor, había dos edificios lo bastante próximos como para poder pasar desde este tejado al de ellos. No era fácil, pero alguien sin miedo a romperse la crisma o sin otra salida podía haber saltado de uno a otro. Se asomó y miró a la calle; no vio ninguna de las cámaras de seguridad que poblaban la ciudad; además, eran edificios antiguos sin portero. Al cabo de unos momentos la lluvia empezó a caer con más fuerza y decidió entrar.

Si alguien había pasado a otro tejado estaría lejos.

Guardó la pistola y entró en el apartamento de nuevo. Entonces recordó el móvil: no había colgado.

—¿Qué querías? —preguntó tras sacarlo del bolsillo.

—No tengo todo el día —bramó Xiu Chen, el médico forense.

—Yo tampoco estoy de vacaciones —le respondió el inspector malhumorado—. ¿Qué pasa?

—Tu víctima estaba embarazada de tres meses.

—No es «mi» víctima. ¿Algo más?

—No.

Colgó, irritado todavía más porque no le había preguntado por el gato, y eso le puso de un humor de perros.

Embarazada.

Abrió las cortinas y se asomó por la ventana con la mente en ebullición.

Embarazada.

Ya disponían de una nueva pieza del rompecabezas, y esta sí encajaba con la teoría del novio. Parecía que el motivo sí iba a ser un cambio de pareja después de todo. Como poco, significaba que estaba manteniendo una relación antes de morir. Pero cómo explicar la ausencia de fotos, compras, recibos y las retiradas del dinero.

Estaban a punto de dar con algo, de eso estaba seguro, se dijo andando de un lado a otro con las manos en la cintura y la cabeza gacha.

La chica debía mantener una relación con una persona casada.

Eso explicaría su reserva y la ausencia de cualquier rastro.

¿Pero y el dinero? ¿Cómo encajaba en todo eso?

El móvil interrumpió de nuevo el hilo de sus razonamientos.

—¿Qué quieres ahora? —dijo contestando secamente.

Pero no era el forense, sino la central.

Había otro cadáver.

---13---

Abordaron al hombre cuando salió del trabajo, llevaba una camisa azul clara con pantalones y zapatos negros, como una persona más de los miles que se veían en el metro o en las motos; lo único que le distinguía de ellos eran unas gafas demasiado grandes para su cara y de un azul que no le favorecía nada, le daban cierto aspecto ridículo.

Ahora decía:

—Ya saben cómo es la cosa; cuando te enamoras de una persona no piensas en mantener relaciones sexuales con ella.

Josh y Wang intercambiaron una mirada; luego Josh asintió mirando a aquel marciano. No tenía la más mínima idea de lo que decía, pero quería darle a entender que le comprendía.

—¿Dice que estaba enamorado de Beatriz? —preguntó Wang.

Puso cara de que lo contrario hubiese sido raro y asintió con una sonrisa que dejó ver los dientes de abajo torcidos.

—¿Y se lo dijo?

—Sí, claro —soltó una risita—, desde el primer día.

—¿El primer día que fue allí le dijo que estaba enamorado de ella?

Volvió a sonreír como si estuviese recordando algo memorable.

Wang miró de reojo a Josh; el hombre, de tan raro, rozaba lo escalofriante.

—¿Y qué le dijo ella?

—Que era la primera vez que alguien le decía eso.

Josh tuvo que fingir un par de toses para ocultar la risita que se le escapó. Luego dio un trago de agua.

—¿Qué pasó después? —continuó Wang.

La miró con desconcierto.

—¿Qué quiere decir?

—¿Le dio su teléfono? ¿Quedó con ella?

—No, no me dio su teléfono. Una lástima. Me dijo que tenía novio.

—¿Eso le molestó?

—No, era lo normal.

—¿Lo normal?

—Una chica tan maravillosa era poco probable que estuviese sin novio.

—¿Y no intentó arrebatársela a su novio? —preguntó Josh.

Le miró molesto.

—¿Nunca ha estado enamorado?

Josh empezó a pensar, pero no le dio tiempo a contestar, porque el otro continuó:

—Cuando estás enamorado quieres que la otra persona sea feliz, quieres lo mejor para ella. —Dirigió su mirada a Wang, quien asintió para que continuase—. Le pregunté si era feliz con su novio y me dijo que sí.

—¿La vio muchas veces?

—Siempre que iba.

—¿Iba muy a menudo?

—Una vez al mes más o menos. Quería ir más, pero con mi sueldo no podía.

—¿Ella le contó algo personal?

Levantó la cabeza y sus ojos se empequeñecieron mientras pensaba.

—No… Ahora que lo dice, la verdad es que no.

«¿Y aun así estaba enamorado? —tenía ganas de preguntarle Wang—. Los hombres son estúpidos».

—¿Cuándo fue la última vez que la vio? —le preguntó en su lugar.

—Hm… Hará unos cinco meses. Fui una noche y me dijeron que ya no estaba.

—¿Le enfureció?

—Me dio pena.

—¿Y no intentó encontrarla?

—Quería, pero no tenía cómo.

—¿Podría decirnos qué hizo el día de las elecciones?

—Ese fin de semana fui a Kaohsiung, a casa de mi familia.

—¿Estuvo todo el fin de semana?

Asintió.

—¿Con la familia?

—Sí.

—¿Y votó?

—Sí, sí que voté.

—¿A quién votó?

Levantó las manos en una protesta y sonrió.

—Eso es secreto.

Josh y Wang se miraron, no tenían nada más que preguntar. Le dieron una tarjeta y se levantaron.

—¿Ahora está enamorado? —le preguntó Josh mientras se ponía su abrigo de varios miles de dólares; Wang no llevaba abrigo.

A modo de respuesta, el hombre les dedicó una sonrisa tan amplia que podría haber rivalizado con la del Joker.

—¿Y es una chica del bar-KTV?

Asintió.

—Nunca sabes dónde vas a encontrar el amor.

Josh y Wang intercambiaron otra mirada y se fueron.

Ya en el coche, Josh sacó un envase con un par de manzanas peladas y troceadas. No habían tenido tiempo de comer y hasta la cena con el inspector faltaba un buen rato. Le ofreció a Wang, y le molestó que no ella quisiera, pero se encogió de hombros.

Encendió el coche para que la calefacción empezase a funcionar y se metió un par de trozos en la boca.

—Es curioso cómo las personas se engañan a sí mismas —le dijo a Wang, masticando—. Solo ven lo que quieren ver.

Ella giró la cabeza y le miró a los ojos con una sonrisa.

—Precisamente —dijo. Luego se puso el cinturón de seguridad y fijó la

vista en la carretera.

Josh se metió un par de trozos más en la boca y masticó con fuerza. Cuando terminó con las manzanas, puso el intermitente y se incorporó al tráfico con una mano al volante y la otra sujeta con más fuerza de la necesaria al agarradero de la puerta; estaba irritado.

¿Qué quiso decir con eso? Le sacaba de quicio. Pero Josh sonrió, pronto conseguiría que comiese de su mano. Con ese pensamiento encendió el CD y Tupac Shakur empezó a cantar *Fair Exchange* justo cuando entraba la llamada del inspector.

---14---

El inspector aparcó detrás del Audi A4 de Josh en el carril del puente cortado por la policía y se acercó a la barandilla para mirar al río. Allí, con el olor del agua, los edificios y las luces de la ciudad de fondo, la noche no le parecía tan horrible.

Hermosa, si no fuese por lo que le esperaba al bajar.

El equipo forense estaba trabajando en una pequeña zona acordonada en la orilla. Desde lo alto y con la luz de la luna reflejada en el río, le parecía presenciar un *ballet* de paraguas de diferentes colores moviéndose al compás de la lluvia. Solo identificó el paraguas de Josh, más grande que los demás y de diferente textura.

«¿Hay paraguas de marca?», se preguntó el inspector bajando las escaleras hacia el río.

Se abrió paso entre los paraguas y llegó hasta donde estaba el cadáver. No era un espectáculo agradable y una súbita tristeza le invadió.

El médico forense, que estaba inclinado sobre el cadáver, volvió la cabeza y asintió ante la presencia del inspector sin decir nada.

Este esperó pacientemente. «Por lo menos no hay periodistas», se dijo; pero, como si ese pensamiento hubiese sido el desencadenante, la furgoneta de una cadena televisiva llegó al puente. Al poco otra más aparcó al lado. Después de un par de días sin grandes noticias, la escena de una chica muerta en el río y un montón de policías trabajando alrededor bajo la lluvia debía parecerles demasiado jugosa.

Lo peor de todo es que iban a repetirla sin parar en televisión.

Lo que les faltaba. Esto iba a elevar la presión a la que estaban sometidos por los de arriba, y faltaban cuatro días para el Año Nuevo, ya casi solo tres por la hora que era.

Liu miró a su alrededor. Daba igual que hubiesen cerrado el acceso al río, iban a grabar lo que quisieran usando los *zoom* desde la barandilla.

—Una chica de unos veinticinco años —dijo el médico forense mientras se quitaba los guantes—. Lleva varias semanas en el río, a juzgar por su estado de descomposición.

—¿Ahogada?

—Seguramente apuñalada. El cuerpo está muy deteriorado.

Tiene varias incisiones en el pecho. La más profunda parece ser el golpe de gracia.

El inspector se agachó para mirar.

Lo que en vida había sido una chica joven, llena de sueños y esperanzas, era ahora una masa de carne y huesos, inerte e inmóvil.

No tenían nada que la identificase. No sabían el lugar del crimen. ¿La tiraron desde este puente? ¿O fue arrastrada por la corriente desde alguno de los otros dieciséis puentes que conectaban el centro de Taipéi con las afueras?

Tomó varias notas. Pensó con amargura que, hasta ahora, ningún libro había soportado dos asesinatos. Josh y Wang le miraron sin decir nada.

¿Mala suerte? ¿Aumento de la criminalidad?

Ya no tenían nada que hacer allí. Después de dar varias indicaciones a los policías de uniforme subió la escalera seguido por Josh y Wang; habían aparcado en el puente y no tenían manera de esquivar a los reporteros.

Estaba exhausto y tenía los pies calados. Algo le hizo pensar en su madre. Y en la otra chica asesinada. ¿Estarían relacionados ambos crímenes?

Al llegar al puente los reporteros ignoraron a Josh y Wang, pero

cerraron el paso a Liu.

—Inspector Liu, ¿qué puede decirnos? —dijo un reportero acercándole el micrófono a la boca. Intentó pasar sin decir nada, pero los dos cámaras eran demasiado grandes; hubiera sido más fácil atravesar la Gran Muralla.

Los miró decidiendo qué hacer. Solo había dos cadenas televisivas, pero sabía que eso daba igual. Por lo general, los cámaras se llevaban bien entre ellos y, aunque solo uno filmase, sus cadenas acababan teniendo el mismo material.

—A estas alturas de la investigación no puedo decir nada más.

—Era la segunda vez que le tocaba decir eso en una semana; una mala señal.

—¿Ha sido un suicidio? —dijo el otro reportero.

—Una joven ha muerto, todavía no puedo confirmar la causa de la muerte.

—¿Quién es?

—Todavía no lo sabemos.

—¿Ha sido violada?

—No puedo decir nada más.

—¿Quién la ha encontrado?

—No voy a decir nada más —dijo meneando la cabeza y pasando entre ellos.

—¿Cuándo sabremos algo más? —insistió el otro reportero a sus espaldas.

—Cuando lean los periódicos —dijo bruscamente mientras entraba en su coche, y al momento se arrepintió. Le iba a salir cara la frase. Ojalá no lo hubiesen grabado.

---15---

Quiso volver a por lo que se había olvidado y casi le cuesta muy caro. Había alguien en la casa. No se veía luz en la ventana ni se oía ningún ruido. Tampoco había ningún policía guardando la puerta. Intentó ser cuidadoso.

Pero no lo suficiente. Había alguien en la casa y casi lo paga muy caro. Por suerte, cuando estaba a punto de entrar con las llaves que le había quitado a la muerta, un móvil empezó a sonar.

Había tenido suerte. Y había reaccionado rápido. Sabía que no tendría tiempo de bajar los cuatro pisos, así que se escondió en el piso de arriba.

Fue entonces cuando vio al policía saliendo por la puerta con la pistola en la mano.

Eso le hizo recordar los ojos de su madre tirada en el suelo en el momento en que fueron separados. En otra vida. Cuando vivía en China. Gente con armas en la mano, como este policía. Podía ver los ojos de su madre como si los tuviese ahora delante. Casi podía tocarlos. A veces se despertaba en sueños donde esos ojos le miraban. Pero ahora le pasaba menos. Ahora tenía otra familia. Sí, la familia que tenía que proteger.

Llevaba el cuchillo consigo y quizás podría haber intentado deshacerse del policía y recuperar lo que quería. El policía no parecía especialmente peligroso y estaba solo. Pero el riesgo no estaba justificado. Había decidido dejar así las cosas.

Estuvo en el quinto piso durante un rato y cuando el policía fue al ascensor se quitó los zapatos, subió hasta el tejado, saltó al otro edificio y bajó hasta la calle perdiéndose en la noche.

---16---

La cena era en un restaurante de *kuaichao[2]* al que solían ir.

La dueña, que los conocía, siempre ponía algo por cuenta de la casa. Hoy un plato de chirlas avinagradas y otro de judías verdes al ajillo. Dejaron pedir al inspector, que conocía bien los gustos de todos, excepto de Wang. Ordenó ostras fritas, tofu a la plancha, mandíbula

de pescado, espárragos fritos, verduras con cerdo, pollo a las tres tazas y sopa de almejas.

Aunque tardía, iba a ser la única comida decente del día; ya era más de medianoche. Estaban cansados, mojados y un tanto desesperados. El primer asesinato estaba lejos de resolverse y ahora se añadía otro. «Qué demonios», pensó Liu; pidió varias botellas de Cerveza Taiwán para acompañar y elevar los ánimos.

Los de la mesa de al lado tenían los suyos muy altos; con los colores subidos, hablaban a gran volumen y en el suelo tenían una caja con los cadáveres de las botellas de litro ya consumidas.

Nadie tenía ganas de charlar y comenzaron a comer en silencio.

Tras varios bocados y unos tragos de cerveza fue el inspector el que habló.

—Se nos acumula el trabajo, si teníais algún viaje largo planeado podéis irlo anulando; dudo que podamos tomarnos más de un día libre —dijo mientras pasaba una ostra por el platito con la pimienta en polvo—. ¿Qué averiguaste en la universidad? —le preguntó a Hong.

—Nada de nada.

—¿Y dónde estamos con el exnovio?

—Otro callejón sin salida —respondió Josh con el tazón de arroz blanco en la mano y un buen trozo de tofu en la boca.

—Su coartada cuadra y no nos dio mala impresión —dijo Wang

—. Podríamos apretarle un poco más las tuercas si hiciera falta.

—De momento no. Si estáis tan convencidos de que no está involucrado dediquémonos a otras cosas. ¿Os dijo por qué lo dejaron?

—Dijo que la cosa se había enfriado y que ella dejó de quererle.

Nada en concreto.

—¿Y el cliente?

Josh y Wang se miraron.

—Es un tipo… peculiar —dijo Josh—, pero no un asesino.

—Sí, estoy de acuerdo —dijo ella—. Y también tiene coartada, aunque todavía no hemos podido verificarla.

—¿Y si ponemos un anuncio? Alguien sabrá lo que hacía Beatriz fuera del trabajo —dijo Hong—. No sería la primera vez.

Quizás averigüemos qué cambió en su vida o lo que hacía con el dinero.

—No me hace gracia la idea —respondió el inspector, recordando su reciente encuentro con la televisión.

—Estoy de acuerdo, la prensa siempre da más problemas que soluciones —dijo Josh.

—Sobre todo cuando uno se acuesta con las periodistas —

comentó Wang llevándose un trozo de pollo a la boca.

Josh se atragantó con un espárrago y, aunque no le gustaba la cerveza, tuvo que dar un buen sorbo para lograr tragarlo. Hong echó una mirada cómplice al inspector, quien dejó escapar una sonrisa amplia para sus estándares, rompiendo así su regla de imperturbabilidad; estaba entre colegas. Pero duró poco.

—La chica estaba embarazada —les dijo.

Todos le miraron.

—¡Ya os dije que tenía un amante! —dijo Josh, todavía un poco rojo después del trago de cerveza. Su organismo toleraba mal el alcohol.

Los demás se quedaron pensando. El móvil del inspector rompió el silencio. Era Tori.

—Me conmueve tu lealtad hacia la prensa escrita —le dijo.

Tardó un momento en entender de qué hablaba Tori, cuando lo hizo se llevó las manos a la cabeza y colgó el móvil. Al momento volvió a sonar.

—¡Ahora no! —contestó y volvió a colgarlo. Se acercó a la dueña del restaurante y pidió en taiwanés que encendiese la televisión; esta lo hizo y le dio el mando.

En el televisor echaban las noticias. Cambió de cadena varias veces. En las que había informativos no paraban de repetirse las imágenes

del río y sus palabras al entrar en el coche.

Volvió a sonar el móvil y lo colgó sin contestar.

—Lo que nos faltaba —dijo Hong poniendo la mano en el hombro de Liu.

—Precisamente —dijo este.

—Por lo menos saliste favorecido —dijo Josh.

Los tres le miraron.

El móvil del inspector sonó de nuevo salvando a Josh de una paliza. Esta vez miró quién era antes de colgar: el director.

—¡Me ha colgado dos veces! —bramó este—. ¡Si me vuelve a colgar, le despido!

La tentación fue grande, pero no Liu colgó. No era tan fácil despedirle, pero no quería enemistarse aún más con el director.

—¿Está viendo la televisión? —gritó.

—No —mintió.

—¡Pues enciéndala! ¿Qué demonios ha sido eso? ¿Se ha vuelto loco?

—Simplemente les dije que no tenía nada que declarar.

—Sí, ¡y que se enterarían por los periódicos! ¿Pero acaso no sabe que en esta ciudad los medios de comunicación te pueden enterrar vivo? ¡Venga mañana a mi despacho a las ocho…!

—Director, perdone —le interrumpió viendo que le entraba otra llamada.

—¿Qué? —gritó el director.

—Me entra otra llamada y puede ser importante, quizás sea otro cadáver.

— *Christ!* No bromee con esas…

Le puso en espera.

—¿Sí? —dijo contestando a la otra llamada.

—¡Todavía soy yo! —rugió enfurecido el director.

—Ah, perdone —dijo cambiando de línea, esta vez con éxito—.

¿Sí?

—¿Se ha vuelto loco? —oyó que le preguntaba el comisario Chen.

«¿Pero en esta ciudad nadie duerme?», pensó Liu.

—Deduzco que está viendo la televisión.

—¡Deduce bien! Espere a que lo vea el director, va a ser la debacle.

—Ya lo ha visto.

—¿Qué?

—Le tengo en la otra línea.

—Venga mañana a mi despacho a las ocho, a ver cómo solucionamos esto.

Liu se despidió y volvió a la otra línea.

—¡Quiero un informe detallado, mañana en mi despacho a las ocho!

—A las ocho tengo una reunión con el comisario.

—¡Pues a las siete! ¡A las siete en mi despacho!

No tuvo que despedirse; el director colgó de golpe.

Guardó el móvil en el bolsillo, maldiciendo al inventor de dicho engendro, y se volvió hacia sus detectives, que le miraban inquietos.

—Estamos con el agua al cuello —les dijo.

Liu apagó la televisión, abrió otra botella de cerveza y los puso al corriente.

Al terminar fue Hong el que abrió otra cerveza.

—Vamos contra reloj —dijo.

—Sí, ya van tres días y solo sabemos que sacaba grandes sumas de dinero y que estaba embarazada, pero no tenemos ningún sospechoso.

—Es desconcertante —dijo Josh.

—Y ahora encima hay otra muerta —dijo Wang—. ¿Estarán relacionados ambos casos?

El inspector los miró con el gesto un tanto abatido.

—Esperemos que no; solo nos faltaba un asesino en serie suelto por ahí durante las fiestas.

Nada más decir esto, y como moscas atraídas por la miel, aparecieron dos cámaras que empezaron a filmar. No había reporteros, tan solo querían las imágenes para vengarse por su comentario, para enterrarle como había vaticinado el director; o simplemente porque era una noticia de las que atraía al público sensacionalista.

Josh se levantó e intentó echar a los cámaras a voces. Fue lo peor que podía hacer, Liu ya se imaginaba cómo iban a editar las imágenes. Acabaron levantándose todos y se formó un pequeño barullo. Finalmente, Hong consiguió sentar a Josh y la dueña logró echar a los cámaras; pero el daño ya estaba hecho.

Liu quería desconectar el móvil, pero no podía.

Pasaron varios minutos y seguían a la mesa; terminaron la cena en silencio.

—Descansad bien, mañana veremos esto con otros ojos. ¿A las ocho y media? —preguntó.

Nadie respondió. Se levantó para pagar la cuenta y la detective se quiso adelantar llevándose la mano al bolsillo.

—Esta vez pago yo.

—Ya pagarás cuando pillemos al culpable.

Descubrieron que Josh y Wang eran casi vecinos, los dos vivían en Xindian, Nuevo Taipéi; ella rechazó su ofrecimiento de dejarla en su casa y cada uno se fue por su lado. Él lo hizo con cara de pocos amigos y sin tan siquiera abrir el paraguas. Hong y el inspector los contemplaron en silencio.

—¿Un café? —le preguntó Hong.

—¿No tienes que ir a casa?

—Sí, pero no sé si tengo fuerzas para hablar con mis hijos ahora.

—Demos el día por terminado y vete a casa, es tarde. Yo tengo que pasar por el hospital —dijo dándole una palmada en el hombro.

Se fueron caminando en direcciones opuestas y, aunque por razones diferentes, los dos con mala cara.

---17---

Día 5. Viernes, 20 de enero de 2012, Taipéi

(3 días para el Año Nuevo, Año del Dragón 4710)

El inspector se despertó antes de las seis de la mañana, había llegado tarde del hospital y estaba cansado. Se dio una larga ducha de agua caliente y se afeitó mientras lo hacía. Por la noche eligió otro libro para el nuevo caso, *Anatomía de la destructividad humana* de Erich Fromm, y estuvo un rato escribiendo en él.

Se vistió con el traje *beige*, guardó los libros en distintos bolsillos de la chaqueta y salió del apartamento; esta vez solo, ya que el gato decidió quedarse. No podía culparle, estaba diluviando.

En el despacho el director estaba acompañado del comisario; parecían haber hecho buenas migas últimamente. Tanto mejor, dos reuniones en una. Las puertas de un armario estaban abiertas, en tres televisores LCD con pantalla plana que había dentro estaban viendo diferentes informativos. Intercaladas entre otras había imágenes del cadáver del río, él entrando en el coche, de nuevo él y luego Josh con la cara roja y tono amenazador intentando desalojar a varios cámaras de un restaurante; daban la idea de la falta de seriedad con que los policías se tomaban un caso tan trágico como el de la pobre chica aparecida en el río (aunque todavía no sabían quién era), bebiendo cerveza y dándose una buena comilona.

Sobre la mesa había tres o cuatro periódicos diferentes, pero no alcanzaba a ver qué decían. Los medios de comunicación habían

madrugado.

— *What a mess!* —dijo el director apagando los televisores y tirando desairado el mando encima de la mesa. Se levantó y cerró las puertas del armario, al parecer le molestaba el desorden.

Liu se sentó frente al escritorio sin decir nada. Miró por un momento al comisario, pero no pudo deducir nada de su expresión de perfecto jugador de póker.

—Está fuera del caso —dijo el director volviendo a sentarse.

—¿Cuál de ellos? —preguntó él alisándose las arrugas de la camisa.

—¡Del primero!

—¿El del río?

—¿Se está haciendo el gracioso? —rugió el director.

—Según cómo se mire.

—¿¡Cómo!?

—La chica del río murió hace más tiempo, podría considerarse el primer caso.

—¡No el del río! ¡La otra víctima!

—¿Beatriz Lin?

—¡Sí, esa! —dijo dando un golpe en la mesa.

Gesticulaba mucho y Liu pensó que pronto iba a recolocarse la pajarita (hoy sí tocaba).

Miró de reojo al comisario, pero milagrosamente este seguía sin toser y con la cara de póker. No en vano de joven había sido un buen practicante de *xing yi qun*, un estilo de kung-fu en el que todo el movimiento iba por dentro.

—No me gusta dejar las cosas sin terminar.

—No depende de usted —respondió el director, todavía rojo.

Fue a decir algo, pero el comisario empezó a toser y el director a arreglarse la pajarita. «Ahí está», pensó Liu.

—No podemos dejar que continúe en ese caso —dijo al terminar de toser y abriendo un caramelo.

—¿Por qué?

—¡Conflicto de intereses! —dijo el director lanzando un periódico abierto cerca de donde se encontraba sentado—. No queremos verle cerca de ese caso ni de nada relacionado con él.

Cogió el periódico y al ver lo que contenía su cara no mostró nada, pero sus ojos centellearon de furia. Una foto de él con Cuchillo ilustraba un artículo sobre la corrupción. Era muy parecida a las que había visto en el informe de Antivicio, tomada el mismo día y en el mismo lugar. ¿Las había filtrado Michael a la prensa? Si lo había hecho, era un golpe muy sucio, pero le costaba creerlo. Era demasiado recto y justo como para hacer algo tan despreciable.

¿Había abandonado sus principios para conseguir lo que quería?

Sabía que se proponía encerrar a Cuchillo y terminar con el crimen organizado de la ciudad, ¿pero hasta dónde estaba dispuesto a llegar para lograrlo?

—¿Cómo ha conseguido la prensa esta foto? —preguntó Liu.

Los otros se miraron.

—Esa es otra cuestión —dijo el comisario.

—Y no le incumbe —apostilló el director—. Tiene suerte de que no le suspendamos; ¡y sepa que era lo que solicitaban varias personas!

Aceptó lo que le estaba diciendo, pero no había nada que agradecer. Si no le había suspendido sin pestañear era porque le necesitaba para resolver el nuevo asesinato.

—Ya les he dicho que la organización de Cuchillo no tiene nada que ver con el asesinato.

—No se preocupe ya por eso —dijo el comisario—. Pongan al día todos los informes sobre el caso en el curso de esta mañana.

—¿Y quién se va a encargar de la investigación?

—Eso no es asunto suyo —dijo el director.

—Michael Yang —dijo el comisario ignorándole.

El golpe le afectó y se acusó en su cara.

—Es un buen detective —continuó el comisario— y esperamos que resuelva el caso.

Les mostró la foto del periódico y luego la tiró de sobre la mesa.

—Pero solo va a mirar en esa dirección.

—Olvídese de ese caso —le repitió el director—, ¿le queda claro?

Hubo un denso silencio cargado de tensión; roto finalmente por nuevas toses del comisario, de mayor duración y tan fuertes que el director sacó un vaso de cristal del cajón y le sirvió agua del lujoso termo que tenía en la mesa. Liu se preguntó si había tosido a propósito.

—Quiero que les entregue los archivos del homicidio a las once

—dijo el comisario tras un par de tragos más de agua, con la voz vacilante.

—Luego concéntrese en el nuevo caso —dijo el director—.

¿Qué es lo que sabemos?

—La chica murió hace varias semanas; casi seguro que de una incisión en el pecho con un objeto punzante.

—¿Algún sospechoso?

Liu fantaseó con saltarle al cuello y estrangularle con la pajarita; la imagen le hizo salivar. El comisario le miró y le pareció ver en su

cara temor por la vida del director, como si le hubiese adivinado el pensamiento.

O no; puede que fuesen imaginaciones suyas.

—Todavía no hay sospechosos —respondió.

El director se reclinó y cruzó las manos sobre el estómago.

—Es todo —dijo.

Liu se levantó y salió, todavía acariciando su fantasía.

---18---

—¡Esto apesta! —dijo Josh cerrando los puños y consiguiendo hacer peligrar las mangas de su polo negro con ello—. Nunca nos han apartado de un caso —golpeó la mesa con la palma de la mano haciendo temblar la taza de té verde de Hong.

—Y ni siquiera son de Homicidios —dijo Hong meneando la cabeza.

—Les han dado el caso por el artículo de esta mañana. Ahora mismo somos tóxicos, nos quieren lo más lejos posible.

—¿Y lo vamos a dejar así? —dijo Josh.

El inspector bajó su mirada a la taza humeante, viendo como el café giraba dentro de ella.

—Son unos buenos detectives. Puede que el caso necesite ojos nuevos o un punto de vista diferente. Dejemos que hagan su trabajo.

—Pero su trabajo no es resolver asesinatos, es el nuestro.

No contestó.

—¿Y cómo llegó esa foto a la prensa? —dijo Hong.

Le miró y meneó la cabeza a modo de respuesta. Luego miró a Wang, que seguía sentada sin decir nada; le gustaba la tranquilidad con que se tomaba las noticias.

—¿Qué hacemos ahora? —dijo cuando notó que el inspector la miraba.

—Por el momento acabar los informes; a las once entrego todo.

Hong se sirvió más té, Wang fue a por un café y pasaron las siguientes dos horas rellenando posibles huecos de las investigaciones y unificando todo: las fotografías de la escena del crimen, los informes de los técnicos forenses y de la autopsia, las transcripciones de las entrevistas que habían hecho (les tocó omitir y modificar las relacionadas con las chicas del bar-KTV), sus informes detallados día a día y las conclusiones a las que habían llegado. Al terminar había una buena pila de documentos.

Liu revisó todos rápidamente y los puso a un lado. Luego le pidió a Josh las carpetillas del nuevo caso.

—¿Qué sabemos de la víctima? —preguntó.

—Agnes Hsu, veinticuatro años —explicó Josh—. Trabajaba en IMAC, una compañía que exporta mochilas para niños a Latinoamérica. Soltera.

—¿Cómo la habéis identificado?

—Personas

Desaparecidas.

Su

madre

denunció

su

desaparición hace dos semanas.

—¿Confirmada la causa de la muerte?

—Una puñalada en el corazón —contestó Hong— de la que murió en el acto; las otras no eran mortales. Y de acuerdo con las heridas y el estado del cuerpo, el forense piensa que la arrojaron de un puente y vagó a la deriva unas tres semanas.

El inspector examinó las fotos de la autopsia y soltó un sonido ininteligible. Nadie dijo nada.

—¿Familia? —prosiguió.

—Vivía con su madre, su padre trabaja en China. Es todo lo que sabemos por ahora.

El móvil del inspector empezó a sonar. Consultó quién era y salió de la sala para contestar. Cuando volvió, a Hong le pareció que tenía mala cara.

Les repartió el trabajo y cogió los documentos que tenía que entregar.

—Buscad cualquier posible conexión con la otra víctima.

Pueden estar relacionadas, no excluyamos nada. —Dicho eso, salió.

En esta ocasión fue Hong el último en abandonar la sala de reuniones. Se quedó a terminar su té verde lentamente pensando cómo hablar con la madre de la víctima. Otra madre que perdía a su hija.

«Al menos debe estar preparada, ya que denunció su desaparición —pensó—. Aunque, ¿de qué sirve estar preparado si te dicen que has sobrevivido a tu hija?».

Se levantó y, arrastrando el paraguas, salió con la cabeza gacha.

—No me los dé a mí —dijo el comisario cuando Liu le subió los documentos—. Bájeselos al inspector de Antivicio.

Liu arqueó las cejas, pero no dijo nada.

¿Tenía alguna intención oculta el comisario?

Bajó al piso seis por la escalera y cuando entró en la sala donde estaban los de Antivicio todos dejaron lo que estaban haciendo para mirarle. Había cinco mesas para los detectives y al fondo estaba el despacho de Michael, un poco más pequeño que el de Liu; en una pared varios tablones mostraban fotos y papeles de las operaciones en marcha: fotos de Cuchillo y sus empleados ordenadas en forma de árbol y otras de distintos jefes mafiosos.

Aprovechó para echar un vistazo según pasaba.

—No mires eso —le imprecó el detective más cercano, que llevaba una gorra comatosa.

Le ignoró y vio que Michael estaba hablando con Vincent, que trabajaba en la mesa más próxima al despacho. Liu se acercó sin prisa, el silencio era total y se podían oír sus pisadas perfectamente.

Al llegar puso todos los documentos encima de la mesa de Vincent.

—Aquí está todo —dijo—. Buena suerte.

Se dio media vuelta y echó a andar, pero Michael no podía dejarlo, tenía que decir algo.

—¡Deberías estar suspendido!

Liu se frenó, cerró los ojos y respiró hondo mientras decidía si se daba la vuelta o no.

Se dio la vuelta.

Michael, que hasta entonces había estado reclinado sobre la mesa de Vincent, se enderezó para encontrarse con él. Siempre andaba muy recto. Cuando Liu estuvo a una distancia menor de la que consideraba necesaria paró y levantó la cabeza para mirarle a los ojos. Mantenía los brazos a los lados del cuerpo y no los usó para gesticular, no hacía movimientos sin una finalidad.

—Hablando de suspensiones, ¿cómo consiguió esa foto la prensa?

—¿Estás tratando de insinuar algo? —dijo Michael. Él sí gesticulaba siempre que hablaba y, aunque no llegaba a tocarle, tenía su manaza a unos milímetros de su chaqueta. Cuando hacía eso, a Liu le parecía un rapero.

—Fue una foto tomada por tu equipo. ¿Cómo llegó a los periódicos?

—¡No lo sé, pero no es cosa nuestra!

—Nadie tenía acceso a esas fotos —dijo el inspector formando con su boca una sonrisa grande y extraña—. Quizás los corruptos sean los detectives de tu grupo.

Vincent presintió algo, pero se levantó demasiado tarde. Con el último comentario de Liu, Michael explotó y le cogió por las solapas de la chaqueta.

—¡No te atrevas a venir a darnos lecciones de moralidad! —

vociferó. Tenía mucha fuerza y casi le levantó empujándole hacia atrás, medía cerca de un metro noventa y pasaba de los noventa kilos, tenía el físico de un toro. Pero eran músculos de gimnasio. Los de Liu eran músculos útiles, todos tenían su razón de ser y se habían formado con miles de horas de entrenar artes marciales y practicar golpes, proyecciones, barridos, agarres, luxaciones…; con la chaqueta puesta parecía un hombre corriente de hombros anchos, pero a la hora de aplicar su fuerza lo hacía de verdad.

Con la mano derecha hizo palanca hacia abajo en el brazo derecho de Michael, al mismo tiempo que le punzaba en la laringe con el dedo índice de la mano izquierda; tras el segundo que tardó su cuerpo en transmitir el dolor al cerebro, Michael sintió malestar y empezó a perder el equilibrio, se movía como una marioneta en la dirección en que le guiaba Liu. Este afianzó el centro de gravedad con las piernas bien plantadas en el suelo y con un movimiento rápido le empujó quitándoselo de encima.

No quería hacerle daño.

No le había tirado al suelo. No le había golpeado. No le había luxado.

Es muy fácil destrozar a un atacante, pero muy difícil controlarle sin que sufra daño. Se requería mucha destreza. Liu la tenía. El cuerpo humano ya no encerraba secretos para él. Aun así, Michael salió despedido violentamente un par de pasos hasta chocar con Vincent, que venía hacia él. Este frenó su caída, pero no era muy fuerte y casi cayeron al suelo juntos.

En ese momento, Allen, el detective de la gorra, lanzó una patada frontal a la espalda del inspector. Este reaccionó sin pensar, ya no tenía que hacerlo. Giró ligeramente sobre sus talones hacia el exterior,

lo suficiente para que la pierna pasase a unos centímetros, y según lo hacía ayudó el movimiento de la patada prolongándola hacia adelante con su mano derecha. Fue un gesto sutil y elegante, como el de un delfín deslizándose por del agua, que obligó al atacante a ir hacia adelante a la pata coja; perdió el equilibrio, trompicó y cayó al suelo.

Aprovechando el choque, Vincent sujetó a Michael.

—¡Basta! —dijo en voz baja, para que solo él le oyera.

El inspector levantó las manos para indicar calma y tras mirar a su alrededor se dirigió a la puerta. Los otros detectives se quitaron de su camino.

—¡Te voy a hundir! —gritó Michael.

No se volvió. Salió y bajó por las escaleras con tranquilidad; sin dar ni un paso más ni menos de los necesarios.

---19---

En la sala de Antivicio Michael daba vueltas de un lado para otro, con los brazos en la cintura y el mentón bajo. Vincent seguía sentado con las piernas cruzadas y jugando con un bolígrafo; con la elegancia de un Cary Grant inmaculado.

Michael caminó hasta la pared y arrancó con violencia del tablón la foto de Cuchillo.

23 horas antes

—¿Lo quieres más claro? —le dijo Michael a Vincent tras ver la foto tomada por Allen en la que Cuchillo entregaba un paquete a Liu.

—Pero no sabemos lo que hay en el paquete.

Michael le miró irritado e impaciente.

—¿Qué motivo tiene para reunirse con un jefe mafioso y recibir un paquete? A veces creo que eres demasiado ingenuo.

Vincent forzó una sonrisa: no le había hecho gracia el comentario.

—Quizás deberíamos preguntarle directamente.

—No, vayamos con esto a los superiores y que nos dejen investigar. No hay nada que odie más que un policía corrupto.

—Estoy de acuerdo —dijo Allen limpiándose el sudor de debajo de la gorra; tenía entradas y las ocultaba bajo una gorra de béisbol.

Miles, el otro detective no dijo nada, pero Vincent sí.

—Liu es el principal inspector de Homicidios.

—¡Me importa un bledo! Si está pringado, lo está. Iría tras él aunque fuese el mismísimo director.

—Lo único que digo es que vayamos con cuidado; quizás no autoricen la investigación y menos en las fechas en que estamos.

Esto podría ser un gran escándalo.

Michael se movió en la silla; no parecía hallar una postura cómoda.

—Acabemos con las redadas de esta noche y con un poco de suerte podremos encerrar a Cuchillo por algo. Luego les llevamos las fotos a ver qué dicen.

Vincent calló, sabía que cuando algo se le metía entre ceja y ceja no cambiaba de opinión.

Momento presente

—Sigo pensando que es un corrupto y voy a hacer todo lo que esté en mis manos para destaparlo —dijo Michael mientras estrujaba la foto de Cuchillo con su mano derecha—, pero algo de lo que ha dicho ese desgraciado es cierto, la foto del periódico la tomamos nosotros. ¿Cómo ha llegado a la prensa?

Allen se removió inquieto en el asiento.

—Cualquier policía puede haber entrado aquí —empezó a razonar Vincent.

—¿Y? —dijo Michael con voz agria—. ¿A quién le interesa que la prensa tenga esa foto?

—No sé… Quizás alguien la vendió, seguro que por una cantidad sustanciosa; aunque no en primera página, sí salió en todos los periódicos.

Michael estaba de pie cambiando su peso de una pierna a la otra. En la mano seguía, hecha una bolita, la foto de Cuchillo.

—Señor —dijo Allen en un tono trémulo. Todos se giraron para mirarle—. Tengo un amigo periodista y…

—¿Fuiste tú el que le dio la fotografía? —gritó Michael; tenía una voz grave que siempre sonaba amenazadora lo quisiera o no, y ahora lo quería: usaba su voz de ultratumba.

—Sí… Pensé que…

El resto de sus palabras no se oyeron por el ruido del puñetazo de Michael al tablón más cercano, y el de este al caer de la pared.

Era solo un tablón de corcho y su mano no sufrió daño; nadie golpea cristales ni rompe copas que tiene que recoger y pagar. Por lo menos no en esta comisaría.

—¡No me digas que le vendiste la foto! —gritó Michael.

—No, no, señor —dijo Allen levantándose rápidamente y abriendo las manos para dar énfasis a su explicación—. Tan solo pensé que ayudaría a nuestro caso. Queríamos destaparle y…

—¡Dentro de mi departamento! —clamó Michael girándose hacia Vincent—. ¡Las mismas cosas que estoy intentando eliminar!

Su amigo se levantó para intentar mediar.

—Es reprochable —dijo agarrando el brazo de Michael—, pero la intención era buena. Por lo menos no hubo dinero, solo le cedió las fotos.

Michael miró a Vincent y se zafó de él, entró en su despacho sin volver a mirar al otro detective y cerró de un portazo. Al momento se oyó el ruido de metal chocando con algo; parecía que la papelera que

estaba en el rincón al lado de la puerta a la que arrojaba los papeles a lo Jordan sentado en su sillón cuando estaba de buen humor había volado por los aires de una patada, más alto que el mismo Jordan.

Fuera, Vincent hundió la mirada en Allen; mitad amonestadora, mitad comprensiva.

---20---

Hong estaba perplejo por la serenidad de la madre. Nunca había visto a nadie recibir tan malas noticias con tal falta de sentimiento. No cambió la expresión de su cara, no lloró, no suspiró: le ofreció té y le indicó tranquilamente que se sentara en el sofá.

Sabía que las personas en *shock* pueden bloquearse para no aceptar los hechos, aplazando el sufrimiento. Pero algo en esta mujer le incomodaba. No estaba en *shock*. Su forma educada de comportarse era forzada. Su resignación aparente. Su hija había muerto y no daba muestras de estar dolida, ni enfadada, ni indignada.

—¿Cuántos días llevaba desaparecida cuando hizo la denuncia?

—Cuatro o cinco.

—¿No está segura? —dijo con voz suave.

—No siempre vuelvo a casa a dormir, por eso no puedo decirlo con seguridad.

Hong sabía que su marido trabajaba en China y pensó por unos momentos cómo hacer su siguiente pregunta.

—¿Está separada de su marido?

—No, no. Mi marido trabaja en China.

—¿Y algunas noches usted…?

—No, ¡no es eso! Algunas noches me quedo en la escuela.

—¿La escuela?

—Una escuela donde aprendo yoga y budismo.

—¿Y puede dormir allí?

—Sí, el maestro vive allí y nos permite quedarnos todo el tiempo que necesitemos.

Los ojos de la mujer se apartaron de la mirada de Hong.

Este tomó un sorbo de té verde.

—¿Se le ocurre alguien que quisiese hacer daño a su hija?

—No, mi hija era una buena persona.

—¿No se le ocurre nadie? Las primeras impresiones son muy importantes.

La mujer pensó por unos momentos.

—Su exnovio la estuvo siguiendo a todas partes después de que rompieran.

—¿Lo denunciaron?

—No, pero durante un tiempo estuvimos asustadas. Una amiga la acompañaba siempre a casa después del trabajo.

—¿La amenazó o algo así?

—No que yo sepa, pero discutieron varias veces.

—¿Y cómo terminó la cosa?

—Con el paso del tiempo dejó de seguirla.

—¿Y eso fue todo?

—Sí.

—¿Nunca volvió a molestarla?

—No.

—¿Y ella no volvió a contactar con él?

—No.

—¿Sabe por qué rompió con él?

La mujer se encogió de hombros. El gestó molestó a Hong, debería conocer mejor a su hija.

—¿Y qué hay de sus relaciones en el trabajo?

—Nada especial. Mi hija llevaba una vida muy tranquila.

—¿Quizás otro novio?

—No, no tenía ninguna relación. Después de lo sucedido tenía miedo.

—¿Problemas de dinero o algún gasto extra estos últimos meses?

—No, lo normal. Compraba ropa y cosas así.

—¿Puede darme los datos de su exnovio?

—Sí, por supuesto.

—¿Podría ver su habitación?

La mujer asintió mostrándole el camino.

—Y sería de gran ayuda si pudiésemos llevarnos su ordenador.

La mujer asintió.

Hong se tomó su tiempo revisando la habitación.

Tres cuartos de hora más tarde salía con el ordenador bajo el brazo. Por suerte, era portátil.

En la puerta de la casa se despidió de la mujer.

—Gracias por el té.

La mujer asintió con la cabeza.

—Siento su pérdida.

—Gracias, detective.

Se encaminó al ascensor, pero algo le retenía. Antes de que se cerrase la puerta se volvió.

—Perdone si la ofendo, pero no parece estar muy afectada.

La mujer se cruzó de brazos dando medio paso atrás en un acto

reflejo, sobresaltada por la pregunta, pero enseguida pareció sobreponerse porque habló en tono calmado.

—La muerte es solo una etapa más de nuestro paso por este mundo, detective.

—¿Cómo es eso?

—¿No cree en el karma?

Hong se encogió de hombros.

—Yo creo en el karma —continuó—, y le aseguro que nuestra vida no termina con la muerte.

—¿Y eso le sirve de consuelo?

—Me consuela pensar que mi hija está en su siguiente etapa.

Hong bajó en el ascensor y, para no mojarse, desde el portal llamó a Josh y le dio los datos del exnovio. Salió y la lluvia y el frío le golpearon la cara. No sabía si la desazón que sentía era mayor en su cuerpo o en su espíritu.

Estaba seguro de que nada le consolaría a él si perdiese a sus hijos o a su mujer.

Algo no le cuadraba.

En el trabajo del exnovio de Agnes le dijeron a Josh que volvería en media hora. El jefe tampoco estaba. Era una pequeña compañía de seguros y aprovechó para hablar con algunos de los empleados fingiendo cierto interés en las pólizas de seguros. Dos de las secretarias fueron muy amables con él, pero no consiguió que le contasen nada interesante, más bien le bombardearon con preguntas sobre sí mismo. ¿Policía? ¿Tan joven? ¿Y era muy excitante? ¿A su mujer no le preocupaba que le pudiera pasar algo?

Ah, ¿no estaba casado?

Cuando Johnny regresó, Josh dejó que se secase un poco antes de ir con él a una pequeña habitación para hablar.

—¿Qué nos puede decir de Agnes Hsu?

La sonrisa de vendedor de Johnny fue sustituida por una amarga mueca.

—¿Qué sucede? —preguntó a Josh en tono seco—. ¿Hay algún problema?

—¿La ha visto últimamente?

—No, hace casi un año que no la veo.

—¿Quién acabó con la relación?

—¿De qué trata todo esto? ¿Por qué la policía tiene interés en hablar conmigo?

Josh presionó ante su respuesta evasiva.

—¿Qué sintió cuando le dejó?

—¿Y qué demonios te importa a ti? ¿Acaso es esto una sesión de terapia?

—Debió de ser duro ser abandonado después de tanto tiempo.

—¿Qué coño está pasando? ¿Acaso me ha denunciado esa zorra?

Este hombre no podía parecer más culpable. O era el más imbécil del planeta o un genio; Josh trataba de decidir qué era.

—¿Y por qué habría de denunciarle?

—Sea lo que sea lo que haya dicho, es mentira.

Josh sacó la libreta y escribió un par de cosas tomándose su tiempo para que sudara un poco antes de su siguiente pregunta.

—¿Qué demonios está sucediendo? —insistió Johnny, entre nervioso e impaciente.

Guardó la libreta y le miró a los ojos.

—Está muerta —dijo.

Johnny le mantuvo la mirada durante un momento. Luego se apoyó en el respaldo de la silla mirando hacia otro lado sin decir nada.

La indiferencia con que acogió la noticia no le gustó a Josh.

—¿Muerta? —preguntó Johnny, pero en el tono del que no parece esperar respuesta.

—¿Dónde estuvo la noche del 1 de enero?

—¿Qué?

—Sábado, uno de enero; justo el primer día del año occidental.

—Eh, ¡un momento! ¿Qué coño tiene que ver esto conmigo?

—Es fácil imaginarlo: el corazón roto, la humillación de ser abandonado, las ganas de castigar…

—¡Para ya! ¡No tengo nada que ver con su muerte!

—¿Dónde estuvo esa noche?

—Hace mucho tiempo de eso, ¿quién coño puede recordar lo que hizo hace tres semanas?

—¡Haga memoria!

Johnny se llevó las manos a la cabeza, apretándola con fuerza.

Luego consultó su Android y soltó una exclamación.

—¡Aquí está! —resopló aliviado—. ¡Estuve en una fiesta! —le dijo mostrándole unas fotos.

—Vamos a necesitar los nombres de las personas que estuvieron con usted esa noche —dijo Josh apoyando sus codos en la mesa y acercándose a él. Juntó las manos hinchando los bíceps al entrelazar los dedos—. Si está mintiendo, lo averiguaremos.

—Ya le he dicho que no tengo nada que ver con esto —dijo mientras escribía.

—Si es así, puede estar tranquilo.

—¿Puedo irme ya? Tengo que continuar trabajando —dijo medio levantándose.

—Eso es todo… por el momento.

El exnovio salió y Josh miró la lista de personas, no eran pocas.

¿Por dónde empezar? El nombre de una de las chicas le atrajo, quizás tuviese suerte con ella. Cogió el paraguas y salió de la compañía, no sin antes llamar a la comisaría para que la detective le proporcionase una dirección de contacto.

El inspector metió su paraguas en una de las funditas de plástico que hay a la entrada de los grandes edificios y entró en el hospital Wang Fang. Subió un par de pisos por las escaleras mecánicas y recorrió varios pasillos llenos de gente. Era casi Año Nuevo, pero en el hospital parecían no haberse enterado, las enfermedades no sabían de vacaciones.

304… 305… 306… Se paró en la puerta de la habitación 307.

Una anciana con un gorro en la cabeza dormía en una cama; con suero y conectada a un monitor. Respiraba pesadamente. Otra mujer un poco más joven que el inspector estaba sentada en una silla al lado de la cama. Tenía sobre las piernas una revista abierta y la barbilla apoyada en el pecho con los ojos entrecerrados.

Entró y su presencia rompió el tenue sueño de la mujer, que levantó la cabeza y le miró con unos ojos que parecían sostenidos tan solo por sus profundas ojeras.

—Lleva dormida un buen rato.

Él asintió.

La mujer se levantó y se cogieron las manos.

Era más baja que el inspector, pero sus facciones eran parecidas. Los dos salieron a su madre.

—Te veo más que a mi mujer —dijo Cuchillo dando una larga calada al pitillo.

El inspector sacó la foto y se la alargó; esta vez el matón de la navaja fue más sabio y no hizo nada, pero si las miradas cortasen ya tendría el cuerpo lleno de tajos.

Cuchillo posó el pitillo en el cenicero y arqueó las cejas cogiendo la fotografía.

—¿Otro cadáver? ¿Es que estamos en época de saldo? —Era un comentario destinado a su cuadrilla; varios sonrieron en la habitación.

—¿La conoces? —preguntó sin prestar atención al comentario.

Cuchillo estudió la fotografía por un rato, pero se la devolvió negando con la cabeza.

—¿Estás seguro?

—Nunca se me olvida una cara.

Liu se levantó y miró a su alrededor, era una habitación cerrada y sin ventanas; si lograban sacarle una foto aquí se jubilaba y se dedicaba a criar gusanos de seda el resto de sus días.

Sacó un paquete y se lo dio a Cuchillo. Este hizo un gesto con la cabeza al matón que tenía su bolsa para que se la acercase y lo guardó sin abrirlo.

—¿Y el otro caso?

Liu señaló con la cabeza al periódico que estaba encima de la mesa.

Cuchillo entendió.

Liu cruzó una mirada con el matón de la navaja (que mantenía una mano en el bolsillo), y por el rabillo del ojo le mantuvo en el campo de visión hasta que salió.

Wang estaba sorprendida. Ya tenía su orden lista y firmada para poder acceder a las cuentas bancarias de la víctima; el director había llamado personalmente esa mañana para acelerar los trámites. A ella, recién llegada a Taipéi, ya le habían quedado claras dos cosas: el director era un pez gordo y como había dicho el inspector, tenía prisa por resolver todo antes del Año Nuevo chino.

Encendió el ordenador y se puso manos a la obra; le esperaba un día largo. Además, le había llamado Hong para decir que traía el ordenador de Agnes. Últimamente estaba tanto tiempo al teclado que se sentía más informática que detective.

Tras más de media hora intentando aparcar, el inspector tuvo que hacerlo en el aparcamiento del Hotel Shangri-La Far Eastern Plaza, en la calle An He. Aunque el departamento le reembolsaba todo el dinero de los gastos, le molestaba pagar por aparcar, cosa totalmente inevitable ya en Taipéi. Echaba de menos los años de su juventud. Con menos transporte público, sin metro, sí, pero con muchas más bicicletas y motos que coches.

Detrás del hotel, cruzado ya el paseo, un edificio de ladrillos rojos con un minúsculo jardín y una puerta con rejas en la entrada se levantaba entre un 7-Eleven y un Family Mar. El inspector entró después de sacudir bien su paraguas. El portero, enfrascado en una escandalosa lucha contra unos tallarines haciendo más ruido que un camión, no le prestó atención. Sin duda tampoco le oyó.

Miró el tablón y subió hasta el piso once. IMAC, compañía de exportación. Llamó al timbre y la puerta automática se abrió. Le recibió una oficina pequeña pero muy bien aprovechada. Había unos quince cubículos en filas de tres enfrente de él, y a la izquierda dos habitaciones grandes con puertas de cristal polarizado que dejaban ver solo hacia fuera. «El despacho del jefe y una sala de reuniones», pensó. Era una oficina agradable, había música clásica de ambiente y una pecera de mediano tamaño separaba los dos sillones del recibidor. Los empleados levantaron un momento la vista para mirarle, pero sin mayor interés. Por el contrario, algo llamó su atención: no había un solo hombre trabajando allí. Todas las miradas eran de mujeres. Vestían faldas, medias y blusas formales.

Una de ellas estaba embarazada de varios meses.

—¿En qué puedo ayudarle? —preguntó la chica del primer cubículo.

—Vengo a ver al señor Chen.

—¿Le está esperando?

Antes de que pudiese responderle una de las puertas se abrió y salió un hombre alto, de unos cincuenta y cinco años, pelo gris y gafas redondas. Llevaba un traje azul oscuro, de varias decenas de miles de dólares. Se inclinó sobre el cubículo de una de las empleadas.

—Acuérdate de dejar listo el pedido para Chile. Salgo a comer.

—¿Señor Chen? —dijo el inspector.

El hombre le miró primero a él y luego a la secretaria de la primera fila con ojos inquisidores.

—Me gustaría hacerle unas preguntas —dijo Liu entregándole su tarjeta.

La miró detenidamente y le dio la vuelta, pero por el reverso no había nada escrito en inglés, tan solo el chino de la parte delantera.

En Taiwán todas las tarjetas de los grandes ejecutivos eran bilingües, pero Liu era un hombre sin pretensiones.

—¿Y no puede esperar? —dijo—. Iba a salir ahora.

—No.

—Entonces tendrá que unirse a mi almuerzo porque tengo un horario muy apretado.

El inspector no había almorzado todavía, así que se encogió de hombros y le siguió.

Chen cruzó la calle caminando con paso rápido y seguro. Un botones le abrió la puerta del hotel Shangri-La y Chen fue directo al ascensor.

—¿Le gusta la comida japonesa? —preguntó al inspector.

Este asintió con la cabeza.

Salieron en el piso siete y entraron en el restaurante japonés Ibuki. La chica de recepción saludó al señor Chen, que la obsequió con su mejor sonrisa. Atravesaron el salón principal del restaurante donde, detrás de una larguísima barra de mármol y cristal, se exponía el *sashimi* fresco sobre hielo y seis cocineros diferentes, vistiendo delantales azules de letras japonesas y sombreros blancos alargados, preparaban varios platos. Las distintas salsas producían un aroma que despertó el apetito del inspector. La chica los condujo hasta una sala privada y tomó nota. Liu dejó pedir al señor Chen. Al fin y al cabo, no tenía intención de pagar. No miró la carta, pero se imaginaba lo que costaba una comida. El señor Chen se levantó y abrió lo que parecía una pared de madera, pero que eran en realidad dos puertas. Dentro estaban los controles de temperatura y música de la sala y el hombre subió un poco el volumen de la música clásica que salía de unos altavoces invisibles al ojo humano.

—Me encanta Debussy —dijo.

El inspector sabía que era una pieza de Tchaikovsky que había oído muchas veces en uno de sus viejos discos de vinilo, pero no dijo nada; el hombre no solo se equivocaba de país, también de siglo. A Liu le vino a la cabeza aquel comentario de Ortega y Gasset de que la cultura era lo que nos salvaba del naufragio existencial.

Por suerte, pensó, la cultura no se podía comprar. Aunque la mona se vista de seda, mona se queda.

El hombre abrió las cortinas y unos grandes ventanales descubrieron el distrito este y el Taipéi 101 al fondo. El 101 había sido el edificio más alto del mundo durante seis años hasta que los árabes habían inaugurado otro más alto en Dubái en el año 2010.

—¿En qué puedo ayudarle?

—Es a propósito de una de sus empleadas, Agnes Hsu —dijo Liu llevándose un buen bocado de ensalada con vinagreta japonesa a la boca.

—Exempleada.

—¿Exempleada?

—Ha sido reemplazada.

—¿Y eso?

—No puedo tener empleados que se ausenten durante semanas.

—¿Le dijo dónde iba?

—No.

—¿Y no le pareció raro?

—Raro sí, pero no es la primera vez que un empleado deja el trabajo sin dignarse avisarnos, y tengo una compañía que dirigir, así que…

—¿La conocía bien?

—Tengo solo veinte empleados. Los conozco bien a todos.

—He observado que solo contrata mujeres.

—Me gusta trabajar con mujeres.

—Jóvenes —dijo el inspector.

—¿Perdón?

—Le gusta trabajar con mujeres jóvenes.

—¿A usted no, inspector?

—A mí no me gusta trabajar.

Chen soltó una carcajada y se acomodó en la silla.

—¿Y qué le gusta hacer, inspector?

—Escuchar música, leer.

—Interesante.

—Y encerrar criminales.

El otro se quedó mirándole a los ojos unos segundos, ajustándose las gafas redondas.

—Tiene un trabajo importante —dijo en tono neutro.

La camarera entró con otra tanda de platos: un solomillo de ternera a la plancha poco hecho en un fuego muy vivo, acompañado de las tajaditas de los ajos con que se había cocinado y un plato con seis tipos de *sashimi* diferentes, wasabi y salsa de soja.

—La ternera es superior, importada de Argentina —explicó el señor Chen.

El inspector se llevó un trozo a la boca y comprobó que no bromeaba. La ternera era excelente, jugosa y el sabor era exquisito.

Unas tajaditas del ajo frito la siguieron, la perfecta combinación.

—¿Y a usted qué le gusta hacer? —le preguntó el inspector todavía masticando.

—Me gusta coleccionar Mercedes.

Liu levantó sus cejas un poco más de medio milímetro, mojó un trozo de salmón en la salsa de soja con bastante wasabi y se lo

llevó a la boca.

—¿Viaja mucho? —dijo con las fosas nasales abiertas como flor en primavera y los ojos húmedos del wasabi.

—Sí, tenemos muchos negocios en el extranjero.

—¿Y suele ir solo?

—No, claro que no. Voy con alguna de mis asistentes.

Liu sorbió un poco de té de cebada sin decir nada. Estaba disfrutando de la comida.

—¿Qué me puede decir de Agnes Hsu?

—Era buena chica. Un poco tímida, pero hacía bien su trabajo.

—¿Y no se le ocurrió intentar contactar con ella o esperarla?

—Como le he dicho, tenemos una compañía que debe seguir funcionando. Nadie es imprescindible.

—Excepto usted.

—Correcto.

—¿Me puede decir algo de sus relaciones personales?

—¿Perdón?

—Ya sabe, de las relaciones personales de Agnes con sus amigos. Novios. Amantes.

Chen empezó a jugar inconscientemente con su anillo de matrimonio y el inspector se llevó otro trozo de ternera a la boca.

—No sé qué decirle.

—Acaba de decirme que conoce bien a sus empleadas.

—Sí…, pero no tanto.

—¿Alguna vez viajó con ella?

—Sí, por trabajo… ¿Pero a dónde quiere ir a parar? —

respondió un poco pálido y con voz algo temblorosa.

—No lo sé. Dígamelo usted.

—Estoy felizmente casado.

—Precisamente —dijo el inspector terminando el ajo.

—Quiero a mi mujer.

—¿Y nunca viajó con Agnes por motivos personales?

—No… —dijo con voz un poco más baja desviando ligeramente la mirada.

«Hasta un ciego podría ver que está mintiendo», pensó Liu.

—Es mejor que me diga lo que sepa, porque saldrá a la luz tarde o temprano.

Chen le miró callado, encogiendo los hombros en un gesto difícil de interpretar y con la mirada perdida; sopesando qué decir.

El inspector sacó la foto de Agnes que llevaba dentro del libro en el bolsillo de la chaqueta y la puso sobre la mesa.

—Alguien la ha matado —le dijo mirándole a los ojos.

Palideció otra vez, justo cuando la camarera entraba. Esta, si notó la tensión en el ambiente, no dijo nada. Les sirvió un tazón con dos bolas de helado de té verde y retiró los platos ya vacíos.

—¿Está seguro de que no tiene nada que decirme? —presionó el inspector.

—Está bien, está bien. Un momento. Como le he dicho, quiero mucho a mi mujer y mis hijos.

Liu le miró imperturbable.

—Le agradecería que lo que voy a decirle sea confidencial.

—Una persona ha muerto. Estoy investigando un asesinato —le respondió en tono seco.

—Lo tomaría como un favor personal —insistió.

—No tengo motivos para divulgar lo que me diga —dijo empezando a perder la paciencia—, pero no voy a ocultar nada. ¿Y

bien?

—Tuve una relación con ella, pero eso es todo.

—¿Eso es todo?

—Fue cosa de poco tiempo y terminó hace bastantes meses.

—¿Y por qué terminó?

—Simplemente terminó. Me dijo que no podía seguir viéndome.

—¿Y no sería que quería algo más?

—No.

—¿Quizás deseaba lo que su mujer tiene?

—No.

—Ella le quería, ¿no es cierto?

—No.

—¿No le quería?

—No, sí, quiero decir, me quería, pero nunca dijo nada sobre nuestra relación. Estoy casado y tengo dos hijos, ¡cielo santo!

—¿Y ella terminó la relación así sin más?

—Sí.

El inspector se llevó el pequeño vaso de té a la boca, pero sin quitarle en ningún momento la vista de los ojos.

—Por amor de Dios, piense en mi familia.

—Es su familia. Es usted el que debió pensar en ellos.

—Esto podría arruinarme la vida.

«Precisamente», pensó Liu. El motivo puesto en la boca del sospechoso.

—Sí, no nos gustaría que tuviese que dejar de coleccionar Mercedes —le dijo en tono sarcástico.

El señor Chen se frotó desesperadamente los ojos tras quitarse las gafas.

—Tan solo deseo que descubra al asesino y esto pase pronto.

—Y yo preferiría que no hubiese muerto nadie —contestó Liu con severidad en su tono.

El hombre le miró en silencio, con algo como remordimiento o culpa reflejado en sus ojos.

—Vamos a necesitar una información detallada de los últimos meses; vuelos, horarios de trabajo, todo.

—Sí, lo que necesite, inspector. Pero mantenga esto en secreto.

Liu le clavó la mirada. No le gustaba que le dijesen lo que tenía que hacer, y este hombre lo había hecho tres veces. Se levantó y terminó su té. Después sacó la otra foto que llevaba en el bolsillo y la puso en la mesa.

—¿La conoce? —preguntó.

Miró la foto.

—No. ¿Quién es?

—Está muerta.

Puso cara de súplica.

—Mire la foto otra vez. ¿Está seguro de que no la conoce?

Hizo lo que le decía.

—Sí —respondió.

El inspector recogió las fotos de las dos mujeres y las guardó dentro del libro. Luego salió sin decir más y sin tocar el helado.

Nunca le gustó el helado de té verde.

---22---

Tras casi ocho horas desesperantes Wang no había descubierto nada irregular en las cuentas ni movimientos bancarios de Agnes. Tampoco

había encontrado nada destacable en sus recibos telefónicos, pero sí había dado con varios mensajes interesantes en sus cuentas de Internet. Empezaban seis meses atrás, con uno en que le decía a una amiga lo ilusionada que estaba por haber conocido a alguien especial. Los mensajes iban y venían, pero ella nunca mencionaba su nombre ni daba ningún dato sobre él. Era un misterioso príncipe azul. Al cabo de dos meses no aparecía nada más al respecto. Wang investigó a quién iban dirigidos los mensajes y dio con un nombre: Teresa Lian. Debía de ser su mejor amiga. Luego hizo una búsqueda sobre ella y averiguó que fueron compañeras de universidad. Hablarían con ella para ver si sabía quién era el Romeo de su amiga.

—Lo de ayer es lamentable, es el tipo de cosas que a veces me hacen avergonzarme de mi profesión —dijo Tori.

—Sin comentarios —dijo Liu recostándose en la silla del bar-restaurante de Abraham. Este llegó y saludó efusivamente a la joven periodista; hacía tiempo que no se veían. Luego le reprochó que no fuese más a menudo y ella le respondió que estaba tan ocupada que, para ahorrar tiempo, iba a empezar a dormir mientras conducía. Lo que mereció un «Dios no lo quiera» de Abraham, que era muy devoto: una de cada diez palabras que articulaba era el nombre del Señor.

Luego les trajo un par de cafés, recordándoles que corrían a cuenta de la casa y que Dios los bendijese.

—¿Sigue sin cobrarte? —preguntó Tori.

Liu asintió encogiéndose de hombros en un gesto de resignación.

Tori se rio y sacó su libreta.

—¿Ya has resuelto el caso y vas a darme la exclusiva? —dijo guiñándole un ojo.

—Estoy fuera del caso.

Ella lo entendió inmediatamente. Era la persona más ágil de mente que conocía el inspector; además, era pura energía, siempre

haciendo más de dos cosas a la vez. Si no fuera periodista, escribiera artículos y tuviera mil aficiones, se volvería loca.

—¿Y quién lo lleva ahora?

—Michael Yang.

—¿El de la perilla y las botas de *cowboy*?

—El mismo.

—Vaya, debes tener contentos a tus jefes.

Lanzó un improperio.

—¿Cómo puedo ayudarte? —le preguntó ella cruzando las piernas encima de la silla. Era pequeñita y no había lugar donde no pudiese entrar; ideal para su profesión, que consistía en husmear la mitad del tiempo.

Le tendió una foto de Beatriz.

—Durante los últimos cinco meses de su vida estuvo retirando treinta mil dólares de su banco. No tenemos ni la más mínima idea de a dónde fue a parar ese dinero.

Ella cogió la foto mientras jugaba con el bolígrafo entre los dedos.

—¿A esto te dedicas en tu tiempo libre?

—No estoy investigando este caso —remarcó—. Tú sí.

—La policía necesita de mis recursos. ¡Deberíais ponerme en nómina! —dijo guardándose la foto.

Liu no pudo menos que sonreír. Tori pertenecía al círculo de privilegiados que podían presenciar cosa tan excepcional.

—Pero ten cuidado, no sabemos con qué puedes dar.

Ella le quitó hierro con un gesto.

—Bueno —dijo señalando la libreta con un gesto y moviendo los párpados como Groucho Marx—, ya que tengo esto, aprovecha y me cuentas lo del nuevo caso; ese por el que has salido tan fotogénico en la televisión.

Liu meneó la cabeza; había cosas que nunca cambiaban.

Cuando se nace periodista, periodista se muere.

Después del incidente del día anterior en el restaurante, el inspector cambió la reunión a otro de tallarines donde iban a veces.

Era cerrado y no te veían desde el exterior.

Hong llegó el último, mojado y con cara de pocos amigos.

—¡Con esta lluvia da igual tener o no paraguas! —se quejó.

Ya habían pedido y el camarero empezó a servir los platos; cada uno tenía un plato de tallarines de diferente tipo. Al inspector le gustaban en sopa con ternera, a Hong los secos con salsa de sésamo, Josh había pedido unos simples con mucha cebolleta y también sin sopa y Wang se había decantado por unos tallarines con sopa y wantán; además, había tapitas variadas de huevos cocidos y algas, lomo seco y verduras cocidas que compartían entre todos.

—Yo veo al exnovio capaz de asesinar —dijo Josh yendo al grano cuando Hong se hubo sentado.

Todos le miraron esperando que prosiguiera su explicación.

—Estuvo siguiendo a Agnes después de que rompiese con él.

No hubo denuncias ni ataques aparentes, pero varias personas los vieron discutir. Es un buen elemento.

—¿Tiene coartada? —preguntó el inspector mientras sorbía unos cuantos tallarines.

—Estaba en una fiesta ese día. Los amigos lo corroboran, pero ya sabéis cómo son esas fiestas. Pudo desaparecer durante una hora sin que nadie lo notara. Había mucha gente.

El inspector, que no estaba muy seguro de cómo eran esas fiestas, asimiló la información mientras se llevaba un trozo de huevo a la boca.

—¿Qué impresión te causó?

—Le veo resentido. Pudo tener un ataque de celos y rabia si se enteró de que tenía otro hombre.

—¿Hay algo que los conecte en las últimas semanas?

—No he encontrado nada —dijo la detective Wang—. Pero podría echar un vistazo a los movimientos del exnovio también.

—Sí, buena idea. Ella mantuvo una relación con su jefe, pero la terminó hace tiempo. Echa un vistazo también.

—Agnes menciona a un príncipe azul en unos mensajes; pero no hay nombres ni ninguna información.

—¿Sería el jefe?

—Esto fue hace seis meses.

Liu pensó por unos momentos.

—Podría ser el jefe —dijo—, aunque no se me ocurre quién podría ser tan infeliz como para llamarle príncipe azul.

—Esas son palabras mías —dijo Wang—. Ella solo habla de alguien especial.

—Veamos si las fechas de los mensajes coinciden las de la relación que tuvo con el jefe.

—¿Pudo esa relación haber sido el detonante para el exnovio?

—preguntó Hong, quien hasta el momento había estado escuchando y dando buena cuenta de sus tallarines; unos restos de sésamo en los labios daban fe de ello.

—Pero en ese caso —dijo la detective Wang—, ¿por qué matarla ahora y no antes?

—Buena pregunta —dijo el inspector—. Vamos a echar un vistazo al exnovio y también al jefe. Al jefe no lo veo capaz de cometer un asesinato. Es un hijo de puta, pero le falta la sangre fría necesaria. Aun así, no lo descartemos, si sintió su cómoda vida amenazada pudo hacer una locura. ¿Algo útil de la familia? — preguntó mirando a Hong.

—La madre dijo que su hija llevaba una vida tranquila, nada especial.

—¿Ninguna relación?

—No, dijo que todavía estaba asustada después de lo del exnovio.

—Pero estuvo liada con el jefe —dijo la detective Wang.

—La madre no estaba al corriente de eso.

—¿Pero es que aquí nadie sabe nada de sus hijos? —se quejó el inspector.

—Las mujeres siempre guardan secretos —dijo Josh.

—Sí, no como los hombres, que son transparentes —dijo la detective Wang clavándole la mirada.

«Creo que empiezo a gustarle», pensó Josh.

—En cualquier caso, veamos qué otros secretos se guardaba

—dijo el inspector.

—Hay una cosa más —continuó Hong—. La madre se tomó la noticia demasiado bien.

—¿Bien?

—No bien, demasiado calmada.

—¿No estaba sorprendida?

—Calmada es la palabra que yo usaría.

—Hm.

—Me habló del karma, la reencarnación y todo ese rollo. Está yendo a una escuela de yoga y budismo o algo así. —Consultó los datos de su libreta—. Dijo que su hija estaba ya en la siguiente etapa.

—Nadie pierde a un hijo sin pena, a no ser que tenga un tornillo suelto —dijo el inspector.

—Precisamente. La veo lo bastante tarada como para no poder descartarla como sospechosa.

—Pero de tarada a matar a su hija hay un buen trecho —dijo Josh.

—Estoy de acuerdo —dijo la detective Wang sorprendiendo a los dos veteranos, era la primera vez que le había dado la razón en algo al detective.

Josh la miró de reojo sintiendo que «la magia de Josh» estaba funcionando a pleno rendimiento.

—¿Qué te dice tu intuición? —preguntó el inspector a Hong, sacando a Josh de su fantasía momentánea.

—Definitivamente hay algo raro en ella.

El móvil de Liu empezó a sonar interrumpiendo la conversación.

—¿Qué quieres? —contestó.

—¿Inspector? —preguntó Xiu Chen, el forense.

—No, soy su secretario —replicó.

El forense no dijo nada.

—Deja de gastar teléfono —dijo Liu—, ¿qué quieres?

—Es sobre tu víctima.

—Ya estamos otra vez. No es «mi» víctima.

—Estaba embarazada.

—¿Ya tienes principios de Alzheimer o qué? Eso ya me lo habías dicho.

—No tu primera víctima, tu segunda víctima. También estaba embarazada.

El inspector se quedó callado un instante.

—¿Algo más? —inquirió acto seguido.

—No, nada más.

Cuando iba a colgar oyó la desagradable voz del forense llamándole de nuevo.

—¿Inspector?

—¿Sí?

—Se me olvidaba. ¿Qué tal con el gato?

—¿Qué gato? —preguntó antes de colgar.

Se guardó el móvil en el bolsillo y les comunicó la noticia a los demás con voz grave.

Permanecieron en silencio unos minutos, casi podía oír sus neuronas trabajando a toda máquina.

—Otra mujer joven embarazada, ¿acaso tenemos entre manos a un loco que mata mujeres embarazadas? —dijo Hong expresando en voz alta los temores de más de uno.

—¿Pero cómo se enteró de que estaban embarazadas? —dijo Josh—. No era como si tuviesen una gran barriga. Sería el mismo asesino el que las embarazó y se desembarazó de ellas.

—¿Quizás tenía acceso a datos médicos? —pensó la detective Wang en voz alta.

—¡Parad los carros! —dijo Liu—. Antes de empezar a poner los hospitales patas arriba vamos a ir punto por punto. No podemos tratarlo como si fuese un solo caso, además, estamos fuera del primero y ni siquiera sabemos si hay conexión entre las víctimas.

¿Algo por ese lado? Que estuviesen embarazadas no demuestra nada, hay muchas mujeres embarazadas. Sé que no os ha hecho gracia ser apartados del caso, pero si subimos con eso como conexión nos van a dar una patada en el culo.

Nadie dijo nada. La detective ajustó su posición en la silla. El inspector pareció percibir algo en su gesto, pero no preguntó.

—¿Qué hay de los movimientos de Agnes?

—Nada destacable —dijo la detective Wang—, algunas compras insignificantes y pocos gastos. Ninguna retirada de dinero importante. Parece que su situación era buena.

El inspector sorbió un poco de sopa directamente del tazón levantándolo con una mano mientras pensaba.

—En definitiva —dijo después—, tenemos un caso en el que no hay ningún sospechoso; y otro en el que todos son sospechosos.

Josh y Hong tenían la boca llena, pero Wang parecía no tener apetito, estaba jugando con los tallarines que tenía en el tazón; al oírle decir eso sonrió. Seguía hablando de dos casos. No dejaba de lado el primero.

—Wang, quiero que mañana vayas con Josh y habléis de nuevo con el exnovio. Soltadle lo del embarazo a ver cómo reacciona. Si es

necesario le traéis aquí. Hong, tú vete a la compañía de exportación. Espera que el jefe salga a comer y habla con las empleadas; luego enséñales las fotos del exnovio. Yo me encargaré de la madre.

---24---

Día 6. Sábado, 21 de enero de 2012, Taipéi

(2 días para el Año Nuevo, Año del Dragón 4710)

Liu pudo cerrar los ojos cuatro horas de las que solo durmió tres; la hora huérfana la empleó en dar vueltas a los casos. La acumulación de sueño perdido empezaba a marcarle las ojeras.

Entró en la comisaría temprano y delante del gato, que había decidido acompañarle. Estaba seguro de que el gato pensaba que él era el que dejaba a Liu acompañarle y no al revés. Estaba claro que el gato le consideraba de su propiedad.

Continuaba sin saber qué pensar. Tan pronto le seguía por toda la ciudad como no salía de casa o pasaba el día entero en la comisaría. Estaba seguro de que alguien iba a quejarse, pero aún no había sucedido; probablemente no por camaradería ni respeto hacia su persona, sino debido al que infundía el gato. Nadie se le había acercado. Nadie se atrevía a tocarlo.

—Déjame hablar a mí —dijo Josh saliendo de su Audi.

—¿Hm? —murmuró Wang entre dientes.

Milagrosamente había un sitio enfrente de la casa del exnovio, Johnny, y habían aparcado allí.

—Digo que, como ya he hablado con él, es mejor que yo empiece —dijo Josh.

—Bueno —contestó ella reticente.

«Ya estamos otra vez», pensó él.

Llamaron al telefonillo varias veces, pero nadie respondió.

—Esperemos en el coche —dijo Josh dándose media vuelta—.

No sabemos cuánto tardará.

—Ve tú primero.

—¿Hm?

—Quiero tomar un poco el aire —explicó ella—. Ahora iré.

—Como quieras. —En el coche se recostó en el asiento, encendió el CD y fijó la vista en la acera, donde la detective iba de un lado a otro con las manos en los bolsillos de la chaqueta. Parecía no sentir el frío.

Josh medía un metro ochenta y ocho y cuando Wang llevaba botas con un poco de tacón no parecía mucho más baja que él.

«Debe estar cerca del metro ochenta —se dijo Josh—. Tiene muy buena figura y, aunque prefiero las mujeres con el pelo largo, la verdad es que el pelo corto le queda muy bien. Sus ojos marrones claros casi parecen verdes cuando les da la luz del sol…».

El móvil interrumpió sus elucubraciones sobresaltándole. Era el inspector. «Ni que fuese mi padre», se dijo Josh.

—Diga, inspector…. No, todavía no sabemos nada… Vale, de acuerdo, inspector.

«Se está haciendo viejo. ¿Para qué me ha llamado?».

Volviendo a Wang, no acababa de conseguir sintonizar con ella; a veces pensaba que ya estaba a punto de conseguir que cayese en sus brazos y otras que le tenía manía. Pero estaba tranquilo, ninguna chica había conseguido resistirse a sus encantos; no iba a ser la primera.

«Inconfundible», se dijo Hong cuando vio al hombre que salía del edificio. Era sábado, pero se trabajaba para juntar tres días seguidos de fiesta a la semana siguiente. Hong fue directo al ascensor.

Ya en la oficina vio por el cristal de la puerta que las empleadas

parecían bastante animadas, algunas tenían el almuerzo sobre la mesa. «Todas las compañías serán así —pensó—, cuando el jefe no está, la cosa se anima». Pero él nunca había trabajado en una compañía, así que no podía estar seguro.

La chica que le abrió era muy agradable, le llamó señor y eso le gustó, pero al mismo tiempo pensó que era por el traje y la corbata o por la edad. Tras mostrar el carnet de policía, darle su tarjeta y explicar que investigaba la muerte de Agnes, las chicas giraron las sillas para prestarle atención. Hong no se sentó, prefería estar de pie, así podía verlas bien. Había decidido hablar con ellas en grupo.

Esa táctica tenía sus inconvenientes, pero también sus ventajas: las ventajas eran leer las miradas que se cruzaban, si cortaban lo que decía otra; su forma de relacionarse en suma y el menor tiempo empleado. El inconveniente fundamental era no poder prestar a cada una la atención que sí ofrecía la entrevista individual.

Empezó con varias preguntas para relajar el ambiente y poder tomarles las medidas. Luego sacó la foto de Agnes y, observándolas atentamente, les hizo todas las preguntas pertinentes. Después les mostró una foto de Johnny, el exnovio. Varias de las chicas le habían visto, pero de la última vez hacía bastantes meses. A continuación, les preguntó cómo se llevaban con el jefe, si era un buen jefe, si era fácil tratar con él (notó que algunas de ellas se ponían tensas) y, de improviso, si conocían la relación que este mantuvo con Agnes. Después de eso sabía con qué chicas tenía que hablar aparte: eran tres.

Les dio las gracias a todas, les dijo que no quería interrumpir más su comida y que prefería terminar la entrevista hablando cinco minutos a solas. Le cedieron la sala de reuniones y llamó a la primera de las chicas que había atraído su atención, como si fuese la rutina que había que seguir. Mejor que siguiesen tranquilas; como bien le había enseñado su padre de niño, no era bueno despertar al gallo antes del amanecer.

En casa de la madre de Agnes no había nadie. A Liu no le importó, tenía mucho que hacer. Aprovechó para hablar con los vecinos y trabajadores de los locales cercanos, enseñándoles las fotos de Johnny y el jefe de la compañía. Varias personas reconocieron a Johnny, aunque dijeron no haberle visto desde hacía tiempo. Nadie reconoció al jefe, pero era de esperar; de haber venido, no habría salido de sus Mercedes.

Nada por ese lado y ya estaba anocheciendo. Empezaba a arrepentirse de no haber seguido el procedimiento normal de llamar antes y concertar una cita, pero quería aparecer por sorpresa.

En la central le dieron el número del móvil de la madre, pero lo tenía apagado.

En el coche, sacó los libros de la chaqueta y dudó sobre qué música elegir; finalmente, mientras revisaba las notas, puso el primer concierto para violín de Bruch, esperando que su música le ayudase a pensar.

No sabía cuánto tiempo había pasado, pero al primer concierto siguieron otros; fácilmente dos horas. Entonces recibió la llamada de Josh; ya habían detenido a alguien. Hora de volver a la comisaría para el interrogatorio. Ya hablaría con la madre al día siguiente, no se iba a ir a ningún lado. Arrancó y, tras esperar a que el motor se calentase un poco, se puso en marcha.

—¿Pero no sabía que está casado? —le soltó Hong a la chica después de que le confesase que estaba teniendo una relación con el jefe.

La muchacha se avergonzó, por supuesto que lo sabía y Hong se arrepintió después de haber dicho eso, pero no había podido evitarlo; le molestaba la gente que se entrometía en la vida familiar de otras personas. Para él, la familia era lo más importante y, a pesar de que ahora su hijo no le hablaba, estaba orgulloso y feliz de su hogar. Este caso, no, estos dos casos le estaban afectando: madres que no se comunicaban con sus hijas, exnovios que acosaban a su pareja, muchachas que trabajaban en el bar-KTV, empleadas que se acostaban con sus jefes casados…

—Sí, pero no sé… Sucedió sin más —dijo la chica.

—¿Todavía están juntos?

—Sí… No. No sé. Es difícil de explicar, a veces salimos a cenar o vamos de viaje, y…

Hong se quitó las gafas y las limpió con un pañuelo de papel.

Luego se tomó un tiempo antes de proseguir; la chica esperó sin

decir nada con las piernas muy juntas y las manos apoyadas en las

rodillas. Ella se sentía como si estuviese hablando con su padre.

Llevaban esperando un buen rato y Josh había perdido la noción del tiempo. Al principio había intentado hablar con la detective, pero esta parecía absorta en sus propios pensamientos y contestaba con monosílabos, por lo que desistió e intentó disfrutar de las canciones de Tupac Shakur. Por lo menos esta vez no le había dicho nada de la música.

Un hombre con cazadora negra y vaqueros dio la vuelta a la esquina acercándose al portal. Era alto y delgado y se protegía de la lluvia con un paraguas.

—Ese es —dijo Josh.

Salieron del coche, contentos de poder moverse por fin, y empezaron a cruzar la calle. Josh levantó la mano llamándole para que no entrase en el portal.

—¡Johnny! —gritó.

El hombre se volvió y los contempló por un momento. Luego tiró el paraguas, dio media vuelta y salió corriendo como si le fuese la vida en ello. Los dos detectives, cogidos por sorpresa, se miraron incrédulos y empezaron a perseguirlo.

Estaban en buena forma y corrían rápido. Doblaron la esquina y vieron cómo el que huía se metía en una callejuela. Josh corrió tras él, mientras que Wang tiró hacia la izquierda por el tramo más largo.

Cuando la detective dio la vuelta a la manzana vio al tipo parado en medio de la calle buscando algo en el suelo. No había rastro de Josh. Johnny también la vio y volvió a correr cruzando otra calle en medio del tráfico. La detective le siguió. Josh seguía corriendo y el ruido de pitos y exclamaciones le indicaba el camino por el que se habían ido. Esta vez, fue por el lado más largo de la manzana, puesto que su compañera ya iba detrás del sospechoso por el otro lado.

Wang conocía a poca gente que corriese tan rápido como ella, pero el de delante lo hacía como un poseso y le estaba costando no perderle de vista. Ella iba bien, las botas eran cómodas, pero la chaqueta la molestaba y, sin parar, se la quitó arrojándola sobre un coche. Había muchos transeúntes y tuvo que esquivar a varios que la miraban con cara de sorpresa o pánico. No era nada corriente ver una persecución

por las calles y una chica alta, corriendo a esa velocidad y con la cartuchera pegada al brazo impresionaba.

Doblaron otras dos esquinas y Wang no lograba disminuir la ventaja que le llevaba. No sabía si Josh se estaba acercando. La fuerte inyección de adrenalina la sostenía a tope, pero la ropa empapada le molestaba y la constante lluvia entorpecía su visión. El hombre dobló una esquina más a la derecha acabando en la calle principal, Guangfu. Allí los peatones eran todavía más numerosos y si no le atrapaba rápido, podía perderlo en aquel mar de paraguas.

Giró tras él y un resbalón en el pavimento la hizo perder el equilibrio y casi caer al suelo. Consiguió recuperarse poniendo una mano en el suelo, justo a tiempo de verle cruzar otra calle. Soltó un taco y fue tras él. Le iba a atrapar aunque le costase la vida. Cuando el desgraciado saliese de la cárcel podría ganarse el pan como atleta profesional; qué manera de correr. Cruzó la calle y le siguió por el camino más corto, pasando por encima de un taxi, cuyo conductor la insultó a gritos en taiwanés. Le siguió hasta la calle Xin Yi, corriendo en línea recta durante un buen rato. Las aceras con los tejadillos para resguardarse de la lluvia que sobresalían de los primeros pisos estaban llenas de gente y eran extremadamente resbaladizas. No pensaba acercarse a ellas y eso parecía pensar también el otro, que corría por el carril de las motos en la parte izquierda de la calle.

Logró recortar la distancia, pero después de cruzar dos calles el cabronazo se las arregló para derribar a un par de motoristas parados en un semáforo. Wang esquivó a uno y saltó por encima del otro, pero la ventaja que le llevaba volvió a aumentar.

Giró a la izquierda en la calle Keelung; casi le estaba perdiendo.

La detective apretó el paso, dobló la esquina y vio que se había detenido y estaba buscando algo en su bolsillo. Aceleró. La miró, pero no se movió. Wang dudó medio segundo cuando le vio hurgar en el bolsillo, pero esprintó mientras se las arreglaba para desenfundar el arma. Él sacó algo del bolsillo y la detective, por instinto, agachó un poco la cabeza y abrió los brazos, pero sin dejar de correr hacia el hombre, que tiró en la alcantarilla lo que había sacado justo un momento antes de que Wang le aterrizara encima tirándole al suelo con un fuerte golpe. El tipo se merecía con creces el porrazo que se dio.

Un momento después Josh apareció al otro lado de la calle.

—¡Estás detenido! —dijo ella, sujetándole las manos a la espalda.

No se resistió.

Wang guardó el arma, se incorporó y se apoyó en un coche.

El hombre se quedó en el suelo, ya esposado.

Josh llegó hasta donde se encontraban. La detective estaba totalmente empapada y gotas de agua mezcladas con sudor se deslizaban por su pelo camino de la cara. Con las manos en la cintura, estaba intentando recuperarse de la maratón respirando con dificultad. Su pecho subía y bajaba, y su camisa blanca empapada dejaba ver su sujetador, que, a su vez, dejaba adivinar la forma de sus pezones.

Negro con lunares blancos, se fijó Josh, buscando algo que mirar para dejar de fijar la vista en sus grandes pechos.

—Buen trabajo —le dijo.

Ella asintió con la cabeza, tratando todavía de recuperar el resuello.

—Corres rápido —dijo él, evitando con éxito mirarle los pechos, pero cuando ella se movió tomando aire no pudo evitar ver el pequeño tatuaje en forma de ojo que tenía en la curva donde termina la espalda.

Wang intentó sonreír, pero la sonrisa le salió torcida por la falta de aire. Levantó la mano y señaló a la alcantarilla. Se puso en cuclillas.

—Le he visto tirar algo ahí —dijo entrecortadamente.

Josh sacó el móvil mientras con la otra mano levantaba al sospechoso.

«Lluvia bendita», pensó, mientras hacía la llamada.

---25---

En la comisaría el inspector contemplaba al exnovio de Agnes a través del cristal.

—¿No ha pedido abogado? —preguntó.

—No ha querido —dijo Josh—. ¿Qué clase de persona hace eso?

—Hay tres tipos: los inocentes, los idiotas y los culpables que se creen demasiado listos.

Hong sonrió y se ajustó las gafas.

—Son estúpidos —dijo—. Siempre hablan sin abogado.

Tenía razón. Cuando la policía te acusaba de algo y quería interrogarte había que pronunciar una sola palabra: «abogado»; y luego ejercer tu derecho a no decir nada.

—¿No tienes frío? —le preguntó a Wang.

—No, estoy bien —dijo ella.

Josh se había cambiado de vaqueros y de polo, siempre llevaba un par de mudas en el coche porque nunca sabía dónde acabaría pasando la noche. La detective había rechazado un polo que le había ofrecido y llevaba puesta una camiseta negra que le había prestado una compañera, le quedaba estrecha y un poco corta. La acompañaban unos pantalones cortos grises de deporte y unas zapatillas de ducha.

—Buen trabajo —les dijo a los dos.

—Gracias, señor —dijeron ellos al unísono.

—He oído que hay alguien que corre más rápido que tú —dijo Liu con un atisbo de sonrisa mirando a Josh. La detective metió las manos en los bolsillos del pantalón y se relajó sonriendo.

—Sí, es posible —dijo Josh, no contento del todo.

—¿Qué habéis descubierto? —dijo señalando a través del cristal.

—Se deshizo de algo en la alcantarilla —dijo Wang.

—Además, llevaba encima una navaja automática de la marca Min Sheng, que usa la milicia china —dijo Josh—. La tienen los técnicos para compararla con la herida de Agnes.

El inspector se quedó pensativo por un momento.

—Hong, llama al laboratorio y diles que comparen de paso sus huellas con las que recogieron en la casa de Beatriz; pero que no nos envíen ningún informe de eso, que nos llamen por teléfono.

—No les va a hacer gracia.

—Ya.

Cogió la carpetilla de las manos de Josh, echó un vistazo a los papeles.

—No tiene ninguna condena previa, antecedentes ni multas —

dijo Josh—. Pero hizo una llamada a la víctima ocho días antes de su muerte.

El inspector asintió mirando el listado de llamadas; habían hablado durante cuatro minutos y cincuenta y tres segundos, no había sido una conversación corta. Luego entró en la sala de interrogatorios.

Puso la carpetilla encima de la mesa sin abrirla, separó la silla de la mesa y se sentó apoyando las manos con los dedos entrelazados encima de la carpeta; una posición relajada. Tenía la vista fija en el hombre, pero no era una mirada amenazadora ni inquisitiva: era una mirada vacía. Sabía que poca gente era capaz de esperar y estarse quieto sin hacer nada; todos empezaban a hablar.

No dijo nada. El sospechoso le miró y no dijo nada tampoco.

El inspector no se movió. El sospechoso cambió de posición.

El inspector seguía sin hablarle. El sospechoso acabó hablando.

—No sé a qué está jugando, pero no le va a funcionar. He visto muchas películas y sé lo que está intentando.

Liu flexionó los brazos y apoyó la barbilla en el dorso de las manos, sin mover el resto del cuerpo ni un ápice y sin dejar de mirarle a los ojos.

—¿Qué estoy intentando?

—Hacerme hablar —dijo sonriendo.

Como si fuese un espejo, le devolvió la sonrisa.

—Ya lo estás haciendo.

Al sospechoso se le borró la suya.

—Quiere hacerme confesar.

—¿Qué necesitas confesar?

No dijo nada. Liu le observó un buen rato más sin pronunciar palabra.

El sospechoso habló de nuevo.

—Yo no he hecho nada.

Liu bajó la vista a la carpetilla, la abrió y leyó lentamente en voz alta: «Johnny Lam, Lam Chiu-Yen».

El hombre le miró con desprecio.

—Lam Chiu-Yen, veintisiete años, trabajas en Verlocin.

Asintió a todo.

—¿Qué es esto? ¿Una entrevista de trabajo?

Liu le miró; era de los que se creían muy listos. Mejor. Cuanto más inteligentes se creían, más estúpidamente actuaban.

—Tuviste una relación con Agnes Hsu.

—La dejé —dijo, seco.

Liu arqueó un tanto las cejas.

—¿La dejaste?

—Sí, la tiré al cubo de la basura.

—¿Por qué la dejaste?

Hizo un gesto despectivo.

—¿Pero no sales a la calle o qué? Hay abundancia.

Liu asintió.

—Tienes muchas mujeres.

—Así es.

—Por eso la dejaste.

—Sí.

—No entiendo una cosa —dijo reclinándose un poco hacia él—.

Si la dejaste, ¿por qué estuviste luego acosándola durante meses?

—¿Acosándola?

—Sí, acosándola. Esperándola a la salida del trabajo y siguiéndola de un lado a otro como un perrito abandonado.

—Eso es mentira. Nunca la acosé; mentiras que se inventó esa zorra.

—Muchos testigos lo corroboran.

—¿Quién? ¿Quién ha dicho eso? ¡Dígamelo y…!

—¿Y qué? —dijo sacando la foto de la navaja que le habían encontrado—. ¿Los visitarás con esto?

Johnny se echó para atrás.

—Yo no he hecho nada.

—Sí, eso ya lo has dicho.

—¡Yo no soy culpable de nada! —dijo él.

«Todos somos culpables de algo», pensó el inspector.

—¿Quieres explicarme qué hace una persona inocente con una navaja?

—Me gustan las navajas —dijo recuperando la compostura y el tono insolente—. Las colecciono.

«Otro más —pensó el inspector—. Aquí todos son coleccionistas».

—Entonces no acosaste a Agnes.

—No.

—Y no te enfureciste cuando supiste que estaba con otro hombre.

—¡Hacía meses que no la veía!

—Entonces no te enteraste.

—¡No!

—¿No te molesta que hubiese encontrado a su príncipe azul?

—¡No, era una zorra y yo estaba con otras!

—Si no te molesta, ¿por qué gritas?

— *Fuck you* —le dijo atravesándole con la mirada—. ¿Esta mierda psicológica le funciona?

—Parece que a ti no; porque ella te dejó.

No dijo nada.

—Entonces no la seguiste con esto —dijo empujando hacia él la foto de la navaja.

—No.

—Y no se la clavaste —dijo sacando varias fotos de la autopsia; eran escalofriantes. El hombre tuvo que apartar la mirada.

—No, no la maté yo. ¡Quíteme esa foto de delante!

—Pero era tu novia.

—¡Guarde la foto! ¡Ya le he dicho que hacía meses que no hablaba con ella!

Liu la dejó en la mesa; el otro hombre miraba a todos lados excepto a las fotos.

—No hablabas con ella desde hacía meses.

—Sí, cuántas veces quiere que se lo diga.

—Hm… —murmuró el inspector recostándose en la silla, luego sacó el papel con el listado de las llamadas y lo puso en la mesa de forma que pudiese verlo—. ¿Quieres volver a contestar eso?

El hombre lo miró sin decir nada, pero palideció.

—¿De dónde han sacado eso? ¿No es ilegal?

Liu le dedicó la misma sonrisa de antes, pero no dijo nada. El hombre se removió en el asiento.

—¿Para qué la llamaste?

—Para nada.

—Cinco minutos hablando no es nada. ¿Te dio una recaída y la llamaste para suplicar otra vez?

—¡Yo no suplico!

—Entonces no le suplicaste. Quizás te habías enterado de su relación y la llamaste para amenazarla.

—¡No, no es nada de eso!

—¿Entonces para qué la llamaste?

El hombre no contestó.

—¿Te estás esforzando por parecer culpable? —dijo Liu elevando la voz un poco—. ¿No sabes que en Taiwán hay pena de muerte?

El hombre le miró a los ojos, Liu le mantuvo la mirada durante un rato sin decir nada.

—¿No tuviste nada que ver con su muerte? —dijo levantando la foto.

—¡No, ese día estuve en una fiesta!

—¿Y cómo sabes qué día la mataron?

—¡Lo dijo ayer el otro policía! ¿Así es como va a conseguir que confiese? ¿Dando la vuelta a mis palabras? Patético.

Liu le miró unos segundos sin decir nada y volvió a dejar la foto en la mesa.

—Como decías, hay muchos peces en el mar —dijo sacando la fotografía de Beatriz y poniéndola delante del sospechoso sin decir nada.

Fuera, la detective Wang preguntaba a Josh:

—¿Siempre interroga así a la gente?

—Depende.

Dentro, Liu continuaba.

—¿La conoces?

—No, pero no me importaría. ¿Quién es, su hija?

Liu no dijo nada más, pero estaba casi seguro de que Johnny no conocía a la primera víctima tras su reacción ante la fotografía.

—¿Qué tiraste en la alcantarilla?

Sonrió con regocijo antes de responder.

—Una colilla.

—¿Fumas?

Asintió con la cabeza.

—¿Marihuana?

En Taiwán tanto su consumo como su tráfico se castigan con distintas penas de cárcel.

Johnny meneó la cabeza.

—Patético.

Guardó la foto de Beatriz, pero dejó las otras en la mesa.

—Volvamos a la navaja que llevas, ¿es por protección?

Negó con la cabeza.

El inspector parecía meditar.

—Eres una persona inteligente —mintió—. Te voy a contar el argumento de una película, a ver si te parece lo suficientemente realista.

Johnny no dijo nada, se sentía vencedor; no sabía que al inspector le bastaba con sus reacciones, no necesitaba las palabras.

—Digamos que hay un personaje que tiene algo que no debería tener —prosiguió Liu—, algo ilegal. Algo que haría que necesitara protegerse, digamos que con una navaja. El personaje ve a la policía, que le busca por otra cosa, y se asusta. Digamos que sale corriendo y se libra de lo que no debería tener tirándolo en una alcantarilla, pero no le da tiempo de deshacerse del arma. ¿Me sigues?

—Estoy escuchando —dijo Johnny.

—El hombre no ha cometido ningún asesinato, es un ratero de poca monta y todo lo que le preocupa es deshacerse de lo que lleva encima.

El inspector le hizo un gesto con la cabeza.

—¿Cómo ves la historia? —preguntó—. ¿Suficientemente realista?

El sospechoso asintió.

—¿Hay algo que cambiarías?

—No.

—Realista —repitió Liu—, pero yo no pagaría por verla en el cine. ¿Sabes por qué? Porque el ratero en cuestión es estúpido. Al menos lo bastante ignorante para pensar que la policía, que tiene un equipo trabajando en la alcantarilla, no va a encontrar lo que había tirado.

Le cambió la cara.

—¿Van a poder conectar la navaja con algún crimen?

—¡No! Yo no he hecho nada.

—¿Estás seguro de eso?

—Sí.

Liu guardó las fotos dentro de la carpetilla lentamente y se levantó.

—Una cosa más —dijo, y el hombre le miró—. Tu exnovia estaba embarazada cuando la mataron.

Algo cambió en su expresión, pero Liu no pudo identificarlo.

—¿Quién era el padre?

—No sé, ¡hacía meses que no la veía!

El inspector llegó hasta la puerta, pero antes de salir se volvió.

—¿Qué crees tú que encuentran al final de la película?

Johnny se puso más blanco de lo que estaba.

—Es solo cuestión de tiempo —siguió—. ¿Por qué no me dices cómo termina?

—Quiero un abogado.

Era la primera cosa inteligente que había dicho.

—Inspector, pero no tenemos a nadie trabajando en la alcantarilla —dijo Josh.

Liu le dedicó media sonrisa.

—Lo que tiró va por el mar camino de Japón, pero se tragó el farol. Lástima que luego se volviera menos estúpido con lo del abogado —dijo estirándose en la silla.

—¿Qué piensas? —preguntó Hong.

—Desde luego, es un buen elemento. Pero estaba más preocupado por lo que había tirado que por el asesinato. ¿Por qué le habéis encerrado?

—Resistencia al arresto —dijo Josh.

—¿Posesión de arma blanca?

—No, la navaja solo mide dieciocho centímetros.

—Entonces —dijo Hong—, si no le acusamos de asesinato, pronto estará libre bajo fianza.

—No tenemos nada que le ligue al asesinato —dijo Wang.

—¿Habéis metido prisa al forense? —preguntó Liu.

Josh le miró con una cara que decía a las claras que eso era más doloroso que darse un baño de clavos. Liu sacó el móvil y llamó al forense.

—¿Sabes cuántos casos tengo entre manos? —le espetó este después de escuchar a Liu—. ¿Acaso te crees que el tuyo es el único en el que trabajo?

—¿Cuándo puedo tener un resultado?

El forense le dejó esperando un buen rato antes de contestar.

—Ya lo tengo. No es el arma homicida.

Iba a preguntarle por qué no había llamado, pero en su lugar, para enfadarle, le dijo si estaba seguro de eso. El forense le contestó con un silencio; Liu sabía que su pregunta le había irritado.

—Sí, estoy seguro —le dijo hoscamente, como si pudiera clavarle cada palabra a través del teléfono—. La navaja del crimen era de doble filo; esta no.

El inspector se quedó pensativo.

—Vale, gracias.

—¿Inspector?

—¿Qué?

—Eres muy fotogénico.

Colgó soltando media maldición. Luego miró la hora.

—Quiero caerle encima con todo lo que podamos Vamos a buscar un juez y que nos firme una orden de registro para su casa, las cuentas, movimientos, todo. Va a ser fácil después de lo que ha dicho. Le llevamos la transcripción del interrogatorio diciendo que coleccionaba navajas y luego le explicamos que Agnes fue apuñalada. Cuando llegue el abogado le decís que queremos una prueba de su ADN para eliminarle como posible padre del bebé; que hable con su cliente a ver si nos lo da.

»Nadie del vecindario le ha visto desde hace meses y sigo pensando que no es él, pero antes de descartarle quiero saber

hasta en qué lado de la cama duerme. Además, está la llamada que hizo poco antes de morir; demasiadas coincidencias.

La música de una canción de Jay Chou les hizo girar la cabeza a todos. Era el móvil de Hong sonando.

—¿Sí? —contestó—. No, todavía no… Sí, no hay problema…

Sí… —dijo dándose la vuelta para que no le oyesen—, yo también.

—Interesante tono de llamada —le dijo sonriendo la detective Wang cuando se sentó.

—Lo descargó mi hijo de no sé dónde y ahora no lo puedo quitar.

—Si quieres, yo te lo cambio.

—Hong —dijo Liu volviendo al tema que los tenía ocupados—,

¿qué hay de la compañía?

—Nada fructífero. Dos de las chicas conocían la relación del jefe con ella, pero dicen que era agua pasada. Ahora está liado con otra chica; menudo cerdo. Me dan ganas de llamar a su esposa.

Josh iba a decir que quizás la mujer estaba al tanto, pero se contuvo.

—Por lo demás —continuó Hong—, no la vieron ser acosada por el exnovio ni nada raro en los últimos meses. No aparentaba tener problemas, ni enemigos, ni preocupaciones. Y nadie sabía del embarazo. ¿Por qué no presionamos un poco más al jefe?

—Hm, no. De momento no. Pero mañana comprobamos a fondo su coartada, dice que en esas fechas estuvo en Japón en un viaje de negocios. No nos contentemos con los vuelos, llamemos al hotel también.

Liu movió la cabeza, ya era casi de noche y consultó el reloj.

—Wang, ya tienes práctica; habla con el juez de la última vez y que te dé órdenes para todo. Cuando las tengas vuelve y nos reunimos.

Tres horas después estaban en la sala de reuniones. Les faltaba la orden para investigar las cuentas bancarias a Johnny, que después de hablar con el abogado se había negado a darles su ADN.

Al menos ya tenían la orden de registro.

Liu miró su reloj, eran las once y cuarto de la noche.

—Quiero averiguar todo lo que podamos. Mañana es domingo y Nochevieja, la cosa se nos va a complicar más. Sé que estáis cansados y es tarde, así que, si alguno de vosotros quiere irse a casa, no hay problema; mañana nos espera medio día largo también.

Todos le miraron como si les hubiese mordido.

—De acuerdo —dijo sonriendo al ver su reacción—, vamos a su casa, a ver qué encontramos.

A las cuatro y cincuenta y seis de la madrugada terminaron de registrar su casa de cabo a rabo. No había nada.

Cero.

Estaban donde habían comenzado, pero mucho más cansados.

Salieron y por lo menos la lluvia se había suavizado; quizás existía un poco de justicia en el mundo después de todo.

Se despidieron, sin ninguna efusión pues se iban a ver en unas horas, y cada uno se fue por su lado.

---26---

Día 7. Domingo, 22 de enero de 2012, Taipéi

(Día de Nochevieja)

Cincuenta y ocho agentes desplegados, trece detectives, la ayuda de diecinueve informantes, más de cien horas de preparación, más de cincuenta de vigilancia, veintiséis coches de policía…; y tras siete redadas efectuadas en bares-KTV, casas de apuestas ilegales, prostíbulos y un local en el que se traficaba con pastillas no se había logrado mucho. Al menos, a ojos de Michael y su equipo; otros estaban satisfechos.

Con las redadas en los bares-KTV (uno de ellos de Cuchillo) no habían conseguido nada. Estaban preparados y al llegar la policía la mayoría de los clientes y las chicas habían desaparecido. Obtener algo dependía de la confesión de alguien y eso iba a ser tarea ardua.

En las casas de apuestas ilegales (una también de Cuchillo) más de lo mismo: al llegar los agentes todos se encontraban jugando al *mahjong* como buenos amigos; las ruletas, mesas de apuestas y los profesionales se habían desvanecido.

Los traficantes de pastillas estaban encerrados y pendientes de juicio;

les habían pillado *in fraganti* y les iban a caer penas severas.

Habían terminado con esa cadena de fabricación y distribución, pero era una banda pequeña, sin los recursos ni el respaldo de ningún jefe mafioso (la mitad de los cuales, entre ellos Cuchillo, no querían tener nada que ver con las drogas).

Michael no estaba satisfecho.

No tenían ninguna prueba contra Cuchillo ni nadie le había señalado con el dedo. No habían podido interrogarle, ni siquiera verle. Había rehusado hablar con ellos y su abogado había dicho que, a no ser que le acusaran formalmente de algo, podían desistir de interrogarle; tenía la agenda llena y en ella no se producían huecos.

Esa sensación de impotencia y no ya la chulería, sino la indiferencia de Cuchillo, quemaban por dentro a Michael.

No solo no podían tocarle, sino que además no estaban avanzando en el asesinato de Beatriz. Seguía donde estaban los de Homicidios cuando les pasaron el caso. Habían interrogado a los compañeros del banco y también a algunas de las chicas del bar-KTV que se mencionaban en los informes; no les habían dicho nada útil. Por otra parte, habían ido a la tienda de ropa de la chica que tal y como estaba redactado en el informe «había llevado a la víctima a trabajar de camarera en el karaoke», pero no les había dicho nada de interés; aunque a Michael le parecía que sabía más de lo que decía. No había tenido ningún trabajo aparte de ese y con el salario que había declarado como camarera era imposible que hubiese podido abrir la tienda de ropa; Michael sabía de dónde venía el dinero. Quizás podría alegar que había recibido ayuda familiar, pero se podía investigar. Puede que, si la apretaban por el lado fiscal, soltase algo.

Allen, con el que no había querido hablar desde que se supo que había dado las fotos a la prensa, se encontraba en Tainan, entrevistando a la familia de Beatriz. Probablemente no regresaría a Taipéi a tiempo de celebrar la Nochevieja; era poco castigo por su equivocación.

—Es desconcertante lo del dinero —le dijo Vincent—. ¿Qué hacía esa chica con él?

Michael meneó la cabeza apretando la mandíbula.

—No lo sé; sigamos ese rastro y daremos con el asesino.

—¿No estaremos demasiado obcecados con Cuchillo? Es cierto que la

chica trabajó para él, pero puede que el dinero pagara otra cosa.

Michael giró la cabeza hacia el tablón de la pared sin decir nada.

Liu había madrugado y estaba junto al coche de Johnny con una mano en el bolsillo y la otra sujetando el paraguas sobre la cabeza. Algo no le cuadraba de la noche anterior, la casa no les había revelado nada, y eso era raro. Apoyó el paraguas abierto en el suelo y sacó las dos tiras de hierro que necesitaba. Era un modelo de Toyota que no presentaba dificultad. Poca gente sabía que, con una pequeña patada en cierta parte de la puerta posterior del lado del conductor, se abría como con un resorte; pero no quería arriesgarse a más escándalos. Tenía la orden de registro en el bolsillo y era mejor abrirlo sin daño alguno. Se puso manos a la obra y en menos de treinta segundos estaba dentro del coche, pero con el pelo ya mojado. A un ladrón de coches profesional la lluvia solo le hubiera empapado durante seis segundos; para un inspector de homicidios no estaba mal.

Empezó por los asientos de atrás y siguió trabajando con una pasada superficial. Si no daba con nada, se plantearía el desmontar algo. Revisó los bolsillos laterales, debajo de los asientos, alfombras, fundas… Por último, ya sentado en el asiento del conductor, la guantera.

Entre el montón de cosas que encontró, una le llamó la atención: había un folleto de un concesionario de coches. Johnny quería subir de nivel. Liu no hubiese pensado en ello más de dos segundos si no fuese porque el modelo subrayado era un Porsche.

Con lo que ganaba, Johnny tendría que ahorrar durante cincuenta meses para comprar el Porsche más barato, de segunda mano, que

costaba cincuenta mil dólares americanos, eso suponiendo que no comiera ni pagara ninguna factura durante ese tiempo; y este modelo que tenía subrayado era nuevo y de una gama superior. ¿Le había tocado la lotería?

Llamó a Wang y esta le confirmó que Johnny no solo no había sido agraciado por la lotería, sino que estaba sin blanca. Su cuenta estaba prácticamente a cero. No había hecho retiradas tan frecuentes como las de Beatriz, pero había gastado todo su dinero, y a una velocidad creciente en el último año.

Tras unos instantes Liu sonrió para sí. Por fin podía colocar esta pieza

del rompecabezas.

Llamó a Hong.

—¿La madre de Agnes no mencionó problemas del novio con el juego?

—No, nada de nada —le dijo Hong al otro lado de la línea—.

¿Por qué?

—¿No tenía la más mínima idea de por qué rompió su hija con el novio?

—No. —A Liu no le extrañó, la madre parecía no comunicarse mucho con la hija.

Debía tratarse de problemas con el juego. De otros casos en el pasado recordaba perfectamente lo que le había dicho uno de los psicólogos: los jugadores compulsivos viven en una fantasía hecha de la vida que tendrán el día que consigan una fortuna con sus apuestas. Se creen importantes, fuera de lo común.

¿Jugaba cada vez más y por eso le había dejado la chica? Eso encajaría. ¿Por qué no se lo había dicho ella a su madre? Quizás por vergüenza. Además, se explicaba por qué la había acosado al romper; él era tan estupendo, tan excepcional que no podía aceptar el rechazo.

Esta pieza encajaba bien.

Una casa de apuestas ilegal.

Sacó el móvil de nuevo y llamó a Cuchillo. Este contestó, pero a Liu le entraron dudas; no había oído ningún ruido extraño, pero si tenían pinchado el teléfono tampoco tenía por qué oírlo. De pronto no le parecía la mejor idea tener una conversación telefónica con Cuchillo.

—¿Ha cerrado la bolera?

Cuchillo tardó un par de segundos en contestar, dando significado a lo que acababa de oír.

—Sí, cerró hace años —dijo tras entender por qué había hablado de la bolera.

—Vale, gracias —dijo Liu, y colgó.

Volvió a su coche, puso el concierto de Beethoven para violín que le

llenaba de energía y se incorporó al tráfico, volvía a la comisaría. Pero antes tenía que hacer una parada. Sabía quiénes podían ayudarle, aunque no tenía el más mínimo deseo de solicitar su ayuda.

—¿Cuánto hace que le conoce? —le preguntó Josh a You Jia-Qie, que según los otros empleados tenía una relación más estrecha con Johnny.

—Desde que empezó a trabajar en la compañía.

Josh le hizo un gesto con la cabeza para que continuase.

—Hará, hm… Vamos a ver… Unos quince meses.

—¿Y qué me puede contar de él?

—Es buena gente.

Le estaba poniendo nervioso, tendría que sacarle la información con cuentagotas. El gesto que hizo con el brazo para que continuase le marcó los músculos del pecho y del brazo. Josh había pasado mucho tiempo observando su cuerpo y sacando músculos frente al espejo; ahora todos los gestos que hacía resaltaban su constitución. Era como presenciar una final de culturismo, pero sin aceite. Al hombre debió impresionarle tal exhibición de músculos porque la lengua se le soltó con presteza.

—Johnny es el alma de la fiesta, ya sabe. Siempre con chistes; es muy activo y divertido. Nunca para quieto.

—¿Entonces son amigos íntimos?

Reflexionó por unos momentos.

—¿Hay algún problema? ¿Se ha metido en algún lío?

—Estoy investigando un asesinato.

Se balanceó, inquieto.

—Hm… No diría que somos íntimos. Más bien colegas de copas, ya sabe.

Josh lo entendía, con la mención del asesinato había quedado relegado de inmediato a amigo de copas.

—¿Frecuentan juntos algún bar-KTV?

Titubeó y no se decidió a contestar.

—Solo me interesa el homicidio, ya me entiende.

—Hm —dijo finalmente tras varios segundos—, ¿no debería tener un abogado o algo así?

Josh sonrió con cierta sorna mientras se rascaba la muñeca debajo del reloj.

—¿Lo necesita?

—No, no. Pero es que como me está haciendo tantas preguntas, pues…

—Ahora mismo no es sospechoso de nada. Si estamos hablando aquí es porque, como usted dice, es «colega» de Johnny.

Pero si solicita un abogado, inmediatamente pasa a estar en mi lista de sospechosos, vamos a comisaría y tendré que investigarle. ¿Lo entiende? —Sin dejar que cavilase mucho tiempo, insistió—: ¿Y

bien?

—Frecuentar no —dijo por fin—, pero fuimos un par de veces.

—¿A cuál?

Volvió a moverse inquieto, intentando no responder a la pregunta.

—¿Cuál? —le repitió Josh en tono autoritario y sin dejarle respirar.

—Uno que hay en la calle Minquan.

Josh tomó nota en su libreta; no le sonaba que fuese uno de los de Cuchillo.

—¿Tiene problemas de dinero?

—¿Johnny? No, imposible —dijo con cierto alivio por el cambio de tema—. Cuando salimos a comer con la gente del trabajo a veces nos invita. Vive a lo grande.

—¿Y qué hay de sus relaciones? ¿Alguna novia?

—Hm, no. Ya le he dicho que no sé mucho de su vida privada, solo somos colegas de parranda, pero creo que no tiene novia. A veces hemos ido a bares y discotecas. A buscar chicas, ya me entiende.

—¿Entonces no le ha comentado nada de sus relaciones? ¿De su exnovia quizás?

—No, nada.

—¿Sabe que lleva una navaja?

La expresión del hombre fue de sorpresa.

—¿Johnny? No, no puede ser.

—Entonces nunca le ha visto envuelto en ninguna pelea.

—No, nunca.

—¿Sabe de algún lío en el que pudiese estar metido?

—No.

Josh apuntó un par de cosas más.

Liu no se molestó en buscar sitio para aparcar; lo hizo directamente bajo el puente de la calle Longquan, cerca de Roosevelt. Era un punto de encuentro de taxistas, que solían ir allí para comer, descansar y, cuando el tiempo lo permitía, jugar una partida de ajedrez chino. En Taipéi había dos grupos de taxistas: los que trabajaban para alguna gran compañía de radiotaxis y los independientes; estos eran los que le interesaban.

Estacionó en el hueco entre dos taxis y al momento notó sobre él las miradas de los que habían visto su maniobra. Entre el amarillo de los taxis, su coche negro era un intruso, culpable de mancillar su medio ambiente.

Se acercó a los taxistas que fumaban o charlaban fuera de sus vehículos; entre ellos vio a uno que había sido detenido varias veces. Algunos le conocían, otros le reconocieron por la reciente e indeseada publicidad. Si las noticias corrían rápidas en la ciudad, en el gremio de los taxistas se propagaban a velocidad de vértigo, hecho del que se vanagloriaban con un dicho: «las noticias vuelan casi tan rápido como nosotros conducimos».

Saludó y tuvo que oír que era famoso, saliendo en televisión y todo. Tras charlar un rato les enseñó la foto de Johnny. Ninguno le conocía. Ante eso distribuyó fotos.

—Necesito saber qué lugares frecuenta.

Hicieron varios comentarios entre ellos.

Sacó fotos de Beatriz, las dejó circular y les dijo que necesitaba información sobre la chica, pero que seguramente iba a resultar un

reto imposible (no estaba de más apelar a su orgullo).

Dejó a los taxistas contentos, porque si conseguían algo, les debería algo. En este mundo, regido por los favores, eso valía lo suyo.

En la comisaría subió por las escaleras hasta el séptimo piso, en el que se oía ruido de piezas de *mahjong* y voces animadas. El Cuerpo Especial de Operaciones tenía cierta semejanza con el de bomberos. Gran parte de su tiempo se iba en esperar. Ahora que habían pasado las elecciones no tenían una tarea asignada y muchos mataban el tiempo jugando.

Pasó por varias salas en las que se volvieron cabezas para mirarle y entró en una que no era de nadie en particular y hacía las veces de recibidor. Llevaba todo el día en el coche y en vez de sentarse se acercó a la ventana y contempló el caer de la lluvia y el deambular de los peatones.

Al poco tiempo entró Vincent.

—¿Qué quieres? —le dijo—. No me gusta esto de reunirnos a escondidas.

Liu le miró sin decir nada; porque Vincent sabía que no era el mejor momento para reunirse en Antivicio.

—Quiero que me digas si le tenéis en vuestro punto de mira por apuestas ilegales u otra cosa —dijo dándole una foto de Johnny.

Vincent cogió la foto.

—¿Quién es? ¿De qué se trata?

—Del asesinato que estamos investigando; fue novio de la víctima.

—Veré qué puedo hacer; pero no voy a ocultarle nada a Michael.

—No te pido que lo hagas. Pero necesito saberlo cuanto antes.

Vincent se guardó la foto en el bolsillo trasero del pantalón y se dio la vuelta.

—¿Algo nuevo en el otro caso?— le dijo Liu frenándole.

Vincent le miró unos segundos, pensando si decirle algo o no; al final lo hizo en un susurro.

—No hay progresos.

—¿Qué tal es tu japonés? —le preguntó Hong a Wang.

Esta movió su cabeza en gesto negativo y el veterano detective lanzó un suspiro llevándose al oído el teléfono que había tenido tapado contra el hombro.

— *Sumimasen* —dijo empezando a hablar en un japonés bastante averiado—, llamamos de la policía de Taipéi en Taiwán, necesitamos confirmar cierta información sobre uno de sus clientes.

La voz educada de mujer le pidió que esperase mientras iba a buscar al encargado; nunca habían recibido una conferencia de la policía de Taiwán. A Hong no le extraño; él nunca había hecho una.

Teresa Lian era una joven muy agradable y de verbo fácil.

Hablaba con un ritmo parecido al del traqueteo del tren: nunca cansaba y era llevadero, pero corrías el riesgo de caer dormido.

Tras un rato hablando con ella, ya se había hecho una idea bastante completa de cómo veía a su amiga Agnes, de cómo había sido su relación.

—Dice que habló menos con ella en los últimos meses. ¿Por qué?

Ella ladeó la cabeza como en busca de una explicación.

—No sé —dijo sin convicción y con pesar—, la gente se distancia sin que haya motivo aparente, solo pasa. Nos llamábamos menos; pensé

que debía andar ocupada con su novio. Es natural.

—¿Y dice que no tiene la más mínima idea de quién pueda ser?

—No.

—¿Y no tenía curiosidad? ¿Nunca le preguntó?

—Sí, claro que sí. Muchas veces, pero me dijo que era un secreto y no podía contármelo.

—¿Por qué?

—No sé. Yo creo que era como una broma; el secreto del misterioso hombre perfecto.

—¿Puede ser que estuviera casado y por eso no podía contarlo?

—No, imposible.

—Suena muy segura.

—Sí, lo estoy.

Liu le hizo un gesto de incomprensión para que continuase.

—Después de la relación que tuvo con su jefe es imposible que volviera a liarse con alguien casado.

—¿Sabía de su relación con su jefe?

—Sí, claro. Y le dije varias veces que iba a terminar mal; tenía que dejarle y no hacerse ilusiones. Ese tipo de personas solo quieren aprovecharse de una, no se les puede creer.

—¿Y le hizo caso?

—Creo que lo dejaron los dos. Ella sabía que nunca iba a dejar a su mujer, que eran solo palabras vacías.

—¿Y aun así siguió trabajando allí?

—Sí, el trabajo le gustaba y, además, me dijo que después de eso el jefe hasta la trataba mejor. Menudo desgraciado; sería por miedo a un escándalo o algo.

—¿Y no es posible que ella hubiese empezado a verle de nuevo?

La chica movió la cabeza con convicción; lo veía fuera de toda posibilidad.

Le dio las gracias y una tarjeta y se despidió. Luego apuntó varias cosas más en el libro de Fromm:

(22 de enero 2012)

Tren — Destino — Objetivo — ¿2 veces el mismo error?

Novio = Error = ¿Trayecto? ¿Objetivo? ¿Destino?

En esa parte del libro, en la página 260, relativa a las premisas de la agresión maligna, Fromm expone las necesidades existenciales del ser humano, alegando que este necesita un mapa para guiarse por el mundo natural y social; pero siendo este insuficiente, necesita un objetivo que le diga a dónde tiene que ir, necesita un objeto de total devoción que guíe sus energías en una dirección.

Era Nochevieja y casi la hora de la cena, decidió comprar algo de comida y llevársela al hospital.

Pasó a saludar a su equipo para desearles felices fiestas y decirles que no volviesen a trabajar hasta el tercer día del año.

El día siguiente era ya Año Nuevo y el caso no iba a estar resuelto. A los de arriba no les iba a gustar, pero sus detectives tenían vidas propias y solo dos días de vacaciones, mientras que los demás tenían nueve. Liu no veía por qué dejarlas en un día. Hong tenía hijos, Wang iba a ir a Tainan y Josh siempre estaba ocupado.

En caso de necesidad iría él mismo a la comisaría.

Antes de ir al hospital pasó por el parque 823. En Taiwán muchos lugares públicos toman su nombre o número de eventos históricos

importantes. El 23 de agosto de 1958 (de ahí 823), China Continental, que intentaba hacerse con el control de la isla Kinmen, comenzó un bombardeo que se prolongó durante cuarenta y cuatro días y en el que se lanzaron medio millón de bombas. No lograron apoderarse de ella y el parque 823 en Taipéi se erigió en memoria de aquel hecho que pasó a la historia como la crisis del estrecho de Taiwán.

—¿Nada? —preguntó a Tori con una pizca de decepción en su voz.

—No. Siento que me has enviado a perseguir un espejismo, así era la vida de esa chica, no encuentro nada de nada. Si hubiera quemado todo ese dinero habría dejado más rastro.

Lanzó un suspiro.

—Por lo menos has dicho espejismo y no fantasma.

—¿Qué?

—Nada. Gracias de todas formas. ¿Qué vas a hacer más tarde?

—Cena familiar.

Liu asintió y se guardó la mano que no sujetaba el paraguas en el bolsillo; hacía frío y con cada palabra salía vapor de sus bocas.

—Feliz Año entonces.

—También para ti; pero no te escaquees.

—¿Qué?

—¿Tienes algún regalo de Año Nuevo para mí? Si no, me conformo con información del nuevo caso —le dijo Tori subiendo y bajando las cejas en un gesto pícaro con su voz cargada de cafeína.

—Todavía no —dijo él sonriendo. Iba a pasar el día de Nochevieja solo, incómodo y en un hospital, pero ella había conseguido arrancarle media sonrisa.

Chica descarada.

Día 8. Lunes, 23 de enero de 2012, Taipéi

(Año Nuevo)

El inspector le dijo que no trabajaba. Le costó convencerla, pero finalmente su hermana se fue para estar con su marido y dos niños.

No era un día para pasarlo en el hospital. Le había prometido que la llamaría si pasaba algo o si necesitaba ir a casa a descansar.

Liu, al verse a diario en el espejo, no podía apreciarlo tanto en sí mismo, pero notaba que su hermana había envejecido un año en las últimas semanas. No era tanto su físico, anfitrión de más canas y arrugas, sino cierto encogimiento del espíritu; ambos parecían haber sido doblegados por la vida.

Su hermana se había ido sin felicitarle. A Liu no le gustaba cumplir años, odiaba celebrar su cumpleaños o que le felicitaran.

Liu felicitó a su primer jefe cuando se jubiló y este le dijo que no tenía mérito, que solo había que dejar pasar el tiempo. Los malditos cumpleaños eran lo mismo, solo pasaba el tiempo.

Este año estaba jodido. Ese infernal método por el que el Año Nuevo va cambiando de fecha, según un calendario que hacía 4710

años se había inventado un imbécil, había hecho coincidir el Año Nuevo con el día de su cumpleaños. Los odiaba y, para más fastidio, cambiaba el número: cuarenta. El cuatro por el tres. El tres era claramente más elegante con su aspecto de tridente, un símbolo de dioses, capaz de atrapar peces y todo, ¿y qué era el cuatro? La nada, el vacío encerrados en un triángulo con pata.

El hospital daba a otro edificio y a una calle con bastante trajín.

Su madre estaba ingresada en una habitación con ventana, desde ella la vista no era gran cosa, pero a Liu le gustaba contemplar los quehaceres de otras personas.

Era Año Nuevo y había poca gente por la calle; estas fiestas eran las más importantes y las únicas en las que casi todos descansaban, los pocos días del año en que era casi inexistente el tráfico y se podía oír el rumor del viento y a los pájaros, acompañados por esporádicos

petardos.

—Ahora lo entiendo —le había dicho su madre una noche hacía un par de semanas saliendo del sueño. Liu, de pie junto la ventana, se había acercado a la cama sin saber a qué se refería.

Tenía un tubo en la nariz y gotero con suero en el brazo, pero su voz había sonado cristalina.

—Ahora entiendo por qué haces lo que haces.

Sujetó su mano, sin decir nada. Nunca habían hablado de su trabajo.

—Ahora veo todo con claridad —había dicho—, quizás es porque tengo un pie aquí y otro en el más allá. Tu trabajo, tu dedicación, tu misión. Vives para socorrer el alma de los desamparados, ayudándoles a que alcancen un reposo. —Tuvo que parar por un momento, se cansaba al hablar—. No sé cuándo empezaste, pero ahora vives entre espíritus, entre fantasmas.

Tienes un pie a cada lado…, igual que yo ahora. Esos casos que investigas… Solo conoces a las personas después de que las hayan arrancado de este mundo.

Tras decirle eso había vuelto a dormirse y él no había tenido tiempo de responder, tampoco habría sabido qué decir.

Su madre se estaba apagando poco a poco y no había vuelto a pensar en aquellas palabras.

Ahora, de nuevo frente a la ventana, emergió ese recuerdo dejándole desolado.

Ella tenía razón. Era cierto que llegaba a conocer a las personas después de muertas, tenía que esforzarse en ello, era su trabajo. Descubrir cómo habían sido sus vidas; cuáles habían sido sus anhelos, sus deseos. Desenterrar cosas que solo ellas mismas sabían; a veces hasta cosas que desconocían.

¿Vivía para socorrer a los que ya habían cruzado al otro lado?

Nunca lo había visto así. Siempre había creído que vivía para ayudar a las personas vivas, no a las que se habían ido. Luchaba

para encerrar a los culpables para que no pudiesen volver a dañar a la

gente ni destrozar más hogares; para que los familiares alcanzasen cierta sensación de consuelo, cierta sensación de justicia.

¿Pasaría su vida entre fantasmas, rodeado de los sentimientos, recuerdos y vidas de personas que ya no estaban?

¿Tendría un pie aquí y otro allá como decía su madre?

Nunca había percibido su vida de esa manera y ese pensamiento le abatió todavía más.

Desde la ventana vio como varias personas salían a quemar dinero en honor de sus antepasados y de los dioses. El Año Nuevo era día de rezos. La visión no levantó su ánimo.

---28---

Día 9. Martes, 24 de enero de 2012, Taipéi

(Segundo día del Año del Dragón 4710)

El segundo día del calendario lunar lo pasaban las parejas y sus hijos en casa de los padres de ellas. Para Hong eso suponía ver a sus suegros, lo único malo de las fiestas. Hasta ese día lo había pasado mejor de lo que en un principio había barruntado. Casi no había discutido con su hijo. Incluso había podido salir a cenar con su mujer. Hacía mucho tiempo que no gozaban de una cena a solas y habían disfrutado recordando lo que sentían el uno por el otro, no siempre tan obvio últimamente.

Su hija era una delicia y lo había pasado muy bien con ella, aunque un poco preocupado ya, porque veía que se estaba acercando a la pubertad y presentía próximos dolores de cabeza.

Los familiares de su mujer nunca le habían tenido mucha estima y, aunque sin hacerlo ostensible, siempre le habían menospreciado. Sus suegros estaban bien situados en la escala social y no se habían cansado de repetir a su hija que podía haber aspirado a algo mucho mejor. No era rara la mención a un antiguo novio, ahora médico, que ella había tenido en la universidad. Hong hacía mucho tiempo que

había dejado de intentar razonar con sus suegros y de prestarles atención cuando intentaban hacerle invertir en bolsa o buscar un trabajo «más normal», como les gustaba decir.

Ya solo hablaba con ellos de cosas triviales.

Wang se encontraba en Tainan, de donde era su madre. Se llevaba bien con su hermana, pero la relación con su padre era muy tensa. Este, dueño de una compañía bastante grande que exportaba componentes de coches, había planeado casi milimétricamente el futuro de su hija; la veía casada con alguien de su entorno, un empresario, como ama de casa dándole nietos y nunca lejos de su ala protectora; pero ella quería algo diferente para su vida y se hizo policía, a pesar de las objeciones de su padre, que había llegado tan lejos como para decir que la repudiaría. No llegó a hacerlo, pero sí le negó cualquier tipo de apoyo económico, excepto pagarle los estudios. No le afectó. Había ahorrado algo de dinero trabajando en una cafetería al mismo tiempo que estudiaba y cuidó de sí misma.

Estos días en Tainan iba a parar en casa de su abuela, que la adoraba. A pesar de que sus padres y hermana residían casi todo el año en una lujosa casa en Taipéi, ella había alquilado un estudio para vivir independiente.

Josh hizo de todo. Pasó una parte de las festividades con su familia, fue al gimnasio e hizo una pequeña escapadita la noche anterior a Wulai con una amiga de un antiguo compañero de instituto. No se conocían demasiado bien y a Josh le había parecido muy excitante. El motel tenía una vista preciosa de la montaña y aguas termales dentro de la habitación, en Wulai eran famosas. A él le encantaba bañarse en las termas, sobre todo en invierno. Habían disfrutado mucho y salido de la habitación solo para comprar la cena.

Liu era una de las pocas personas en Taipéi para las que las fiestas pasaban despacio. Su hermana había vuelto por la tarde y él se había ido a casa. Siempre le deprimía un poco pasar estas fechas solo, y esta vez con mayor motivo. Ni sus discos ni sus libros le sirvieron de ayuda. Increíblemente, la presencia del gato era lo único que le reconfortó un poco, al menos hasta que empezó a hablar con él y, sintiéndose idiota, salió de casa.

De madrugada, se encontraba caminando de la casa de Beatriz a la de Agnes, a pesar de la lluvia y el frío. Sabía que no le iba a servir de nada, pero fue algo inconsciente, como si recorriendo el camino de una casa a la otra pudiese encontrar una posible línea temporal o espacial que las hubiese unido; llegar a conocerlas mejor.

Unas horas antes

Seguía chispeando cuando salieron al callejón. No había ni un alma, nunca había, pero menos ahora.

Le sacaron a rastras entre dos. Johnny no se revolvió, le llevaban prácticamente en vilo, pero no hizo nada. Sabía que si se resistía sería peor.

Detrás de los dos que le sacaron salió el matón de la navaja.

—¡Por favor, os lo suplico! —gritó Johnny mientras seguían arrastrándole—. ¡Dadme una semana más, tendré el dinero en una semana!

El primer puñetazo del matón le dejó sin aire, no podía respirar y antes de que pudiese recuperarse le cayeron otro par de puñetazos. Sentía los pulmones al rojo vivo, como si les hubiesen prendido fuego y pensaba que iba a morir; quizás estuviese en lo cierto.

Los otros dos le soltaron y volvieron al local. Su presencia no era necesaria.

Johnny intentó decir algo, pero solo pudo toser. El matón le tiró del pelo hacia atrás, la cabeza siguió el movimiento; había conseguido un buen ángulo y le descargó un puñetazo en la cara.

Johnny volvió a caer al suelo, esta vez escupiendo algo de sangre, manchando el pavimento de rojo.

El matón no se molestó en levantarle, tal y como estaba allí arrodillado le lanzó una patada en el dorso. Johnny se cubrió la cabeza con los brazos en un acto reflejo, pero debido a la violencia con que fue alcanzado el cuerpo chocó contra la pared y le pareció sentir un sonido de algo rompiéndose dentro de él.

La escena no se prolongó más. Lo único que se oía en el callejón era el sonido de la lluvia cayendo sobre el cuerpo de Johnny, pero este no se movió.

Un Ford Explorer blanco frenó a la entrada del callejón. El conductor apagó el motor, pero dejó las luces encendidas; solo eso dejaba ver que seguía lloviendo, gotas finas y pequeñas estrellándose contra los cristales de los faros, invisibles de otra manera en la absoluta oscuridad del lugar.

Dos hombres salieron silenciosamente del vehículo.

Desenfundaron sus armas y se adentraron en el callejón; cada uno cubriendo un lado. Las luces del coche los alumbraban, no necesitaban linterna y podían sujetar las pistolas con las dos manos, el mejor agarre ante cualquier contratiempo. La lluvia les caía, suave, sobre los ojos y se desentendieron de ella con rápidos parpadeos para aclarar su visión.

Tras andar unos pocos pasos vieron el cuerpo en el suelo. La luz del coche descansaba en su espalda, la cara permanecía en sombras; alrededor de su cabeza había un charco de sangre que con la lluvia no había terminado de disolverse.

—Llama a la central —dijo Michael enfundando su arma. Se agachó para examinar el cuerpo iluminándole el rostro con su linterna. Al verlo, transformó su cara y gritó desconcertado alarmando a Vincent, que todavía no había contactado con la central.

Vincent se acercó y vio la cara magullada, el ojo medio abierto, la mirada perdida. No había duda; era el hombre que Liu le había pedido investigar.

—¿Qué coño está pasando aquí? —dijo Michael.

Vincent le miró, contempló el cuerpo, giró sobre sí mismo examinando el callejón, pero no tenía respuestas.

Poco menos de dos horas después, Tori se alejaba del grupo de periodistas para marcar el número de Liu.

Este que seguía perdido por las calles contestó al segundo pitido.

—¿Sí?

—¿No te han llamado?

—¿Cómo?

—¿Estás durmiendo?

—¿Qué? ¿De qué estás hablando?

—Deberías venir a ver esto.

—¿Me quieres decir qué pasa? —dijo empezando a sonar irritado.

—Hay un cuerpo a la entrada de un local de Cuchillo.

Liu calló por unos momentos mientras intentaba poner cara al cadáver.

—¿Inspector?

—¿Sí?

—El *cowboy* está aquí.

Memorizó la dirección, dio las gracias y comenzó a caminar. Si no encontraba un taxi iría andando.

Al llegar a la entrada del callejón, vio el despliegue organizado; había un buen número de periodistas y tres cadenas de televisión, olfateando otra noticia jugosa, ideal dada la inactividad del mundo del espectáculo durante las vacaciones. El equipo forense ya estaba trabajando, Michael y Vincent hablaban bajo un tejadillo y otro par de detectives lo hacían cerca del cadáver. Los reconoció, eran de su comisaría, buenos policías y amigos suyos, especializados en fraudes y estafas. Dado el lugar del crimen y la situación no le extrañó que no le hubiesen llamado. No bajó del taxi, dudando entre hacerlo o no. Los medios se le iban a lanzar al cuello, como pirañas cuando agitas el agua, pendientes de cualquier descuido.

El taxista se movió impaciente en el asiento. Liu ya le había pagado la carrera, pero seguía sin moverse. Le dio las gracias y salió.

Por suerte tenía paraguas y se acercó cubriéndose con él todo lo que pudo. Consiguió llegar hasta la línea policial sin que nadie le parase;

la policía había acordonado la zona a una buena distancia y los reporteros no podían cruzarla. Enseñó su carnet al policía encargado de mantener el cordón. Había conseguido pasar sin ser acosado por nadie. La salida iba a ser otra cosa. Quizás podría pedir al equipo forense que le sacasen en una camilla; la idea le provocó una sonrisa de medio milímetro, si lo hacía no solo evitaría a los medios, sino que irritaría al forense.

—Liu —le dijo Xiao, el detective de más rango cuando se acercó.

Les saludó con la cabeza. Al otro le conocía menos, pero con Xiao había comido muchas veces y compartido cafés; con mayor frecuencia durante la tramitación del divorcio de Xiao.

—Hace siete años que no investigamos un homicidio.

—Ya, ya lo sé. ¿Qué tenéis?

—Le han dado una paliza; murió de un golpe en la cabeza y según el forense no le han movido. Esta es la escena del crimen.

Al oír que le mencionaban, el forense se dio la vuelta y reparó en Liu sin decir nada. Continuó con su trabajo.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Xiao sabiendo que no le habían llamado de la central.

Los técnicos habían cubierto casi todo el callejón con un improvisado techo de plástico, pero Liu todavía no había cerrado el paraguas; aprovechó el tiempo de plegarlo, sacudirlo y cerrarlo del todo para pensar cómo explicar su presencia.

—Era sospechoso en un caso que tenemos pendiente —dijo sin explicar quién le había avisado.

Xiao no preguntó más, pero miró al otro detective como tratando de decidir algo; finalmente se volvió a Liu.

—Entre sus cosas tenía una navaja —le dijo.

Liu hizo un gesto ligero con la cabeza hacia Michael y Vincent.

—¿Por qué están aquí?

—Ellos descubrieron el cuerpo.

La cara de Liu no mostró nada; pero su cerebro entró en ebullición.

—¿A las dos de la mañana?

—Sí —le dijo Xiao—. Todavía no he tenido tiempo de hablar con ellos, pero imagino que los llamaría algún informador. Ya sabes cómo los protegen los de Antivicio; su vida depende del anonimato.

—Ya —dijo Liu—. Entre tú y yo, ¿me avisarás cuando tengáis algo concreto?

Le estudió por un buen rato. No era normal que los detectives se interesasen por casos que no eran los propios. Luego asintió.

—Gracias —dijo dándole una palmada en el brazo.

Dio un par de pasos, pero una luz se encendió en su mente y le hizo volver.

—Xiao, dices que tenía una navaja.

—Sí.

—¿No sería de doble filo?

—Sí, ¿por qué?

A medio callejón se cruzó con Michael y Vincent.

—¿En qué demonios estás metido? —dijo Michael—. Nos preguntas por un hombre y en menos de cuarenta y ocho horas aparece muerto.

«Suerte que no he preguntado por alguien de tu familia entonces», pensó.

—¿Y vosotros? ¿Qué hacíais aquí a las dos de la madrugada?

Los hombres tampoco le respondieron.

—Imagino que todos tenemos nuestros secretos entonces, ¿no, Michael?

Este se giró y escupió en el suelo.

La charla había terminado; nadie quería montar una escena con los cámaras a menos de diez metros.

Abrió su paraguas y enterró su cabeza en él, pero solo había caminado un par de pasos cuando Vincent se acercó y le agarró del brazo; no fue un movimiento brusco ni fuerte, solo un gesto para detenerle.

—Sabes perfectamente dónde estamos —le dijo Vincent señalando la entrada trasera del local de Cuchillo—. ¿De qué va todo esto? Y no me digas que no tiene ninguna relación.

—La hay. Pero no es la que tratáis de encontrar.

El policía uniformado alzó el cordón amarillo y Liu pasó con el paraguas inclinado; no le sirvió. Todo el mundo sabía quién era. Los cámaras le rodearon y varios micrófonos surgieron de la nada delante de él.

—¡Inspector Liu! ¿Quién ha muerto?

—¿Es un crimen relacionado con Cuchillo Huang?

—¿Cómo ha muerto?

Más preguntas en un segundo que en toda una entrevista de trabajo. Liu hizo con la mano un gesto de que no iba a decir nada, pero no le sirvió.

—¿Qué nos puede decir?

Un cámara le cortaba el paso. Liu hizo un ligero movimiento con la muñeca de la mano que sujetaba el paraguas para que el agua cayese encima del objetivo; fue sutil y nadie reparó en él. La cámara estaba envuelta en una funda impermeable, pero el paraguas estaba muy cerca y el ángulo era perfecto. El operador que la sujetaba soltó una maldición.

Aprovechó su desconcierto para salir de la ratonera.

Otro le cerró el paso.

Antes de que le preguntasen más señaló con el dedo hacia atrás, al callejón donde estaban los otros detectives.

—Hablen con ellos. No es mi caso y no sé nada.

—Si no es su caso, ¿qué está haciendo aquí?

Mierda. No podía decir nada. Caminó a pasó rápido y dobló la esquina saliendo del callejón.

Anduvo un par de bloques decidiendo si paraba un taxi o volvía a casa andando, aunque era una hora y media de trayecto. Miró el reloj, eran las tres y diecinueve de la mañana. Decidió esperar un taxi.

Entonces una pequeña figura salió de la nada. Era Tori, más sigilosa que un mercenario de primer nivel.

—¿Y bien? —le dijo con una sonrisa.

La miró; estaba cansado.

—Extraoficialmente y solo entre tú y yo —al oír eso Tori abrió bien los ojos para mirarle, pero sabía que no podía usar nada de lo que le iba a decir—; estoy convencido de que mañana se va a confirmar que el arma que llevaba consigo la víctima era la misma usada para matar a la chica del río, su exnovia. Mi teoría es que quienquiera que matase a la chica también se ha encargado de él.

Tori no dijo nada.

—¿Tienes coche? —le preguntó él.

—Sí, aparcado legalmente a un par de manzanas —remarcó poniendo énfasis en el adverbio—. Los policías de tráfico son peores que los criminales: siempre andan escondidos para asaltarte y multarte por cualquier cosa.

Le hizo gracia el comentario porque se identificaba con él.

—Llévame a casa y hablamos por el camino, estoy cansado.

Tori le agarró del brazo y se puso en marcha sin decir nada más.

A los dos minutos de entrar en el coche, el cansancio y la calefacción terminaron por vencerle. Hizo todo el trayecto sin despertarse; la única manera efectiva de no contestar a las preguntas de Tori, siempre y cuando no hablases en sueños…

Día 10. Miércoles, 25 de enero de 2012, Taipéi

(Primer día fuera del caso)

A la mañana siguiente Liu se encontró en la puerta del despacho del comisario con Xiao y su compañero, que salían; se saludaron con una inclinación de cabeza.

Cerró la puerta y se sentó frente al comisario.

—Ya me han puesto al corriente —dijo Chen sirviéndose té medicinal, estaba recién hecho y desprendió vapor al caer en la taza

—. El sospechoso de su caso ha aparecido muerto a la entrada de un bar propiedad de Cuchillo, con una navaja ilegal en el bolsillo, y el forense ha declarado que es el arma de su homicidio —dijo recalcando con regodeo «su caso» y «su homicidio».

Liu esperó, preguntándose qué hacía allí. No le había preguntado nada y el caso no era suyo. Por lo menos el director no estaba también allí. Cuanto más le trataba, más le gustaba el comisario; comparado con el director, cualquiera parecía un encanto.

—Espere un momento —dijo Chen manipulando su teléfono—, el director no está en Taipéi, pero me ha pedido que le conectemos en el manos libres.

«Condenada suerte», pensó Liu.

—¿Hm? —dijo el comisario.

—No, nada. —¿Se le había escapado el comentario en voz alta?

—¿Director? —dijo Chen—. Ya tengo aquí al inspector Liu.

—¿Ya le ha informado?

—No, todavía no. Pensé que quería hacerlo usted.

—Bien. Inspector, ¿me oye?

Pensó en no contestar.

—Sí, le oigo.

—Está fuera del caso de Agnes. Queremos que se lo pase al inspector Xiao.

¿Otro caso del que le apartaban? A este paso le darían la jubilación anticipada.

—¿Puedo preguntar por qué?

—¿Es que se ha propuesto enfadarme? —dijo elevando la voz

—. Ya le hemos dejado claro que no le queremos cerca de nada que esté relacionado con Cuchillo; no podemos permitirnos más rumores ni escándalos. ¡Y ayer las cámaras le grabaron allí!

—Pero la chica del río no tenía ninguna relación con Cuc…

— *Heavens!* —le cortó el director—. ¿Me está tomando el pelo?

Su exnovio ha aparecido muerto a la entrada de un local de Cuchillo con el arma homicida en su poder.

Liu contestó elevando el tono.

—¡Un arma que no estaba ni en su casa, ni en su coche, ni en su trabajo!

—¡Hay muchos sitios donde se pueden guardar cosas!

—¿Pero por qué no se deshizo de ella? ¡No tiene ningún sentido! Y la llevaba encima, claro.

— *Enough!* Esas son cuestiones que ya no le incumben. ¿Le queda claro?

No dijo nada.

—Además —prosiguió el director—, tiene otras cosas de las que ocuparse.

Liu arqueó las cejas; justo en ese preciso instante, y como si le hubiesen hecho una señal, la secretaria entró llevando unos documentos con la intención de dárselos a Chen. Este señaló a Liu, era su nuevo caso.

Los cogió. No los miró, pero sí al comisario, que seguía sin decir nada. Luego Chen se acercó al micrófono.

—¿Algo más?

—No —dijo el director casi al tiempo que colgaba el teléfono.

Liu se levantó y salió de la habitación. Chen le despidió con sus toses; debidas, supuso, al esfuerzo de mantener la cara de póker todo el tiempo.

—Debe de ser un récord —dijo Hong—. Nos han apartado de dos casos en cinco días.

Sin que nadie dijera nada más, terminaron de poner al día los informes del caso. Liu los archivó en carpetas de anillas y salió para entregárselas a Xiao.

En la comisaría se mascaba la expectación en el ambiente.

Xiao ya tenía en diferentes salas de interrogatorio a varios de los lugartenientes de Cuchillo, pero a este no se le veía por ninguna parte.

Michael y Vincent también estaban por la zona de Homicidios, esperando el momento de interrogarles ellos mismos. Todos los casos se estaban cerrando en círculo alrededor de Cuchillo.

—Tranquilo —le dijo a Xiao cuando vio que le daba cierto apuro recibir el archivador—, ya nos estamos acostumbrando.

—Eso he oído.

—Pero no creo que fuera el asesino de la chica. Es todo demasiado conveniente.

—Lo tendré en cuenta —dijo mirándole con fijeza.

Aquella mirada le recordaba que ya no era su caso.

Liu volvió a la sala de reuniones y abrió el nuevo caso que les habían asignado. Al ver lo que era soltó una maldición en taiwanés

(siempre maldecía en esa lengua) y repartió las copias a sus detectives.

—Joder —se le escapó también a Josh al verlo—. ¡Un chepa!

—¿Qué es un chepa? —preguntó Wang.

—Bienvenida a Taipéi —dijo Hong explicándole lo que era.

«Chepa» era el nombre que daban los detectives a los casos de fraude al seguro, mucho más comunes en Taipéi que en cualquier otra ciudad de la isla. Eran lentos, largos, arduos y al concluir terminabas con chepa por todo el papeleo que requerían. Ningún grupo los quería y normalmente los llevaban los caídos en desgracia. Eran una maldición.

Liu y Wang fueron a por café, Hong volvió a llenar su taza de té y Josh fue al baño.

Dos horas después seguían en la misma mesa y no habían leído ni el cinco por ciento de los papeles.

El inspector, que no aguantaba más, tiró los papeles encima de la mesa y salió a ver cómo iban los interrogatorios.

—Entonces —dijo Xiao, que estaba hablando con Cucaracha (ese era el nombre que constaba en el DNI del matón de la navaja)

— confiesas haberle dado una paliza, pero nada más. Luego, por casualidad, apareció alguien en el mismo lugar y le mató de un golpe; dos cosas carentes de toda relación.

—No me gusta esa palabra, «paliza» —dijo el abogado—. Es difícil de definir. Mi cliente reconoce que le dio varios golpes con el puño y una patada.

Xiao trasladó la mirada desde el abogado a los ojos de Cucaracha.

—¡¿Me estás tomando el pelo o es que no tienes lo que hay que tener para reconocer lo que hiciste?!

Cucaracha se levantó de la silla gritando.

—Yo no le maté; ¿piensa que no sé cuándo alguien está muerto? No es la primera vez qu…

El abogado soltó un gritó y le frenó.

—¡No digas nada más!

Cucaracha se sentó respirando agitadamente, molesto por la bronca.

—Tomémonos un descanso —dijo Xiao saliendo de la habitación.

Mientras Xiao hablaba con sus detectives, Liu decidía cómo abordarle. La situación era delicada; eran amigos, pero a nadie le gusta que invadan su territorio. Además, tenían el mismo rango y le había dejado claro que, aunque no lo había pedido, la investigación estaba a su cargo. No quería que pensara que le presionaba o que quería supervisar nada.

—Nos han dado un chepa —le dijo para romper el hielo.

Xiao soltó una carcajada.

—¿Cómo se llamaba aquel detective que retiraron a la isla Kinmen?

—¿Wen-Jing?

—Sí, ese. ¡Le estuvieron dando chepas durante seis meses hasta que el traslado se hizo efectivo!

Liu deseaba sonreír, pero no pudo; su imaginación le llevó a la isla donde se vio dentro de una barca con un gran gorro de paja, pescando en el mar. La imagen le dejó helado.

—Xiao, la curiosidad me está matando. ¿Qué habéis averiguado?

—Encontramos una porra a poca distancia del local, pero estaba limpia de huellas.

Liu asintió con esperanza de que continuase.

—De interrogar a los hombres de Cuchillo hemos sacado tres sospechosos. Como hay un muerto, dos de ellos prefieren confesar que le calentaron las orejas y que se fueron dejando solo al otro. El que se quedó solo es el que has visto. Sigue repitiendo que cuando se fue estaba vivo. Ahora mismo seguimos con ellos y otros policías han ido en busca de Cuchillo.

Liu no quería preguntar nada ni hacerle sentir que cuestionaba sus decisiones; le bastaba con tener los hechos.

—Gracias. ¿Te importa si luego vuelvo por aquí? —No tenía que pedir permiso, pero no estaba de más ser cortés.

—No puedo dejar que interrogues a nadie.

Levantó las manos en señal de que no tenía intención de hacerlo. Xiao

asintió y Liu volvió a la sala de reuniones.

Estuvieron el día entero en la comisaría repasando las montañas de papeles, pero Liu estaba más pendiente de los otros casos que del suyo. En la siguiente escapada que hizo un par de horas después, vio cómo Vincent y otro detective salían del ascensor con Suspiro.

No iba esposada, pero la llevaban del brazo. Ella le vio y cruzaron una mirada; la de ella no fue cordial. Le dio la impresión de que le culpaba de lo que estaba pasando.

Ahí iba su cena.

Quizás pensaba demasiado.

Un rato después se armó bastante revuelo y Liu imaginó lo que pasaba. Habían traído a Cuchillo. Esperó más de quince minutos antes de ir a ver la situación. Cuchillo estaba solo sentado en una de las salas de interrogatorio. Su abogado no había llegado y Xiao no había entrado tampoco. Pero algo le hizo gracia al inspector.

Cuchillo estaba fumando.

Volvió tres horas después y vio a través del monitor que Cuchillo seguía exactamente en la misma posición. Parecía que no hubiese pasado el tiempo. Cuchillo tenía la habilidad de permanecer en la misma postura durante horas y estar en un ambiente hostil le relajaba. Era probable que los cigarrillos le relajaban también, y Liu casi soltó una carcajada al ver que le habían proporcionado un cenicero que estaba ya medio lleno de colillas.

Justo en ese momento Michael entró en la sala con Vincent, Xiao debía haber terminado y por fin tenían la oportunidad de interrogar a Cuchillo, que de nuevo estaba solo. ¿Había ido al baño su abogado?

—¿Dónde estuvo el día veinticuatro entre las diez y las once de la noche? —dijo Michael sin preámbulos.

Cuchillo le miró terminando de exhalar lentamente el humo del cigarrillo antes de contestar.

—¿Cómo te llamas, muchacho? —Cuchillo era de la edad del inspector, y este nunca había visto a Michael como a un muchacho.

—Conteste a la pregunta.

—Cuando hablo, me gusta saber con quién lo hago.

Michael pensó por un par de segundos antes de responder.

—Soy el inspector de Antivicio, Michael Yang.

Cuchillo le dio otra calada al pitillo.

—¿Era tan difícil?

Michael se removió molesto en su silla; había perdido la ventaja inicial. Al igual que el domador de tigres en la jaula, en la sala, cualquier descuido, cualquier segundo en que bajases la guardia te hacía perder el dominio de la situación. En la jaula, el domador corría el riesgo de perder la vida; en la sala, el interrogador de terminar sin ninguna información.

—No se puede fumar —dijo Michael para intentar recuperar la iniciativa.

Cuchillo sonrió.

—¿Michael? Me gustas.

Luego, dio una última calada y apagó el cigarrillo, aunque ya solo quedaba el filtro. ¿Lo habría apagado de haber quedado más?

Era fácil decirle a alguien que apagara el cigarrillo, pero si sigue fumando, ¿qué haces? ¿Intentas apagárselo a la fuerza? Si lo haces, el asunto puede pasar a mayores.

En ese momento volvió el abogado secándose las manos en el pantalón del traje (nunca quedaban toallitas de papel en la comisaría); no era un traje de precio superior al de un coche, pero sí debía valer como todo el vestuario de Liu. Miró a los dos detectives y les descargó con voz enojada un discurso legal de varios minutos sobre lo impropio de hablar con su cliente sin asistencia legal. Luego miró a Cuchillo, pero no le dijo nada, había una confianza adquirida a lo largo de años de representarle; sabía que podían interrogarle durante horas sin problemas.

Michael miró de soslayo a Vincent y este se aclaró la garganta antes

de retomar el interrogatorio. Se dirigió a Cuchillo y le preguntó algo.

—Habla más alto, hijo —respondió Cuchillo.

No debía haberle oído.

Liu no podía más, si se quedaba allí corría serio peligro de soltar una carcajada.

Ya en las escaleras decidió añadir una cuarta categoría a los que se dejaban interrogar sin abogado: Cuchillo.

Eran las nueve de la noche, Liu seguía en la sala de reuniones con la misma taza de la mañana, el café tenía una pequeña capa blanca encima.

Antes de volver a casa estaban resumiendo las conclusiones de lo averiguado sobre el fraude.

—Ciento cincuenta y tres personas fueron contactadas para realizar los pagos —dijo Josh.

—Yo he encontrado treinta y siete que reconocen que…

Sin darse cuenta había desconectado; lo que oía le sonaba como un lejano cantar de cigarras, murmullos muy lejanos. Se palpó la chaqueta; los dos libros seguían allí. Tenía que resolver los dos casos, no podía dejarlos ir. Le preocupaban las consecuencias, pero su necesidad de respuestas era mayor. Eso era lo que le había movido toda su vida, lo que le corroía por dentro y le había hecho ser lo que era: su deseo de comprender el mundo, por qué las personas actuaban cómo lo hacían. Ahora necesitaba saber por qué estas tres personas habían tenido que morir.

—Es lo que dijo la primera señora que contactaron, pero… —

continuaba Hong.

Cerró la carpeta del chepa de golpe y la puso a un lado.

Todos dejaron de hablar para mirarle.

—Mañana continuamos.

Antes de irse a casa se acercó a ver cómo había acabado el día en los otros grupos.

No vio a Suspiro, ni a Cuchillo.

Johnny se perfilaba como candidato ideal al asesinato de Agnes; la había telefoneado una semana antes, tenía el arma homicida encima y no podía defenderse, estaba muerto.

Cucaracha estaba en prisión e iban a intentar probar que había matado a Johnny; quizás accidentalmente o sin premeditación, pero que le hubiese golpeado momentos antes de su muerte le señalaba.

Se sentía frustrado; había pasado todo el día sin poder participar, tratando de averiguar por terceros qué es lo que habían dicho los implicados en los casos.

Arrancó el coche soltando un suspiro. Era la primera vez en su vida que no sabía qué música poner e hizo todo el trayecto en silencio.

No tenía que ir al hospital, su hermana iba a pasar la noche allí y decidió parar en el supermercado para comprar una raja de salmón y una botella de vino blanco.

Una vez asado el pescado le puso un buen trozo al gato. Este, antes de meterle mano (literalmente), le miró con cara afligida. Sin duda le gustaba más al estilo japonés y le parecía un crimen cocinarlo.

Los dos vasos de vino le relajaron y se quedó dormido en el sillón, inmerso en pensamientos acerca de Beatriz, Agnes y Johnny.

Cuando despertó eran más de las tres de la mañana. No había soñado o, si lo había hecho, no lo recordaba. Se fue al dormitorio y no se molestó en cambiarse; se quitó la chaqueta, se tapó con la manta y cayó como desmayado.

---30---

Día 11. Jueves, 26 de enero de 2012, Taipéi

(Primer día del caso resuelto)

El día transcurrió largo y tedioso; la sensación de frustración e impotencia se veía incrementada con el cansino aburrimiento del caso que les ocupaba.

A las siete y diez de la tarde Liu recibió la llamada de Tori, que le dijo que pusiese la televisión.

Se hallaban todos trabajando en la sala de reuniones, donde había un viejo televisor. Liu se levantó y lo encendió. Al ver que el director salía en las noticias todos se acercaron. Era algo insólito; no se solían hacer declaraciones y en las contadas ocasiones en que se hacían, aparecía el encargado de prensa del departamento, no el director. Estaba claro que quería enterrar a Agnes cuanto antes. No había memorizado el discurso, porque consultaba el papel que tenía en la mano, pero lo recitaba con una inflexión perfecta; un magnífico actor en un magnífico escenario, a la salida del edificio central, bajo la lluvia y un paraguas que sujetaba una policía. La imagen del perfecto jefe dedicado en cuerpo y alma a su trabajo.

«… muy satisfechos del gran trabajo realizado. Es una desdicha que cosas así sucedan, y más en nuestra ciudad, una de las más seguras del mundo. Siempre es un hecho trágico que alguien joven pierda la vida y sé que no le va a servir de mucho consuelo a su familia, pero tengo la satisfacción de comunicarles que ya hemos detenido al asesino de Agnes Hsu, la mujer que apareció en el río hace una semana. El asesino había sido novio de la víctima y, aunque no conocemos totalmente las razones que le impulsaron a cometer tan infame acto, consideramos que fue un crimen pasional, motivado por los celos y el despecho. El asesino no tuvo oportunidad de confesar, puesto que en otro incidente que no guarda relación con este caso, perdió la vida ayer mismo.

El principal sospechoso de la muerte del asesino de Agnes ya ha sido arrestado. Dicho asesino había realizado operaciones ilegales con una conocida organización mafiosa a la que debía dinero. Nuestros detectives ya están interrogando a los miembros de dicha organización, uno de los cuales ha reconocido que…».

Apagó la televisión, sin estómago para seguir viendo.

«Frente a las cámaras no habla inglés —pensó—. Quiere dar una

impresión campechana».

—¿Cierta organización criminal? —dijo Wang—. No ha mencionado a Cuchillo.

—No tiene agallas para eso —dijo Josh—. Y además le crearía más publicidad de la que desea.

—Es un politicucho —dijo Liu—. Va a evitar cualquier tipo de problema o confrontación directa. Mañana es el primer día laborable del año, no ha podido resolverlo para el Año Nuevo, pero es casi lo mismo. La perfecta imagen que quedará impresa en la retina de la gente antes de que vuelvan al trabajo.

Hong se movió incómodo en su sitio.

—¿Y los padres de Beatriz?

Liu cogió el teléfono y llamó al despacho del director, pero la secretaria le dijo que no estaba y no dejó ningún mensaje. Luego

llamó al comisario, quien casualmente tampoco se encontraba accesible.

Colgó el teléfono de golpe y todos dejaron de hablar para mirarle.

Había un asesino o varios sueltos. Y demasiadas preguntas sin respuesta flotando en el aire, a la deriva. Si no hacía nada, no podría dormir tranquilo.

No sabía cómo decírselo a los otros; bajó la vista a su taza y vio sus ojos reflejados en el café.

No hizo falta que dijese nada, sabían lo que estaba pensando y, como si se hubiese tratado de un movimiento miles de veces practicado guardaron los papeles del chepa y sacaron sus libretas.

No pudo por menos que sonreír.

Después de un día entero enterrados en papeles, los ojos de todos brillaban pensando que por fin iban a hacer algo «productivo».

—¿Y qué hacemos? —dijo Hong.

—Ya han dado por cerrados dos casos. Después de dos semanas el otro está totalmente frío. Escarbarán en la organización de Cuchillo; Beatriz trabajó allí y después de lo sucedido lo ven como la respuesta

lógica. Dejémoslos que vayan por ese camino y nosotros retomamos la investigación donde la dejamos.

—Pero sin que nadie se entere —dijo Hong.

—Sin que nadie se entere. Y al mismo tiempo tenemos que resolver el chepa.

—¿Y los dos casos ya cerrados? —preguntó Wang.

—¿Qué hay de ellos? —dijo Josh.

—¿Aceptamos la conclusión de que Johnny mató a Agnes y que a él lo mató alguien de Cuchillo?

—Es posible —dijo Josh—. Puede que Johnny matase a su ex y a un matón se le fue la mano y mató a Johnny.

—Demasiado conveniente.

—Lo único que estoy diciendo es que a veces la respuesta es lo más obvio —dijo Josh—; como esconder algo a simple vista.

—¿Pero y la relación con Agnes? —continuó Wang—. Nadie tenía relación con ella dentro de la organización.

—Quizás…

Liu los escuchó dejándoles utilizar los mismos razonamientos a los que daba vueltas desde hacía días.

—Mañana por la mañana me cubrís con el chepa y yo hablo con la madre —les dijo cuando hubieron terminado—. Eso está pendiente; y según vaya la cosa decidimos por dónde tirar.

Un murmullo de desilusión sonó en la sala; solo él se iba a librar del plúmbeo papeleo.

En casa consultó su correo electrónico. Tenía uno de su amigo John de Manchester con el que jugaba al ajedrez a distancia. «Dada tu conocida afición por los acertijos y problemas te envío este que, parece ser, planteó tu admirado Albert Einstein, lamentándose de que más del 65% de la población mundial no sabría resolverlo».

1. Hay 5 casas de diferentes colores.

2. En cada casa vive una persona de diferente nacionalidad.

3. Estas 5 personas beben, fuman y tienen una mascota.

4. Ninguna tiene el mismo animal, fuma tabaco de la misma marca, ni bebe la misma bebida.

La pregunta es: ¿quién tiene el pez?

Pistas:

01. El inglés vive en la casa roja.

02. El sueco tiene perro.

03. El danés toma té.

04. El noruego vive en la primera casa.

05. El alemán fuma Prince.

06. La casa verde queda inmediatamente a la izquierda de la blanca.

07. El dueño de la casa verde toma café.

08. El que fuma Pall Mall cría pájaros.

09. El dueño de la casa amarilla fuma Dunhill.

10. El que vive en la casa del centro toma leche.

11. El que fuma Blends vive al lado del que tiene un gato.

12. El hombre que tiene un caballo vive al lado que fuma Dunhill.

13. El hombre que fuma Bluemaster toma cerveza.

14. El hombre que fuma Blends es vecino del que toma agua.

15. El noruego vive al lado de la casa azul.

A Liu le gustó el problema por su semejanza con una investigación policial. Había indicios, había pistas y un sospechoso: el pez. Se puso a resolverlo con un cuaderno y papel. Tardó pocos minutos. No tenía mérito; era cuestión de método. Ya lo dijo Nietzsche: «Las verdades son importantes, pero lo más importante de las verdades son los métodos».

Por la noche cogió el teléfono para llamar a Suspiro. Lo tuvo en las manos un buen rato; no sabía cómo había terminado su interrogatorio, ni si los de Antivicio tenían algo en su contra o solo sospechaban que andaba metida en algo ilegal.

Tampoco sabía si la propuesta de una cena seguía en pie. Era esto lo

que le tenía con el teléfono en la mano; ya había aceptado esa posibilidad y la idea le atraía.

Se maldijo a sí mismo por hacerse ilusiones y se fue a la cama sin haber marcado el número.

---31---

Día 12. Viernes, 27 de enero de 2012, Taipéi

(Quinto día del Año del Dragón 4710 y primero laborable)

El inspector aparcó en Beitou, donde vivía la madre de Agnes.

La comida le dio bastante sed, así que entró en un Family Mart antes de subir. Dudando entre una botella de té de Oolong o una de yogur, terminó comprando una de agua. Le molestaba pagar por algo que en su casa bebía casi gratis, pero tenía la boca seca.

El gato había decidido salir de casa y caminaba un par de pasos por detrás pegado a la pared bajo el tejadillo. La lluvia era más suave, así que no se molestó en abrir el paraguas; estaba cerca.

El lugar constaba de cuatro bloques de edificios seminuevos de dieciocho pisos cada uno, con una entrada común y un jardín en el centro. En la entrada había una pequeña cabina en la que estaba el portero.

—¿Dónde va? —dijo desviando la vista momentáneamente del programa de televisión que le mantenía ocupado.

Le dijo el piso y le mostró su carnet de policía.

—¿Dónde va? —volvió a decir el otro.

«¿Habrá que responder a todo por duplicado?», se preguntó el inspector.

Le repitió el piso al que iba.

El portero esta vez aceptó el piso como, efectivamente, uno de los que

había en la comunidad; pero siguió con la frase que Liu estaba esperando.

—No se puede subir.

Liu, que no había guardado el carnet de policía, se lo mostró de nuevo.

El hombre lo observó con detenimiento.

El inspector, que a lo largo de su carrera se había encontrado con un número de porteros mayor del que consideraba saludable, se preguntó por la función de dichos sujetos, que la mayoría de las veces le parecían simplemente un telefonillo con la capacidad de hablar y comer, no de pensar. Recordó la frase de Leonardo da Vinci; aquella de que «la mayoría de los hombres no son más que máquinas que convierten la comida en mierda».

—No se puede subir —repitió el portero.

—Policía —dijo el inspector en tono calmado pero firme—, abra la puerta.

El cancerbero se encogió de hombros y le dejó entrar, como si hubiese cruzado sin esfuerzo la invisible y arbitraria línea que separaba el molestar del ayudar. Pero al momento volvió a llamarle.

—¿Es suyo ese gato? —preguntó viendo el enorme felino negro que acababa de entrar detrás de él—. ¡Aquí no puede entrar!

El inspector negó con un gesto de cabeza y sonrió para sus adentros. El hombre empezaba a parecerse cada vez más al perro que guardaba la puerta del infierno.

—¡Voy a echarlo! —dijo el portero, pero su tono estaba lejos de mostrar confianza. Se levantó y cogió una fregona, pero en cuanto dio un paso hacia el gato, este, en vez de retroceder, se puso de medio lado y le soltó un bufido estremecedor.

Liu vio cómo el rojo de su rostro bajaba varios tonos.

—Hm… Quizás sea de algún vecino… —dijo buscando una justificación y mirando de reojo a Liu—. Ya lo echaré más tarde.

Liu empezaba a cogerle cariño al gato.

Luego el portero volvió a su programa de televisión en el que el

presentador se burlaba de uno de los invitados, cerrando la puerta de la cabina con pestillo.

El inspector siguió de largo hasta el ascensor, contento de vivir en un edificio antiguo de menos de cinco pisos. No tenía ascensor, pero tampoco portero.

Al oír una voz de mujer no llegó a llamar a la puerta. Esperó, parecía discutir ásperamente con alguien, cuya voz más apagada no acertaba a discernir si era de hombre o de mujer. No le gustaba cotillear, pero trató de escuchar lo que estaban diciendo. No lo consiguió. Esperó unos momentos y llamó al timbre.

—Creí que el caso ya estaba resuelto —le dijo la mujer al abrir después de que Liu se hubiese identificado.

—Solo quería comentarle algo.

Le hizo pasar a una habitación en la que había un hombre de pie al que presentó como su marido.

Se quitó el abrigo y se sentó en el sofá del salón. La madre lo hizo en el sillón de su izquierda. El marido permaneció de pie, recostado en la estantería, demasiado inquieto para sentarse. De complexión media, tenía los hombros ligeramente encorvados, entradas en la frente y las patillas cortadas muy altas. Llevaba gafas metálicas rectangulares y Liu observó que se comía las uñas. La mujer tenía el pelo corto y un poco ondulado, se teñía las canas.

Llevaba gafas parecidas a las del marido y tenía un cuerpo de veinteañera. No se miraban y podía notarse el acaloramiento en el ambiente.

Se tomó su tiempo y les dio el pésame; eso pareció apaciguar un poco al marido. En ella no hubo gran cambio. Fría como el nitrógeno líquido.

—¿Qué era eso tan importante que tenía que comunicarnos? —

dijo la madre.

Se movió un poco en el asiento para poder mirar fácilmente a los dos; sus reacciones a lo que iba a decir eran importantes.

—Su hija estaba embarazada.

El hombre palideció y balbuceó algo que no logró entender.

La reacción de la mujer fue menor. Su cara cambió, pero tan poco que se quedó sin saber si la información era nueva para ella o no.

—¿No lo sabían?

El hombre negó con la cabeza, todavía con la vista en el suelo.

—¿Por qué no dijeron nada de eso? —preguntó ella.

—No lo sabíamos.

La mujer movió la cabeza otra vez en un gesto de desaprobación.

—¿Lo sabía? —le repitió a la mujer.

—No —dijo ella—. Pero no es posible, tiene que haber algún error. Ella no tenía ninguna relación.

El inspector recordó la que tuvo su hija con el jefe, pero no dijo nada.

—Entonces —continuó—, ¿no tienen idea de quién pueda ser el padre?

—¡Tiene que ser ese maestro o alguien de la escuela! —dijo el hombre saliendo de su letargo y explotando con violencia, su palidez

se había transformado en rubor.

La mujer soltó una carcajada totalmente fuera de lugar que dejó a los dos hombres desconcertados y enrareció el ambiente.

Liu estaba perplejo, pero, con su mejor cara a lo Induráin subiendo el Alpe d'Huez, no lo demostró.

—¿Qué maestro? —le preguntó al marido.

—¡El maestro ese de yoga y budismo!

Recordó al instante lo que había dicho Hong: la mujer había hablado del karma y estaba estudiando en una escuela; ahora ya tenía una idea de por dónde iban los tiros y miró fijamente a la madre.

—¿Por qué no nos dijo que su hija iba a la misma escuela de yoga que

usted? —le dijo sin más preámbulos.

—Nadie me preguntó.

—¿Y no se le ocurrió que podía ser relevante?

—No. ¿Qué tiene que ver eso con nada?

—¡Esa maldita escuela! —volvió a explotar el marido, que se puso a andar de un lado a otro de la habitación.

—No te atrevas a hablar mal de la escuela —dijo ella.

—¡Esa escuela ha destrozado a nuestra familia! —exclamó el marido.

—Nuestra familia la destrozaste tú hace ya mucho tiempo…

—¡Tonterías!

—… con tu trabajo, tus viajes, ¡tus amantes!

El último comentario dejó al marido callado. A la mujer, en cambio, la presencia del inspector parecía no desanimarla, si acaso todo lo contrario.

Liu aprovechó el desconcierto del marido para preguntar:

—¿Cuál es el problema de esa escuela?

—Las ha vuelto zombis.

—No hables de lo que no entiendes —le dijo ella.

El hombre la ignoró.

—Desde que van a la escuela no son las mismas.

—¡Porque nos ha cambiado la vida!

—Ese maestro es un estafador.

—¡No digas tonterías!

—¡Cada mes le pagas una fortuna!

—¡No es cierto! Las clases son gratis.

—¿Y cómo llamas al dinero que le das?

—Son donaciones para mantener la escuela. Es nuestro hogar.

El hombre abrió los brazos en señal de rendición.

—Miles de dólares —le dijo al inspector—, probablemente más de lo que usted gana al mes.

Liu, que tenía tantas ganas de hablar de sus ingresos como de besar al director, obvió el último comentario. Al hombre desde luego no le sobraba tacto para regalar.

La mujer se apoyó en el respaldo del sillón y se cruzó de piernas.

El inspector siguió preguntando, esta vez al marido.

—¿Se le ocurre alguien a quien hubiera podido molestar la noticia del embarazo?

—Hm… No, nadie.

—¿Pero acaso no han atrapado al asesino? —rugió la mujer.

La ignoró con un elegante y desentendido movimiento de cabeza.

—¿Hay algo que les hubiese dicho ella que les parezca importante?

—No, nada —dijo el hombre—. Pero me llamó el día que… —

No pudo terminar la frase.

—¿Te llamó? —exclamó la mujer sorprendida.

—No constaba ninguna llamada a China en el registro de llamadas —dijo el inspector recordando la lista y que el hombre trabajaba en China.

—Me llamó desde un teléfono público.

—¿Por qué haría eso?

Se encogió de hombros y respondió con venenosa intención.

—Quizás no quería que su madre se enterase.

—Tonterías —dijo ella.

—¿Y qué le dijo?

—No me dijo nada.

—¿No le dijo nada?

—Estaba un poco rara, pero no me dijo nada.

—¿Preocupada tal vez?

—Hm, no sé, pero no sonaba normal.

—¿Y tú qué sabrás si no hablabas nunca con ella? —gritó la mujer.

El hombre la miró sin decir nada.

El inspector sacó el libro de Fromm y apuntó un par de ideas mientras la mujer meneaba la cabeza.

—Hace un momento parecía muy seguro de que el padre podría ser el maestro o alguien de la escuela.

—¡No me extrañaría lo más mínimo!

La mujer hizo un gesto de fastidio, el inspector la miró.

—¿No lo cree posible?

—¿Que tuviese una relación con el maestro?

Asintió y la mujer volvió a soltar una carcajada, sonora y falsa, irritante.

—¿De qué se ríe? —le preguntó.

—Eso es imposible —dijo meneando la cabeza.

—¿Y cómo lo sabes? —dijo el marido.

Se rio de nuevo.

—Lo sé —dijo con la más absoluta convicción.

—¿Cómo puede estar tan segura?

Ella se movió en el asiento y fijó la mirada en su marido antes de responder.

—Sé de primera mano con quién está manteniendo una relación el maestro, y no era mi hija —dijo asegurándose de pronunciar bien cada

palabra.

---32---

La calle Nanjing al mediodía es un gran río de gente saliendo de las oficinas, bancos y comercios en busca del breve refugio del almuerzo, consistente en una bandeja de comida preparada o un tazón de tallarines engullidos rápidamente para volver al trabajo y apoyar la cabeza en la mesa del cubículo o despacho y desmayarse en una mínima siesta antes de proseguir.

El inspector se encontraba delante de un edificio de oficinas, justo al lado del metro. Ninguna señal indicaba que hubiera una

escuela de yoga y comprobó la dirección por segunda vez. El edifico se levantaba como un tronco más dentro de un bosque de cemento y ventanas. Nada lo distinguía de sus vecinos. Llevaba diez minutos en el centro de la acera, inmóvil, esperando, casi arrollado por la gente que galopaba procedente de todas partes, menos del edificio en cuestión. ¿Esa gente no comía o es que seguía el horario europeo? Tenía la mirada fija en la puerta, pero esta continuaba cerrada, sorda, ciega y muda a sus deseos. Tras algo más de espera decidió llamar.

Al hacerlo, el gato, que hasta entonces había estado detrás de él, soltó un sonido extraño. Le miró; tenía el lomo y la cola erizados.

La visión le descolocó un poco. Luego el gato emitió un maullido desde lo más profundo de su estómago y salió corriendo en dirección al coche, dejándole perplejo.

La mujer que abrió cogió su tarjeta y tras escuchar lo que quería, le condujo al interior del edificio cerrando la gran puerta metálica con un fuerte ruido que hizo eco a espaldas del inspector.

El recibidor estaba vacío, excepto por dos leones de piedra que parecían seguirte con la mirada indistintamente de tu posición y una urna de arena con varitas de incienso dentro que se consumían lentamente. El silencio era total y algo inquietante después del alboroto de una de las calles más ruidosas de la ciudad. Siguió a la mujer por los pasillos dejando detrás la sensación de un *hall* irreal que no encajaba con lo que parecía un simple edificio de oficinas.

Los gatos tenían siete vidas, ¿tendrían seis sentidos también?

Estaba empezando a pensar que no había sido buena idea venir solo. Cuanto más andaba más le desasosegaba encontrarse en un lugar que era totalmente diferente a lo que parecía a simple vista.

Los tramos de luz se alternaban con los de sombra y un escalofrío le recorrió la espalda.

Llegaron a una sala en la que entraron atravesando una puerta de cristal adornada con budas de todos los tamaños. Ver a otros seres humanos no le alivió en lo más mínimo. La escena que tenía delante se le antojaba aún más sombría.

Sentado en una silla encima de una tarima, vestido con un traje chino de seda negra, estaba el que debía ser el maestro. Su pelo blanco, con raya a un lado, casi tapaba uno de sus dos penetrantes ojos. No tenía un gramo de grasa, era fibroso, de estatura parecida a la suya y con una nariz un poco alargada. Parecía mirar a la vez a todos y a ninguno de los veintinueve discípulos uniformados sentados en el suelo formando seis filas casi perfectas. Algunos tomaban nota de lo que decía con su rítmico y envolvente hablar.

—El maestro terminará su sermón en unos momentos. Puede esperar aquí y escuchar, aprenderá mucho —le dijo la mujer, yendo a recuperar su lugar en el suelo, devolviendo así la perfecta simetría a la sala rodeada por cristales.

La temperatura del inspector había descendido sin que se hubiese dado cuenta. Se subió el cuello del abrigo y metió las manos en los bolsillos mientras observaba detenidamente al maestro y los discípulos. Continuó escuchando al maestro, que disertaba sobre verdades encontradas en el budismo y el taoísmo después de alcanzar la iluminación. A Liu le parecían lugares comunes, palabrería, charlas de café, vulgaridades de revistas de peluquería…

—¿Inspector Liu? —le dijo una voz a su espalda.

Al volverse vio a una mujer de unos cuarenta años, de cara alargada, alta, delgada y más blanca que la porcelana, un diez en la escala local de belleza. Había entrado acompañada de un hombre unos veinte años mayor que ella, también vestido con ropa de la escuela.

No estaba de suerte: eran la mujer del director del Departamento de Policía y el ministro de Educación, amigo del ministro de Fomento, padre de ella.

—¿Qué le trae por aquí? —dijo ella cordial—. Le he visto en televisión —dijo antes de que Liu pudiese decir nada—. ¿Está investigando un caso?

Se encontraba en un aprieto, ¿qué le respondía?

—Vengo a hablar con el maestro —dijo de forma ambigua—.

¿Practican yoga aquí? —continuó para cambiar lo más rápidamente posible de tema de conversación.

Ambos asintieron.

—A veces también venimos a alguna charla.

—La verdad es que me siento mucho mejor desde que hago yoga —dijo el hombre—. Quizás —la miró— habría que decirle a tu

marido que declarase obligatorio practicarlo en el departamento.

Sería bueno para todos. —Esta última frase la dijo con la vista en Liu.

«Dios no lo quiera», pensó este.

—Bueno, no quiero entretenerlos. Voy a esperar fuera —dijo indicando con un gesto el pasillo. Por suerte, aquello acabó la conversación.

Poco después, mientras los estudiantes salían, le llevaron al comedor y le sentaron en una mesa rectangular. Enfrente tenía al maestro presidiendo. En la mesa solo había otras tres personas, dos hombres y una mujer que Liu pensó serían los discípulos de confianza. Fueron trayendo distintos platos. El que trajo los últimos, tras colocarlos en la mesa, se sentó a la derecha del maestro.

Supuso que era el cocinero. El maestro hizo un gesto y todos empezaron a comer. El inspector se llevó a la boca algo que parecía jamón. No sabía bien y apenas pudo tragarlo con un sorbo de té.

Por lo general le gustaban las verduras y le parecía idiota esa comida vegetariana basada en que los vegetales aparentaran ser marisco, salchichas, jamón o cualquier otra cosa. O se comía carne o verdura, ¿para qué comer una cosa que parecía otra?

—Toda la comida es vegetariana —dijo el maestro—. Espero que no le

importe, agente.

—Inspector —le corrigió en tono neutro.

—Ah, inspector —murmuró cogiendo la tarjeta que le tendía la discípula—. Inspector Liu —repitió en un chino muy correcto, pero un poco forzado. Tenía acento del continente, pero no conseguía identificar de qué provincia.

Los dos se mantuvieron la mirada por unos momentos y fue el maestro quien, con una sonrisa practicada sin duda miles de veces ante un espejo, rompió el momento.

—¿Sabe? Tengo especial cariño a la policía.

—¿Hm?

—Estuve a punto de ser instructor de defensa personal del cuerpo.

Aunque no le había visto dar una clase, había visto sus movimientos y las fotos colgadas en las paredes, que le mostraban

en lo que pretendían ser diferentes posturas de artes marciales. Lo que acababa de decir era una fanfarronada destinada a sus discípulos. El instructor de defensa personal del cuerpo puede que no fuese un Bruce Lee, pero este hombre lo único que podía enseñar allí era, quizás, cómo ponerse las zapatillas. Era un farsante de primera categoría.

—Qué pena que no lo hiciese, habría sido muy instructivo verle en acción. —La ironía le salió sincera, sin la más mínima dificultad.

—El maestro ha grabado vídeos —dijo uno de los discípulos en tono orgulloso.

El maestro le despachó con un gesto de falsa modestia.

«Increíble —pensó—. Esta gente podría tener a un luchador de sumo frente a sus narices y no verlo».

—¿En qué puedo ayudarle, inspector?

Sacó la foto de Agnes y la puso encima de la mesa. Sin que nada en sus facciones denotara vigilancia.

—Sí, es una lástima —dijo el maestro—. Tan joven.

—¿La conocía?

—Sí, claro.

Le miró a los ojos sin pronunciar palabra, esperando que continuase.

—Era una de mis alumnas —dijo abriendo los brazos.

El inspector aprovechó para dar un sorbo de té mientras intentaba tragar el tofu seco que había estado masticando.

—¿Cuándo fue la última vez que la vio?

Se tomó su tiempo para recordar.

—Yo diría que hace casi un mes.

Liu miró al resto de las personas, que asintieron con la cabeza.

—¿Está seguro?

—Sí.

—¿Se le ocurre alguien que tuviera motivos para hacerle daño?

—No, nadie.

La respuesta fue demasiado rápida, sin ni siquiera pensar un momento.

—¿Está seguro?

—Sí. ¿Qué razón tendría alguien para acabar con la existencia de un ser vivo?

—¿Hm?

—Formamos una gran familia.

—Ah, se refiere a todos los seres vivos.

—¿No lo cree usted así, inspector?

—Cuando veo un mosquito cerca de mí lo mato si puedo.

—Entonces somos diferentes —dijo con aire de superioridad.

«¿No éramos todos una gran familia?…», pensó para sí el inspector, y le miró sin expresión alguna.

—¿Venía mucho por aquí? —preguntó señalando la foto.

—Era estudiante.

—¿Y cuánto es eso?

—Inspector —dijo cruzando las manos encima de la mesa y sosteniendo la sonrisa—, tengo clases todos los días.

Después de una corta pausa, un discípulo añadió:

—El maestro nos enseña yoga, budismo, taoísmo, meditación y *qigong*.

—Las puertas están abiertas siempre que queremos —agregó una de las mujeres—. Y arriba hay habitaciones en las que podemos quedarnos si se nos hace tarde meditando.

Una sensación de incomodidad le invadió. Estos discípulos estaban programados.

—¿Qué escuela del budismo enseña?

—La más pura —dijo sonriendo.

Le miró esperando que concretara la respuesta.

—El maestro aprendió budismo con Buda —explicó la mujer.

El inspector, que en ese momento estaba intentando ingerir algo que parecía cangrejo, enarcó las cejas, pensando que, de ser así, el maestro rondaba los dos mil quinientos años. Para alguien de esa edad se conservaba bien. Probablemente su cocinero no era tan longevo, porque dos mil quinientos años de comer esta comida habría acabado con cualquiera. Él habría aprovechado esos milenios para aprender a tocar todos los instrumentos de música inventados.

—Aprendió con Buda en sueños —prosiguió la mujer, sacándole de su reflexión y resolviendo con su comentario la incongruencia temporal.

—Y en una vida pasada fue guardaespaldas del emperador. Es también un experto en artes marciales —dijo otro.

Le entraron ganas de preguntar de qué dinastía, pero decidió dejarlo estar.

Los dos discípulos habían hablado con total convicción, sin dudas. El maestro, por su parte, continuaba ocupado con sus verduras.

«A esta gente le falta un tornillo», pensó. Un escalofrío le bajó por la espalda, dejándole helado. Tenía ganas de salir de allí y volver a la cordura del caos urbano.

—¿Dejaba alguna de sus cosas aquí?

—No, tenía casa en Taipéi y rara vez se quedaba —dijo mirando a los discípulos, que asintieron dándole la razón.

«La hora de la verdad», pensó Liu.

—¿Tiene relaciones sexuales con alguna de sus discípulas? —

le soltó a quemarropa.

El cocinero giró la cabeza y le clavó los ojos, los otros dos discípulos hicieron lo mismo, la mujer bajó la vista. Se produjo un ligero cambio en los ojos negros del maestro, pero, fuese lo que fuese, desapareció rápido y no pudo captar qué era. Quizás una reacción al tofu.

—Como le he dicho, somos una gran familia —dijo con gran calma y su ensayada sonrisa.

No había contestado verbalmente a la pregunta, pero a Liu no le hacía falta; había visto lo que necesitaba.

A pesar de que le había dicho que no era necesario, el cocinero le acompañó a la salida por orden del maestro. Anduvieron lentamente y en silencio por los largos pasillos, con el rítmico y uniforme ruido de los pasos del cocinero como única conversación.

Le hizo pensar en el verdugo caminando con el condenado y habló para acabar con el silencio.

—¿Llevas trabajando mucho tiempo cocinando para el maestro?

—Llevo con él trece años y cocinando para él siete —le respondió con su acento chino, también del continente.

Liu asintió.

—¿Tú también estudias aquí?

—Sí.

Una vez fuera le reconfortó el ruido del tráfico y la lluvia del mundo conocido. No había estado antes en contacto con una secta, pero lo que acababa de ver le había puesto los pelos de punta.

Acto seguido respiró largamente disfrutando del aire libre y la polución.

Abrió el paraguas y caminó hacia su coche.

Al abrirlo el gato salió de la nada y saltó dentro.

Se recostó en el asiento y sacó el libro, pero no el de Fromm, sino el de Reverte. Algo del primer caso le estaba rondando por la cabeza. Pasó varias hojas y al llegar a la página 208 se detuvo; allí es dónde había tomado las notas de los posibles motivos que cambiaron la vida de Beatriz. Tras enterarse de lo del embarazo todos habían dado por bueno el motivo más inmediato, el del nuevo amante. Pero en esa hipótesis seguía sin explicación qué había estado haciendo con el dinero. Nunca llegaron a dar con ello y luego los apartaron del caso. ¿Pero y si no era un solo motivo, sino más de uno juntos? Una sonrisa apareció en su cara, justo cuando el gato daba un maullido.

Conversión espiritual o religiosa.

¿Y si Beatriz había estado viniendo a la escuela y conocido aquí a su nuevo amante? Eso explicaría las dos cosas, no, las tres.

El embarazo, la bolsa que cargaba de un lado a otro y las retiradas de dinero mensuales. Visto cómo veneraban los discípulos al maestro, puede que Beatriz también viera en él lo mismo: un gurú espiritual, un guía; alguien que le cambió la vida. Todos decían que la habían visto feliz en los últimos meses. Puede que trajera su ropa para meditar. Además, el maestro parecía nadar en plata; los estudiantes debían hacer cuantiosas donaciones, como las había llamado la madre de Agnes.

Pronto lo iba a averiguar.

Apagó el motor y volvió al edificio. Llamó al timbre y no tardó en aparecer una de las discípulas.

Le sonrió y le preguntó si buscaba al maestro. Asintió, pero le dijo que no quería entrar, solo hacerle una pregunta rápida; si el maestro le atendía en la puerta, se iría en un momento. La señora fue a buscarlo, dejando la puerta abierta por si quería resguardarse de la lluvia, pero esperó fuera. No quería compartir habitación con dos leones.

El maestro tardó en aparecer, y lo hizo con un abrigo largo de estilo chino y de la mejor calidad; al igual que una estrella del mundo del espectáculo, no podía dar dos pasos sin arreglarse.

Sin demora, Liu sacó la foto de Beatriz y se la enseñó.

—¿Sabe dónde puedo encontrarla?

El maestro miró la foto y después al inspector con expresión de sorpresa.

—Pero… —dijo el maestro— está muerta, ¿no?

—No.

—¿No? —dijo sorprendido.

El inspector se tomó su tiempo mirándole antes de responder.

—Está en la siguiente etapa de su vida —dijo recordando las palabras que Hong había puesto en boca de la madre de Agnes.

El maestro intentó una sonrisa, que se quedó en una extraña mueca. Liu sonrió por dentro porque acababa de encontrar y confirmar el vínculo entre las dos víctimas: el maestro y la escuela de yoga.

—¿Y cómo sabía que estaba muerta?

—Lo leí en los periódicos —contestó.

«Los periódicos», repitió Liu para sí mismo recordando la minúscula reseña que había salido en ellos; el hombre debía de leerlos de cabo a rabo.

—¿Llevaba mucho tiempo estudiando aquí? —preguntó.

—No, unos dos o tres meses.

Liu miró hacia su derecha mientras hacía memoria.

—¿No serían más bien cinco o seis?

El maestro se encogió de hombros con exagerada amplitud en el gesto.

—El tiempo es algo que carece de importancia para mí, inspector.

«A mí tampoco me importaría si tuviese dos mil quinientos años»,

pensó.

—Bien, volveré si tengo alguna otra pregunta —dijo dándose la vuelta.

Otra cosa rondaba por su cabeza, pero no terminaba de salir a flote. Estaba convencido de que acababa de dar con algo más, pero desconocía qué era. ¿Qué acababa de descubrir?

Sabía que la respiración ayudaba a conectar el mundo consciente y el subconsciente. Por ello, sentado en el coche vació su mente aislándose del mundo exterior. Tomó y soltó aire lentamente, ralentizando el corazón, como acostumbraba a hacer para concentrarse.

Permaneció así varios minutos, pero al final arrancó el coche sin haber tenido éxito. Seguía sin saber qué era lo que creía haber descubierto.

---33---

—¿Qué están haciendo aquí? —dijo Suspiro molesta.

Michael había sacado una percha con un vestido del exhibidor y lo contemplaba sin interés.

—Esa no es manera de hablar a la policía.

Suspiro se cruzó de brazos.

—¿Y es trabajo de la policía acosar a los ciudadanos?

Michael colocó el vestido de vuelta en su lugar y le clavó una mirada áspera.

—Cuidado con lo que dices.

—¿O? —dijo ella levantando el mentón desafiante.

Michael dio un paso hacia adelante, pero Vincent se cruzó en su camino aclarándose la garganta con un par de toses. Las dos chicas que se encontraban en la tienda salieron sin mirar atrás.

—¿Cómo llaman si no a espantar a mis clientes? —dijo indignada.

—Queríamos hacerle unas preguntas —dijo Vincent. Michael dio un paso atrás y apoyó un brazo en el perchero.

—Ya contesté a todas sus preguntas en la comisaría —dijo apuntándole con el dedo—. No tengo nada más que decir.

—Hm… —dijo Vincent, gesticulando con su mano derecha como en una reverencia—, llámelo entonces una proposición.

Negó con la cabeza.

—Olvídelo.

—Debería escucharnos.

—No tienen nada contra mí, así que, si no van a comprar nada, les rogaría que se fueran por donde han venido.

Michael sonrió con desprecio antes de responder.

—¿Está segura de eso? Nuestro trabajo es desenterrar la basura de escoria como t… — Vincent le paró con una mano en el pecho antes de que empeorase las cosas. Su amigo no solía comportarse así, pero este caso le había transformado. Sospechar que Liu estaba sucio, unido a la falta de sueño por su reciente paternidad y a la frustración de no haber podido encerrar a Cuchillo después de meses de trabajo, le habían convertido en una bomba de relojería.

Vincent le hizo una señal ladeando la cabeza y cerrando los ojos para darle a entender que él se encargaba. Michael le miró por un momento, pero finalmente, con el suficiente sentido común, salió de la tienda.

—Acosando, amenazando. ¿Quién es la escoria? ¿Saben algo de la gent…?

Vincent la había agarrado de los dos brazos en un movimiento suave y la miraba a los ojos. Ella dejó de hablar, pero sus hombros se habían tensado y la espalda movido hacia atrás para mantener la distancia.

—No somos los malos —le dijo mirándola a los ojos. Luego la soltó con la misma suavidad con que la había agarrado—.

Queremos atrapar a un asesino y meter en la cárcel a un mafioso.

Suspiro le miró un buen rato pensando en lo que acababa de decir.

—¿Cuál es su proposición?

---34---

—¿Y esa es la conexión? —preguntó Josh cuando el inspector los hubo puesto al corriente.

—Exacto. Así todo tiene sentido; la bolsa, el dinero, el cambio en su vida. Y, además, estoy casi seguro de que el maestro tiene relaciones con varias de sus discípulas.

Todos procesaron un instante esa información.

—Y la madre dio a entender que mantenía una relación con ella.

—¿Y sería él el príncipe azul? —dijo Hong.

Liu hizo un pequeño gesto con la cabeza.

—Podría ser.

—Entonces, es posible que el maestro estuviese, er…,

¿«haciendo cosas» con la madre y la hija?

—Es una posibilidad.

—Eso es repugnante —dijo Josh.

—¿Y la madre sabía lo del embarazo? —preguntó Hong.

—Se rio cuando mencioné la posibilidad de una relación de su hija con ese farsante —dijo el inspector—. Creo que no lo sabía.

—Puede ser que la chica se lo contase a su madre y el maestro tuvo que callarla. Eso sería un motivo —dijo Josh

—¿Será el maestro el padre? —preguntó Hong.

—¿Por qué no le traemos para interrogarle? —dijo Josh, a quien el maestro le parecía cada vez más culpable; olvidando, por un momento, que ya no era su caso.

— Hay un pequeño problema.

—¿El chepa? —dijo Josh recordando.

—No, otro. No llevamos el caso y cuando estaba allí me encontré con la mujer del director y el ministro de Educación.

Hubo un pequeño silencio mientras estudiaban las posibles repercusiones.

—¿Y qué hacían allí? —dijo Josh.

—Son estudiantes de la escuela.

—¿Pero no has dicho que el tipo es un farsante?

Asintió.

—No sé mucho de yoga, ¿pero qué piensas de alguien que dice haber estudiado directamente con Buda?

—¿Pero entonces cómo es posible que sean estudiantes? —

dijo Josh mirando a Wang y Hong como tratando de justificar su punto de vista, no le veía la lógica—. Son gente bien situada, con educación, dinero…, poder.

El inspector le miró y se tomó su tiempo, porque no sabía qué responder.

—Gente que necesita de la guía de maestros como ese hay mucha; no tiene nada que ver con el dinero, ni con la situación social, ni lo uno ni lo otro te dan un timón y un rumbo para navegar.

Hay que tener los pies en la tierra bien asentados y saber lo que uno quiere hacer con su propia vida para no hallarse a la deriva.

Josh todavía tenía las manos extendidas con las palmas hacia arriba y miró de izquierda a derecha para ver si alguien lo refutaba.

Su sistema de creencias estaba en peligro.

—Entonces —dijo Hong para rescatar la conversación de temas psicofilosóficos—, ¿cómo le investigamos? No solo estamos encadenados al chepa, sino que tenemos órdenes explícitas de alejarnos de los otros casos.

—Exacto —dijo Liu, rascándose la cabeza y mirando, inconscientemente, su teléfono. Esperaba otra de las llamadas del

director; este no debía haber visto a su mujer todavía.

Wang, que hasta entonces había permanecido callada, se puso más derecha en el asiento.

—¿Sabéis que me encanta el budismo?

Todas las cabezas se giraron hacia ella, que se estiró y les dedicó una sonrisa.

—Además, tengo unas ganas tremendas de aprender yoga.

Hubo un pequeño y significativo silencio en el que se miraron unos a otros. Podía funcionar; era una recién llegada a Taipéi, nadie la conocía y no era ilegal.

—Es una buena idea —aprobó Liu—. Pero necesitamos prepararte una buena historia. La escuela no parece anunciarse, más bien es un club exclusivo en el que se entra por invitación.

Lo pensaron unos momentos.

—¿Y si digo que Agnes me la recomendó? —dijo Wang.

—Pero su madre también estudia allí —dijo Hong.

—Sí, pero ella no tenía por qué conocerme; puedo ser una antigua compañera de la universidad, quizás de otra carrera.

Además, sospechamos de la madre, así podemos ver cómo reacciona.

Liu lo consideró por unos momentos, tenía sus ventajas e inconvenientes. En todo caso, era arriesgado.

—Me parece que es buena idea —dijo finalmente—. Pero ten cuidado; el asesino tiene que ver con esa escuela.

Ella sonrió. Iba a tener acción y, además, lejos del chepa.

—Encargaos del chepa —le dijo Liu a Josh y Hong— mientras Wang y yo montamos una buena historia para la escuela.

Los dos detectives se movieron incómodos.

—Ejem… —dijo Hong aclarándose la garganta—, si trabajamos juntos, en un par de horas podemos tener todo listo.

Tenía razón; el tiempo trabajaba en su contra. Como no se diesen prisa acabarían pescando juntos en la isla de Kinmen.

—Está bien; vamos a concentrarnos todos en darle una nueva vida a Wang.

—¿Cómo has venido a parar a nuestra escuela? —le preguntó el hombre que tenía enfrente—. No hacemos publicidad.

—Una antigua amiga mía me comentó hace tiempo que estaba aprendiendo yoga y budismo aquí —dijo Wang—. Me habló muy bien de la escuela.

—¿Quién?

—Agnes.

—¿Agnes Hsu?

—Sí.

—Ah, muy buena estudiante. Qué lástima —dijo bajando la cabeza.

Ella también miró al vacío y entristeció sus facciones.

El hombre esperó un tiempo prudencial antes de continuar.

—¿Y estás interesada en el yoga, budismo?

—Sí, mucho —mintió.

Él asintió.

—¿A qué te dedicas?

—Soy la asistente del contable de una compañía de tecnología.

—¿Una compañía grande?

La detective arqueó un poco las cejas, pero no hizo visible su desconcierto. ¿A qué venía esa pregunta? Tan solo quería aprender yoga, no comprar una casa.

—Una compañía mediana —dijo prudentemente.

—¿Y qué tal es el sueldo? —dijo con una sonrisa, como si la pregunta la hiciese todos los días.

—Hm —dijo Wang pensando unos segundos, en la historia que habían preparado a nadie se le había ocurrido asignarle un sueldo

—, gano unos treinta y ocho mil dólares al mes —dijo sabiendo que el salario mínimo era de treinta mil.

Él lo apuntó, como todo lo que ella decía.

—Imagino que estarás muy ocupada.

—Como todo el mundo. Hago horas extras, pero no todos los días —dijo fingiendo una sonrisa—.

—O sea, que tu tiempo libre lo tendrás por las noches y los fines de

semana.

Ella asintió.

—¿Cuáles son los horarios?

—El maestro imparte diferentes clases todos los días.

Meditación, yoga, charlas de budismo… Los estudiantes suelen asistir a todas las que pueden.

—¿Siguen siendo gratuitas?

—Así es, no hay que pagar ninguna matrícula —dijo descansando el bolígrafo en la mesa y cruzando las manos con una amplia sonrisa—. No somos una escuela normal. El maestro comparte sus conocimientos y los estudiantes contribuyen con lo que creen necesario. También hay comida y alojamiento disponible para los que lo deseen.

Wang asintió con la cabeza.

—Entiendo. ¿Puedo probar con una clase?

—Cómo no. Precisamente la de yoga está a punto de empezar.

—Estupendo —dijo ella con tono de entusiasmo; pero luego se señaló su traje de oficinista—. No he traído ropa para cambiarme.

—Oh, no hay ningún problema. Te dejaremos un uniforme de la escuela.

Ella lo siguió por el pasillo con una sonrisa en el rostro; por fin algo de acción.

En el hospital le llegó la llamada que no deseaba recibir. El director le disparó sin más preámbulos.

—¿Pero no le ha quedado claro que está fuera de la investigación? ¿Qué es lo que estaba haciendo interrogando a gente en la escuela de yoga?

—Señor, hemos encontrado una conexión entre los dos asesinatos; las dos víctimas estaban…

—Tonterías —le interrumpió el director—. Cuchillo y su organización

criminal son la conexión, conexión que ya habíamos encontrado. Y, además, uno de los casos ya está cerrado.

—Pero las dos chicas estaban estudiando en la escuela y…

—¡Le he dicho que lo deje! ¿Es que no lo entiende? ¿O es que quiere medir mi paciencia? Sé que tiene amigos poderosos dentro del cuerpo, ¡pero no me busque las cosquillas o va a salir mal parado! ¡No se lo digo otra vez!

Liu no dijo nada, pero sus manos sujetaban el teléfono con fuerza; tenía ganas de estrellarlo contra la pared.

—¿O es que acaso no tiene trabajo suficiente? ¿Necesita que le asignemos más?

Si tenía alguna duda, ahora ya estaba seguro de quién les había tirado el chepa en la chepa. Esperó un buen momento antes de responder.

—Señor… —dijo marcando la palabra como si tuviese una brasa al rojo vivo en las cuerdas vocales—. ¿No le preocupa que haya un asesino suelto por las calles?

—¡Un asesino está muerto y al otro solo le falta confesar! —

ahora estaba gritando a pleno pulmón—. ¡Se lo digo por última vez!

Si le veo hablando del caso con la prensa, relacionado con criminales o interrogando a gente respetable, ¡le aseguro que me encargo de que le despidan aunque sea la última cosa que haga!

Se esforzó por no decir nada, era mejor, pero el director tuvo que rematar la faena:

— *Are you clear?* —dijo.

Ante eso ya no pudo contenerse.

—No, señor. ¿A quién se refiere con gente respetable? ¿Habla de Cuchillo Huang?

—¡No se acerque a la escuela! —dijo colgando el teléfono de un golpe.

Era solo una corazonada, pero no solía equivocarse. Sentía una certeza fuera de lo común, algo le decía que iba a tener las respuestas que buscaba. Tenía que entrar en la casa, ¿pero por qué había ido solo? Ni siquiera le había dicho a Hong a dónde iba.

Liu salió del coche y caminó hacia el edificio; era tarde, llovía torrencialmente y había poca gente por las calles. No tenía paraguas y para protegerse un poco se subió el cuello del abrigo todo lo que pudo.

Entonces vio en la distancia una pareja que se acercaba caminando. Las dos figuras le eran familiares. Iban abrazados y charlando alegremente, por lo que no se percataron de su presencia. A él le pareció prudente no ser visto y se ocultó tras un coche esperando que pasasen.

No podía ver bien desde donde se encontraba, pero el sonido de los pasos también le era conocido. ¿Por qué? Entonces algo le sorprendió; la pareja no pasó de largo, sino que paró en el portal del edificio al que él se dirigía. Llamaron al telefonillo. ¿Quiénes eran?

No acababa de reconocerlos. Les abrieron y entraron. Entonces salió de donde se encontraba y se movió sigiloso hacia el portal.

Asomó la cabeza y vio que la pareja ya no estaba. Justo antes de que se acabase de cerrar la puerta consiguió pararla y se deslizó dentro. Aguzó el oído y escuchó sus pasos subiendo por las escaleras. De nuevo le dio la impresión de que era un sonido peculiar que ya conocía. Esperó un segundo y los siguió. Andaba silencioso y no tenía miedo de alertarlos; además, hablaban en voz alta. La voz de él la había oído antes. Paró un momento para escuchar con más claridad y entonces identificó al dueño de la voz: era Michael.

¿Pero quién era la mujer? No la reconocía. Llegaron al quinto piso, el mismo al que él se dirigía y entraron en la casa. ¿Qué hacían en la casa de Johnny?

Tras esperar el tiempo que le pareció prudente, sacó sus herramientas y salió al pasillo del quinto piso para abrir la puerta, pero no fue necesario. Solo había una puerta y estaba abierta. ¿Por qué no la habían cerrado?

No salía ningún ruido en la casa. Sin pensarlo dos veces sacó su arma reglamentaria y entró con cuidado.

Estaba oscuro, pero podía ver en el suelo las huellas que habían dejado sus zapatos mojados; siguió el rastro hasta que vio que desaparecía en medio del pasillo. Era como si se hubiesen desvanecido.

Tampoco se oían sus voces ya.

De pronto empezó a sonar música, un preludio de Debussy, pero parecía ser en directo y no una grabación. ¿De dónde venía el sonido?

No le dio tiempo a averiguarlo porque escuchó un grito de mujer proveniente de la habitación que tenía enfrente. Sin dudar dio una patada a la puerta abriéndola de golpe y al entrar se le heló la sangre ante la escena que tenía delante.

A la izquierda de la habitación había un sofá y sentado en él estaba Michael rodeando con su brazo a la chica con la que había entrado. Se fijó en ella y reconoció a Beatriz, estaba viva. Y los dos estaban contemplando la cama que tenían delante de ellos en el centro de la habitación y lo que estaba sucediendo encima de ella: había una chica desnuda atada de pies y manos que sangraba por varias heridas. Estaba forcejeando para liberarse, pero no lo lograba. Un hombre arrodillado encima de ella y con las manos sobre la cabeza sujetando un cuchillo se lo impedía. Estaba de espaldas y no podía ver quién era, pero como presintiendo sus pensamientos giró la cabeza para mirarle; entonces se dio cuenta de que era el director.

Le costó un instante asimilar la imagen, era horripilante. Luego gritó algo ininteligible, pero no consiguió evitar que el director bajase los brazos en un movimiento seco clavando con fuerza el cuchillo en el pecho de la chica, esta soltó un grito desgarrador al sentir el arma hundiéndose en su cuerpo.

Despertó.

Estaba en la habitación del hospital; se había quedado dormido en la silla.

Miró a su derecha y vio a su madre todavía en la cama. Se incorporó y se secó el sudor frío de la frente, luego miró su reloj,

eran las seis y treinta y siete de la mañana. No recordaba haberse dormido, ¿cuándo lo había hecho? ¿Y qué significaba este sueño?

Día 13. Sábado, 28 de enero de 2012, Taipéi

(Primer día libre de Liu)

—Es increíble no encontrar ninguna pista de ese dinero —dijo Vincent.

—No tanto. Tienen que ser pagos que la chica le hacía a la mafia. Por debajo de la mesa, en dinero negro.

—Pero hacía casi medio año que no trabajaba allí.

Michael se encogió de hombros.

Vincent le dio un codazo en el hombro para llamar su atención.

—Ya llega.

Michael se enderezó en el asiento de su coche y cogió la Nikon del asiento posterior; tenía un poderoso objetivo con el que veía mejor que con unos prismáticos. Ajustó el foco con la mano derecha, pues era zurdo, y a través de la lente vio cómo Liu caminaba protegiéndose de la lluvia con un paraguas.

—Tiene un aspecto deplorable —le dijo a Vincent entre dientes

—; parece un enviado del infierno. Puede que le hagamos un favor si le metemos en la cárcel.

El inspector había pasado una mala noche en el hospital. Su madre se había despertado varias veces confusa y dolorida. Cada vez la dio masajes en las piernas para aliviarla, hasta que consiguió dormirse. Él no había parado de andar por la habitación entremezclando sus pensamientos sobre su madre y el caso. Al final se había quedado dormido de mala manera en una silla durante un par de horas cuando empezaba a despuntar el día.

Hasta que el sueño le había despertado. Tenía el tiempo justo de pasar

por casa y cambiarse de ropa. Con ayuda de un periódico había secado los zapatos por dentro durante la noche, pero los calcetines seguían húmedos.

Se puso solo los zapatos, que al llegar al coche estaban empapados de nuevo. Condujo lo más rápido que pudo; era hora punta y había bastante tráfico. Se le atravesaron varias motos y tuvo que pisar el freno repetidas veces para no golpearlas. Encendió la radio para escuchar las noticias, pero al poco dejó de prestar atención y empezó a pensar en el encuentro que iba a tener.

Suspiro le había llamado para decirle que tenía que hablar con él de algo importante, pero no quería hacerlo por teléfono. Seguía dándole vueltas, ¿sería algo que habían descubierto de ella? La última vez que la vio en la comisaría no tenía buena cara. ¿O sería quizás acerca de la cena? No, eso no tenía sentido, si fuese algo de… Tuvo que dar otro frenazo cuando un taxista se le cruzó para recoger a un cliente en medio de la calle. Le pitó y le llamó varias cosas, pero al conductor le tenía sin cuidado haber casi causado un accidente y atascar dos carriles.

Siguiendo con su reflexión, era poco probable que se tratase de la cena o de algo personal… Dos pitidos fuertes le sacaron de su abstracción. El semáforo acababa de ponerse verde y el conductor de atrás creía necesario indicárselo a golpe de pito. El inspector inspiró profundamente y siguió su camino. Ya estaba llegando a casa, cruzó un par de intersecciones y de la callecita de la derecha salió un motorista sin mirar, con el impermeable puesto por delante y con la cremallera atrás sin abrochar para no mojarse los pantalones.

También llevaba la correa del casco suelta, y salió haciendo la curva más abierta que había visto el inspector en años. Tuvo que reducir, casi frenar para no tragárselo. Le pitó y soltó un par de improperios que el motorista pareció no oír. Le traía al fresco si el conductor quería suicidarse, pero que no lo hiciese contra su coche.

Dos calles más y… una furgoneta azul de reparto le cerró el paso adelantándole y parando delante en doble fila. El inspector tuvo que frenar y quedó bloqueado. Reaccionando sin pensar, salió del coche y fue hacia la furgoneta.

—¿No tienes intermitentes? —le dijo al conductor a través de la ventanilla.

—¿Qué? —le dijo el hombre mientras mascaba nuez de areca con

hojas de betel[3]; tenía una cara poco amigable e iba en

camiseta a pesar de ser invierno; el estimulante que contenía la areca le mantenía caliente.

—Son esas lucecitas que parpadean cuando bajas o subes con el dedo la palanquita que tienes ahí.

—¿Y a ti qué te pasa? —dijo el hombre en taiwanés, y escupió después los restos rojos de areca y betel en el suelo, al lado del inspector.

—No estás solo en la calle.

—¿Tienes algún problema?

—Estás en doble fila y entorpeces el tráfico.

—¿Y a ti qué te importa? —dijo mientras se metía otra nuez de areca en la boca.

Liu tenía ganas de no decir que era policía. Sacarle por la ventanilla tirándole de los pelos para luego echarle al suelo y…

—Soy policía —dijo enseñándole el carnet.

—Voy a descargar aquí —dijo el hombre secamente.

—No puedes aparcar en doble fila.

—Pero tengo que…

—Me importa un pimiento. Mueve la furgoneta.

El hombre le miró, todavía insolente.

—Ahora —le dijo en tono firme.

El hombre arrancó la furgoneta y se marchó.

Los conductores que estaban detrás empezaron a pitarle para que se marchara él también.

El inspector se llevó las manos a la cabeza.

Ya en casa decidió darse una ducha rápida antes de cambiarse de ropa. No sabía por qué, pero el gato le estuvo vigilando sentado

encima del váter mientras lo hacía. Extraño animal. Le puso comida y salió de la casa sin que el gato le siguiese.

La cafetería estaba cerca de la tienda de Suspiro y a menos de veinte minutos de la comisaría.

—Tienes mala cara —le dijo ella cuando se hubo sentado.

Liu vio que Suspiro todavía llevaba el abrigo puesto a pesar de que ya tenía el café delante; lo removía jugando con una cuchara, pero parecía no beberlo. ¿Ella también lo olía únicamente?

Suspiro se llevó el café a la boca y le dio un sorbo.

—¿Qué querías? —dijo quitándose el abrigo y colgándolo del respaldo de la silla.

Ella dejó la cuchara y empezó a pasar el dedo índice por el borde de la taza.

—No sé si debería decírtelo…

Él arqueó un poco las cejas.

—… teniendo en cuenta que eres policía.

—Las cosas no solo son blancas o negras. No es el mejor momento de contármelo si, digamos, se trata de algo que se encuentra en la zona gris, más cerca del negro.

Ella le dedicó una sonrisa.

—Qué lío de colores.

—Llevas mucha ropa hoy —dijo Liu señalándole el abrigo.

En el coche Michael y Vincent se miraron con cara de pánico.

¿Sospecharía del micrófono?

Ella no cambió su sonrisa.

—Ah, ya veo que me prefieres ligera de ropa.

Liu se mantuvo tranquilo, pero tragó saliva.

El pánico de la mirada en Michael y Vincent se convirtió en sorpresa. Vincent se encogió de hombros.

—Supongo que el inspector es un hombre atractivo.

Michael le miró de reojo sin decir nada.

—Me viste el otro día en la comisaría —prosiguió Suspiro.

—Sí, con Vincent.

—¿Hm? —dijo ella.

Hizo un gesto de recogerse una imaginaria coleta con las manos, ella entendió.

—Ah, el de la coleta. No me desagrada, pero su compañero, el de las botas, es otra cosa… Sus aires de superioridad moral me repelen.

En el coche, Vincent soltó media risita y Michael apretó la mandíbula con fuerza mientras seguía mirando a través de la cámara.

—Ya no es mi caso. De hecho, no debería hablar de él; ¿pero qué querían?

—¿Conoces a Cuchillo?

—Sí.

—Quiero decir si lo conoces bien.

—Sí.

—Es un hombre difícil de localizar. Casi imposible hablar con él.

Liu esperó.

—Los policías tienen algo contra mí, algo de mi pasado, y puedo perder la tienda. Me niego, he trabajado muy duro para tenerla.

—¿Tiene relación con Cuchillo?

—Cuchillo podría ayudarme.

Pensó durante unos segundos.

—¿Y no puedo ayudarte yo?

Ella negó con la cabeza.

—No. Es algo que no te conviene. ¿Te escuchará si tú le hablas?

—Podría ser. ¿Qué es lo que quieres?

—Quiero que me consigas una reunión con él. Y es urgente; tengo a esos dos echándome el aliento en el cogote. Y créeme, no huele bien.

—¿Qué es lo que tienen contra ti?

—Ya sabes a qué me dedicaba antes.

—¿Es sobre tu trabajo en el bar-KTV?

Michael miró a Vincent.

—Sabe lo que se hace, está dejando que sea él el que hable.

—¿Te están amenazando?

—Están convencidos de que a Beatriz la mató alguien del bar-KTV, alguien de la organización de Cuchillo, y piensan que sé algo que no les digo.

—¿Por qué no me dices de qué se trata?

—No creo que deba. ¿O es que estás dispuesto a hacer algo ilegal por mí?

Michael miró a Vincent con una sonrisa.

Liu lo pensó mientras la miraba a los ojos.

—Creí que hablábamos de diferentes colores del espectro, no de legalidad o ilegalidad.

—Consígueme una reunión cuanto antes; eso sería una gran ayuda.

—Veré lo que puedo hacer —dijo yendo a sacar la cartera, pero ella le frenó con un movimiento de la mano.

—No pienses que por hacerme este favor te libras de la cena; esa todavía me la debes.

—Eres una dura negociadora —dijo sonriendo para sí mismo.

Suspiro se pasó los dedos por la ceja mientras le respondía.

—Los dos sabemos que lo estás deseando.

Liu dejó de sonreír tan ampliamente para sí mismo. ¿Era tan obvio?

—¿Has hecho yoga alguna vez? —le preguntó.

Ella frunció un poco el ceño y parpadeó antes de responder.

—No. Pero ahora que sé tus preferencias, llevaré menos ropa a la cena.

Salió pensando que ella, verdaderamente, llevaba demasiada ropa.

¿Un micrófono?

No.

—No puedo hacer nada —dijo el comisario.

—Pero son suficientes datos para montar un caso —le dijo Liu, que estaba sentado enfrente de él.

El comisario abrió un caramelo y se lo metió en la boca.

—Señor, la conexión es indiscutible. La víctima estuvo estudiando allí; los pagos que hizo tuvieron que ser a la escuela, sin declarar puesto que eran donaciones, y allí debió conocer a quien la dejó embarazada. Igual que la otra chica.

—El director ha dado carpetazo. Y el asesino está criando malvas.

Liu abrió las manos en señal mitad súplica, mitad reproche.

—No me diga que no ve lo que le estoy diciendo. Todo concuerda. Además, en esa escuela está estudiando la mujer del director. ¿No le parece extraña la insistencia de este en dejar en paz a la escuela y cerrar el caso a la primera oportunidad? ¿No me hablaron una vez de ciertos conflictos de intereses?

La tos ahogó las últimas palabras y duró por un buen rato.

—Lo cojo —dijo después de aclararse la voz.

Liu se quedó mirándole a los ojos.

—Pero estoy atado.

—Si lo que digo es verdad, hay por ahí un asesino suelto; un asesino que probablemente ya ha matado a tres personas.

Los dos hombres se sostuvieron la mirada un largo minuto sin que ninguno cediese.

Luego, el comisario empezó a servirse té medicinal.

—Su madre sigue enferma, ¿no?

Asintió.

—Creo que es un buen momento para que se tome un par de días libres y los pase con ella —le dijo agrandando los ojos para hacerse entender—. Eso sí puedo autorizarlo.

—¿Solo cuarenta y ocho horas?

—No tiente a la suerte. Además, tienen que resolver el chep…

—Se frenó tosiendo un poco—. El caso del seguro.

—Gracias, señor —dijo levantándose.

—No me dé las gracias. Yo no he hecho nada excepto concederle dos días libres para estar junto a su madre. Si hace algo diferente, no podré protegerle. Si alguien se entera, acabará más solo que Gary Cooper.

—¿Y el inspector? —dijo Hong, más bien como una pregunta retórica —. Nunca suele llegar tarde.

Como habiéndole oído, este entró con la bolsa del desayuno que ya estaba frío en una mano y una taza de café caliente en la otra.

—Cuéntanos —le dijo a Wang mientras atacaba la tortillita de huevo con jamón, maíz y carne molida.

—Parecen unos vampiros: me hicieron un montón de preguntas sobre mi situación financiera. Y probé una clase de yoga, dije que me gustaba y hoy empiezo. Ayer no tuve oportunidad de hablar a solas con el maestro ni tampoco vi a la madre de Agnes.

—¿Qué impresión te dio la gente?

—Charlé un rato con cuatro estudiantes y el cocinero, pero nada fuera de lo común. Esta noche intentaré tomarle las medidas al maestro y a los que no conocí ayer. Además, me dejaron claro que me sintiese como en mi casa; que me podía quedar allí a cenar o dormir siempre que quisiese.

—Guau —dijo Josh—, no pierden el tiempo. Ten cuidado no te quedes embarazada tú también.

Wang le obsequió con una mirada de desdén.

—No tiene gracia.

A Josh se le borró la sonrisa.

—¿A qué hora vas a ir hoy?

—Estaba pensando acercarme a la clase de las cuatro y luego quedarme a cenar; será una buena oportunidad para acabar de integrarme. Después de eso hay otra clase de yoga y luego se quedan algunos discípulos para meditar.

—Estupendo, pero ten cuidado. Hasta entonces intentad avanzar todo lo que podáis en el chepa. Yo me voy y no vuelvo hasta pasado mañana.

Todos miraron a Liu incrédulos.

—¿Ha pasado algo? —preguntó Hong.

—No, nada —dijo él llevándose el último trozo de tortillita a la boca y levantando la mano libre para calmarles—. Pero digamos que mi situación no es la ideal. Ayer me llamó el director totalmente fuera de sus casillas; parece que husmear en la escuela a la que va su mujer ha acabado por hacerle estallar. Llegó a amenazarme con despedirme si seguía investigando. —Esto último lo dijo con un gesto de la mano para restarle importancia, pero todos le miraron sin pestañear ante la seriedad de las noticias.

—¿Y puede hacer eso? —dijo Josh.

Se encogió de hombros.

—Es el director.

—¿Entonces su mujer es sospechosa también?

—Todos en esa escuela lo son.

—Pero si la mujer del director está relacionada con el sitio que conecta a las víctimas —dijo Wang—, ¿no hay un conflicto de intereses? ¡El director tampoco debería intervenir en este caso para nada!

Liu se volvió a encoger de hombros.

—La teoría está muy bien.

—¿Y no podemos presentar el caso a alguien por encima del director? —dijo Josh.

—¿Y a quién acudimos? No hay nadie por encima del director.

Nuestra única opción sería acudir a Asuntos Internos, y ni es el mejor momento, ni yo soy la persona idónea para hacerlo. Además, estamos hablando del director; está muy bien relacionado, hasta conoce al presidente. Sería nuestro suicidio.

—¿Y no hay nada que podamos hacer?

—De momento tenemos dos días de semilibertad. A ver si conseguimos pruebas concretas e irrefutables de algo, por lo menos para que nos den más cuerda y tiempo para investigar.

—¿Y no vamos a pasarle a Michael y su equipo lo que hemos averiguado? —preguntó Hong.

Pensó unos segundos.

—Creo que es mejor que no. Arriba ya han dado por resuelto un caso y en el otro están empeñados en atribuírselo a Cuchillo.

Además, si los informamos corremos el riesgo de descubrir la tapadera de Wang en la escuela.

—¿Pero no vamos a meternos en problemas por no haberlo dicho?

—Se lo he comunicado todo al director y al comisario; nadie podrá decir que nos callamos cosas.

—¿Y qué vas a hacer tú? —dijo Hong.

—Hacer un buen uso de los dos días libres —dijo con un amago de sonrisa.

—Pero no puedes acercarte a la escuela.

—Exacto. Para eso está Wang.

—¿Entonces el comisario está de acuerdo?

Negó con la cabeza y un gesto de displicencia.

—No oficialmente.

—¿Y qué quieres que hagamos nosotros? —dijo Hong.

—Seguid trabajando como si nada. Y mientras tanto a ver qué podéis descubrir del maestro y el resto de los estudiantes desde aquí —dijo levantándose para salir.

—Inspector —dijo Hong—, ya sabe que nos tiene para lo que necesite.

Josh y Wang asintieron.

Liu les dio las gracias con la cabeza y salió.

---37---

Michael entro en la sala de Antivicio maldiciendo.

—Esto es increíble. Me han hecho sentirme como si yo fuese el criminal.

—¿Entonces no has conseguido la orden? —le preguntó Vincent.

—¿Tú que crees? —contestó casi gritando—. Dicen que no tenemos nada tangible que nos dé pie a investigar a otro policía.

—Ya te dije que ese juez era duro de convencer.

—No es solo ese juez. ¡He hablado con tres diferentes!

—¿Entonces no hay nada que hacer?

Michael negó con la cabeza. —Además, me han dicho que de haber

algo de cierto en las acusaciones, el tema pasaría a Asuntos Internos.

Vincent cogió los papeles que tenía delante, levantándose.

—Bueno, vamos a hablar con el cliente habitual, ese que tuvo la chica en el bar-KTV —dijo dándole una palmada en el brazo—. En cuanto a Liu, puede que saquemos algo de la reunión de Suspiro con Cuchillo.

Ya era tarde y después de la cena Wang había dicho que se quedaba a meditar un poco más. Dos de los discípulos continuaron junto a ella, pero ahora solo quedaba uno. Estaba sentada encima del tatami, con las piernas cruzadas, la espalda muy recta y las manos unidas por los dedos debajo de su ombligo y delante del tan tien. Hacía rato que estaba incómoda, se le había dormido un pie y tenía ganas de estirarse, pero esperaba a que el último discípulo se marchara.

Se estaba quedando helada, la corriente de aire en el lugar era fría y podía notar la piel de gallina debajo de los escasos pelos que tenía en sus antebrazos. Tenía los ojos cerrados y repasaba sus opciones con oídos atentos a la marcha del que quedaba. Le habían enseñado casi todas las salas en el paseo de presentación del primer día, pero no sabía cuál era la habitación del maestro, tan solo que estaba en el segundo piso. Necesitaba quedarse sola para subir.

Ya tenía los dos pies dormidos y ganas de ir al baño cuando por fin escuchó que el discípulo se movía a su espalda. «Por fin», pensó, porque la espera la estaba matando. Aguzó el oído y notó que, en vez de alejarse, se acercaba a ella. Decidió seguir con los ojos cerrados aparentando concentración.

Estaba a su lado, sentía el calor de otro cuerpo y olía su presencia. El hombre estaba tan próximo que notó el aire caliente de su respiración acariciando su pelo. Se obligó a seguir sin abrir los ojos, esperando que se marchase, pero no pudo evitar que su corazón empezase a latir con más fuerza; temió que se oyera en el silencio que reinaba en la sala.

El hombre no se iba, seguía allí, encima de ella.

Con la adrenalina fluyendo desapareció el frío que sentía, pero no la piel de gallina.

¿Debía abrir los ojos? ¿Qué quería el hombre? ¿Qué hacía respirando sobre ella?

Decidió no moverse.

Después de una eternidad, sintió que la respiración se alejaba finalmente de su cabeza y oyó al hombre salir de la habitación.

Soltó un suspiro de alivio. ¿Cuánto tardaría en cambiarse de ropa e irse de la escuela? Decidió esperar unos diez minutos antes de ponerse en marcha.

Ajustó un poco la posición de las piernas para relajar la que seguía dormida y se permitió abrir un momento los ojos para mirar de reojo a su alrededor y comprobar que estaba sola. Luego los cerró de nuevo y notó su corazón volviendo lentamente a la normalidad. En otras circunstancias le habría desagradado encontrarse sola en un sitio tan grande, silencioso y tétrico, pero la soledad le gustaba después de tener la respiración de un mudo en el cogote.

Pensó en su arma, en la comisaría, y en su móvil, apagado dentro de la bolsa en el vestuario. Su instinto le decía que había algo raro en la escuela, pero aun así se sentía ridícula pensando que podía correr algún peligro. No iba a pasarle nada dentro de la escuela. Además, aunque el asesino se encontrase aquí, ¿por qué atacarla? Y en caso de que decidiese intentarlo, no iba a hacerlo en medio de la sala, con otros discípulos en el edificio.

A no ser que todos estuviesen involucrados y entonces… ¡No, suficiente!, estaba paranoica.

Estos pensamientos no le servían de nada y la estaban poniendo más nerviosa, por lo que intentó concentrarse en la tarea que se había propuesto. Tenía que subir al segundo piso y entrar en la habitación del maestro.

Debían haber pasado los diez minutos, notaba la pierna mucho mejor, pero el frío había vuelto.

Un poco más y abriría los ojos.

Nada la había advertido de otra presencia. Creía estar sola, no había oído nada. Fuese quien fuese no había hecho ningún ruido, pero dos manos se posaron en sus hombros y la hicieron dar un respingo. Abrió los ojos sobresaltada y miró hacia arriba.

—¿Qué? —dijo el inspector—. ¿Estás seguro de eso?

—Sí, totalmente —dijo Josh—. El padre se encontraba en Taipéi cuando murió su hija.

—Diablos.

Se les había pasado por alto comprobarlo antes: un error grave.

Rememoró su conversación con el padre. No le había preguntado directamente si se encontraba en China cuando su hija murió, tan solo que no constaba ninguna llamada a China en el registro telefónico de su hija. El padre le había contestado explicando que ella le llamó desde una cabina para que no se enterase su madre, luego habían empezado a discutir de nuevo y ya no había verificado ni desmentido dónde se encontraba cuando recibió la llamada.

—Averigua si tiene algún número de teléfono a su nombre en Taiwán. Pero ya sabes, sé discreto.

—No hay problema.

—¿Has comprobado si se encontraba en Taipéi cuando murieron las otras víctimas?

—Todavía no.

—Adelante y llámame cuando sepas algo.

—Bien.

No solo era una familia disfuncional sacada de un culebrón coreano, también era un nido de sorpresas.

El maestro no había producido ningún ruido y allí de pie la contemplaba con sus penetrantes ojos y una expresión que la detective Wang no acababa de descifrar. Descolocada y fuera de lugar, dijo lo que se le ocurrió: —Me has asustado.

El maestro tiró de sus hombros hacia arriba y le enderezó aún más la espalda haciéndole sacar el pecho. Luego retiró las manos sonriendo y sin decir nada. La sonrisa la inquietó.

La detective había sido campeona de lucha en cadetes y se había enfrentado a muchos contrincantes más fuertes que el maestro, pero algo en este la hacía recelar. Allí estaba, sentada en el tatami con las piernas cruzadas y un pie medio dormido. Bastante vulnerable en caso de que…

—Llevas un buen rato meditando.

Intentó sonreír de forma tímida y turbada.

—Hoy tenía tiempo y me relaja bastante del estrés del trabajo.

—Eres muy flexible.

—Siempre me ha gustado hacer deporte.

—Sí, se nota por tu postura —dijo recorriéndole la espina dorsal de arriba abajo con los dedos índice y pulgar. Lo delicado del sitio hizo más fuerte el escalofrío que le causó a Wang el gesto—. Pero quizás no deberías meditar tanto tiempo seguido. Al comienzo es difícil acostumbrarse a la postura.

—Sí —dijo ella estirando la pierna que se le había dormido y dándole unos golpecitos.

El maestro se agachó.

—¿Dormida? —dijo señalando la pierna. Ella asintió.

Le cogió el pie descalzo, lo apoyó en el suelo con una mano y con la otra empezó a masajearle el gemelo de la pierna.

No dijeron nada durante unos momentos.

—Tienes el pie helado —dijo el maestro sosteniéndolo en sus manos cuando hubo terminado.

—Sí —dijo ella fingiendo normalidad—, es un sitio muy grande y hace frío aquí.

El maestro se levantó, la inquietante sonrisa de nuevo en su cara.

—Cuando alcances un buen control de tu *qi* no sentirás frío —

dijo—. Como yo.

Dio media vuelta y echó a andar mientras la detective, todavía en el

suelo y frotándose las rodillas, le seguía con la mirada.

El maestro se giró de pronto y la descubrió mirándole. La estudió unos segundos y luego la sonrisa volvió.

—Eras amiga de Agnes, ¿verdad?

—Sí —mintió ella.

—¿Dónde la conociste?

—Fui compañera suya de universidad.

La miró sin decir nada.

—Me habló muy bien de la escuela —siguió diciendo —, por eso decidí venir.

—¿Erais muy buenas amigas?

—Lo éramos…, a pesar de que no nos veíamos mucho.

—Es una lástima.

Le miró asintiendo.

—Era muy joven y entusiasta —dijo el maestro.

—Sí, es una pena —respondió la detective bajando la vista.

El maestro se acercó a ella sonriendo de nuevo.

—¿Te dijo algo de mí?

—Me dijo que eras un buen maestro.

—¿No te dijo nada más?

—¿Hay algo más que debería haberme dicho?

—No. Supongo que no —respondió y dio media vuelta.

—¿Qué crees que le pasó? —dijo ella deteniéndole.

—¿Importa eso?

—¿Cómo no va a importar?

—Ya no está entre nosotros y eso es lo que importa. Nada cambiará eso.

Tras varios pasos se detuvo en la puerta y la miró una última vez.

—¿Cuántos años tienes? —le preguntó.

—Veinticuatro.

El maestro sonrió.

—Los mismos que Agnes —dijo.

Se miraron sin hablar un instante.

—¿Necesitas algo?

—No —contestó ella.

—Voy a salir. Si necesitas algo, en la escuela siempre queda algún estudiante; puedes buscarlos en el salón o en alguno de los otros pisos. Y si se te hace tarde, hay dormitorios en el segundo piso.

—Gracias.

Pero ya se había marchado.

—¿Qué opinas? —le preguntó Michael a Vincent.

Vincent movió la cabeza de un lado a otro.

—No es el asesino.

—Estoy de acuerdo. Tiene un montón de problemas, es un pobre desgraciado, pero no es nuestro hombre.

—No hemos avanzado nada, nos encontramos exactamente en el mismo punto donde comenzamos.

—No estoy de acuerdo. Esta pista no nos ha conducido a ninguna parte y eso en sí es algo, ya te he dicho que el culpable es un hombre de Cuchillo. Y Liu lo sabe.

—¿Pero y qué iba a sacar él de todo esto? —preguntó Vincent.

Michael se encogió de hombros.

—Los motivos universales. Dinero, poder, sexo.

—No sé —respondió Vincent ladeando la cabeza.

—Te digo que Cuchillo le está dando dinero.

—Pero ya has visto el coche que conduce, tiene más años que tú y yo juntos. Además, vive en una casa alquilada y no se comporta como alguien con dinero.

—Por eso necesitamos conseguir esa maldita orden —dijo Michael exasperado y con un tono de frustración. No es tan estúpido para pasearlo, pero si nos dejasen investigar te apuesto lo que quieras a que dábamos con el dinero.

Vincent parecía lejos de estar convencido.

—Quizás no sería mala idea pasarle esa parte de la investigación a Asuntos Internos.

—¡No! —dijo Michael clavando el puño en la mesa—. Cuchillo se está burlando del sistema, está amasando una fortuna con actividades ilegales delante de las narices de todo el mundo. No voy a permitir que mi hijo crezca en un entorno semejante. Cuchillo va a caer, lo juro por el espíritu de mi padre, que en paz descanse. Y Liu va a caer con él.

Vincent sabía que no había manera de razonar con su amigo cuando se ponía así, por lo que permaneció callado.

—Otra posibilidad —continuó Michael— es que estuviera liado con alguna de las chicas.

A Vincent se le abrieron los ojos de la impresión.

—Ya viste cómo hablaba con Suspiro —siguió Michael—. Había algo entre ellos. Si no, ¿por qué acudir a ayudarla?

—No me dirás ahora que piensas que es sospechoso de la muerte de Beatriz.

—Digo que no me extrañaría que la hubiese conocido. Está ocultando algo o encubriendo a alguien. Y ya viste que hasta los de su grupo van a los bares-KTV de Cuchillo.

—Pero fueron a investigar.

Michael simuló una risita.

—De verdad que eres un ingenuo. No pensarás realmente que fueron allí a investigar, ¿verdad? Si escribieron ese informe es porque los teníamos en las fotos; estoy seguro de que lo redactaron después de verlas.

Vincent no dijo nada.

—¿Por qué coño te cuesta tanto aceptarlo? ¿Acaso piensas que me ciegan mis prejuicios?

—No, no es eso —dijo pasándose la mano por la coleta un par de veces antes de continuar—. Pero no puedo creer que Liu haya tenido algo que ver con los asesinatos. ¿Sabes cuántos casos ha resuelto?

—No me importa si es directamente culpable o si no quiere ver lo que sucede. Hay una línea roja y es muy fina, Liu ya está al otro lado.

—Está claro que tiene sus secretos, ¿pero no los tenemos todos?

El comentario le sentó como una patada en el estómago; miró a su amigo con cara de incredulidad.

—Ya sabes lo que quiero decir —dijo Vincent.

—No, no lo sé —dijo Michael—. ¿Me estás ocultando algo?

Era el momento que esperaba. Wang se metió las zapatillas dentro del pantalón, se apretó el cinturón y salió descalza de la sala de meditación. Escuchó unos segundos. No se oían voces ni ningún otro ruido. Se encaminó hacia la escalera. No quiso encender la luz y tuvo que palpar a ciegas para agarrarse a la barandilla. Empezó a subir acostumbrándose poco a poco a la oscuridad. La escalera era de mármol y los pies se le estaban congelando, pero no quería hacer ruido y continuó subiendo descalza. Cuando llegó al segundo piso se detuvo y escuchó para asegurarse de que no había nadie antes de adentrarse en el pasillo.

Anduvo con pasos lentos, cortos y una mano pegada a la pared. Consiguió respirar con suavidad, pero tenía los hombros tensos. Unas gotas de sudor le resbalaban por la frente, a pesar del frío que sentía en todo el cuerpo.

Por ahora todo iba bien. No estaba segura de cuál era la habitación del maestro, pero sabía que estaba en este piso. Lo más sigilosamente que pudo, pasó por delante de una puerta de la que salía el ruido de un televisor y llegó hasta la que creía era la puerta del maestro. Pegó la oreja y escuchó un momento. No se oía nada.

Giró el pomo y, para su deleite, no tenía el pestillo echado. Entró con lentitud intentando acostumbrar la vista a la oscuridad. Poco a poco empezó a distinguir todo. Estaba en un dormitorio, delante de ella podía ver una cama, lo que parecía ser una mesa, un armario y a su derecha había… ¡una persona mirándola!

Se estremeció, pero contuvo el grito que estuvo a punto lanzar: no era más que un abrigo colgado de un armario sin puerta.

Estaba en un dormitorio, pero equivocado. No era el del maestro. Fuera seguía escuchándose el ruido del televisor.

Salió, todavía con el corazón en un puño, cerró la puerta sin hacer ruido y continuó por el pasillo. Tenía que darse prisa, en cualquier momento podía aparecer alguien. Se acercó a la siguiente habitación y acercó la oreja a la puerta para escuchar. Esta tenía que ser la habitación del maestro. Esperando que no tuviese el pestillo echado, giró el pomo y la puerta se abrió. Esta era la habitación, no había duda. Encima de la silla estaba el abrigo que le había visto usar y en la pared colgaba una enorme foto enmarcada del maestro. Cerró la puerta tras de sí. La sala tenía dos ventanas grandes y la iluminación que proporcionaba la luna a través de ellas le pareció suficiente para no arriesgarse a encender la luz. Primero revisó los cajones ocupados por diferentes objetos de escritorio, una agenda, un cepillo de pelo y un espejo. Al maestro le importaba su aspecto, le veía cepillándose el pelo antes de cada clase.

Revisó los dos últimos meses en la agenda; no había anotada ninguna cita ni encuentro con Beatriz ni Agnes. Pero el maestro daba algunas clases a domicilio. Wang se quedó atónita al ver algunos de los nombres.

Tenía que dejar todo exactamente igual, no podía cometer errores. Revisó la estantería, no había nada interesante. Algunos libros escritos por el maestro, autopublicados, con casi total seguridad, y otros de… Estaba pensando si encender el ordenador cuando su vista se posó en unos álbumes de fotos que había en la parte más baja de la estantería. Estaban rodeados de cajas y casi no los había visto en la oscuridad. Se agachó y cogió el primero. Allí estaba el maestro, con la sonrisa que

tanto la inquietaba. Había todo tipo de fotos: dando clase, de viaje, fotos de estudio… Nada útil.

Cogió el segundo álbum. Este podía ser más útil, puesto que había un montón de fotos del maestro con sus discípulos. Presentía que se estaba acercando y el corazón empezó a latirle más rápido sin que se diese cuenta. Las primeras eran fotos antiguas. Con el pasar de las páginas el maestro fue envejeciendo. Su sonrisa no había cambiado, pero el pelo ya estaba casi totalmente gris en las que veía ahora. Siguió mirando. Y por fin lo encontró. Allí estaba el maestro, rodeado de estudiantes, y dos de ellas eran las dos muertas, llenas de vida y sonriendo a la cámara.

Wang se llevó la mano el bolsillo para sacar el móvil y hacer una foto de la foto, y… soltó una exclamación al recordar que el teléfono seguía en el vestuario dentro del bolso. Quería tener esa foto; ¿iba a por su teléfono y volvía para hacerla? Era una locura, era tentar a la suerte de nuevo. Llevaba demasiado tiempo allí.

Tenía que salir.

Se lo estaba pensando cuando notó que algo no estaba bien.

Algo había cambiado. ¿Pero qué era? Pensó un instante hasta que dio con ello. Ya no se escuchaba el televisor. Aguzó el oído y comprobó que estaba en lo cierto. Entonces oyó el sonido de una puerta cerrándose y pasos que se acercaban a la habitación en la que estaba; por suerte ella era la única que andaba descalza. Tuvo el tiempo justo de devolver el álbum a su sitio, lo más silenciosamente que pudo, y de meterse debajo del escritorio.

Había un pequeño hueco y a través de él podía ver la puerta.

Contuvo la respiración.

Dieron tres golpecitos a la puerta y la abrieron preguntando por el maestro. Alguien venía a buscarlo. Alcanzó a ver la silueta de un hombre recortada por la luz que entraba, pero no pudo distinguir quién era.

El hombre cerró la puerta y se alejó. Respiró aliviada. Había estado cerca. No había nada que pensar, tenía que salir de allí. Lo iba a hacer sin la foto, pero acababa de tener una idea mejor. Cogió de la mesa una hoja de papel, abrió uno de los cajones, cogió el cepillo y colocó varios pelos en la hoja, la dobló, la cerró y se la guardó en el bolsillo. Cerró también el cajón y echó una última mirada para ver si dejaba

todo como lo había encontrado.

Se acercó a la puerta y cuando le pareció seguro salió.

No se oía nada y comenzó a andar por donde había venido con la mano pegada a la pared. Ya estaba casi en la escalera cuando la puerta que tenía delante, a su derecha, empezó a abrirse.

No tenía tiempo de bajar por la escalera y lo que hizo fue darse la vuelta como si acabase de subir por ella.

—Oye —dijo una voz a sus espaldas.

La detective se dio la vuelta. Era el cocinero.

—¿Qué haces a oscuras?

—Es que no encuentro la luz.

—Aquí está —dijo encendiéndola—. ¿Dónde vas?

—Quiero ver al maestro, pero no estoy segura de cuál es su habitación.

—Es aquella —dijo señalándola—, pero ahora no está. Ha salido.

—Ah —dijo, fingiendo contrariedad.

—¿Puedo ayudarte?

—No, no importa. Ya le hablaré mañana, no es tan urgente.

—Vale. —El cocinero pivotó para darse la vuelta, pero al bajar la vista le vio los pies descalzos—. ¿Cómo te llamas? ¿No tienes frío sin zapatillas?

—Es la costumbre —dijo sonriendo—. En mi casa siempre voy descalza. Me llamo Wang.

El cocinero sonrió.

—Yo me llamo Meng Yu-Nong —dijo orgulloso.

Ella mantuvo su sonrisa y empezó a bajar por la escalera cuando la llamó.

—Oye.

Ella paró a media escalera. Yu-Nong se acercó a ella.

—¿Te ha llamado el maestro a su habitación?

—Hm… No —dijo ella poniendo cara extrañada—. ¿Por qué?

Él miró a su alrededor como para asegurarse de que estaban solos.

—Es que están pasando cosas un poco raras —dijo en voz muy baja, casi susurrando.

—¿Qué cosas? —preguntó ella también en voz baja.

Volvió a mirar a todos los lados antes de contestar.

—El otro día vino la policía.

—Ah, ¿sí? —dijo con la mejor cara de sorpresa que pudo poner

—. ¿Y por qué?

—Es que dos de las estudiantes han muerto.

—¿Dos? —repitió ella con un tono más urgente—. Yo solo sabía de la muerte de mi amiga Agnes, pero oí en la televisión que el caso ya estaba resuelto.

—Sí, pero la policía vino después de eso, y fueron dos las chicas que murieron.

Hubo un pequeño silencio.

—¿Tienes miedo? —le preguntó Wang.

Se encogió de hombros.

—No, yo sé defenderme.

—¿Y yo debería preocuparme?

—No sé, no, no creo. Solo quería decírtelo, perdona si te he asustado.

—No, no. Gracias —dijo ella.

Él asintió a modo de despedida.

Acabaron de bajar la escalera el uno detrás de la otra y en el primer piso Wang se despidió del cocinero, que salía a hacer unos recados.

Ya en el vestuario fue directa al baño y le alivió vaciar la vejiga; la espera había sido larga.

No le apetecía ducharse allí, pero todo el mundo lo hacía y no quería parecer diferente. Se quitó la ropa, sacó la toalla de su bolsa y se metió en una de las tres duchas. Le agradó ver que el agua de la ducha salía con buena presión y dejó que un fuerte chorro de agua le masajease el cuello y la espalda mientras se enjabonaba.

Luego se quedó un buen rato debajo del agua caliente hasta que sintió que entraba en calor. Se vistió y se fue, pero olvidó encender el móvil.

El inspector estaba preocupado. Cuando Josh le dijo que no podía localizarla no le dio importancia, pero llevaba más de seis horas sin dar señales de vida. Llamó de nuevo a la comisaría, pero seguían sin noticias. Hong le dio su dirección y el número del fijo, tampoco pudo localizarla. Llamó de nuevo al móvil, que seguía apagado. No podía seguir con la incertidumbre y fue a su casa.

Nadie contestó al telefonillo y decidió esperar dentro del coche. Se quitó los zapatos y colocó extendidos los calcetines, empapados otra vez, en el asiento trasero.

Cuando el concierto para piano de Mozart iba por el último movimiento, reconoció el andar de una chica que, a lo lejos, doblaba la esquina con una bolsa de deporte en la mano y un paraguas en la otra. Llevaba ropa de deporte con la capucha puesta. Cuando estuvo a unos diez metros le salió al pasó.

—¡Inspector! —dijo ella sorprendida, quitándose los auriculares.

Él abrió los brazos en busca de una explicación.

—¿Estás bien?

Wang le miró con cara de confusión.

—Sí… Muy bien. ¿Por qué?

Liu hizo una mueca.

—Llevas horas incomunicada.

Una expresión de entendimiento se reflejó en su cara.

—¡El móvil! Lo apagamos para meditar y luego lo olvidé por completo.

—Eso no le pasa a un buen policía. Además, no deberías andar sorda por la calle —dijo con seriedad.

El rostro de Wang reflejó haber encajado el golpe. Era su primera reprimenda. Sabía que no sería la última.

—Bueno, no me dejes con la intriga —dijo él en tono casi festivo—. ¿Has averiguado algo?

Una sonrisa de orgullo asomó en la cara de Wang, que, viendo que Liu había salido del coche sin paraguas, dio un paso hacia delante para cubrirle con el suyo.

Se quedaron callados por unos momentos con el ruido de la lluvia repiqueteando en el paraguas mientras ella abría la bolsa.

—He conseguido pelos del maestro —dijo sacando un recipiente de plástico estándar que llevaban todos los detectives—.

Mañana pedimos al forense que lo procese para ver si era el padre en alguno de los casos.

Liu negó con la cabeza.

—No hay tiempo que perder.

—Pero… —dijo consultando su reloj—. El forense debe haber terminado su trabajo. Puede que hasta esté durmiendo ahora.

El inspector estuvo a punto de dejar escapar una sonrisa malévola.

—Precisamente.

—¿Quiere que se los lleve ahora?

Él volvió a negar con la cabeza.

—No, tranquila. Ya has hecho suficiente. Yo me encargo.

Iba a ser un placer poder molestar al forense a esas horas.

Liu se quedó desilusionado. No había sacado al forense de la cama, ni

siquiera iba a hacer que se diera otro viaje hasta el laboratorio, puesto que todavía estaba trabajando.

Ya en la escalera y antes de llegar al sótano dos, le llegó el olor.

Un olor peculiar, desagradable, a desinfectante y decadencia. Todos los laboratorios que había conocido olían igual. Y todos estaban situados en sótanos; ¿tenía esto alguna razón de ser?

Entró en la sala y vio a Xiu Cheng, inclinado con un bisturí encima de un cadáver.

—¿Qué quieres? —bramó este, pero el sonido salió amortiguado por la mascarilla que llevaba puesta.

Le costó entenderle y él mismo oyó rara su voz al responder a través de la suya.

—Necesito un momento a solas contigo.

Con un gesto de cabeza Xiu Cheng hizo salir al ayudante, que cerró la puerta tras de sí. Luego se acercó al inspector, pero sin quitarse los guantes y con el bisturí en la mano.

—¿Me estás diciendo que tienes dos días libres, que estás fuera del caso, pero investigándolo a espaldas del cuerpo, y que podrían despedirte por ello? —cuestionó después de que Liu le explicara la situación.

—Sí, si es que quieres todos los puntos sobre las íes.

—¿Y cómo puedo ayudar? —preguntó el forense.

—¿A que me despidan?

—No me tientes —dijo el otro. Seguía con la mascarilla puesta, pero Liu adivinó una sonrisa debajo de ella.

---38---

Esperó su salida de la escuela.

La chica era alta y le resultó muy fácil seguirla. Mucho más que a las otras que había seguido antes. Ella no tenía coche y cogió el metro. No era demasiado tarde y el metro iba lleno de gente, fue fácil seguirla. Además, parecía ensimismada en sus pensamientos y no miraba a nadie. Llevaba unos auriculares puestos y probablemente no escuchase nada tampoco. Desde la parte más alejada del vagón podía ver su cabeza a la perfección. Ella no se sentó.

La chica cambió de línea en Taipei Main Station y cogió la línea verde hacia Xindian. En esa línea había incluso más pasajeros. La chica seguía de pie, agarrada con una mano del pasamanos superior y con la otra sujetaba la bolsa de deporte al hombro.

Totalmente ajena al mundo. Podría acercarse a ella si quisiese, sería tan fácil. No se daría cuenta, ¿pero para qué arriesgarse?

Algo le atraía a acercarse y terminó haciéndolo. Se colocó detrás de ella. Estaba tan cerca que podía oler su pelo, debía de estar recién duchada. Sería tan fácil matarla, nunca sabría lo que había pasado. El pensamiento le produjo cierta excitación y eso fue una sorpresa. No debía disfrutar. Solo hacía lo que tenía que hacer para proteger a su familia. Quizás iba a tener que matarla. Pero no aquí ni ahora. Y no por placer.

¿Dónde viviría? Pronto iba a saberlo. La chica bajó en la estación Dapinglin. Dejó que varias personas saliesen detrás de ella y la siguió a distancia.

En la calle la chica andaba rápido, pero con la cabeza baja y el paraguas tapándola. La lluvia hacía más fácil seguirla. Iba por la acera contraria, a una buena distancia, cuando vio que un hombre salió de un coche y se acercó a ella. Eso hizo que frenase en seco.

Conocía a ese hombre. Era el policía. Y aquí estaba ahora hablando con esta chica. ¿Cómo era posible? ¿La estaría interrogando? No, no lo parecía, se comportaban con familiaridad.

Entonces entendió todo. Esta chica debía de ser policía también, eso explicaba su repentina aparición en la escuela.

Su familia estaba en apuros, más de los que había imaginado, y no iba a permitir que nadie le separase de su familia.

Esperó hasta que el hombre se hubo marchado y luego vio como ella entraba en un portal. Ya sabía dónde vivía. Siguió esperando. Si tenía suerte… Una luz se encendió en una ventana.

Estaba en la octava planta. Ya sabía el piso. Contempló la ventana un buen rato y después se fue por donde había venido.

---39---

Día 14. Domingo, 29 de enero de 2012, Taipéi

(Séptimo día del Año del Dragón 4710)

Con cara de pocos amigos, Josh tomaba notas y subrayaba los documentos que tenía delante. Le habían dejado solo con el trabajo del chepa y su mal humor era tan denso que casi podía masticarse.

Wang estaba en la escuela de yoga y el inspector había pedido a Hong que le acompañase.

Fueron a casa de la madre de Agnes en el coche particular de Hong. Siempre que iba en el coche de Hong le parecía que su amigo era demasiado prudente conduciendo, quizás se debiera a que era padre.

Delante de la casa, cuando se disponían a aparcar, la vieron salir del portal en compañía del marido. No iban exactamente de la mano, pero parecían estar en términos cordiales. Se dijeron algo y cada uno se fue por su lado.

Hong y el inspector se miraron un momento.

—Sigue tú a la madre —dijo el inspector saliendo del coche con su paraguas.

Hong aparcó como pudo y salió corriendo. Hacía tiempo que no seguía a nadie y sentía cierta excitación.

El padre subió a un taxi y el inspector no lo perdió, porque tuvo la suerte de que a muy poca distancia venía otro.

—¡Siga a ese taxi! —dijo sintiéndose raro al hacerlo.

—¿Cómo? —dijo el conductor poniéndose en marcha.

—No pierda a ese taxi —le repitió.

—Hostia, creí qu'eso solo pasaba en las pelis.

—Eso pensé yo también.

—Na más verle supe qu'era un poli.

«En el taxi con Sherlock Holmes», pensó Liu.

—No me diga qu'es un peligroso criminal. No se preocupe, qu'a ese lo pierdo de vista aunque tenga que violar muchas leyes de tráfico pa ello, ja, ja, ja —dijo el taxista, riéndose él mismo de su ocurrencia.

El inspector no dijo nada y se recostó en el asiento.

El hombre no bromeaba, conducía como un kamikaze. No importaba con tal de que dejase de hablar. Pero era demasiado tarde. No tuvo suerte.

—¿Ta casao? —preguntó el hombre.

Wang se estaba cambiando para la clase. La escuela estaba bastante concurrida esa tarde, a pesar de ser día laborable. En el vestuario, además de ella, estaban una mujer con un niño y cinco chicas más jóvenes. Parecían conocerse y hablaban de cosas cotidianas y personales. La detective mantenía el oído bien agudizado. Fueron amigables con ella, haciéndole preguntas, hablándole un poco sobre la clase de *qigong* a la que iban a asistir y enumerando las maravillas que había obrado la escuela en sus vidas.

Casi todos los estudiantes asistían fuera de la escuela a las actividades extralectivas, que al parecer eran numerosas. Pronto harían un viaje a la montaña de Jade para un retiro de una semana.

Eso sí que no le iba a hacer ninguna gracia al inspector, pensó la detective. Una semana aislada en la montaña con todos ellos y seguramente sin comunicación con el mundo exterior. Ahora que lo pensaba, tampoco le hacía mucha gracia a ella.

Hong iba en el mismo vagón del metro que la madre. No había tenido problemas para seguirla, ¿pero qué arte se necesitaba para seguir a una persona de cincuenta años que, además, no sospecha nada? Si

hubiese cogido un autobús, quizás hubiera sido más difícil, ¿pero en el metro?

Hong estaba pensando en comprar un periódico en el siguiente 7-Eleven por el que pasasen, para completar su camuflaje. Le parecía una idea un tanto infantil, pero la sopesaba seriamente.

La madre se bajó en la estación Nanjing. Llevaba un bolso bastante grande, así que era probable que se dirigiera a la escuela.

El inspector estaba deseando llegar adonde fuese. En lo que llevaba de trayecto, el taxista le había ofrecido un matrimonio de conveniencia con su hermana pequeña, muy buena persona ella, por boca del mismo taxista; y él, siendo policía, no podía ser mala persona, también por boca del mismo taxista; por lo que él podría estar seguro de que su hermana viviría sin preocupaciones si la casaba con él. Además, se notaba que al inspector le faltaba poco para la jubilación, y siendo funcionario dispondría de una buena pensión.

«¿Cerca de la jubilación? Mejor dejarlo estar», se dijo el inspector.

Como no llegasen pronto, le iba a sugerir también una pareja para su gato. «Un momento», pensó rebobinando su pensamiento.

¿«Su» gato? ¿Ya era su gato? ¿Había aceptado que tenía un gato?

Y ahora que lo pensaba, ¿lo que tenía era un gato o una gata? Con los perros estabas seguro cuando levantaban la pata, pero con los gatos…

—¡Aquí mismo! —dijo el inspector, que no quería parar demasiado cerca del otro taxi.

—¿Tiene una tarjeta de visita? —dijo el taxista cogiendo el dinero que le daba, pero Liu salió corriendo y sin el cambio. Lo hizo demasiado rápido; se dejó el paraguas.

Sopesó sus alternativas por un momento: abrir la puerta para recuperar el paraguas con otro chaparrón verbal del taxista o mojarse el resto del día.

Decidió mojarse.

El padre de Agnes entró en el bar del hotel. El inspector dudó entre

seguirle o esperar en el vestíbulo; terminó entrando también.

Cuando lo hizo estaba sentado en una mesa con otros tres hombres, todos trajeados; el inspector pidió una mesa que quedaba a sus espaldas lo más alejada posible.

Cuando la camarera le trajo el vaso de agua y la carta, se arrepintió de haber entrado. Le iba a ser difícil justificar la factura, más teniendo en cuenta que era su día libre.

Estaba saliendo caro el día, el taxista y ahora esto.

Se consoló con una chica que tocaba *jazz* en el piano. No sabía qué pieza tocaba, pero sonaba muy bien.

Después de comprar algo en Ikea, donde le había costado un poco más seguirla sin que lo notara, la madre se dirigió a la escuela y Hong estaba sentado en la cafetería de enfrente con la vista puesta en la entrada.

La clase de yoga no había estado mal, pero fue demasiado suave para Wang. Era buena en taichi, por lo que controlaba bien la respiración, pero personalmente disfrutaba más con una buena sesión de *sparring* y de saco o entrenando *wing chun*, en lo que también era buena.

El maestro iba a dar una charla dentro de un par de horas y Wang hacía tiempo sentada en el sillón de uno de los salones con los auriculares puestos, más pendiente de la música que de la revista cuyas hojas pasaba distraídamente.

El día estaba resultando productivo, ya tenía muestras del ADN

de dos estudiantes y del cocinero. De momento había sido fácil; un lápiz mordisqueado, unos pañuelitos descartados. Tenía todo cuidadosamente guardado y clasificado dentro de su bolsa.

Al rato entró la madre de Agnes, que se sentó en el sillón de al lado con otra revista. La detective cruzó los dedos esperando que no supiese que había dicho que su hija le recomendó la escuela.

Estaban solas en el salón y Wang se esforzó en parecer muy concentrada en el libro que tenía en las manos.

No le sirvió.

—Hola —le dijo la madre.

La detective se quitó los auriculares y forzó su mejor sonrisa inclinándose un poco en el asiento para hablar con la madre de una chica a la que nunca había conocido.

—Dejad todo lo que estéis haciendo. ¡Esto tiene prioridad! —

dijo Michael entrando en el despacho de Antivicio y repartiendo un montón de papeles a sus detectives.

—¿Lo has conseguido? —preguntó Vincent.

La sonrisa de Michael fue la mejor respuesta. No había conseguido todo lo que quería, pero por lo menos tenían el listado de todas las llamadas efectuadas y recibidas por Cuchillo en todos sus teléfonos. La lista era extensa y su examen les iba a llevar horas.

—Trabajad despacio —ordenó—. No quiero ningún descuido; revisad todas y cada una de las llamadas y las comparáis con las fechas que nos interesan. ¡Y comprobad todos los números! Quiero un listado de todas las personas con las que ha hablado. Si hay algún número no registrado, lo dejáis en la otra caja y luego lo investigamos. ¡Manos a la obra!

—Dime, Josh —contestó el inspector.

—Inspector —dijo Josh dudando al oír la música—, ¿está tocando el piano?

—No, estoy en un hotel.

—¿Hm?

—Tomando una copa.

Josh balbuceó algo incomprensible.

—Es una manera de hablar.

Josh no sabía muy bien qué decir.

—Josh.

—¿Sí?

—¿Para qué me llamabas?

—¡Ah, sí! El padre también se encontraba en Taipéi cuando murieron la otra chica y el exnovio.

—Interesante… Ahora le pregunto por ello.

—¿Qué?

—No, nada. Adiós.

—Inspector —le dijo Josh antes de que pudiese colgar—, he comprobado ya todos los beneficiarios y creo que he dado con el culpable.

—¿El culpable de qué? —dijo distraído.

—Cómo que de qué, del chepa.

—¿Estás seguro?

—Sí, totalmente.

—Bien, estupendo. ¿Algo más?

—Esto… ¿No necesita mi ayuda? Estoy que me subo por las paredes.

Liu sonrió.

—Llama a Hong. Está siguiendo a la madre y quizás puedas echarle una mano.

—Sí, ahora mismo —dijo Josh colgando el teléfono, más animado.

—Soy la madre de Agnes.

—Lamento mucho su dolor —dijo la detective Wang.

—Gracias.

Se giró un poco en el asiento y echó una mirada a la detective con ojos vivos. Algo brilló en ellos.

La detective mantuvo su cálida sonrisa.

—Eras amiga de mi hija.

—Sí, pero hacía mucho que no nos veíamos.

—¿Compañeras?

—No exactamente. Yo estudié en la misma universidad, pero otra carrera —dijo mientras repasaba mentalmente toda la ficha que había leído de la hija—. Teníamos una amiga en común.

La madre asintió bajando la cabeza. Luego se quedó pensativa unos momentos.

—¿Te gusta estar aquí?

—Sí —dijo la detective aliviada al cambiar de tema y casi dejando escapar un suspiro—, la gente es simpática y creo que las clases me ayudan mucho a relajarme. El maestro es bueno.

—Sí, lo es —dijo la madre.

—Y bastante atractivo —dijo forzando un poco la situación para ver qué conseguía sacar—. Para un hombre de su edad, quiero decir.

La madre la miró y terminó medio sonriendo.

La detective no supo a qué emoción atribuir la sonrisa. Era como si cada expresión de la mujer no concordase con la supuesta emoción causante de ella.

—No es tan mayor —dijo la madre.

Fue el turno de la detective de improvisar una sonrisa.

—¿Y mi hija te recomendó la escuela?

—Sí.

—Eres la primera persona a la que invitó a venir. Creí que había perdido el contacto con todas sus antiguas amigas.

—Ah, entonces soy afortunada —dijo sin responder a la pregunta implícita.

La mujer soltó una extraña risotada y se levantó. La clase iba a

empezar.

«Salvada por la campana —pensó—, al menos de momento».

Se quitó la sudadera, puesto que se sentía misteriosamente

acalorada, y la siguió al salón.

La pianista se había tomado un descanso, hacía rato que el inspector había terminado su té y estaba tomando el agua que una atenta camarera no paraba de servirle. Se había bebido no sabía cuántos vasos. Dos de los hombres se habían ido y el padre seguía conversando con el que quedaba.

No tenía prisa, lo único que le apremiaba era ir al baño, estaba esperando que se levantasen para hablar con el padre. Había optado por abordarle directamente. No quería seguirle por todo Taipéi y arriesgarse a tratar con otro taxista.

Cuando se levantaron el inspector les hizo señas con la mano.

Los hombres le miraron y el padre tardó un buen rato en reconocerle.

«Será que el agua de un hotel de cinco estrellas me ha rejuvenecido».

Finalmente se despidió de su acompañante y se acercó a su mesa.

—¿Inspector? —dijo a modo de saludo.

—¿Negocios? —dijo Liu haciendo un gesto con la cabeza hacia la mesa que habían estado ocupando.

—Sí. ¿Qué le trae por aquí?

—Es una de mis escalas habituales, la pianista toca como un ángel.

—Ah —dijo el hombre, un poco perplejo—. ¿Ha descubierto…

algo?

No tenía tiempo que perder, su reacción valía oro para él y además el hombre les había mentido; por eso no se anduvo con rodeos y dijo:

—La verdad es que le estaba siguiendo. No pasa todos los días que tengamos un padre sospechoso de matar a su hija, era lo menos que

podía hacer.

Palideció primero y explotó después.

—¿Pero se ha vuelto loco? ¡Está hablando de mi hija!

La indignación era auténtica.

Dándose cuenta de que se había pasado de decibelios y que varias personas los miraban, se sentó como para hacerse más

pequeño. Parecía totalmente angustiado.

No se dijeron nada durante un rato. Uno, todavía en *shock*; el otro, observando.

—¿Por qué no nos dijo que estaba en Taiwán el día que… su hija le llamó? —le dijo con tacto, sin mencionar la muerte, como para hacerse perdonar la dureza de su comentario anterior.

—¿Y qué tiene que ver eso?

«Otro igual —pensó—. ¿Pero esta gente dónde ha crecido?

¿Acaso no saben que no se debe mentir a la policía?».

—Nos ha mentido —le dijo con voz cortante—. Y siempre es la gente que tiene cosas que ocultar la que nos miente.

No dijo nada.

El inspector ya tenía su criterio sobre sus reacciones y las expresiones que las acompañaban. Sacó la foto de Beatriz del bolsillo y se la tendió. El hombre la cogió sin pensar y la miró.

Por su expresión, estuvo casi seguro de que era la primera vez que la veía.

El hombre levantó la vista de la foto con una mirada que reclamaba una explicación.

—Está muerta.

Soltó la fotografía como si quemara.

—Alguien la mató, casualmente otro de los días que estuvo usted en Taiwán.

—Er… Un momento —dijo, con su indignación convertida en aprensión—, no estará pensando que yo puedo tener algo que ver con… ¿eso?

—¿Lo tiene?

—No, no. Claro que no.

—¿Y cómo puedo estar seguro de eso?

—Se lo juro. Ni siquiera la había visto nunca.

—Es difícil de creer cuando antes me ha mentido. ¿Me quiere decir por qué lo ha hecho?

—Er… —dijo frotándose las sienes nerviosamente—. Mis venidas a Taiwán eran por motivos laborales.

—¿Por qué las ocultó? Cuénteme todo, y sin mentiras esta vez.

Le contó su historia.

El inspector le escuchó casi sin interrupciones y le creyó.

Cuando terminó, no podía más y, despidiéndose, salió escopetado al servicio.

Atrás quedó la cuenta en la mesa, junto con el hombre que iba a pagarla.

Michael profirió una exclamación de triunfo.

Todos se acercaron para ver con qué había dado.

—Varias llamadas en las últimas semanas y en momentos críticos. ¡Mirad la fecha y la hora de esta! La misma noche que empezamos las redadas en los locales de Cuchillo. Adivinad de quién es el número —dijo con una sonrisa de satisfacción.

Vincent sabía lo que iba a venir y no le extrañó escuchar el nombre de Liu.

Ya habían cenado y era tarde. No había más clases ese día y Wang se

encontraba sola en el salón haciendo la digestión antes de ir a meditar. Había encendido la televisión para pasar el rato y sobre todo para luchar contra el sueño, pero no la estaba ayudando. Tenía el estómago lleno y aunque no paraba de cambiar de posición no podía evitar que se le cerrasen los ojos. Las voces que salían de la televisión, el calorcito del sofá… hacían de anestesia… Se estaba tan a gusto que… sin darse cuenta cerró de nuevo los ojos, pero esta vez no volvió a abrirlos. Se había dormido.

Sola. Dormida. Indefensa.

Se acercó un par de pasos.

Podía hacer con ella lo que quisiera.

Totalmente vulnerable.

Se acercó más.

¿Cómo proteger a su familia? ¿Cómo mantener la vida que ahora llevaba?

El cuchillo estaba en su mano, pero no recordaba haberlo sacado.

No podía terminar con ella aquí. Sería arriesgado. Todavía quedaban discípulos en la escuela. Además, ¿cómo iba a deshacerse del cadáver? No le iba a ser fácil sacarlo de la escuela.

Pero debía proteger a su familia.

Dio un paso más.

El cuchillo seguía en su mano.

Estaba encima de ella.

Ella ajustó un poco su posición y su respiración cambió de ritmo.

Seguía dormida.

---40---

—Ha salido mucha gente —dijo Hong—, pero ni la madre, ni Wang.

—¿Y el maestro? —preguntó el inspector, que, tras corroborar que la historia que le había contado el padre era cierta, se había reunido con Hong y Josh en la cafetería.

—No ha pasado por la puerta.

Liu se quitó el abrigo y se sacudió las gotas de agua del pelo.

La camarera llegó y él la hizo un gesto de que no iba a pedir nada; todavía sentía la vejiga dilatada.

—El padre estuvo aquí en las fechas de los dos asesinatos entrevistándose con otra compañía, MFM. —explicó cuando se retiró la camarera—. Tiene una oferta para venirse a Taiwán y no quería que se enterase el presidente de su compañía.

—¿Pero por qué ocultar a su familia que venía a Taiwán? —

preguntó Hong—. No tiene ningún sentido.

—Su matrimonio terminó hace mucho tiempo. Básicamente están separados, pero no hablaban del tema. Cada uno tenía ya otra vida y la relación con su hija no era muy cercana.

—Muy maduro —dijo Hong, con un matiz de desaprobación en el tono.

—Su hija le llamó ese día —prosiguió el inspector—, pero lo hizo al móvil desde un teléfono público pensando que estaba en el continente. No se enteró de que su padre estaba en Taiwán.

—¿Y qué le dijo ella?

—La notó un poco extraña, pero ya era raro de por sí el que le llamase. No le dijo nada especial.

Hong se movió incómodo en el asiento.

—Quizás si le hubiese dicho que estaba en Taiwán, ahora no estaría muerta. Quizás si hubiesen tenido una relación mejor… —

dijo Hong, más bien hablando para sí mismo.

—No te angusties por lo que podría haber sido y no fue —dijo el inspector poniéndole una mano en el hombro.

Sabía que a su amigo le afectaban los problemas familiares de los demás; no podía evitar sentirse mal por los que los sufrían.

—En MFM me han confirmado que mantuvieron reuniones con él en esas fechas. No sé si después de haber estado yo allí todavía querrán ofrecerle el trabajo. No debe ser muy bueno para el currículum tener a un policía preguntando por uno. Por lo tanto, el padre tiene cubiertas las horas de reunión —prosiguió el inspector —. MFM nos mandará los horarios exactos. Para el resto del tiempo nos tendrá que dar coartada. Personalmente creo que es inocente.

Josh y Hong asintieron sin gran emoción.

—Y eso nos trae de vuelta a…

—Al maestro —dijo Josh terminando la frase del inspector y con la vista fija en la ventana de la cafetería—. Y la detective Wang está ahí dentro con él. ¿Y si está en peligro?

—En primer lugar, sabe cuidar de sí misma. No sería la persona que yo elegiría para buscar gresca. En segundo lugar, quedarnos aquí no sirve para nada. No tiene forma de pedirnos ayuda.

—No estamos persiguiendo precisamente a un modelo de cordura —protestó Josh—. Ya ha matado a dos chicas.

—Vámonos —dijo el inspector levantándose—. Parecemos tres colegialas mirando por la ventana. Wang dijo que a lo mejor se quedaba en la escuela a dormir.

Hong se levantó también, con un suspiro de placer después de llevar tanto tiempo sentado.

—Id vosotros primero —les dijo Josh—. Yo voy a tomar un café antes de volver a casa.

Sabiendo que era más probable ver a un taiwanés recogiendo un sobre rojo con dinero en la calle[4] que a Josh tomarse café por la noche, el inspector y Hong cruzaron una mirada antes de marcharse.

Atrás quedó el joven detective, con la mirada fija aún en la entrada de la escuela.

Hong le acercó a la comisaría y el inspector intentó, sin éxito, arrancar

su coche.

Le preocupaba algo de lo que había dicho Josh. Algo acerca del porqué de los asesinatos. Si no habían dado con el correcto, podía significar que se equivocaban de persona. ¿Habrían pasado algo por alto? ¿Y si se trataba de un lunático?

Por primera vez se sentía viejo. Era como si su cerebro tuviera ideas, pero no fuera capaz de coordinarlas con éxito. Estaba seguro de que la solución estaba a su alcance, pero no conseguía echarle mano.

El inspector perdió a su padre cuando era muy niño y su falta había sido crucial en su vida, pero la sintió como sienten las cosas los niños, de forma intensa, pero al mismo tiempo no del todo real.

La enfermedad de su madre durante estos últimos meses había sido diferente. Le hizo reconocer su propia mortalidad. «Todos los hombres son mortales», tituló una mujer.

Había pasado un buen rato.

No tenía manera de saber cuánto tiempo llevaba allí; no había encendido la radio ni consultado su reloj, pero los cristales estaban totalmente empañados.

Seguía lloviendo.

Llegaba tarde al hospital.

Intentó arrancar de nuevo, esta vez lo consiguió; de mal humor, puso el intermitente y se unió al tráfico. Intentó apartar el caso de sus pensamientos. Necesitaba desconectar unos momentos para ver todo con perspectiva. Puso un concierto para piano de Bartók.

No era uno de sus favoritos, pero tenía que estimular su cerebro.

Necesitaba terapia de choque.

La detective Wang se despertó con una sacudida, sorprendida de haberse quedado dormida. Le dolía un poco el cuello y tenía la boca seca. Movió la cabeza de izquierda a derecha para relajarlo y se sobresaltó al ver a la madre de pie en la puerta mirándola.

¿Cuánto tiempo llevaría allí?

—Me quedé dormida —dijo ella casualmente.

—Sí, lo sé. —La sonrisa que apareció en su boca no llegó hasta los ojos —. Te estaba mirando.

No supo qué decir, así que se levantó y se estiró haciendo crujir varios huesos. Había algo raro en el ambiente.

La madre seguía mirándola, sin decir nada. Parecía que la mirara como si supiera que nunca había sido amiga de su hija, incluso como si supiera que era policía, pero eso era absurdo. Eran imaginaciones suyas.

—¿Estamos solas? —dijo ella, notando que no se oía ningún ruido.

—No.

Continuó estirándose, sobre todo para atenuar el incómodo silencio y la mirada fija de la madre.

—El maestro me ha pedido que te llame —dijo por fin la madre

—, vamos a tomar un *xiaoye*.

—Ah, estupendo —dijo la detective.

La madre se dio media vuelta sin decir nada más.

Ella la siguió.

En la mesa estaba todo listo, un sencillo flan de soja en caldo dulce con frijoles verdes y rojos por encima.

La madre se sentó al lado del maestro. Wang lo hizo enfrente, junto al cocinero, que la recibió con una mirada amable.

No había nadie más en la mesa y a Wang le extrañó tratándose de un domingo. Mejor, casi a solas con el maestro y la madre.

La comida sirvió para intranquilizarla aún más. Se sentía en un ambiente extraño. El maestro hablaba de cosas triviales y la madre le hacía eco; ella rara vez intervenía. Pero era como si todo el diálogo estuviese hecho de sonidos ininteligibles, ruido, un zumbido; lo que de verdad notaba era las miradas que le echaban los dos, a veces tenía la sensación de que la atravesaban a cámara lenta. El frío de la escuela, el silencio incisivo, el olor a incienso, las miradas del maestro… ¿Dónde terminaba la realidad y empezaba su aprensión?

Por suerte estaba el cocinero. No hablaba mucho, pero le había dedicado un par de sonrisas. Su presencia le proporcionaba tranquilidad, era el único que le parecía normal y que no le produjo escalofríos.

—¿Quién eres? —le preguntó el maestro de improviso.

—¿Cómo? —dijo ella.

Su corazón empezó a latir más rápido, ¿sabían quién era?

—¿Quién eres tú… realmente? —repitió el maestro.

—¿Quién soy yo realmente? —dijo ella repitiendo la pregunta para ganar un poco de tiempo.

—Sí.

Hubo un pequeño silencio. Los ojos de la detective se movieron sutilmente por la mesa, para ver qué podía usar en caso de tener que defenderse, mientras fingía una pequeña sonrisa a modo de respuesta.

—En el caso de mis otros discípulos sé qué los mueve, qué los hace ser lo que son —dijo, acompañando su disertación con un gesto de la mano—. Pero ¿y tú? ¿Qué es lo que te satisface? ¿Qué da sentido a tu vida?

«Ah, vamos a jugar a eso», pensó la detective un poco más tranquila.

«Coger criminales», tenía ganas de decirle. En su lugar, se encogió de hombros.

—Piensa en ello —dijo el maestro levantándose y dando por terminada la comida.

El cocinero comenzó a recoger los platos.

—¿Dónde vives? —le preguntó la madre.

—En Xindian —dijo ella poniéndose en pie y ayudando al cocinero para desviar las preguntas de la madre.

—Bastante lejos.

—Bah —dijo mientras amontonaba los tazones—. Con el metro se llega rápido.

Sin esperar su respuesta, si es que la había, siguió al cocinero, pero la madre fue detrás.

En la cocina se ofreció a fregar los cacharros, pero el cocinero se negó enérgicamente. Ella le ayudó a secarlos, mientras la madre no dejaba de mirarla.

—¿Lleva mucho tiempo en la escuela?

—¿No te lo dijo Agnes?

Wang se encogió de hombros.

—No le pregunté.

—Llevo casi tres años.

—¿Y practica diariamente?

—Por supuesto; vengo todos los días. Y me quedo aquí muchas noches —dijo haciendo una pausa—. Esta es mi familia.

Wang asintió con la cabeza.

—Voy a meditar ahora; quizás me quede hoy aquí.

La madre la echó una mirada de pies a cabeza.

—No creo que sea buena idea —dijo entrecerrando los ojos—.

Acabas de empezar; si vas demasiado rápido, te cansarás pronto.

Volvieron al salón.

—Me voy a casa —le dijo la madre al maestro, quien le dedicó una sonrisa inerte.

Luego se volvió hacia la detective.

—Si quieres, te llevo, me queda de camino.

Wang quería quedarse a solas con el maestro.

—No…, gracias —le respondió—. Quiero meditar un poco.

Luego me iré en metro.

—Pero el metro está a punto de terminar —dijo la madre.

¿A qué tanta insistencia? Sabía dónde vivía la madre, justo en el sentido opuesto. ¿Por qué le decía que le pillaba de camino?

—No importa, cogeré un taxi —le dijo con la voz más calmada que pudo.

—También puede quedarse arriba —dijo el maestro sin dirigirse a nadie en particular—. Estará sola, creo que todos los estudiantes se han ido —añadió desde el sofá, mientras apartaba las hojas de té con la tapa de la taza.

Perfecto, la oportunidad de ver cómo se comportaba el maestro a solas.

La madre apartó sus ojos un momento para mirar al maestro, pero fue un respiro muy breve, enseguida volvieron a posarse en ella, un buen rato y sin decir nada. Luego dio media vuelta y se fue.

Por fin se había quedado a solas con el maestro, pero este seguía sorbiendo su té y parecía no prestarle atención, así que, para guardar las apariencias, fue a la sala de meditación.

Tras veinte minutos fue al vestuario a ducharse. Se quitó la ropa y se metió en la misma ducha de la otra vez. No quería perder de vista la bolsa y la dejó colgada en la puerta de cristal de la ducha.

La escuela entera le producía un gran desasosiego, a veces hasta escalofríos; pero el agua de la ducha le proporcionaba gran placer. La puso bastante caliente y disfrutó del abundante chorro que su cuello y hombros tanto agradecían mientras pensaba cómo abordar al maestro.

Se tomó su tiempo, pero fue innecesario, puesto que a la salida se topó con el maestro, casi se tropezaron. ¿La había estado esperando?

—¿Has pensado en lo que te dije?

—¿Hm?

—¿Qué quieres hacer con tu vida?

—No sé. Lo que todo el mundo, me imagino.

El maestro se acercó un poco más.

—Es normal sentirse perdida, incluso deprimida a veces.

¿Alguna vez te sientes así?

—Sí —mintió ella.

—No te preocupes si sientes un vacío dentro de ti. Yo puedo ayudarte a llenarlo —le dijo poniéndole su mano en el brazo y mirándola a los ojos—. Estando sola, a veces puede parecer que la vida carece de sentido.

El pulso de Wang se aceleró un poco y su nivel de alerta subió, pero trató de parecer tranquila.

—Estamos aquí para lo que quieras —le dijo el maestro en un tono sereno, rozando lo hipnótico—. Muchos han visto la luz en el camino gracias a mí.

Ella bajó la vista buscando una respuesta.

—Quiero casarme —le dijo—, viajar por el mundo…

—Todo muy normal —le dijo el maestro, todavía mirándola a los ojos mientras su mano subía y bajaba por el brazo de ella.

—Y quiero tener hijos —añadió ella, rizando el rizo.

El maestro dejó de mover la mano y al poco la apartó de su brazo, pero seguía midiéndola con los ojos.

A Wang no le gustaba la mirada fría de esos ojos ni lo que creía percibir detrás de ellos, pero no apartó su vista.

La parodia de una sonrisa apareció en la cara del maestro.

—No eres la primera —dijo dándose media vuelta y yéndose.

«Ya te tengo», se dijo Wang a sí misma.

---41---

Josh empezó a sentirse como un idiota con los ojos puestos en una puerta, esperando a alguien que quizás no apareciese. Porque parecía que Wang no iba a volver a su casa esta noche. ¿Acaso no era parte del plan dormir en la escuela?

Entonces, ¿qué le atraía de esa puerta? ¿Qué rayos estaba haciendo

allí en lugar de estar cómodamente en su casa jugando una partida en su Xbox? Nada, decidió. Hora de irse.

Estaba poniéndose el abrigo cuando la vio salir de la escuela.

Sola. Parecía que al final había decidido volver a su casa. Pegado a la ventana, con los ojos fijos en ella, trataba de decidir si ir a llamarla o no cuando vio que se paraba en el semáforo. Tenía la capucha puesta y había comenzado a balancear ligeramente el cuerpo, como si estuviese siguiendo el ritmo de una canción. Josh sonrió. Allí, de noche y moviéndose bajo la lluvia le pareció especial. No se parecía a ninguna de las chicas con las que había salido.

Entonces alguien se acercó a ella por detrás y la agarró por el hombro. ¿La estaban atacando? ¿Aquí, en medio de la calle?

La sonrisa de Josh se borró de golpe por la sorpresa. Un segundo fue lo que tardó su cerebro en procesar todo, demasiado

tiempo. Cuando iba a salir en su ayuda ya era demasiado tarde.

El maestro se retiró y en la escuela solo quedaba el cocinero.

Wang había obtenido, por el momento, todo lo que iba a conseguir, así que decidió volver a casa.

Fuera hacía viento, pero casi había parado de llover. Se puso la capucha de la sudadera gris y encendió el MP3. Si se daba prisa quizás alcanzase el último metro. Caminó a buen ritmo satisfecha de lo que había averiguado y de no tener que pasar allí la noche.

Dudaba de haber podido pegar ojo. Ahora, en cambio, la agradable compañía de su edredón la esperaba.

Quería llamar al inspector para darle las noticias, pero iba con prisa. Ya le llamaría en el metro.

Paró en el semáforo. La canción que acababa de empezar en su MP3 era una de sus favoritas y se puso a tararearla.

De pronto, la música paró y con ella el tarareo, no sabía si el semáforo estaba rojo o verde, no sentía la lluvia y había un hombre en el suelo, boca abajo. Ella estaba encima de él y su paraguas, varios metros más allá, girando en el suelo.

Wang tardó un momento en darse cuenta de que era el cocinero, y que ella le había clavado la rodilla en la espalda y le había torcido el brazo en un ángulo antinatural.

No advirtió ninguna orden de su cerebro. El movimiento fue instintivo al sentir una mano en su hombro derecho. Después, todo había sucedido en menos de medio segundo. Según soltaba la bolsa de deporte, agarró con su mano derecha la mano que la tocó, usando el pulgar para controlarla, y, sujetándola con firmeza, giró el cuerpo hacia su izquierda presionando y proyectando al asaltante al suelo mientras se valía de su rodilla y el peso de todo su cuerpo para mantenerle inmovilizado; casi en el mismo momento en que su bolsa de deporte aterrizaba en el pavimento.

Solo después fue consciente de que ya no estaba tarareando la canción, su bolsa estaba en el suelo y ella estaba encima de su asaltante. Pero el asaltante no era tal.

Al darse cuenta de lo que había pasado le ayudó a levantarse.

—Perdón, perdón —dijo—. No sé qué ha pasado.

El cocinero se frotó la muñeca tratando de reponerse de la conmoción y del golpe. Ella le acercó el paraguas.

—Guau —dijo el cocinero frotándose el cuerpo, y todavía un poco descompuesto—. ¿Qué ha sido eso?

—No estoy segura —dijo tratando de quitarle importancia—. Es que tomé unas clases de autodefensa hace tiempo.

—Ni siquiera sé bien qué ha pasado —dijo el cocinero, todavía desorientado—. Te iba a llamar y de repente estaba en el suelo.

Ella se encogió de hombros sonriendo.

—Sí, es sorprendente. Está claro que las clases funcionaron.

Supongo que nadie se meterá conmigo.

—Puedes estar segura de eso —dijo el cocinero todavía frotándose el cuerpo.

—¿Qué querías?

—Tengo que hacer un par de recados; te iba a preguntar si me querías acompañar.

—¿Vas al metro? —dijo ella haciendo una seña en la dirección de la estación.

Él negó con la cabeza.

—Voy en el coche de la escuela, no quiero andar de un lado a otro con esta lluvia.

—¿En qué dirección vas?

—A Jingmei.

—Está cerca de mi casa, ¿te importaría acercarme? Creo que acabo de perder el último metro.

—Sí, claro. Pero no me ataques otra vez —le dijo con una sonrisa.

Ella se rio y le acompañó.

Josh casi no pudo ni ver lo que pasó. La reacción de la detective fue instantánea, controló el brazo del hombre y le lanzó al suelo como si fuese un saco de patatas. El hombre no era pequeño, pero le manejó como a un peso pluma, y rápido. No había visto a nadie moverse tan rápido, con excepción del inspector. Y él mismo, claro.

Después de esto y la persecución del otro día su respeto por ella aumentaba exponencialmente. Estaba claro que la detective

sabía cómo usar su cuerpo; Josh no pudo evitar pensar en situaciones más íntimas y en cómo haría en ellas uso del mismo.

¿Eh? Le estaba ayudando a levantarse. Le conocía. ¿Qué hacer? ¿Se acercaba a ellos? No, mejor no. Pagó la cuenta y algo le impulsó a seguirlos. Subieron los dos a un coche y Josh apenas tuvo tiempo de ir a por su Audi.

Era tarde y no había tantos coches como en hora punta, pero sí los suficientes como para disimular que los estaba siguiendo. Por si acaso, siempre dejó varios vehículos delante. Por suerte tenía experiencia y la lluvia era fuerte y le ayudaba entorpeciendo la visibilidad.

El coche tenía el mismo olor que la escuela. Una mezcla de incienso y madera quemada. No era del todo desagradable, pero no le gustaba.

—La cena ha sido un poco rara.

—¿No te ha gustado? —preguntó el cocinero sin apartar la vista de la carretera.

—No, no. Estaba rica —mintió—. Me refiero a la atmósfera…

—Hm… Ha estado un poco fría hoy. Normalmente se quedan más estudiantes y siempre hay un ambiente muy animado.

—Además, después de lo que me dijiste el otro día…

—¿El qué?

—Ya sabes, que pasaban cosas raras, que habían muerto dos chicas.

—¡Ah! —dijo el cocinero como si lo hubiese olvidado—. La policía no ha vuelto, así que imagino que tienen otras pistas.

—Sí, eso debe ser —dijo ella recostándose en el asiento.

A ella el maestro le daba escalofríos, pero él parecía estar feliz allí. ¿Cómo podía llevar tantos años trabajando y viviendo en esa escuela? Tenía ganas de preguntárselo, pero no quería ser ruda.

El coche de delante puso el intermitente para parar. Debía ser la casa de ella, Josh recordaba que había dicho vivir en Xindian. La había traído a su casa.

¿Invitaría al hombre a subir? Sin esperárselo, le dio un arrebato de celos por el que inmediatamente se sintió infantil e intentó

contrarrestarlo con otro de desdén.

El hombre siguió su camino sin parar el motor, no le había invitado.

Josh salió y se acercó a ella. Levantó la mano y la llamó, pero no le hizo caso. Si no se daba prisa, iba a entrar en el portal. Corrió llamándola y le puso la mano en el hombro.

Error, pero se dio cuenta tarde.

Ella le torció la muñeca como había hecho con la del cocinero.

Una descarga de dolor alcanzó a Josh, pero reaccionó lo bastante

rápido girándose en la dirección adecuada y empujándola para zafarse de la luxación. Ella aprovechó el empujón de él para lanzarle una patada al pecho. Josh consiguió pararla de un manotazo, pero un reguero de gotas sucias le manchó el abrigo de marca.

Solo entonces ella vio quién era.

—Pero ¿qué manía es esa de agarrar a la gente por el hombro sin decir nada? —se quejó molesta.

—Pero si te he llamado —protestó Josh.

Ella le mostró los auriculares que momentos antes habían estado en sus orejas y ahora colgaban por fuera de la sudadera.

—¿Y no te ha extrañado que no te contestase? —le dijo indignada.

—Er…

—¿Y qué haces aquí? ¿Me estabas siguiendo?

—Sí… No. No exactamente.

—¿Te pidió el inspector que me siguieras?

—No, no. Se fue y dijo que te dejáramos hacer.

A Wang le gustó oír el comentario. Liu tenía confianza en ella.

—¿Está todo bien?

—¿Tú qué crees?

Ya estaba empezando a irritarle otra vez, ¿por qué era tan borde? Además, le iba a costar limpiar el abrigo.

—¿No te ibas a quedar hoy en la escuela?

—No ha hecho falta.

Josh admiró la eficiencia que no paraba de demostrar y, tratando de disimular, asintió con la cabeza. Luego hubo un largo silencio que ella rompió.

—¿Quieres subir a tomar un café?

Él le sonrió mostrando sus hoyuelos, era verdad que ya la tenía en el

bote.

Pero la sonrisa duró poco.

—Ves demasiadas películas de Hollywood —dijo ella con una sonrisa maliciosa—. Hasta mañana —dijo entrando en el portal y cerrando tras ella.

Josh se quedó bajo la lluvia, mitad pasmado, mitad irritado.

Michael y Vincent se encontraban en un tejado a cientos de metros, no era el lugar más cómodo teniendo en cuenta el frío y la lluvia, pero ofrecía más garantías de no ser descubiertos. A través de las lentes podían ver perfectamente cómo un guardia inspeccionaba el abrigo y el bolso de Suspiro a la entrada del edificio. Tras una metódica y lenta revisión de las prendas y accesorios, pasó a cachearla; lo hizo también con detalle, con manos expertas moviéndose por el cuerpo de ella sin que ninguna parte quedase por revisar. Michael notó como Vincent tragaba saliva. Giró la cabeza y le dedicó una mirada altiva. Vincent se encogió de hombros.

—A veces creo que me equivoqué de profesión.

El comentario solo obtuvo un meneo de cabeza de Michael, que siguió mirando atentamente.

El guardia devolvió sus cosas a Suspiro, sin expresión alguna; tampoco ella mostró sentimiento alguno, como si estuviese acostumbrada. Al fin abrieron la puerta y otro guardia la acompañó al interior.

Michael y Vincent se miraron respirando un poco aliviados y contentos por el nuevo equipo de escucha *Made in Taiwan* que llevaba Suspiro; era diminuto y casi imperceptible, pero más potente que un elefante. Además, no emitía ningún tipo de señal hasta que no se encendía.

Michael presionó un botón poniéndolo en funcionamiento. Al momento escucharon sus pasos.

El guardia la condujo a una pequeña sala sin ventanas ni muebles, excepto una pequeña mesa y dos sillas. Cuchillo estaba sentado con dos guardaespaldas detrás como parte del decorado.

La indicaron que se sentara.

Miró a Cuchillo y, viendo que no decía nada, se presentó.

—Me llamo Suspiro.

—Sé quién eres.

—Estuve trabajando durante unos años en uno de…

Cuchillo asintió sin más interés.

—Lo sé.

—¿Nos hemos visto? —preguntó ella.

Cuchillo sonrió.

—No. Yo te he visto a ti.

Suspiro sonrió un poco nerviosa.

—Sé quién eres, pero no sé qué quieres —dijo Cuchillo haciendo un gesto con la mano.

—Le pedí al inspector Liu que me consiguiese una cita con usted.

Cuchillo no dijo nada, no había oído nada que no supiese.

—Me sorprendió que pudiese conseguirlo. Deben ser buenos amigos —dijo ella.

Cuchillo hizo una mueca.

—Es mejor que se lo preguntes a él. Ahora dime qué quieres.

—No sé si está enterado de mis problemas. Una antigua compañera de la universidad a quien yo llevé a trabajar conmigo fue asesinada hace unos días. La policía vino a verme.

—Sí, ya estoy enterado —dijo Cuchillo levantándose y caminando lentamente hasta quedar detrás de ella, luego le puso las manos en los hombros y se agachó para hablarle al oído—: Estoy enterado… de todo.

Michael miró a Vincent con cara de pánico.

—¿Es posible que…?

—Sé que la policía ha ido a verte —prosiguió Cuchillo—; seguramente

con amenazas y coacciones, como les gusta hacer. Y

probablemente te han ofrecido un trato de una manera que no podías rechazar. —Cuchillo se agachó hasta quedar a la altura de ella para mirarla a los ojos.

Ella le sostuvo la mirada por un rato esperando que continuase, pero Cuchillo permaneció callado, estudiándola. Si estaba nerviosa, no dejó verlo.

—Si ya está enterado de todo, puedo saltarme esa parte e ir directa al grano.

—Haz eso.

Michael y Vincent estaban clavados en el sitio pendientes de la conversación, casi sin respirar.

—He venido porque quería darle las gracias en persona; me hizo un gran favor prestándome el dinero para abrir la tienda.

Michael se giró para mirar a Vincent.

—¿Qué demonios…?

—Y darle también las gracias por escucharme y atender a mis recientes problemas.

Cuchillo asintió recostándose en el asiento.

—Estoy en deuda con usted.

—De eso que no te quepa duda.

Ella asintió a modo de despedida y se levantó de la silla.

—¿Qué tal va la tienda? —preguntó Cuchillo.

—No va mal.

—Me alegra ver que la gente consigue lo que se propone —dijo Cuchillo encendiendo otro cigarrillo—. Hiciste lo correcto al solicitar mi ayuda.

Michael miró a su compañero con cara de incomprensión.

—¿Qué coño está pasando? Sabe que, si no nos ayuda, se arriesga a

perder la tienda.

—Esto huele muy mal —dijo Vincent.

Michael saco el móvil y marcó nervioso.

—¿Cómo que no vas a declarar? —gritó al oír lo que le decía—.

Teníamos un trato y, además, ya sabes que… ¿Cómo? ¿Qué significa que se han acabado tus problemas?

Michael colgó el teléfono hecho una furia.

Al lado había una maceta sobre la que descargó toda su ira a base de patadas. Cuando estuvo un poco calmado, Vincent le preguntó qué sucedía.

—¡No va a declarar!

—¿Qué? ¿Pero y el pacto de viabilidad económica que firmó con s…?

—¡Otra empresa ha absorbido su compañía y han pagado sus deudas! —le interrumpió Michael—. Todos los trabajadores han

cobrado y nadie tiene motivos para demandarle.

—Pero… ¿quién ha comprado su compañía en una situación tan mala?

—¿Y tú que crees? —gritó Michael señalando hacia el edificio donde se encontraba Cuchillo—. Nos la han jugado.

Luego apretó los puños con fuerza y le soltó otra patada a la maceta.

---42---

Día 15. Lunes, 30 de enero de 2012, Taipéi

(Octavo día del Año del Dragón 4710)

—Conjeturas —dijo el director devolviéndole los papeles a Michael, que se movía inquieto en la silla; las cosas no iban bien como esperaba.

—Sí, es cierto que el inspector Liu hizo varias llamadas —

continuó el director—, pero no sabemos de qué hablaron y no hay más pruebas.

—¿Pero y los paquetes? Está claro que tienen una relación.

El director se encogió de hombros.

—A veces uno tiene amistades extrañas —dijo reclinándose en su sillón.

No era ningún secreto la antipatía del director hacia Liu y Michael no podía creer que le estuviera defendiendo, ¿o es que simplemente le gustaba tocar las pelotas a todo el mundo?

—Señor, con todos los respetos, es algo más que eso. Y estoy casi seguro que tiene que ver con el poco éxito de nuestras redadas en los locales de Cuchillo.

—¿Y qué es lo que necesita?

—Acceso a sus cuentas —dijo al momento.

—Lo que no entiendo es por qué viene a verme a mí. Esas cosas no dependen de mí.

—Señor, Liu tiene muchos amigos y nadie quiere darme la autorización necesaria. Pero no es por falta de base, sino más bien porque nadie quiere arriesgarse. Pero si usted se lo pide al juez adecuado, no nos negará la orden.

El director tenía la cabeza gacha mientras jugaba con su corbata pensativo.

—La ley no está para moldearla a nuestro gusto.

El comentario hirió a Michael, pero no dejó que se notase.

—Señor, soy el primero que cumple la ley y se atiene a todos sus parámetros. Lo que estoy pidiendo no es nada fuera de lugar.

—No diga tonterías —dijo el director mirándole—, si no lo fuese no estaría aquí.

Michael apretó la mandíbula antes de continuar.

—Además, señor, si es inocente, que no lo es, nada aparecerá en sus cuentas y nadie tendrá por qué enterarse de que estuvimos investigándolas.

El director sopesó la situación.

—Está bien —dijo incorporándose en el sillón como si con ello hubiese alcanzado la decisión—. Meter en la cárcel a Cuchillo sería un gran logro para el cuerpo.

—Gracias, señor.

El director le hizo un gesto con la mano para indicar que la reunión había terminado.

Wang estaba en la escuela; Josh y Hong redactaban los últimos informes del chepa, que, aunque resuelto, seguía siendo un incordio; y el inspector hablaba con la madre de Agnes. Su marido había vuelto a China y ella le recibió educadamente, pero no contenta. No le había ofrecido nada y parecía ansiosa porque se marchase.

—¿Tiene prisa?

—Tengo que ir a clase.

—Ah, la escuela.

—Sí.

—¿Lleva mucho tiempo yendo allí?

—Tres años.

El inspector se acomodó en su asiento y cruzó las manos.

—Tenemos sospechas de que el maestro puede estar relacionado con las muertes.

—Tonterías. Es incapaz de hacer nada malo.

—Su marido piensa lo contrario.

—No haga caso a mi marido, él no le conoce.

—Todas las personas son capaces de hacer el mal.

—Usted no lo entiende, el maestro es diferente.

Liu arqueó las cejas medio milímetro.

—Explíquemelo entonces.

—El maestro no es una persona normal. Está por encima del bien y del mal.

«Va a resultar que he dado con el superhombre de Nietzsche en carne y hueso», pensó él.

—¿Cómo es eso?

—Ha visto la verdad. Ha alcanzado la iluminación. No necesita de las cosas terrenales.

—Hay una cosa que no entiendo.

—¿Qué?

—Dice que no necesita de cosas terrenales, pero al mismo tiempo afirma que tiene relaciones sexuales con usted.

—Yo no he dicho tal cosa.

—No con palabras —dijo sin cambiar de expresión.

La mujer se quedó callada.

—¿Cuánto tiempo llevaba su hija yendo a la escuela?

—Un año más o menos.

—¿Antes o después de romper con su novio?

—Al poco de romper con él.

—Ya veo.

—¿Qué pretende insinuar?

—Justo cuando más vulnerable e impresionable estaba.

—¿Qué?

—¿No le parece raro que las dos chicas fuesen estudiantes de la escuela?

—Sus muertes no tienen nada que ver con el maestro.

—¿Está diciendo que es una coincidencia?

—Sí. ¿Y acaso no dijeron que habían resuelto el caso? No me irá a decir ahora que acusaron a la persona equivocada.

—Todavía hay un asesinato por resolver, y era otra estudiante de la escuela.

—Y estoy segura de que se demostrará que el maestro tampoco tenía nada que ver con eso.

—Entonces me va a decir que el que las dos estuviesen embarazadas es otra coincidencia.

La mujer asintió de forma automática con la cabeza.

—¿Sabe lo que creo? Creo que el maestro se acostaba con las dos chicas.

—No.

—Lo hacía con su hija.

—¡No! —gritó ella.

—¿Sabía su hija que el maestro se acostaba con usted?

—No, no lo sabía.

—Porque el maestro le dijo que tenían que mantenerlo en secreto.

—No —dijo ella, pero la voz le temblaba ligeramente. Liu sentía cómo empezaban a caer sus defensas.

—Él dijo que su relación era única, especial, que nadie debía enterarse.

—¡No!

—Y aun así usted dice que el maestro no necesita nada.

—Él no, pero yo sí. ¡Yo sí lo necesito!

—Y él se aprovecha de esa necesidad.

—¡No! Él es una buena persona.

—Sí, una buena persona que sabe ver las debilidades de sus estudiantes y explotarlas.

—¡No sabe lo que está diciendo!

—Estaba teniendo una relación con Beatriz y con su hija.

—¡No, eso es imposible porque estaba conmigo!

—Sí, igual que estaba con ellas, todas en secreto, todas especiales.

—Cállese.

—Y él las dejó embarazadas y luego las mató a las dos.

Estranguló a Beatriz y acuchilló a su hija.

—¡No, cállese!

El inspector se tomó una pausa. La mujer respiraba entrecortadamente, tenía la cara roja y los puños apretados…

Los hechos estaban ante sí, pero luchaba con todas sus fuerzas para no verlos.

—Sí, quizás tiene razón —dijo Liu inclinándose hacia delante y en un tono tranquilo para cambiar el ritmo de la conversación—.

Quizás el maestro no está involucrado.

Empezó a respirar más tranquila y sus ojos recuperaron su tamaño normal.

—Quizás tenga razón —repitió—. Quizás el maestro es inocente y el asesino es otra persona. Alguien que mataría por él, alguien que le necesita, una persona con motivos para deshacerse de las dos chicas.

Sus hombros se tensaron como si estuviese contrayendo el corazón y su respiración se hizo más agitada otra vez.

—Quizás una persona que las veía como competencia, una persona que quería tener al maestro para ella sola. ¿No ha dicho usted que le necesitaba?

Ella apretaba los puños con fuerza y los nudillos ya estaban blancos. Entonces estalló.

—¡Fuera de mi casa! ¡Váyase al diablo! —dijo escupiendo las palabras —. ¿Quién se ha creído que es? ¡Largo! —gritó poniéndose en pie.

Él se levantó y fue hacia la puerta.

—¿Yo no estoy por encima del bien y del mal?

La despedida fue un portazo.

Liu se quedó un rato pensando en lo que acababa de pasar.

A veces se le iba la mano. No le gustaba la falta de tacto, pero menos aún que a la mujer le doliera más la pérdida de su mundo de fantasía que la pérdida de su hija.

La clase terminó y los discípulos se cambiaban de ropa. La madre no había asistido, un respiro para la detective Wang, pero sí la mujer del director. Por suerte, no sabía quién era ella.

El cocinero se acercó.

—¿Puedes enseñarme el movimiento del otro día, cuando me tiraste al suelo?

—No estoy muy segura de cómo lo hice —mintió —, pero puedo intentarlo. Vamos allí a las colchonetas.

El cocinero la siguió.

Le pidió que le agarrase del hombro como la otra vez y le enseñó cómo controlar la muñeca y proyectar usando el peso del cuerpo. Lo repitió un par de veces lentamente.

—Inténtalo tú —le dijo.

Le puso la mano encima del hombro y le dirigió paso a paso para que consiguiera proyectarla y controlarla. El cocinero lo repitió varias veces hasta que le salió con soltura.

—Aprendes rápido.

—Eres buena profesora.

—¿Quieres intentarlo una vez más?

La tiró y con su rodilla encima de la espalda le retorció el brazo como le acababa de enseñar.

—Perdón —se disculpó sintiendo que había empleado más fuerza de la necesaria.

—Tranquilo, no me haces daño.

Se levantaron y el cocinero se despidió con una sonrisa.

Le vio marcharse y pensó en su olor cuando había estado encima de ella, un olor característico, pero toda la escuela tenía un olor peculiar.

El móvil despertó al inspector, dormido en el coche mientras repasaba las notas de los casos. El disco que había puesto había terminado y solo se oía el ruido de la lluvia cayendo sobre el capó.

—¿Inspector? —dijo el forense.

—¿Cuándo te ha contestado otra persona en mi teléfono?

El forense se quedó callado.

—¿Qué quieres?

—Ya tenemos los resultados del ADN.

—Por fin.

—El análisis de ADN es un proceso complejo que lleva tiempo.

Esperó que continuase.

—El informe debe estar ya en tu despacho.

—Sí, pero ahora no estoy en mi despacho.

—¿No estás?

—¿Estás sordo?

—¿Estabas durmiendo?

—¿Me dices los resultados o no?

—Estás muy irritable.

Se controló para no soltar una grosería.

—¿Y bien? —dijo.

—Las muestras del maestro han dado positivo de 99'9%. Era el padre en los dos casos.

Liu colgó sin decir nada más.

Ya le tenían. Era hora de ir a por él.

---43---

El inspector llegó a la escuela antes que Josh y Hong, a pesar de hallarse más lejos, y no supo si atribuirlo a las ganas de atrapar al maestro, que le hicieron pisar el acelerador a fondo, o a que ellos habían ido en el coche familiar de Hong.

Puso a los dos detectives al corriente y entraron en la escuela.

Ordenaron al estudiante que les abrió que los condujese hasta el maestro. Atravesaron un salón donde se encontraba la detective Wang con varias personas más, entre ellas la mujer del director y la madre de Agnes, que estaba allí a pesar de la conversación con Liu horas antes. No dijeron nada a Wang, pero en cuanto los vio supo lo que pasaba. Casi se delató con una pequeña sonrisa de satisfacción, pero se contuvo por si su tapadera seguía siendo necesaria.

El estudiante y Liu llegaron a la habitación del maestro.

Este se levantó de su sillón apagando la televisión y les habló con su mejor sonrisa.

—¿En qué puedo ayudarlos?

—Queda detenido —dijo Josh mientras le empujaba contra la pared de forma brusca y acto seguido le esposaba leyéndole sus derechos, era evidente que tenía ganas de encerrarlo.

El estudiante, paralizado al principio por la sorpresa, intentó moverse hacia ellos, pero el inspector le apartó empujándole con una mano en el pecho.

El maestro miró al inspector a los ojos con una sonrisa desafiante.

—Está cometiendo un grave error.

Liu le miró sin decir nada.

—No sabe la clase de estudiantes que tengo. Me va a gustar ver cómo se pone en ridículo. Yo no he hecho nada.

El inspector hizo una seña a Josh que le condujo fuera. Al pasar por el salón, la mujer del director y el resto de estudiantes salieron al paso, la madre de Agnes permaneció en último término.

—Inspector Liu —dijo la mujer del director con cara de sorpresa al ver al maestro esposado—, ¿qué es lo que está pasando?

—Nos lo llevamos para interrogarle.

—Pero ¿por qué?

—El maestro es sospechoso de dos asesinatos.

—¡Ins-pec-tor Liu! —dijo en tono indignado y marcando las palabras —, ¡eso es ridículo!

—Tenemos nuestras razones —le dijo él siguiendo su camino.

Ya solo le faltaba tener que dar explicaciones no solo al director, sino también a su esposa.

—Llevadle a la comisaría —dijo a Josh y Hong, que metieron al maestro en el coche—. Allí nos vemos.

Lástima no haberle detenido en medio de una clase. Habría causado efecto, quizás les hubiese abierto los ojos.

Arrancó el coche y el rítmico y regular pulso de Glenn Gould en las Variaciones Goldberg le recibió en el CD. Se puso en marcha camino de la comisaría.

No le había gustado la sonrisa del maestro. Una sonrisa fría y prepotente, casi como si supiese que iba a librarse de todo. No vio en su expresión ni miedo ni preocupación; más bien regodeo.

Parecía disfrutar con la situación. ¿Estaría por encima del bien y del mal, como había dicho la madre?

Tenían por delante un interrogatorio muy duro. Y el que le hubiese visto la mujer del director iba a hacer que las cosas se precipitaran poniéndose más feas. No sabía hasta qué punto los iba a respaldar el comisario. Otra vez la presión del tiempo sobre sus cabezas.

—¡Le tenemos! —profirió Michael dando una palmada en el hombro a Vincent mientras le mostraba lo que acababa de encontrar: dos ingresos de elevadas sumas de dinero en la cuenta bancaria de Liu realizados en los últimos seis meses.

Vincent lo estudió unos segundos, mientras su amigo le observaba con una sonrisa en la boca.

—Desde luego que es una gran cantidad —dijo Vincent.

Michael asintió complaciente.

—Ya te lo dije.

—Pero…

—¿Pero qué? —dijo Michael abriendo los brazos.

—A los pocos días el dinero desaparece.

—¿Y qué importa lo que hiciese después con el dinero? Lo importante es que aceptó dinero, y esta es la prueba. Vamos —dijo cogiendo los papeles antes de que su compañero pudiese decir nada más.

Wang fue a despedirse del cocinero; si todo salía bien, no volvería a la escuela, pero no le encontró. Tampoco vio a la madre.

Le pareció raro que hubiesen salido antes de la cena, aunque pensándolo bien, con el maestro arrestado quizás ni había cena.

Abrió su paraguas, se puso sus inseparables auriculares y caminó hacia el metro para volver a casa y cambiarse de ropa antes de ir a la comisaría.

No quería perderse el interrogatorio, pero no deseaba presenciarlo vestida de oficinista ni con el uniforme de la escuela.

Sus temores se estaban haciendo realidad. Se habían llevado al maestro. Los iban a separar, iban a destrozar su familia. Una vez más. No podía permitirlo.

Todo era culpa de esa chica y del policía, husmeando como perros.

Algo hirvió dentro de su mente. Tenía que acabar con ellos. Iba a empezar por ella, si moría ahora no podrían culpar al maestro.

Cogió el cuchillo y fue a por el coche. Sabía dónde vivía.

Estaba casi llegando a la comisaría. No veía el coche de Hong delante, ¿habrían llegado antes que él? Eso sí sería un milagro.

Aunque, bien pensado, él arropado por el ritmo de la música no había conducido demasiado deprisa. Le gustaba mucho la música de Bach. En alguna parte había leído que una de sus piezas interpretadas por Glenn Gould surcaba el espacio a bordo de la sonda espacial Voyager como uno de los sonidos representativos de la Tierra. No tenía ni idea de si había vida inteligente fuera de la Tierra o no, pero, desde luego, no se le ocurría una música más extraordinaria para representar al ser humano.

El ritmo constante y el pulso uniforme le llenaban de una extraña calma, serenidad. ¿Pulso uniforme? Algo se movió luchando por acomodarse en su cerebro. Ritmo, pulso… Algo parecía que por fin iba a aflorar de su subconsciente, algo que había estado seguro de descubrir días antes, pero sin saber qué era.

Paró justo a la entrada del aparcamiento de la policía, notó como paraba detrás un Ford Explorer blanco y al fondo vio a Josh y Hong sacando al maestro del coche, pero no les prestó atención.

Cerró los ojos y se dejó llevar por la música… ¿Qué era lo que le había contrariado desde que salió de la escuela por primera vez?

Entonces estaba seguro de haber dado con la solución.

Respiró siguiendo el pulso que mantenía Gould en el piano…

Uno… Dos… Tres… ¿Qué era lo que sabía?

Soltó aire lentamente, todavía con los ojos cerrados, casi se sentía flotando.

Entonces, se produjo la revelación. En un instante todas las piezas se acomodaron en su cerebro, como si de un juego de Tetris se tratase, y se le presentó la solución, clara y precisa.

—¿Qué está haciendo? —le preguntaba Michael a Vincent dentro de su Ford Explorer—. ¿Por qué no entra en el aparcamiento? ¿Nos habrá visto?

Vincent se encogió de hombros.

—¿Pero y qué si nos ha visto? ¿Qué tiene que ver eso con que no aparque?

Michael giró la cabeza para mirar a su amigo pensando en la posible respuesta a eso.

Había cogido un taxi y bajado a varias manzanas de la casa de ella. No quería arriesgarse a que el coche quedase registrado en ninguna cámara cerca de allí.

Entrar en su edificio había sido fácil, además, no se había cruzado con nadie. Pero no había conseguido abrir la puerta de su casa, la cerradura era demasiado complicada.

No le molestó.

Lo único que tenía que hacer era esperar en la escalera. Nadie usaba las escaleras hoy en día si había ascensor. Además, estaban en un octavo piso.

Si había cogido el metro, no iba a tardar en llegar.

Se sentó en los escalones, se puso los guantes y sacó la porra, una similar a la que había usado cuando terminó con el hombre en el callejón.

El cuchillo era para más tarde.

Anticipar en su cabeza lo que iba a pasar cuando llegase le produjo cierta excitación.

Liu dio un golpe al volante lleno de rabia por no haber dado con la solución antes. Los pasos que había escuchado en la casa de Beatriz,

cuando pensó que el asesino había vuelto a la casa. El paso uniforme, uno…, dos…, tres… Esa misma cadencia al andar la había oído también en la escuela.

Sacó el móvil y llamó a la detective Wang. Al tercer pitido le saltó el buzón de voz. El inspector maldijo, se maldijo a sí mismo y maldijo a la detective Wang y a la maldita juventud con sus iPhone y teléfonos, ¿para qué los compraban si nunca los tenían encendidos?

Giró el volante y empezó a dar una vuelta en U. Tenía que volver a la escuela, y rápido.

Michael vio como Liu empezaba a dar la vuelta y un gesto de comprensión apareció en su cara.

—¡Se da la vuelta!

Vincent le miró sin comprender.

—¡Está claro! ¡Nos ha visto y se ha imaginado lo que está pasando!

Vincent puso cara de pocos amigos.

—No me irás a decir que se quiere escapar —dijo secamente

—. Esa sí que no me la trago.

—¡No, no escaparse! —dijo Michael perdiendo la paciencia, no podía entender cómo su amigo no lo veía igual de claro—, pero seguro que va a deshacerse de alguna cosa que le incrimine.

Vincent fue a responder algo, pero no le dio tiempo a hacerlo porque Michael pisó el acelerador cortando el paso a Liu.

Liu tuvo que frenar en seco al ver como el coche blanco le cortaba el paso. Dio varios pitidos y sacó la mano por la ventanilla haciendo señas para que el coche se moviese, pero no lo hizo.

Luego miró para atrás, pero allí no había otra salida, tan solo el aparcamiento de la policía. Entonces alguien se bajó del coche y vio que era Michael.

¿Qué querría ahora? No tenía tiempo para tonterías, cada minuto contaba. Bajó del coche y con tres zancadas se plantó delante de él.

—¡Mueve el coche!

—Ven a la comisaría, tenemos que hacerte unas preguntas —

dijo Michael de pie delante de su coche y gesticulando con la mano que no tenía en el bolsillo.

—Ahora no tengo tiempo para explicar nada, quita tu coche del camino —dijo gritando, puesto que se estaba poniendo nervioso—.

¡Es una emergencia!

Michael movió la cabeza con una sonrisa de triunfo en la boca.

—Sí, estoy seguro de que lo es, pero esta vez no te libras.

Liu no tuvo que pensarlo dos veces, con un repentino movimiento su puño relampagueó en línea recta y golpeó el estómago de Michael, que emitió un quejumbroso sonido al ser privado del aire. Liu había hecho uso del hombro, pero no había intentado ganar más potencia metiendo la cadera. No quería hacerle daño, solo aturdirle.

Vincent había salido del coche y, viendo el ataque a su compañero, reaccionó con un puñetazo a la cara de Liu. Este lo vio demasiado tarde y no pudo esquivarlo, lo que sí hizo fue inclinar la cabeza para que el puño golpease en la parte más dura del cráneo.

Eso molestó a Liu, pero le dolió más a Vincent, que soltó un gemido y se llevó la otra mano a los nudillos dañados. Liu aprovechó para lanzarle una patada frontal al pecho con la planta de su pie para empujarle contra la farola que había más allá en la calzada. Vincent la golpeó con fuerza, pero consiguió mantener el equilibrio y no caerse al suelo. Justo en el momento que Michael intentaba patear a Liu, este se giró y, deslizando su brazo por debajo de la pierna de Michael, denegó a la patada el recorrido necesario para que le golpeara con fuerza, lo que la hizo tan inútil como agua lanzada contra el mar; luego le levantó la pierna lo suficiente para cambiarle el centro de gravedad y, antes de que cayese al suelo y se golpease la cabeza contra el pavimento, le empujó hacia atrás con su mano libre. Salió volando y aterrizó encima de Vincent, que acababa de golpear la farola e intentaba no caerse. Los dos hombres chocaron contra ella uno detrás de otro y cayeron a su lado.

A vista de pájaro habría parecido una magnífica jugada de billar.

Liu se inclinó dentro del coche de Michael y metió la marcha atrás,

quitó el freno de mano y corrió a su propio vehículo.

El coche de Michael no se movió mucho tiempo; poco más de dos segundos fue lo que tardó en estrellarse contra el muro que había al final de la calle. Esta era pequeña y el coche se había movido poco, pero lo suficiente para que el Mitsubishi pasase por el espacio que había quedado libre. No pudo hacerlo sin arañarse contra un árbol cuando pasó a toda la velocidad que pudo alcanzar.

No era el primero ni el último de los arañazos con los que iba a ser castigado.

Josh y Hong vieron como el coche del inspector pasaba soltando chispas.

—¿Qué mosca le ha picado? —preguntó Josh.

Hong le respondió con la misma cara que puso a su hijo la primera vez que intentó enseñarle a jugar a un juego *online*: de perplejidad absoluta.

—Ya les dije que estaban cometiendo un gran error —dijo el maestro, todavía sujeto por la enorme mano de Josh y mirándolos con una gran sonrisa de satisfacción—. Está claro que él es el peligro público y la persona que deberían meter en la cárcel.

Josh no respondió, pero, con cara de pocos amigos, le metió en la comisaría.

Hong se quedó varios pasos atrás, rascándose la cabeza y mirando al sitio donde momentos antes había estado el coche del inspector. Luego sacó el móvil y le llamó, pero una vocecita le contestó diciendo que el número al que llamaba estaba comunicando.

---44---

El inspector entró en la escuela como si de un huracán se tratase, apartó al discípulo que le abrió y fue directo a la cocina.

Vacía. Miró en todos los pisos y habitaciones, ni el cocinero ni la detective se encontraban allí.

—¿Dónde está el cocinero?

—No lo sé —le dijo el discípulo—. Ha salido.

—¿Y la chica nueva?

—¿Quién?

—¡La chica nueva! —dijo casi gritando—. ¡Muy alta, pelo corto, ojos claros! —dijo casi atropellando las palabras.

—También se ha ido.

Salió escopetado mientras llamaba a Josh. Estaba comunicando. Liu maldijo a todos los cielos y llamó a Hong según arrancaba el coche.

—¡Es el cocinero! —le dijo cuando contestó.

—¿Qué?

—¡Mandad un coche patrulla a casa de Wang inmediatamente!

—dijo saltándose un semáforo rojo.

Llamó de nuevo a la detective, nada. Aceleró adelantando a varios coches a derecha e izquierda y sacó la sirena que llevaba en la guantera. Hacía meses que no la usaba, quizás ni funcionaba.

Abrió la ventana y la colocó en el techo del coche mientras la lluvia le acribillaba sin piedad. Funcionaba. Aceleró aún más. Tenía un mal presentimiento.

La detective Wang salió del ascensor cantando a coro con su MP3 el final de la canción mientras andaba por el pasillo. Había sido un largo día. La canción se acababa. Sacó las llaves para abrir la puerta.

La espera no había sido corta, pero el oír que el ascensor se paraba en el octavo piso actuó como un estimulante instantáneo.

Era ella.

Pero ¿no estaba sola? Se oían voces. No, solo se oía su voz.

Era ella, estaba cantando. Probablemente con ese aparato que siempre estaba oyendo. Tanto mejor, no iba a escuchar nada más.

Se incorporó y aferró con más fuerza la porra que tenía en las manos.

Abrió la puerta justo cuando la canción terminaba, por eso pudo escuchar un ruido a sus espaldas. Se giró instantáneamente, pero demasiado tarde. Tan solo alcanzó a ver una cara conocida, la del cocinero, que intentaba golpearla con algo. Quiso apartarse, pero no tuvo tiempo.

Sintió un fuerte golpe en la cabeza. Luego, todo se fundió en negro.

Había sido fácil. Más fácil de lo que había imaginado. Después de cómo le había tirado ella en la calle pensó que le iba a oponer más resistencia, hasta le había agradado la perspectiva de un poco de lucha. No, no le había agradado. Él tenía una misión. No iba a dejar que nada ni nadie le separasen del maestro ni de la escuela.

Ese era su hogar, su familia.

Se la cargó al hombro y la llevó hasta el baño. Era pesada.

La había golpeado fuerte, pero había tenido cuidado de no matarla. Iba a hacer que pareciese un accidente, se iba a dar un golpe en la cabeza y a morir ahogada en la bañera.

Le quitó la ropa y se la llevó a la cocina, donde encontró un cesto para la ropa sucia. Luego buscó en sus armarios y cajones y cogió varias prendas. Algo le excitó al registrar sus cajones. Estaba violando su intimidad, su vida privada, sus secretos. No pudo evitar oler la ropa interior. Era un olor agradable. Él no era un enfermo, pero la sensación le gustó.

Volvió al baño y la metió en la bañera, que ya se estaba llenando. No iba a tardar mucho.

Allí la tenía, desnuda, indefensa, completamente a su merced.

Podía hacer lo que quisiese. Sintió como el pene se le levantaba hasta ponerse rígido. No lo entendía, no le había pasado antes.

¿Acaso era su belleza lo que le excitaba? Se quitó un guante y metió la mano en el agua, donde no tenía que preocuparse de dejar huellas. Luego

recorrió con lentitud el cuerpo de ella con su mano, y se dio cuenta de que no era su cuerpo desnudo ni su belleza lo que le había excitado. No, no era eso. Con las otras había sido demasiado rápido. No había tenido tiempo para disfrutarlo, ahora se daba cuenta de que le había gustado acabar con ellas. Sí, había disfrutado. Y ahora iba a disfrutar más.

Iba a ver cómo toda esa belleza, toda esa vida la abandonaba y quedaba reducida a un cuerpo.

Comprobó que el agua estaba templada, no quería que recuperase el conocimiento antes de tiempo. Entonces oyó el timbre, alguien estaba llamando a la casa.

Había dejado las luces apagadas y el baño estaba lejos de la entrada, dudaba que el agua se oyese desde allí. ¿Sería la policía?

Sacó el cuchillo del bolsillo.

Mejor matarla ahora para no correr riesgos.

Se dirigió al salón sin hacer ruido. Contuvo la respiración y miró por la mirilla. Allí lo vio. Era ese maldito policía, estaba intentando abrir la puerta. Iba a tener que matarlo aquí también. Se escondió detrás del armario con el cuchillo en la mano. Si entraba, se lo iba a clavar antes de que pudiese reaccionar.

Llamó al timbre repetidas veces, pero nadie contestó. Golpeó la puerta con las manos. Nada. Estaba nervioso y las gotas de sudor le brotaban de la frente. Wang podía estar en peligro, quizás le había pasado algo ya. No, no. Alejó esos pensamientos de la cabeza. No le ayudaban. Pensó en derribar la puerta de hierro, pero no se veía capaz de hacerlo de una patada. Lo más probable es que se rompiese algo si lo intentaba. Sacó las herramientas del bolsillo y se puso a abrirla. Intentó relajarse, se estaba poniendo cada vez más nervioso, el corazón le latía frenéticamente y las manos le sudaban.

Estaba tardando más de lo necesario. Cogió aire de nuevo con una honda inspiración y logró calmarse. Lo intentó otra vez; al fin el

hierro se acopló donde debía y oyó el clic que esperaba. La puerta se abrió. El inspector llevó la mano al interior de la chaqueta, pero al sentir el hueco recordó que la pistola seguía guardada en la comisaría. Cogió aire y cerró los puños, su única arma disponible.

Luego, entró con cuidado.

Él vio cómo entraba, lento y con cautela. Pero tenía las manos vacías, no llevaba pistola. Esto sí que iba a ser fácil. Le dejó dar un paso más, ya le tenía delante de él y de espaldas. Salió de detrás del armario y con un movimiento del brazo derecho bajó el cuchillo con todas sus fuerzas y lo más rápido que pudo para clavarlo en la espalda del policía.

El inspector no oyó nada, pero le vio por el rabillo del ojo. No hay una buena ni una mala manera de usar un cuchillo, son todas peligrosas siempre que el que te lo quiere clavar lo esté sujetando por el mango y no por el filo. Pero sí hay formas expertas y no expertas. El cocinero le atacó de la más lenta y peor forma posible, con un movimiento circular de arriba abajo; y el inspector sabía qué hacer. Habían sido muchas sus peleas contra cuchillos, el arma preferida en las calles. Su cuerpo tenía varias cicatrices que lo atestiguaban y que en otra época había llevado como si fuesen medallas.

Vio el movimiento a cámara lenta. Según se acercaba el cuchillo giró el cuerpo al exterior y lo desvió con la parte anterior del antebrazo, para que en caso de que le cortase no fuese en una vena, y con un golpe seco de la otra mano rompió la muñeca del cocinero haciendo saltar el cuchillo por los aires. Luego le dio un codazo en la sien y notó como sus piernas cedían. Por si acaso le sujetó la cabeza con la mano izquierda, y antes de que cayese le propinó otro codazo a la sien. Esa era otra cosa que había aprendido cuando alguien te ataca con un cuchillo: no le des la oportunidad de que vuelva a hacerlo. La piedad es el peor amigo de la sensatez.

El cocinero cayó como un peso muerto.

Nadie se levanta después de dos codazos en la sien, pero por si acaso sacó las tiras de plástico para embalar que usaba en vez

de esposas (le parecían un incordio) y le aprisionó con ellas manos y pies. Luego corrió al baño de donde salía ruido de agua y esperaba encontrar a Wang.

Y la encontró.

Allí yacía, inmóvil, en la bañera.

Se arrodilló junto a la bañera. Estaba algo incómodo por la desnudez de ella, pero tenía que asegurarse y se obligó a recorrerle el cuerpo con la vista. No había heridas visibles ni rastros de sangre.

¿Por qué parecía no respirar? ¿La habría ahogado?

Buscó su pulso en el cuello, con los ojos fijos en el agua, un agua que todavía estaba protestando tras haber sido perturbada, pero lo que vio no fue ese movimiento del agua, sino una sucesión de imágenes de ella: el primer día cuando se presentó en la escena del crimen, sus continuas disputas con Josh… ¿Sería otra persona más a la que había perdido, así sin más? ¿Otro buen policía que se iba antes de tiempo? ¿Otra persona que se había cruzado en vida, sin haber podido dejar una huella mayor? Tras un momento que se le hizo eterno, notó lo que había estado esperando, ese débil palpitar que era prueba de vida. Tenía pulso.

Soltó un suspiro de alivio mientras la sujetaba la cabeza y la llamaba varias veces por su nombre.

Seguía inconsciente, así que le dio un par de cachetes y la sacudió levemente hasta que volvió en sí; lo hizo de manera brusca, gritando y apartando la mano del inspector de un manotazo.

Recordando el ataque del cocinero, pensó Liu. Wang se calmó y habló con dificultad.

—Es el cocinero —dijo.

Liu asintió con la cabeza.

—Ya lo tenemos.

Sus ojos conectaron con los de él, como dándose cuenta por primera vez de quién era. Entonces comprendió todo.

Liu se estiró para alcanzar la toalla y cubrirla con ella. Antes de que pudiera hacerlo ella se incorporó y le abrazó tratando de esconder un pequeño sollozo, apretándole con los brazos, como si esa proximidad pudiese neutralizar de alguna manera su desnudez, o quizás simplemente agradecida por el hecho de seguir con vida.

El inspector, que momentos antes había visto el movimiento del cocinero como a cámara lenta, no fue capaz de anticipar este repentino y emocional abrazo. Desprevenido, no supo qué hacer, pero acabó poniendo las manos en su espalda, abrazándola también.

¿Por qué no había llegado la patrulla de policía? Ya había pasado demasiado tiempo. Más tarde se enteraría de que había habido un accidente de tráfico a tres calles de donde se encontraban.

—Gracias.

Tardó en responder, incómodo, en un territorio desconocido para él.

—Tú habrías hecho lo mismo —dijo por fin.

El agua del cuerpo de ella le había empapado el traje y las gotas se deslizaban por sus pantalones y mojaban sus zapatos.

Justo el día que menos llovía, pensó.

Permanecieron allí abrazados, sin decir nada.

Al fin ella se separó ligeramente de su cuerpo, empujando un poco con sus brazos, lo justo para poder mirarle a los ojos. Era un poco más alta que él, pero sus pies descalzos hacían que quedasen a la misma altura.

El inspector se la quedó mirando, algo inquieto por lo que pudiese suceder ahora.

—No vuelvo a usar auriculares.

Liu, que aunque hubiese querido no habría sabido qué responder, fue salvado por su móvil, que en ese momento empezó a vibrar entre ellos, evitándole tener que decir nada.

Mientras ella se cubría con la toalla, metió la mano en el bolsillo interior de la chaqueta y sacó el móvil. Se separaron un poco avergonzados por el repentino cosquilleo del aparato entre los cuerpos.

Era su hermana. La llamada fue muy breve.

En un momento, la muerte había pasado de perdonar una vida a llevarse otra.

Allí, de pie, se abrazó de nuevo a ella pensando en la maldita ironía de que no hubiese muerte sin vida, de que no hubiese vida sin muerte.

El maestro se había negado a hablar y esperaban a su abogado.

El cocinero no lo pidió y esperaba solo en la sala de interrogatorios, con el antebrazo ya escayolado, a que entrasen a interrogarle.

El inspector lo contemplaba por la ventana, intentando decidir cómo proceder. Tenía poco tiempo. Después de encontrarse con la mujer del director y del incidente con Michael estaba a punto de caerle el cielo sobre la cabeza. Si tenía una oportunidad, era esta.

Tenía que hacerle confesar. ¿Pero cómo conseguirlo? El mayor fallo de la investigación fue no sospechar del cocinero por no haber comprendido cómo era, y seguía sin saber cómo era el hombre.

Ni Hong ni nadie se atrevían a decirle nada viéndole tan concentrado.

Liu entró en la sala, se quitó la chaqueta del traje y se arremangó la camisa dando a entender que no tenía ninguna prisa.

Comprobó que la cámara tenía la luz en rojo grabando y dijo la fecha, la hora, el nombre de los presentes y le leyó sus derechos de nuevo para que el hombre corroborase frente a la cámara que los había entendido; no era el momento de cometer ningún error burocrático.

Una vez seguro de haber evitado cualquier posible problema legal futuro, puso los brazos en la mesa y apoyó la barbilla sobre las manos contemplando al hombre. Le miró a los ojos, quería tratar de percibir los motivos de sus actos. El hombre le sostuvo la mirada, con expresión vacía. ¿Era una pobre marioneta manejada por el maestro? ¿Le tenía lavado el cerebro hasta el punto de matar por él? Una hora antes le había atacado con un cuchillo, sin dudar, para matarle. No había alcanzado a ver su expresión en ese momento, no sabía qué locura le llevaba a matar. Ese desprecio por la vida humana, esa falta de sentimientos ¿era solo suya o el resultado de la manipulación del maestro?

Necesitaba tantear al hombre y observar sus reacciones.

—No naciste en Taiwán. ¿De dónde eres?

El hombre le miró, luego bajó un poco la vista y movió la boca recordando, pero no dijo nada.

—Esta es mi casa.

—¿Pero vienes del continente?

El hombre asintió con la cabeza.

—¿Cuánto tiempo llevas trabajando en la escuela?

—Siete años.

—¿Y practicando *qigong* y yoga?

—Trece años.

Liu se movió un poco en la silla.

—¿Por qué lo haces?

Le miró sopesando si responder o no.

—Es bueno para la salud —dijo finalmente.

—¿Te duele? —le dijo señalándole la mano escayolada.

El hombre se tocó la mano por un momento, y le miró con ojos de rabia.

—Intentaste matarme —recordó Liu.

Él se encogió de hombros.

—Quiero hablar con el maestro.

Liu negó con la cabeza.

—Eso es imposible.

El hombre no dijo nada, pero Liu captó un pequeño cambio en su expresión.

Estaba detenido por intento de homicidio, interrogado como sospechoso de otros tres crímenes, y su expresión solo había cambiado al mencionar al maestro. Había hecho la llamada a la que tenía derecho, pero no al maestro. ¿A quién había llamado? ¿O no había llamado a nadie?

El inspector se levantó y salió un momento de la sala. Fuera le sorprendió ver a sus tres detectives reunidos delante del cristal y no en

los monitores; parecía como si todos necesitaran estar lo más cerca posible.

—¿Ha hecho la llamada? —preguntó a Hong.

—Sí —respondió este—, pero parece que no ha hablado con nadie. Ha sido cosa de segundos.

Liu asintió y volvió a la sala.

—El maestro no puede ver a nadie —le dijo recuperando su sitio—. Está detenido y hablando con su abogado.

Otro casi imperceptible cambio en la expresión del hombre y un destello en sus ojos tampoco le pasaron desapercibidos. Ahora ya tenía una idea de qué botones pulsar.

—Probablemente están decidiendo la manera de culparte de todo solo a ti.

El hombre fue a decir algo, pero se contuvo.

La voz del comisario obligó a los detectives a apartar la vista del cristal.

—¿Qué está pasando?

Hong empezó a responder.

—Encontramos la conexión entre las víctimas en la escuela de yog…

—Dame la versión corta —dijo el comisario interrumpiéndole, con poca paciencia y haciendo un gesto con la mano.

—Tenemos pruebas de que el maestro dejó embarazadas a las dos chicas y ahora está en otra sala hablando con su abogado —

dijo Hong atropelladamente—. El hombre al que está interrogando el inspector es el cocinero de la escuela, ha intentado matar a la detective Wang y al mismo Liu con un cuchillo.

—¿Ha confesado?

Hong negó con la cabeza.

—El director me ha llamado y está en camino —dijo el comisario acercándose al cristal y haciéndose un hueco entre los tres—; como Liu no se dé prisa, se producirá un desastre.

Todos callaron y continuaron contemplando el interrogatorio, más apretujados que momentos antes.

—Sabes lo que está pasando en la otra sala, ¿no? Tu maestro está diciendo que no tuvo nada que ver con las muertes. Él y su abogado van a hacerte responsable de todo y él saldrá libre y tú pasarás el resto de tu vida en la cárcel.

No dijo nada.

El inspector abrió la carpetilla y extendió varias fotos sobre la mesa, sabía que se le estaba acabando el tiempo.

—Posesión de un arma blanca, agresión a un policía, intento de homicidio… y tres homicidios premeditados. Si quieres librarte de la pena de muerte, tienes que decirme lo que sepas. ¿Por qué los mataste?

Se encogió de hombros, pero ni lo reconoció ni lo desmintió.

Parecía no afectarle.

Entonces el inspector comprendió algo; había estado yendo en la dirección correcta, pero lo estaba haciendo de manera errónea: el hombre no estaba preocupado por sí mismo, sino que temía por el maestro, quería protegerle. ¿Las había matado por orden de este o por iniciativa propia?

Recogió las fotos y abrió otra carpetilla; la que tenía los documentos del maestro. Sacó los resultados del examen forense y se los mostró.

—El maestro era el padre de los niños que esperaban, ya no hay manera de esconder eso. Así que planee lo que planee con su abogado, no le va a servir de nada porque va a pasar una buena temporada a la sombra.

Estuvo a punto de decir algo, pero se contuvo.

—Llevas viviendo trece años con él, ¿harías cualquier cosa por él?

—El maestro es un buen hombre. Me dio un hogar donde vivir.

—Lo puedo entender —dijo poniendo cara de comprensión—.

Es como tu familia.

Le miró a los ojos por unos momentos antes de responder.

—Es mi familia.

—¿Y por eso las mataste, porque el maestro te lo pidió?

Negó con la cabeza.

—¿O quizás te coaccionó para que lo hicieras?

Una sonrisa desdeñosa asomó en su cara.

—El maestro nunca coaccionaría a nadie.

—Porque es lo bastante inteligente como para conseguir que otros hagan lo que él quiere.

—Es una buena persona; nunca haría algo así.

Liu movió la cabeza de izquierda a derecha en un gesto de desacuerdo y empezó a hablar un poco más alto.

—Está todo muy claro, e igual que yo me lo creo, se lo va a creer el jurado —dijo sacando las fotos de las víctimas y poniéndolas al lado de los resultados de paternidad—. Dejó embarazadas a las dos chicas y, además, se acostaba con la madre de una de ellas —dijo levantando la vista para mirarle al decir esto —. Y luego se deshizo de ellas. Esos son los hechos tal y como los va a ver el jurado.

—¡Le estoy diciendo que no ha hecho nada! —dijo elevando la voz.

—¿No te coaccionó para que las mataras?

—No.

—Ni te lo pidió.

—No.

—¡Simplemente te lo ordenó, y tú, como buen perrito, hacías lo que te dijese!

—¡No! ¡Nunca me ordena nada!

—¡Porque tú siempre sabes lo que tienes que hacer! Es tu familia y sabes lo que el maestro necesita. ¡Por eso las mataste sin que hiciese falta que te dijera nada!

—¡Sí! Por eso las maté, ¡pero el maestro no sabía nada!

Liu soltó aire con alivio. Fuera, los gestos fueron más expresivos. Hong empezó a limpiarse el sudor y el comisario a toser.

Liu hizo una pausa mínima. Sabía que cuando alguien confesaba había poco tiempo para exprimirle más.

—¿Y qué hay del hombre del callejón? ¿Cómo supiste de él? —

preguntó, hablando en un tono más ligero y sacando la foto de este con indiferencia, como si lo que quedaba por hacer fuese solo rutina

—. ¿Por qué le mataste?

—Os estabais acercando. Tenía que alejaros de la escuela —

dijo encogiéndose de hombros.

—Y tú le colocaste el cuchillo para cargarle el muerto, pero el maestro no sabía nada.

Asintió.

Liu se reclinó en su asiento. Ahora sí tenía la confesión de los tres asesinatos y se tomó un breve descanso.

Por un momento, el primero de la noche, sus pensamientos se dirigieron hacia su madre y se le hizo un nudo en el estómago.

Esa fiereza en el hombre para defender a su maestro, por encima incluso de su vida, le resultaba difícil de asimilar. Había visto tal lealtad entre policías y hacía mucho tiempo, en las calles, entre «hermanos», como Cuchillo Huang. Defendía al maestro, con esa misma decisión, como si se tratase… de su familia. Sí, eso era. En su propio y enfermizo sentido, quizás estaba protegiendo a su familia.

Se resistía a creer que el maestro no le hubiese pedido nada, mucho menos que no estuviese enterado de los crímenes.

Pero nunca iba a conseguir que le delatase. A menos que… ¿A menos que pensase que el maestro le traicionaba? No, eso no iba a servir. Ya había visto su reacción ante la insinuación. No era la traición lo que le

afectaría, quizás el rechazo. Sí, eso podía ser.

Rechazo, sentirse excluido, fuera de la familia, repudiado.

Tenía que hacerle sentir eso para obtener una declaración que no fuese una mera confesión.

Se levantó. ¿El maestro realmente no sabía nada?

Y con esa reflexión, salió de la sala sin decir más. Tenía una idea.

---46---

—El maestro y el abogado han acabado —dijo Josh—. Ya está todo preparado.

Liu hizo un gesto con la cabeza y echó a andar. Todos le siguieron.

—Inspector —dijo el maestro sonriendo cuando se sentó frente a él—. ¿Vamos a tardar mucho? Tengo que atender mis clases, e imagino que usted estará ocupado después de su altercado con los otros policías, se le veía algo nervioso. ¿Está todo bien?

El inspector no dijo nada, pero puso encima de la mesa la carpetilla que llevaba y el teléfono que le había prestado Josh y que ya estaba grabando.

—¿Van a acusar de algo a mi cliente? —preguntó el abogado, seco.

—De momento solo queremos hacerle unas preguntas.

—Entonces le aconsejo que sea breve.

—Bien, iré al grano —dijo, pero se quitó la chaqueta lentamente, en un gesto que indicaba que él marcaba el ritmo de las cosas allí—. El cocinero ha confesado los dos asesinatos.

—¿El cocinero de mi escuela?

—Sí.

—Estoy atónito, inspector —dijo, todavía sin ocultar media sonrisa—. No tengo palabras.

—¿Quiere decir que no sabía nada?

—Evidentemente.

—¿Y no se imaginó ni intuyó nada?

—No.

—Pero usted ha dicho que conoce bien a todos sus estudiantes. Son como una gran familia.

—Sí, así es.

—Y, aun así, ¿está diciendo que no conocía bien a un hombre que vivía allí con usted desde hace trece años?

—Es diferente, inspector.

—¿El qué es diferente?

—Él trabajaba para la escuela, y yo le dejaba vivir allí.

—¿Me está diciendo que no era estudiante suyo?

—No propiamente dicho.

—Pero él iba a sus clases.

—Nunca captó la verdadera esencia de mis enseñanzas —dijo moviendo la cabeza en un gesto de desaprobación—. Solo hay que ver lo que ha hecho.

—Entonces solo era una persona que trabajaba y vivía allí.

—Así es.

—¿No era miembro de esa gran familia de la que habla?

—En efecto, nunca llegó a integrarse de verdad. ¿Pero a dónde quiere ir a parar, inspector?

Ya tenía lo que necesitaba, pero disimuló su propósito continuando con nuevas preguntas.

—Quiero llegar a esclarecer su posible participación en este crimen, es

decir, si le sugirió o de algún modo le coaccionó para que cometiese los asesinatos.

—No.

—No le pidió nada.

—No.

—¿Y nunca comentó con usted nada de los asesinatos?

—Mi cliente ya le ha dicho que no sabía nada —saltó el abogado—. ¿Cuántas veces va a tener que responder a la misma pregunta?

—Ahorrémonos tiempo —dijo el maestro, quien acto seguido se giró y susurró algo al oído del abogado. A este no le gustó nada lo que oyó y le habló también al oído gesticulando mucho. Finalmente se volvió al inspector.

—Mi cliente quiere someterse al polígrafo.

El inspector se quedó sin palabras, pero su falta de expresión no le delató.

¿A qué estaba jugando? ¿De verdad era inocente o creía poder engañar al polígrafo? ¿Acaso había empezado a creerse sus propias mentiras y se consideraba un dios por encima del bien y del mal como había dicho la madre de Agnes?

Liu sabía que era posible engañar al polígrafo. Él lo había pasado dos veces a petición propia. Quería saber si podía mentir sin ser cogido. Pidió autorización a sus superiores para su utilización, y a sus familiares y amigos que dieran al técnico que iba a usarlo una lista de preguntas cuya respuesta verdadera conocían. Él intentaría responder a algunas mintiendo y verían el resultado.

Dio numerosas respuestas falsas y el polígrafo solo detectó dos de las mentiras, y en otras tres respuestas la lectura fue ambigua.

La segunda vez dio respuestas falsas a todas las preguntas y la máquina no detectó ninguna. Luego explicó que cuando comenzaron las preguntas estaba en un estado de relajación total.

Cualquiera que lo consiguiera podía mentir sin ser descubierto.

El polígrafo era un aparato que se usaba pocas veces. Llegó el experto y se puso a conectar los sensores al maestro. Aparte de las

preguntas estándar, Liu le había preparado varias que consideraba claves.

Fuera de la sala de interrogatorios, todos observaban a través de la ventana de vidrio polarizado, más apretujados si cabe al encontrarse Liu entre ellos.

—¿Qué está intentando? —preguntó Hong.

—Pronto lo sabremos —dijo el inspector.

—Parece que está disfrutando —dijo Josh, asqueado.

—Le gusta ser el centro de atención —prosiguió el inspector—.

Y se alimenta del poder que tiene sobre sus estudiantes, vive de él; ha empezado a creerse que puede hacer todo lo que le plazca.

—Degenerado de mierda —dijo Josh.

Luego se hizo el silencio, porque comenzó el interrogatorio. Las respuestas tenían que ser sí o no. Se empezaba con unas preguntas de control cuya respuesta era unívoca para establecer que la máquina funcionaba correctamente.

—¿Su nombre es Li Mai-Shen?

—Sí.

—¿Tiene usted 45 años?

—Sí.

—¿Vive usted en la calle Nanjing?

—Sí.

—¿Es usted varón?

—Sí.

—Hoy es treinta de enero.

—Sí.

—Hoy es lunes.

—Sí.

—La Tierra tiene solo un satélite.

—Sí.

—¿Es usted soltero?

—Sí.

Aunque sabía que no podía abrir la boca, el abogado permanecía al lado de su cliente con los ojos puestos en el interrogador, dispuesto a saltar en cuanto pensara que la entrevista estaba perjudicando a su cliente.

—¿Ha tenido relaciones con alguna de sus estudiantes?

—Sí —dijo sonriendo.

—¿Ha tenido relaciones sexuales con alguna de sus estudiantes?

—Sí.

—¿Tuvo relaciones sexuales con Beatriz Lin?

—Sí.

—¿Tuvo relaciones sexuales con Agnes Hsu?

—Sí.

—¿Y con la madre de Agnes Hsu?

El maestro se volvió hacia la ventana y habló subiendo la voz.

—Inspector, esto se está poniendo muy aburrido, ¿por qué no entra usted mismo a preguntar lo que quiera?

Todas las miradas se volvieron al inspector, que tenía los ojos fijos en el vidrio.

—Si entras, el resultado del polígrafo va a quedar invalidado —

dijo el comisario.

Liu se encogió de hombros.

—Ya está invalidado, aunque puede que no lo sepa. Mejor que siga hablando, aunque no sacaremos mucho de ello. Mentir es su vida.

Estudió un momento más al maestro, y luego, haciéndoles un gesto de tranquilidad con la mano, entró en la sala.

Al momento y como si le hubiesen hecho una seña para que entrase, el director hizo su aparición en la sala como una marabunta.

—¿Qué está pasando aquí? —dijo acercándose al cristal—.

¿Qué está haciendo ese hombre detenido y por qué le está interrogando el inspector Liu, que está de vacaciones? —exclamó mirando al comisario.

El comisario le iba a responder, pero se puso a toser.

—¿Y qué hace conectado a esa reliquia? —dijo señalando a la sala.

—Él la solicitó —dijo Josh.

—Saquen a ese hombre de ahí inmediatamente —dijo el director haciendo un gesto a Hong.

Entonces el comisario levantó la mano para frenarlos, todavía tosiendo. El gesto sorprendió al director y le obligó a esperar que

acabase de toser.

—El cocinero de su escuela ya ha confesado los tres asesinatos —dijo el comisario con voz ronca.

El director tardó un momento en asimilar la información.

—¿Y lo tenemos grabado? —dijo de manera automática, siempre pensando en los aspectos burocráticos.

El comisario asintió.

—Bueno. —dijo el director—. Pero estoy seguro de que eso no tiene nada que ver con ese hombre.

—Ese hombre —dijo el comisario repitiendo sus palabras— ha admitido que tenía relaciones sexuales con las dos víctimas; además, los resultados de ADN demuestran que era el padre.

Eso frenó al director, su expresión cambió y se quedó pensativo por un

instante, cosa que aprovecharon todos para volver sus miradas al cristal donde continuaba el interrogatorio.

—¿Son sus estudiantes? —preguntó señalando las fotos de Beatriz y Agnes que había puesto sobre la mesa.

—Sí, ya lo sabe.

—¿Sabía que estaban embarazadas antes de que muriesen?

—Me está aburriendo, inspector.

—¿Lo sabía?

—Lo percibía en el ambiente.

—¿Era usted el padre?

—No lo sé.

—¿Tiene una responsabilidad con sus estudiantes? —preguntó sin cambiar de expresión.

—Sí, la tengo.

—¿Y le parece bien tener relaciones sexuales con una mujer y su hija?

—Le doy a mis estudiantes todo lo que necesitan.

Paró para mirarle por un momento.

—¿Piensan que es un buen maestro?

—Sí.

—¿Alguna vez ha coaccionado a alguna estudiante para que rompiese con su novio?

Se le borró la sonrisa.

—Yo no coacciono a nadie —dijo.

—¿Alguna vez ha sugerido a alguna estudiante que se separase de su novio?

—Sí —dijo con reticencia.

—¿Y de su marido?

—Ya le he dicho que hago lo necesario por mis estudiantes.

—¿Entonces es un sí?

—Sí —dijo irritado.

Fuera, el director jugaba nerviosamente con la punta de su corbata.

—¿Sus estudiantes le veneran?

—Tanto como yo a ellos.

—¿Harían cualquier cosa por usted?

—Igual que yo por ellos.

—¿Matarían por usted?

—No —dijo justo cuando el abogado se disponía a saltar.

—¿Pero harían cualquier cosa por usted?

—No matarían por mí, al igual que yo no lo haría por ellos.

—¿Está seguro de eso?

—Totalmente —dijo, la sonrisa le había vuelto a la cara. Estaba recuperando el gusto por el juego que él mismo había empezado.

—Bien, entonces. ¿El cocinero mataría por usted?

—No lo sé.

El inspector cambió de posición en la silla.

—¿Es cierto que aprendió budismo con Buda?

—¿Qué pretende con esto? —dijo el abogado saltando—. No es una pregunta relativa a los asesinatos. No la contestes —dijo.

—Sí, no es necesario —dijo el inspector mirando al abogado e ignorando al maestro—. Si su cliente no quiere responder a la pregunta, que no lo haga.

—Es cierto —dijo el maestro.

El inspector volvió a mirar de reojo al experto.

—¿Aprendió budismo con Buda?

—Sí.

—¿Le gusta beber té?

—Sí —respondió de forma un poco inconsciente.

—¿Practica yoga?

—Sí.

—¿Las mató usted?

—No.

—¿Es verdad que le atraen sexualmente los hombres?

La sonrisa del maestro desapareció a tal velocidad de su cara que parecía no haber estado nunca allí.

El abogado se levantó de la silla.

—¿Qué rayos es esto? —exclamó.

El inspector abrió las dos manos en señal de paz.

—Fue su cliente el que me pidió que entrase a preguntar lo que quisiera. En cualquier caso, es algo del todo normal, no hay nada de lo que avergonzarse.

—Terminemos ya con esto —le dijo el abogado al maestro. Este le miró e hizo una seña para que se sentase. El abogado, claramente fastidiado, volvió a decirle algo al oído, pero le ignoró haciéndole sentarse.

—No es cierto —dijo dirigiéndose al inspector con unos ojos que parecían querer fulminarle.

—¿No le gustan los hombres?

—No.

—¿El cocinero sabía que estaban embarazadas?

—No lo sé.

—¿Hizo algo para hacerle saber que lo estaban?

—No.

—¿Le pidió que las matase?

Su sonrisa había vuelto a la cara.

—No —dijo saboreando la palabra.

—¿Le dio a entender de alguna manera que quería que muriesen?

—No —repitió con tono de satisfacción.

—¿Alguna vez le expresó su descontento con ellas?

—No.

—¿Está seguro?

—Sí.

—¿Y alguna vez deseó que estuviesen muertas?

Su sonrisa se hizo más pequeña y no contestó.

El inspector repitió la pregunta.

—¿Deseó que muriesen?

—Si por muerte se refiere a la trascendencia del karma, entonces claro que sí.

—¿Cree en la trascendencia del karma?

—Sí, por supuesto.

—¿Y nunca le comunicó a nadie sus deseos de que el karma de ellas trascendiese?

—No —dijo con una sonrisa de complacencia.

El inspector hizo una seña al experto para que recogiese.

—Creo que es suficiente —le dijo al abogado.

—¿Está satisfecho, inspector? —preguntó el maestro.

Le ignoró.

—Si no les importa, necesitamos unos minutos para comprobar que todo ha salido correctamente —dijo señalando a la máquina—.

Les traerán una taza de té mientras esperan.

Salieron de la sala.

---47---

Un agente sirvió el té. El inspector necesitaba tiempo.

—Mejor que no toques eso —le dijo el abogado al maestro señalando la taza de té.

El maestro, como si todo lo que necesitara para hacer algo fuese una sugerencia en contra, se llevó la taza a la boca y dio un buen sorbo.

—Es un té mediocre —dijo.

En la sala, al otro lado de la pared, Liu hablaba con el director.

El resto los habían dejado solos.

—Ha seguido metiendo las narices donde no debía a pesar de que le ordené lo contrario.

—Tenemos al asesino; ya ha confesado los tres crímenes.

—Sí, ¿pero a qué precio?

Contuvo sus ganas de estrangularle. Cada vez le molestaban más sus comentarios extemporáneos, maliciosos, estúpidos, insensibles…

—Le dije que iba a resolverlo cayese quien cayese —dijo entre dientes.

El director movió la cabeza de derecha a izquierda.

—Ha montado un buen lío.

Y todavía no sabe lo del coche de Michael. A pesar de todo, le gustó pensar en su cara cuando recibiese la noticia.

—Todo estaba relacionado con la escuela y no con Cuchillo Huang.

—Todavía tiene muchas cosas que explicar, entre ellas grandes sumas de dinero. Voy a pensar lo que hago con usted —dijo el director señalándole con el dedo— y decidir si merece la pena sacarle de este embrollo. Espero un informe mañana en mi despacho a primera hora. —Dicho esto dio media vuelta y se fue.

¿De qué dinero estaba hablando? Y embrollo el que tenía él mismo; tres días antes, para quedar bien, había salido en televisión dando por cerrado un caso que no lo estaba. A ver qué hacía para cambiar eso.

Se reunió en la otra sala con el resto de los detectives. El experto les comunicó que los resultados estaban invalidados porque la prueba no se realizó de la forma adecuada. Las respuestas que dio hasta que entró el inspector eran verdaderas. De las posteriores parecía decir la verdad cuando contestó que no las había matado, ni había pedido ni incitado a nadie a que lo hiciese.

—Pero casi seguro que estaba mintiendo cuando dijo que creía en la trascendencia del karma —dijo el experto.

Liu le dio las gracias.

—Ni siquiera se creía las cosas que vendía —concluyó Liu.

Le dijo algo a Josh en voz baja y después los dos sincronizaron la hora en sus relojes.

El inspector volvió a la sala en la que seguía el cocinero, que ya había firmado su confesión.

—¿Todavía quieres hablar con el maestro? —le preguntó.

—Sí.

—Acabo de hablar con él, pero resulta que el maestro no quiere hablar contigo.

Le miró sin pronunciar palabra.

—¿No me crees?

No dijo nada, pero el inspector podía ver que no le creía.

—Está sorprendido de que seas el asesino —dijo mirando su reloj—. Pero ha dicho que lo entiende, puesto que tú no eras su discípulo. Solo eras un empleado a su servicio, alguien que no pertenecía a su familia, alguien que nunca se integró bien ni llegó a captar sus enseñanzas.

Aparentemente seguía sin creerle; el inspector pensaba que, aunque no estaba seguro de que le mintiera, había decidido no creerle.

—Puedes escucharlo tú mismo si no me crees —dijo sacando el móvil de Josh y poniendo la grabación.

Le observó con atención mientras la escuchaba, buscando los cambios que esperaba se produjesen en él.

—No le debes nada —dijo cuando terminó la grabación—. No siente nada por ti, no le importas nada. Te estaba utilizando. ¿Por qué no me cuentas la verdad? ¿Te pidió que las mataras?

Aunque algo había cambiado en él, negó enérgicamente con la cabeza.

El inspector miró su reloj, era el momento. Hora de jugar el último as. Se incorporó y le levantó de la silla.

—Vamos —dijo.

El inspector llevó al cocinero a la zona de detención, Josh acompañaba al abogado y al maestro hasta el ascensor. Se cruzaron en medio de la oficina.

—¡Maestro! —exclamó el cocinero, el inspector le estaba sujetando del brazo, pero sin fuerza.

El maestro le miró sin decir nada.

El cocinero se revolvió un poco y consiguió zafarse de las desganadas manos de Liu. Se plantó delante del maestro en dos pasos y se miraron por un momento; trataba de descifrar la expresión del maestro.

—Todo lo que he hecho ha sido por nuestra familia —le dijo.

El maestro retrocedió medio paso y le clavó una mirada más fría que el hielo que ya sentía en sus entrañas el cocinero.

—No me llames así —gruñó asqueado—, yo no soy tu maestro.

El cocinero intentó decir algo, pero no logró articular palabra.

—Siento vergüenza —dijo el maestro subiendo la voz—, tantos años conmigo y no has aprendido nada. ¿Es verdad lo que dicen?

¿Cómo pudiste hacer algo así?

El cocinero le miraba, perdiendo las fuerzas, las piernas le flaqueaban, parecía que su cuerpo se estaba desinflando.

—Pero… —logró murmurar— somos familia.

—¿Familia? —El maestro le miró con desprecio y repugnancia

—. Tú no eres nada nuestro. Y nunca lo has sido. No quiero volver a saber de ti —dijo dejándole atrás sin mirarle. El abogado le siguió, contento de salir de allí con su cliente.

El inspector agarró de nuevo el brazo del hombre, que había empequeñecido; tenía los hombros hundidos, la mirada ausente.

—Esa es la clase de hombre que estás protegiendo. Dime la verdad, te sentirás mejor.

Beijing, 1973

Una voz le estaba llamando. Pero era una voz lejana.

Dime la verdad, te sentirás mejor…

Estaba jugando por la casa cuando oyó un tremendo estruendo y ruido de golpes secos. Inmediatamente lo acompañaron unos desgarradores aullidos de gente horrorizada, él no sabía qué estaba pasando. Después, mucho tiempo después, se enteraría de que lo que acababa de oír había sido ruido de disparos. Y después, también mucho tiempo después, se enteraría de lo que habían llevado en las manos los hombres que irrumpieron en su casa. Eran pistolas.

Esa es la clase de hombre que estás protegiendo…

Pero tan solo mucho tiempo después; entonces solo tenía cinco años, le dijeron. No entendía nada de lo que estaba pasando. Tan solo podía notar la angustia de su madre cuando se abrazaba a él y a su hermana. El miedo en sus ojos. Le susurraba que todo iba a salir bien, pero el miedo la traicionaba en esos ojos que le seguirían mirando cuando entraron los hombres y se la llevaron. En esos ojos que luego él recordaría toda su vida.

Alguien le levantó, estaba flotando, no creía que fuese real, le llevaban por el aire, no recuerda sus caras, tan solo sus botas, las pistolas, el rojo de los brazaletes en sus uniformes. Él estaba flotando, pero su padre estaba en el suelo, sin moverse, junto a un charco, también de color rojo. No le veía la cara. A él le sacaron por la puerta, todavía flotando, sostenido por brazos uniformados. Le metieron en un camión. No era el único, dentro había otros niños, como él, extraños todos.

Luego se lo llevaron muy lejos, al campo, rodeado de más extraños, donde le obligaron a hacer cosas que nunca había hecho,

«reeducación», las llamaban.

Nunca volvió a ver a su madre. Nunca volvió a ver a su hermana.

Había perdido a su familia.

Solo mucho tiempo después había podido encontrar su lugar, una familia nueva, un sitio al que pertenecía.

Lo había encontrado aquí, con el maestro. Su familia.

Y ahora también lo había perdido.

Dime la verdad…

Se había quedado solo.

Miró al inspector, pero no le vio. Sus ojos no veían lo que tenía delante, se encontraba en un lugar muy lejano. Algo había muerto en sus ojos. ¿La esperanza?

El inspector se había equivocado. Allí, mirándole a los ojos, supo que no iba a determinar la culpabilidad del maestro con la ayuda de este hombre.

Se lo llevó.

Varias semanas después, en el juicio, el cocinero tampoco pronunciaría palabra.

Así permanecía cuando le internaron. Muerto para el mundo.

Ú

---Último---

El día estaba nublado y la lluvia acosaba a los que entraban en la funeraria del sur, acelerándoles un paso que de otra manera habría sido mucho más lento, más en consonancia con el estado anímico que le acompaña a uno en semejante lugar.

El martilleo de los tamborcitos y los cánticos recitando sutras recibían a los visitantes al entrar en la sala.

El inspector estaba a la derecha. Su hermana a la izquierda. En el centro, encima de un alargado altar, descansaba la foto de su madre acompañada de candelabros, campanas, papeles rojos, floreros, quemadores de incienso, platos para las ofrendas… Todo lo que el monje usaba para oficiar la ceremonia. Detrás, fuera de la vista, estaba el ataúd de madera en el que iba a ser cremado el cadáver al concluir la ceremonia.

Hacía mucho tiempo que a Liu le había dejado de importar si había algo después de la muerte, pero su madre, educada en una larga tradición taoísta, fue muy específica antes de morir. Para cumplir sus deseos, organizaron un funeral de acuerdo con las costumbres.

Sabía que la muerte de su madre había sido un alivio para ella.

La liberó, tras muchas semanas de dolor. Una noche que no podía dormir le había dicho que solo tiene sentido sufrir cuando hay varios finales posibles. Que vivir en medio del dolor, cuando solo es posible un final inevitable y cercano, no tenía ningún sentido. Recordando sus palabras, Liu pensó que no quería acabar como ella, viejo, dolorido, vencido por la enfermedad. Prefería irse sano, sin enterarse; o como decía Billy Wilder: pasados los cien años y en la cama con la mujer de un enemigo.

Los detectives ya habían presentado sus respetos y se habían quedado en la sala. Los visitantes que ahora entraban lo hacían por el lado del inspector, le daban el pésame, pasaban por delante de la foto de su madre y por último le presentaban los respetos a su hermana, antes de

abandonar la sala por ese lado.

El monje se movía alrededor de la mesa, agitando una campanita, recitando sutras. Nadie le prestaba mucha atención.

Fuera, tres BMW negros estacionaron a la entrada de la funeraria. El encargado de la seguridad se acercó con más prudencia que convicción, pensando cómo decirles que no podían aparcar allí, pero cuando abrieron la ventana y vio quién iba dentro, se alejó sin decir nada.

Dos hombres trajeados se bajaron y abrieron la puerta de uno de los coches, por la que salió otro hombre de más edad. Echó a andar con paso firme hacia la sala. Los otros le siguieron tapándole con el paraguas. Él se frenó, cogió el paraguas de la mano de uno de ellos y les dijo algo. Se volvieron al coche, titubeando. Luego, el hombre entró solo. Era Cuchillo Huang.

Huang entró por el lado del inspector y le presentó sus respetos. Luego se quedó largo rato mirando la foto de la madre.

Después le dijo algo a la hermana y abandonó la sala. Al salir, sus ojos se cruzaron con los de la detective Wang, la única que le seguía con la mirada.

La detective sabía quién era y se quedó sorprendida por su presencia, picada por la curiosidad. ¿Qué relación tenía con el inspector?

Bastante tiempo después de que la ceremonia hubiese terminado y todos se hubiesen marchado, los hermanos abandonaron la sala.

La semejanza física entre ellos era notable. Hoy, además, los dos tenían el mismo caminar. Lento, pesado, cansino.

El director arregló todo calladamente; unas pequeñas reseñas bien enterradas dentro de los periódicos habían comunicado la detención de un inmigrante de procedencia china, responsable de los tres asesinatos, que trabajaba como cocinero en una escuela de yoga. El nombre del maestro no apareció por ningún lado.

Los policías recibieron la orden de no hacer comentarios a la prensa.

Nada se dijo en televisión. Las cadenas estaban ocupadas con la noticia más sensacional del momento: una chica perteneciente al

mundo de la farándula e hija de un conocido mafioso japonés había pateado en la cabeza a un taxista con ayuda de tres de sus amigos tras ser recriminada por el conductor por negarse a pagar un viaje.

Lo negó, pero las cámaras de tráfico habían registrado todo. El taxista la denunció y había escándalo garantizado para varias semanas.

Algunos periodistas, con Tori a la cabeza, habían intentado entrevistar al maestro, pero este se negó a hacer declaraciones.

También se negaron los alumnos conocidos y no habían conseguido la lista completa de los estudiantes.

Como nadie los relacionó con la escuela no hubo ninguna mención a la mujer del director ni a ninguna de las otras personalidades públicas que estudiaron en ella. Todos se alejaron de la escuela al saberse el resultado de la investigación y, en algunos casos, antes.

Tori no consiguió sacar nada más de Liu.

El cocinero no volvió a pronunciar palabra, ni siquiera al abogado que le había sido asignado. Estaba a la espera del juicio y de un examen psiquiátrico para determinar su estado mental.

El maestro había salido bien librado, sin ser acusado de nada y sin haber sufrido ningún escándalo, exceptuando el pequeño revuelo interno dentro de su escuela. Se había quedado con menos estudiantes, pero la escuela seguía funcionando con normalidad e incluso con un mejor menú que antes; algunas de las estudiantes se habían echado sobre los hombros la responsabilidad de cocinar.

Liu había dicho que iba a preparar algo para picar y que pasaran por casa si podían. Hacía tiempo que no tenía visitas.

Mantenía bastante limpia la casa, pero casi nunca cocinaba, era demasiado fácil dejarse vencer por la pereza y comer fuera.

Además, no era más caro.

Cuando empezaron a llegar sus invitados tenía la mesa lista con varias

bandejas repletas de marisco, champiñones, diversas verduras, rajitas finísimas de pollo, ternera, cerdo y cordero; todos los ingredientes cortados y listos para echar a la olla… En el centro, encima de un pequeño fuego de gas portátil, estaba la doble olla ya hirviendo, una mitad con caldo picante y la otra con caldo sin picante.

—¿Has venido en coche? —preguntó a Hong mientras cogía las botellas de cerveza que le había traído este.

—No. Y mi mujer está en el cine con los niños, hoy no tengo prisa.

Sabía que a Hong le encantaba la cerveza. La detective Wang le hizo un gesto afirmativo con la cabeza y el inspector abrió tres botellas. No se molestaron en coger vasos y las chocaron a modo de brindis echando un buen trago.

—¿Y Josh? —preguntó Liu.

—Desaparecido en combate —le contestó Hong con una sonrisa.

El inspector no se molestó, Josh era Josh y se imaginaba perfectamente en qué estaría ocupado.

Josh salió con su Audi del aparcamiento del Breeze Center, giró a la derecha y se detuvo en el semáforo rojo. A su lado iba Angel, una de las empleadas del banco. Con el caso ya cerrado tenía carta blanca para salir con quien quisiera. Era la tercera vez que quedaban y la había invitado a ver *Sherlock Holmes 2*. Angel llevaba el pelo recogido en una larga coleta que le caía por el escote de la espalda del vestido negro. Con sus zapatos de tacón era solo un poco más baja que Josh. Una ligera línea de rímel resaltaba unos ojos ya de por sí grandes y ahora posados en Josh.

—¿Qué te ha parecido la película? —preguntó este.

—Me ha dejado exhausta, ¡qué nervios! —dijo ella.

—Espero que no te haya dejado totalmente exhausta —dijo Josh mostrando sus hoyuelos y poniendo énfasis en el adverbio.

Ella le devolvió la sonrisa dándole un golpe en el brazo con la mano abierta y a modo de azote cariñoso.

—¿La peli es como tu trabajo?

—Más o menos.

—Parece muy excitante.

—Tiene sus momentos.

La luz se puso verde y Josh arrancó camino del motel en el que pasarían la noche. Se sentía feliz. No se habían producido más

asesinatos últimamente y creía haber encontrado a la mujer de su vida. Nunca había visto una piel tan blanca y suave como la de Angel, parecía de terciopelo; además, no se aburría hablando con ella y le gustaban los videojuegos. Angel le puso la mano sobre la pierna y Josh cambió de marcha para acelerar, camino del calor de la habitación que los estaba esperando.

Estaban todos en camiseta, acalorados por la proximidad de la olla y porque ya iban por la tercera botella de cerveza cada uno.

El gato, subido en la librería, observaba con leves movimientos de cabeza cómo subía hacia el techo el humo de la olla.

—¿Cómo se llama? —preguntó Wang.

El inspector se encogió de hombros.

—No tiene nombre.

—¿Y cómo le llama cuando quiere que venga?

Liu arqueó un poco las cejas antes de responder.

—Nunca le llamo.

Wang movió la cabeza con desconcierto.

—Hm, eso probablemente funciona.

—¿Un gato viene cuando le llamas? —preguntó Liu con curiosidad.

Fue el turno de la detective de devolverle una expresión de duda.

Él abrió las manos.

—Ahí lo tienes —dijo con un gesto triunfante.

Hong se levantó y, con pasos un poco tambaleantes, fue al baño por quinta vez en lo que iba de noche. Su vejiga se comportaba como un embudo con la cerveza, al momento la expulsaba. El inspector no se explicaba cómo podía ser que aun así estuviese un poco entonado.

La detective dio un buen trago de la botella de cerveza mirando a Liu.

—Señor… ¿Cuál es su historia con Cuchillo Huang?

El inspector sacudió su cabeza.

—Tú primero. Todavía no me has dicho por qué te trasladaron a Taipéi.

Ella le miró a los ojos, sin responder.

—¿Problemas con un superior?

—Hubo más que palabras —dijo ella asintiendo, tras haberlo pensado por un buen rato.

—No consta nada en tu expediente.

—Porque la razón estaba de mi parte.

—¿Y lo dejaste estar?

—Era un superior y le faltaban solo unos años para jubilarse, así que le jubilaron para evitar cualquier tipo de escándalo. Supongo que eligieron la mejor opción para el cuerpo.

—Me extraña que te conformases.

—No lo hice. Pedí venir a Taipéi y trabajar con usted. Lo vi como un ascenso en mi carrera.

—¿Hm?

—En Tainan tiene fama de ser uno de los mejores en su trabajo.

Esas palabras le sonaron como procedentes de otro planeta. La idea de que supiesen de él en Tainan y que tuviese algún tipo de fama le dejó totalmente perplejo.

Por suerte Hong volvió y le rescató de su asombro.

—Estaba pensando… —dijo sentándose— que nunca sabremos hasta

qué punto participó el maestro en los asesinatos.

Ni Liu ni Wang respondieron nada, inmersos en sus propios pensamientos.

—Por lo menos se ha quedado sin estudiantes famosos —dijo Hong captando que había interrumpido algo.

—No sé hasta qué punto los necesita —dijo Wang—, allí parecían todos bastante anónimos. Creo que le va a ir bien estén o no estén.

Hong la miró dubitativo y tuvo un momentáneo ataque de hipo.

—Lo más triste es que no creo que tarde en tener otros nuevos

—dijo el inspector.

Los dos le miraron y luego terminaron sus respectivas botellas en silencio.

—¿Más? —preguntó el inspector levantando la suya vacía.

—Sí, por favor —dijo Wang. Hong la secundó con un movimiento de cabeza.

Liu se levantó para traer más, dándose entonces cuenta de que él también estaba un poco entonado; todo acto tiene sus

consecuencias.

—Has pasado de afrontar la muerte y pensar que tu compañera había muerto a verla viva, para luego recibir una llamada diciendo que tu madre había muerto. Algunas de las experiencias más traumáticas que una persona puede afrontar, y todo en un momento —le dijo Hao Cheng, el psicólogo del departamento.

El inspector hizo un gesto con los hombros para quitarle importancia.

—No es para tanto, el hombre ni siquiera sabía cómo manejar un cuchillo.

El psicólogo le miró con cara de pocos amigos.

—Eso probablemente explica que cocinase tan mal.

—No estoy bromeando —dijo Hao haciendo un gesto de reproche con la cabeza—, deberías hablar conmigo.

Tan solo en una ocasión había hablado con un psicólogo y no había sido en calidad de paciente, sino de interrogador. Un antiguo caso en el que un endiablado psicólogo había matado a varios de sus pacientes. Después de eso no le habían quedado muchas ganas de confiar sus intimidades a ninguno.

Hizo un gesto negativo con la cabeza.

—No puedes ignorar la realidad —presionó—. Guardarse todo para uno mismo puede tener funestas consecuencias.

Tonterías, pensó el inspector. Antes, cuando tenía un problema le bastaba con comprarse un par de discos de música clásica, pegarse una sesión doble de entrenamiento o tomarse unas copas con Cuchillo Hua… ¿Cuchillo Huang? Esa sí podía ser una buena idea.

—¿Estoy obligado a hablar con usted? —preguntó, aunque sabía que no.

El hombre soltó un suspiro.

—Es opcional. ¡Pero aconsejable!

—Muchas gracias —dijo el inspector levantándose y cogiendo el paraguas—, me ha sido de gran ayuda. La terapia de verdad funciona —le dijo saliendo ya por la puerta.

Habían hecho pellas casi todos los días en las últimas tres semanas, jugando en los billares (ya eran casi adictos) y peleándose en las calles.

Pero la pelea de hoy había sido más seria.

Después de conocer a dos chicas en el puesto de salchichas asadas y hablado un buen rato con ellas, las invitaron a dar un paseo por la orilla del río.

No las conocían y no sabían que estaban con una pandilla rival.

Por suerte salieron bien parados, a pesar de recibir bastantes golpes ninguno había sido en la cara y sus ropas estaban manchadas, pero no rotas.

Ahora los dos muchachos estaban en la puerta de la casa de uno de ellos. Se arreglaron la ropa lo mejor que pudieron y se peinaron el pelo con las manos antes de llamar al timbre. Aun así, estaban todo sudados y era obvio el trajín que habían mantenido.

Una mujer muy arreglada y con cara afable les abrió la puerta.

—¿Has perdido las llaves? —Se calló al ver que su hijo venía con un amigo—. ¿Traes invitado?

—Encantado de conocerla, señora —dijo el otro chico sin esperar a que su amigo le presentase—, me llamo Liu Po-Han, somos compañeros de clase.

La mujer sonrió ante la formalidad del muchacho.

—Ya me gustaría que mi hijo fuese tan educado —dijo mirando a este.

—No le hagas caso —dijo el otro muchacho.

—Anda, pasad.

Los chicos lo hicieron y ella notó que su hijo caminaba de forma un tanto rara intentando no darle la espalda.

—¿De dónde venís? —preguntó.

—De la bolera. —Se habían puesto de acuerdo en decir esa mentira que volverían a usar muchas veces.

—A ver, déjame ver —dijo ella mirándole la espalda; la camisa era blanca y estaba sucia de haberse estado revolcando por el suelo

—. ¿Y eso? —preguntó—. ¡Te has puesto bueno!

—Hm, no sé —respondió él poniendo cara de inocente.

—¿No te habrás peleado otra vez? —dijo ella con cara seria.

—¡Que no, mamá! Ha sido un resbalón jugando a los bolos.

La mujer miró al otro chico en busca de una confirmación.

—Es verdad que venimos de la bolera, y le he dado una paliza

—dijo este señalando a su amigo con el pulgar y mirándola con cara de póker.

La mujer le aguantó la mirada para ver si se delataba poniéndose nervioso, pero el chico se quedó tan tranquilo. Luego, con una media sonrisa y otro comentario, se la ganó.

—Es que… en la bolera hay muchas chicas.

Tras un momento de reflexión, eso pareció convencerla.

—De tal palo tal astilla —dijo mirando a su hijo—. Anda, sentaos en el salón mientras os preparo un té.

—¡Eres un genio! —le dijo el chico cuando su madre se hubo ido a la cocina—. ¿Cómo se te ha ocurrido decirle eso?

El otro se encogió de hombros.

—No sé, es lo primero que se me ha pasado por la cabeza… —

No terminó la frase porque acababa de ver algo—. ¡Es un piano!

¡Tenéis un piano en casa!

—Sí —dijo su amigo con cara de indiferencia—, pero nadie lo toca. Yo empecé a aprender y me aburrí. Prefiero tocar otras cosas, ya sabes a lo que me refiero —dijo dándole a su amigo un codazo cómplice, pero este no se percató porque seguía ensimismado contemplando el piano de un cuarto de cola—. ¿Puedo probar? — preguntó.

—Sí, claro.

El chico saltó y se plantó delante del instrumento, recorrió las teclas con las manos y hundió varias de ellas; una sonrisa inundó su cara al oír los sonidos producidos.

—¡Enséñame lo que sepas! —le dijo al otro chico.

Este se acercó y empezó a enseñarle lo poco que sabía.

Cuando su madre apareció con el té, intentaba tocar la melodía recién aprendida.

—¡Da gusto oír que alguien lo toca! —dijo ella.

Al oírla, el chico dejó de tocar y sonrió; pero no despegó las manos del instrumento.

—¿Sabes tocar? —preguntó ella.

—Qué va —dijo el chico perdiendo la sonrisa—, no tenemos piano.

—Ah, pues puedes venir cuando quieras, da gusto que alguien lo toque en lugar de estar muerto de risa.

—¿De verdad? —preguntó él ilusionado.

La mujer asintió.

—Y a ver si así mi hijo se anima también y continúa estudiando.

Pero este hizo un gesto desaprobador con la mano.

Esa fue la primera vez que tocó; y desde ese momento, siempre que su amigo le invitaba aprovechaba para hacerlo.

Saliendo del pasado, Liu se giró para mirar a su amigo, ahora treinta años más viejo, sentado en el sofá junto a él. Llevaban callados un buen rato, abstraídos en sus propios pensamientos.

Nunca les había molestado el silencio y no sentían obligación de llenarlo de palabras vacías.

—Creo que Cucaracha quiere darte las gracias.

—¿Quién? —preguntó Liu.

Cuchillo hizo un movimiento con la mano como si estuviese manejando una navaja con ella.

Liu sonrió.

—Ah, ese. Lo dudo.

Cuchillo echó un buen trago de *whisky* después de sonreír.

—Que hayas resuelto el caso le ha evitado muchos problemas.

—Solo hacía mi trabajo.

—¿Hm? Creí que era el trabajo del *cowboy*.

Ahora fue el turno de Liu de sonreír, pero, en cierto modo, le puso triste pensar en Michael.

—Cuando éramos jóvenes las cosas eran más sencillas —dijo Cuchillo

—. Nos bastaba con trabajar, divertirnos, pelearnos y gastar lo que podíamos en bebida. No entiendo muy bien el mundo de ahora.

El inspector se encogió de hombros. ¿Qué podía decir ante la reflexión de Huang? Él tampoco tenía muy claro lo que le estaba pasando al mundo.

—Odio a las personas como ese tipo y los lugares como esa escuela —dijo Cuchillo continuando con su pensamiento.

Liu asintió con la cabeza.

—¿Quieres que me encargue de él?

El inspector levantó la ceja medio milímetro mirando a Huang.

—No.

Se miraron unos segundos.

—Ya sabes que mi trabajo es hacer respetar la ley.

—Yo pensaba que tu trabajo era evitar que escoria como esa haga daño a los inocentes. En eso te puedo echar una mano.

—No hagas que me arrepienta de haber venido a verte.

—Está bien —dijo levantando las manos en un gesto de resignación—. Como quieras.

El maestro estaba sentado, mirando por la ventana y tomando té. Giró el sillón para quedar de cara a ellos. Le acababan de entregar la citación para testificar en el juicio del cocinero. El inspector había querido traerla él mismo, aunque se salía de los procedimientos normales y no era su trabajo.

Se sentó sin esperar a ser invitado. La detective hizo lo mismo.

El maestro apoyó las manos encima de la mesa y, con una provocadora sonrisa, midió al inspector con los ojos y después a la detective.

—No has vuelto por clase.

Hubo un pesado silencio.

El inspector acercó su cara a la del hombre, que se giró para mirarle a los ojos.

—No vas a salir impune —dijo pronunciando marcadamente cada palabra.

El maestro amplió su sonrisa.

—Ya lo he hecho.

—Por ahora —dijo con palabras que salieron bajas pero cortantes.

—¿Me está amenazando?

Fue el turno del inspector de sonreír, con su antigesto.

—¿Qué dice? Soy policía. Mi deber es proteger a la gente.

Sostuvieron un pulso de miradas tratando de doblegar la voluntad del contrario.

Al final, el maestro se recostó en el sillón, todavía con la sonrisa en la boca.

El inspector se levantó.

—Tarde o temprano —le dijo dándose la vuelta.

El maestro se levantó y le habló a la detective.

—Puedo ayudarte.

Ella le miró sin decir nada.

—Puedo ayudarte a llenar el vacío que sientes aquí —le dijo señalando con un dedo al corazón y a punto de tocarle el pecho; eso le habría gustado a Wang, llena de ganas de descargar la impotencia que sentía a base de golpes.

—Sé perfectamente lo que quiero hacer con mi vida —dijo ella secamente.

—Yo sé tan bien como tú que eso no es verdad —la sonrisa seguía allí, mordiente, incisiva, perturbadora—. Piénsalo cuando estés en tu cama sola por la noche.

»¿Sabe? —dijo mirando ahora al inspector—. Usted y yo no somos tan

diferentes.

Él lo miró sin expresión alguna esperando que continuase.

—Los dos nos dedicamos a ayudar a la gente. La diferencia es que yo los ayudo en su paso por esta vida. Usted lo intenta cuando ya es demasiado tarde.

Liu no quería darle la más mínima satisfacción y, sin responder nada ni transparentar sentimiento alguno, le dejó allí y se fue.

Ya en la calle y resguardándose de la lluvia en el soportal, la detective habló.

—Tengo ganas de vomitar.

Hasta ese momento Liu creía que la había llevado a la escuela para ayudarla a superarlo, pero ahora sabía que había ido por él mismo. Necesitaba dar el caso por cerrado tanto o más que ella.

Hacía tiempo que tenían al asesino encerrado, pero el fantasma del caso seguía siempre presente, como una sombra que los atormentaba.

Anduvieron un buen rato sin decir nada.

—Le pillaremos —dijo con toda la seguridad que pudo—.

Vamos, te invito a un café.

La detective sonrió, consciente de su esfuerzo por alegrarla.

—Solo si me dice por qué no se toma el café, nunca le he visto dar un sorbo.

El inspector le sonrió con los ojos.

—¿Te has dado cuenta?

—No hace falta ser detective para ello.

Se tomó un tiempo para observarla antes de responder.

—¿Alguna vez has renunciado a algo tan solo para demostrarte que podías hacerlo?

Wang sonrió más ampliamente, le había hecho recordar su ingreso en el cuerpo; en parte por fastidiar a su padre y demostrarse que podía

hacerlo si quería.

—Un día dejé de tomar café, tan solo por eso. Nunca más lo he vuelto a tomar. Me encanta y lo huelo, pero cada día que pasa me recuerda que no lo necesito.

Wang le miró un tanto expectante, pero Liu no dijo nada más y se encaminó hacia la cafetería, cubierto por el tejadillo.

Liu subió al sexto piso y entró en el salón de Antivicio. Observó que en el tablón seguían las fotos de Cuchillo y su organización. Las miradas de los detectives se posaron en él, pero pasó de largo sin prestarles atención y entró en el despacho de Michael; la puerta estaba abierta. Michael estaba sentado en su mesa y en otra silla estaba Vincent, ambos inclinados sobre varios mapas que habían extendido en el escritorio.

Liu se acercó y se quedó de pie. Durante un momento no dijo nada, y dudó si había sido buena idea ir allí.

Vincent le miró con cierto escepticismo.

—¿Sabéis lo que nos distingue del resto de las personas? —

preguntó.

Los dos hombres esperaron que continuase.

—La capacidad de ver lo que ellos no ven, ver detrás de las apariencias, detrás de las cosas que se nos presentan a simple vista. Ser capaces de hacer preguntas que los demás no podrían ni imaginar —dijo Liu.

No le respondieron nada y casi lo agradeció.

—Por eso somos detectives —concluyó.

Luego metió la mano en la chaqueta y sacó un botecito de plástico que contenía un líquido de color marrón. Era un linimento que le había enseñado a hacer su maestro cuando aprendía *wing chun* y sus antebrazos sufrían cientos de golpes cada día. Estaba hecho de hierbas que había que fermentar durante semanas; una vez aplicado deshacía la acumulación de sangre y fluidos restaurando la circulación y reduciendo el dolor y la inflamación.

—Es lo mejor para las contusiones —les dijo—, mejor que cualquier otra cosa que haya por ahí.

Luego salió sin decir nada más.

Vincent se frotó inconscientemente los nudillos, todavía doloridos.

Michael se levantó y, sin decir nada, tiró el bote con fuerza a la papelera.

El inspector abrió la puerta que conducía al gimnasio y caminó por un pasillo que hacía tiempo que no recorría. El olor a sudor y desinfectante le trajo recuerdos.

Llegó a la entrada y vio a Josh apoyado en la pared, con los brazos cruzados. Se acercó hasta que estuvo a dos pasos, pero el detective seguía sin notar su presencia, permanecía ensimismado.

El inspector se movió un poco a la izquierda y vio al fondo, en un rincón, lo que le mantenía en ese trance. Del techo bajaba una gruesa y oxidada cadena que se balanceaba de un lado a otro cada vez que el pesado saco que colgaba de ella era golpeado por los pies, piernas, rodillas, codos o manos enguantadas de la detective Wang.

La detective llevaba un pantalón corto y un top negro ajustado, y desde la distancia parecía brillar cuando los rayos fluorescentes del gimnasio se reflejaban en el sudor que envolvía su cuerpo.

Debía de llevar un buen rato allí golpeando el saco, porque la piel de sus empeines exhibía ya un color rosado y el cuello y los brazos rebosaban de gotas de sudor.

El inspector, con curiosidad, observó que sorprendentemente sus piernas no estaban sobrecargadas de músculos; eran alargadas y más bien finas, podían ser la envidia de cualquier chica, pero, al mismo tiempo, podían ser el orgullo de cualquier luchador profesional, dada la potencia con la que la detective pateaba el saco.

Viéndola, a él, que llevaba años sin usarlo, le dieron unas ganas repentinas de entrenar.

Las dejó de lado.

—Josh —dijo el inspector.

Este, sacado bruscamente del trance, se giró para mirar a quien había terminado con sus fantasías.

—Ah, inspector… —dijo con la voz algo temblorosa.

—Allan Poe dijo que los que sueñan de día son conscientes de muchas cosas que los que sueñan solo de noche no perciben. Ya veo que eres uno de ellos.

—¿Quién? —balbuceó Josh un tanto desconcertado.

—Un escritor de misterio y terror. ¿Qué haces aquí?

—Nada… Ya me iba… —dijo dándose media vuelta, pero, como pensándolo dos veces, se volvió para preguntarle al inspector.

—Cuando la sacó de la bañera…

Liu asintió, mirándole con lo que podía ser curiosidad en los ojos.

—¿Estaba…? —Josh no pudo terminar la frase.

—¿Sí? —dijo el inspector levantando un poco las cejas.

Josh abrió la boca para decir algo, pero no consiguió preguntar lo que quería.

—No, nada —dijo entonces—. Hasta luego, inspector —dijo girando sobre sus talones y saliendo a paso rápido.

Una sonrisa apareció en la cara de Liu, esta vez amplia, pues estaba solo, y se encaminó hacia la detective Wang.

En cierto modo envidiaba a Josh. A él, que no sabía, le habría gustado poder soñar despierto.

---Epílogo---

El cocinero fue declarado culpable y sentenciado a cadena perpetua. Cumplía su sentencia internado en un hospital psiquiátrico, sujeto a evaluaciones mensuales. Continuaba sin hablar.

La información recogida sobre el inspector había sido remitida a Asuntos Internos. La investigación duró varias semanas. Respecto al dinero, dijo que era un préstamo de un amigo de la familia, negándose a dar su nombre. Aportó las facturas de dos viajes: en uno acompañó a su madre a ver los montes del Himalaya y los monasterios del Tíbet, un deseo de ella. En el segundo visitaron el pueblo donde ella había nacido en Shangdong, un deseo de él.

La sentencia al cocinero dejó libres de sospechas a Cuchillo y a sus hombres. Liu justificó los paquetes recibidos y las llamadas telefónicas a Cuchillo alegando la ayuda prestada por este durante el caso.

La explicación no había satisfecho del todo a los investigadores de Asuntos Internos, pero, a falta de otras pruebas, habían dejado tranquilo a Liu y cerrado la investigación.

[…]

Cenaron en un restaurante tailandés que eligió ella y después Liu la llevó al bar-restaurante de Abraham para tomar una copa. Era tarde, pero siendo sábado todavía había bastantes clientes. Suspiro llevaba un jersey negro de manga larga, pantalones del mismo color y el pelo recogido en una coleta. Si no fuese por el abrigo púrpura azulado que había apoyado en el respaldo de una silla, podía pasar perfectamente por una ladrona de guante blanco antes de ir al trabajo.

Llevaba más prendas que en otras ocasiones y no se podía ver tanto del tatuaje, pero la ropa estaba elegida con gusto y resaltaba su figura a la perfección. Casi le cautivaba más así, aunque echaba de menos a su medusa.

—¿Qué te gusta hacer cuando no trabajas? —preguntó ella.

Liu se encogió de hombros.

—Soy un hombre sencillo.

Suspiro se rio.

—Siempre es la gente menos sencilla la que me responde así.

No veo nada sencillo en ti.

Liu hizo un gesto con las manos.

—Me gusta leer, escuchar música…, cocinar ocasionalmente.

Ella asintió.

—¿Y qué es lo que harías si quisieras impresionar a una chica?

Liu pensó unos momentos, nunca le habían preguntado algo así. Eso le gustaba de ella, siempre tenía preguntas nuevas.

—Hm, sé lo que no haría, más bien.

—¿Y qué es eso tan misterioso que no harías?

—De ninguna manera tocaría el piano.

Suspiro abrió más los ojos.

—¿Sabes tocar el piano?

—No diría tanto. Suelo hacerlo aquí cuando hay pocos clientes; y cuando acabo quedan menos. Creo que el dueño me deja tocar cuando quiere cerrar.

—Me estás tomando el pelo.

Liu negó con la cabeza.

—¿Y qué es lo que tocas?

—Música clásica.

Ella se excitó un poco.

—¡Mi abuela siempre estaba tocando música clásica!

La cosa iba por mal camino. Con casi veinte años más que ella, el siguiente paso lógico era que le empezase a comparar con su abuela.

—¿Y tú no tocas? —preguntó apartando esos pensamientos.

—No, nunca aprendí —dijo ella girando hacia sí las palmas de las manos para mirárselas.

—Qué lástima.

—Sí. ¡Pero me gustaba oír tocar a mi abuela!

«De vuelta a los antepasados», lamentó Liu para sí mismo.

Era tarde y se había quedado solo en el despacho.

Apagó el portátil y lo guardó en su mochila; no le gustaba dejarlo en la comisaría. Sacó la cartera del bolsillo trasero de sus vaqueros, miró durante un largo rato la foto de su hijo y llamó a su casa. Su mujer tardó en contestar, estaba acostando al bebé.

Michael le preguntó si quería algo; le dijo que volviese pronto a casa.

Después de colgar cogió el botecito de plástico con el linimento de Liu y lo abrió para olerlo. Luego le dio vueltas en las manos como si pudiese darle alguna respuesta.

Al final lo volvió a meter en el último cajón del escritorio, de donde lo había sacado momentos antes. Se levantó, se puso el abrigo y se acercó a la ventana para contemplar brevemente la ciudad antes de apagar todas las luces y salir del despacho, cerrando con llave.

Suspiro, que había estado apoyada con los brazos encima del piano mientras Liu tocaba, se inclinó y le susurró al oído:

—Tengo una pregunta. ¿Puedes hablar mientras tocas?

Él asintió sin despegar las manos del instrumento.

—¿Alguna vez has hecho el amor encima de un piano? —le preguntó.

Por suerte, Liu tocaba un pasaje de poca dificultad y pudo mantener la compostura, si bien, pensando en la pregunta, prolongó la pausa en el calderón más de lo deseado por el autor al escribir la partitura. Sonrió al pensar en la cara de su amigo Abraham si pillaba a alguien copulando encima de su piano, el mismo instrumento que usaba para practicar los coros de la iglesia.

—No creo que al dueño le hiciese gracia.

Ella se incorporó sonriendo.

—Pensaba que no eras una de esas personas. A mí no me importa lo que piensen los demás.

Liu sentía que empezaba a soñar despierto como Josh; ¿sería posible que, a pesar de todo, lo consiguiera?

Era tarde y Liu había pasado parte de la noche pensando en una conversación que había tenido con su amigo Hong a propósito de los resultados de las investigaciones y de cómo en esta ciudad eran los medios de comunicación los que realmente condenaban.

Invirtió un rato en escoger un disco y puso un concierto de Sviatoslav Richter en el tocadiscos, bajito, porque eran las dos de la mañana y las paredes eran de papel. Luego cogió el teléfono y se sentó en la oscuridad de su salón. Era muy tarde para llamar a nadie; quizás debería consultarlo con la almohada, pero sabía que, si lo hacía, no haría la llamada. Tenía buena memoria para los números de teléfono y no le hizo falta buscarlo en el directorio.

—Inspector —dijo la somnolienta voz de Tori al otro lado de la línea.

—¿Qué sabes de yoga y budismo? —le preguntó el inspector.

—¿Hm? —murmuró Tori—. ¿Sabes qué hora es?

—Creí que nunca dormías.

—Solo lo hago ocasionalmente, y tan solo para justificar la compra de la manta —dijo ella despertándose un poco—. A estas horas, ¿me imagino que me llamas para darme por fin una exclusiva?

—Coge un bolígrafo; tengo que ponerte al día sobre dos mil quinientos años de historia del budismo —dijo Liu recostándose en el respaldo.

—Vale —dijo ella ya del todo despierta.

El gato saltó y se tumbó en el brazo del sillón. El inspector, acostumbrado ya a su presencia, empezó a acariciarlo mientras relataba lo sucedido a la periodista.

Abrió el paquete que le había tendido Cuchillo y puso el libro de vuelta en su sitio de la estantería. Era uno de los últimos escritos por Kierkegaard, *Las obras del amor*.

—Después de veinte años y sigues leyendo a escondidas.

—¿No habló Sunzi de la importancia de conocer a tus enemigos? A mí me gusta mantener ciegos a los míos; que sigan sin conocer al hombre detrás de la máscara.

—¿Qué quieres esta vez?

—Sorpréndeme.

—El inspector recorrió la librería con la vista. Al final cogió *Historia de la fealdad* de Umberto Eco y se lo dio a Cuchillo. A este le traicionó un gesto de incertidumbre al ver el título.

Liu no pudo por menos que sonreír, había conseguido sorprenderle.

Cuchillo tomó un trago al *whisky*.

—Creo que Kierkegaard se volvió loco.

Liu esperó sin decir nada, sabía que no había acabado.

—Al final renunció totalmente a cualquier tipo de felicidad en esta vida.

Liu reflexionó un momento.

—¿Y piensas que no era feliz cuando escribía?

—Se siguen viendo sus toques de humor y su sarcasmo, eso no lo niego —dijo Cuchillo—. Y era probable que fuera lo único que

le mantenía vivo, pero su apuesta por una posible felicidad en una vida posterior era totalmente malsana.

Asintió dándole la razón.

—No se puede construir el futuro a costa de renunciar al presente.

—Exacto. Como ese libro que me dejaste acerca de cómo el tiempo afecta a nuestras vidas, el del psicólogo.

—¿ *La paradoja del tiempo*?

—Ese.

Liu se recostó en el sofá cruzando las manos detrás de la cabeza.

Cuchillo siguió hablando.

—Por eso me molestan tanto los farsantes como el maestro de esa escuela. Son ladrones de vidas, tanto o más que el mismo asesino.

Liu levantó sus cejas y giró la cabeza para mirar a su amigo; presentía que se acercaba un comentario interesante.

—Te roban tus raíces, tu sangre y tus sueños. Tu pasado, tu presente y tu futuro. No solo te quitan tus esperanzas; hasta te roban los suspiros.

Dicho lo cual, bebió más *whisky*.

Liu sonrió pensando que eran casi las mismas palabras que él había usado antes para describir el mundo.

—Me gusta eso —dijo—. Suspiros robados.

Cuchillo asintió.

—Y todo ello teñido de la falsedad de sus pseudodoctrinas.

Liu se levantó para estirar las piernas y le sirvió más *whisky*.

Se quedaron callados unos momentos, la conversación se había vuelto seria, casi tan sombría como los pensamientos que habían atribuido al tardío Kierkegaard.

El gato apareció y saltó encima del sofá en el extremo opuesto a Cuchillo. Ambos se estudiaron mutuamente un buen rato. El gato tenía el pelo del lomo erizado, la cola inflada y los ojos bien abiertos.

Ninguno apartó la mirada.

Liu observó divertido que a Cuchillo le traían al fresco el tamaño y el aspecto de la fiera.

Tras lo que pareció más de un minuto en el que nadie se movió, el gato recuperó su estado normal y se acercó a Cuchillo con lentitud. Este le acarició la cabeza y el lomo varias veces y luego el animal se alejó y saltó encima de una librería que tembló bajo su peso.

—No sabía que tenías un gato.

—Me gusta mantener ciegos a mis enemigos.

Cuchillo soltó una fuerte carcajada, la primera de la noche.

Cuando lo hacía de verdad, su risa era estrepitosa.

—¿Cómo se llama?

—¿Tú también? ¿De qué sirve ponerle nombre a un gato?

Cuchillo se encogió de hombros e hizo el gesto de sujetar un pitillo

con los dedos. Liu se levantó y volvió con dos puros. No era fumador, pero se obsequiaba con un puro en ocasiones especiales.

Tras prenderlos con cerillas contemplaron por unos momentos el humo antes de retomar la conversación.

—Por otra parte, ¿cómo no iba a ser pesimista un hombre que no follaba? —dijo Cuchillo—. Bastante que no se pegó un tiro.

Liu no pudo por menos que sonreír. Cuchillo solía acompañar sus reflexiones más profundas con otras un tanto burdas, si bien quizás no menos válidas.

—Porque eso habría sido un pecado —dijo Liu.

Cuchillo soltó otra carcajada.

—Amén —dijo luego para, acto seguido, levantar la copa en un brindis y tomar un trago.

Liu no bebió con él.

Estaban solos y no había nadie a quien mantener ciego.

ACERCA DEL AUTOR

Nacido en Madrid, Enrique Amador Mouchet lleva residiendo en Taiwán casi la mitad de los años que tiene: veinte; los mismos que lleva intentando entender a Hegel. Alternando Taiwán y España ha escrito y dirigido un puñado de cortos y largometrajes con algún que otro premio; desgraciadamente, sin beneficios materiales. Por ello, para pagar sus facturas dedica su tiempo a la enseñanza del español. Y para escapar de la rutina se vuelca en todo tipo de actividades artísticas más beneficiosas para la sociedad como la práctica del piano, de lo que pueden dar fe sus vecinos y la fotografía, preferiblemente con cámaras del neolítico, habiendo hecho alguna exposición en Taipéi, lo que pueden atestiguar los asistentes. Y por último, que no menos importante, está entregado a la escritura, actividad que ya de muy joven desarrolló colgado de las barbas de su padre y los brazos de su madre haciendo sus pinitos esbozando cuentos de sajones y normandos. De esta actividad espera obtener, al contrario que de la cinematográfica, muchos beneficios económicos y ningún premio. Como suma ontológica de su ser, aquí tenéis su primera novela policíaca (duodécima si contamos la mitad de las veces que la reescribió) ambientada en Taiwán y una de las primeras en este género. Enrique espera que la disfrutéis y, más importante, que la compréis, la reseñéis positivamente y la recomendéis a cuanta más gente mejor.

Vuestro por partes y muy sinceramente, Taipéi 2021.

[1] (N. del A.): *Xiaoye*(宵 夜) es la última comida del día, es opcional y se realiza a diferentes horas para complementar la cena, que casi siempre es temprana, sobre las 18:00-19:00 h.

[2] (N. del A.): Los *kuaichao*(快 炒) o *rechao*(熱 炒) son, como indican los caracteres que componen ambos nombres, restaurantes de frituras rápidas que solo abren para las cenas. La gente suele ir en grupos numerosos para poder compartir muchos platos y generalmente los acompañan con cerveza.

[3] (N. del A.): En Taiwán abundan los puestos en la calle que venden nuez de areca con hojas de betel (檳 榔). Este fruto tiene efecto estimulante y es utilizado fundamentalmente por los conductores, encargados de mudanzas y todas aquellas personas que necesitan mantener un elevado nivel de energía por un tiempo prolongado. Los puestos suelen ser atendidos por mujeres ligeras de ropa.

[4] (N. del A.): Hay una superstición china que asegura que las personas que recojan un sobre rojo con dinero en la calle deberán contraer matrimonio con el fantasma de un difunto, cuya familia habrá preparado el sobre con tal fin.